

CÉSAR  
PÉREZ  
GELLIDA  
TODO  
LO  
MEJOR



César Pérez Gellida

Todo lo mejor



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)



[megustaleer](#)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Hugo, mi hijo. Un genio.*

«No buscar finales felices hace que disfrutemos de comienzos  
prometedores y tránsitos intransitables»

ARMANDO LOPATEGUI

## EL TIPO QUE IBA A SER SECUESTRADO

*Taberna Wirtsgarten  
Distrito de Köpenick. Berlín Oriental (RDA)  
24 de septiembre de 1980*

Todo lo mejor es lo peor cuando uno no sabe de qué lado está —sentenció.

Por aquel entonces, el tipo que iba a ser secuestrado sabía pocas cosas, pero las pocas cosas que sabía no eran objeto de debate en su fuero interno.

Sabía que el mundo en que le había tocado vivir se sustentaba en una omnímoda verdad: solo es cierto lo que es susceptible de convertirse en mentira. Y aquel axioma, aplicado como única regla del juego, provocaba que lo bueno y lo malo fueran dos conceptos confusos; dos ideas suplementarias que se fundían y confundían al tiempo que se complementaban.

Dos caras de una moneda que rara vez caía de canto.

Ello explicaba que, en un tablero con solo dos jugadores, lo que era bueno para uno no tenía por qué ser del todo malo para el otro. Dependía de cuáles fueran los intereses y estos, volubles y caprichosos, mutaban a mayor velocidad de lo que giraba la moneda en el aire. Pero, además, si se pretendía contar con un rival fuerte con el que proseguir la partida, era imprescindible repartir las victorias y las derrotas de forma ecuánime. De otra manera, ¿qué sentido tendría el capitalismo sin un peligroso enemigo al que temer como era el comunismo? ¿Y qué sería del Bloque Oriental sin la sempiterna amenaza del imperialismo?

El símbolo del dólar contra la hoz y el martillo.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética devinieron en antagonistas necesarios para escenificar un innecesario vodevil cuyo final infeliz se visualizaba en forma de hongo nuclear, de estallido

cegador, de destrucción masiva replicada a lo largo y ancho del globo terráqueo en un apocalipsis que muchos tildaban de inevitable. Enclavada en el corazón de la vieja Europa e inmersa en ese marco belicista silencioso de principios de los años ochenta, existía una ciudad partida en dos que había sido elegida como escenario principal del conflicto y, al mismo tiempo — antojadizo infortunio—, como el único camerino que debían compartir los dos actores principales. Berlín representaba a la perfección las dos caras de esa moneda que, harto veleidosa, había caído de canto en forma de muro.

En ese enclave urbano, el tipo que iba a ser secuestrado había llevado al extremo la conjetura sobre la difusa frontera que separaba el bien y el mal, lo bueno y lo malo.

—Todo lo mejor es lo peor cuando uno no sabe de qué lado está —le repitió a su vecino de taburete, que, más ocupado por mantener la verticalidad que preocupado por el misterio que encerraba la frase, no le prestó oídos.

Algo contrariado, buscó la complicidad de Rudi, el barman del turno de noche del Wirtsgarten. Lo conocía desde hacía un par de meses, coincidiendo con su regreso de los JJ. OO. de Moscú, pero ello no obstaba para que se hubiera convertido, si no en un amigo, sí en su estoico confidente. Rudi escuchó sus últimas aseveraciones mientras pasaba el trapo a la sufrida barra sobre la que se acodaban muchos de los funcionarios más crápulas del Berlín Oriental. Y dentro del casi infinito funcionariado público de la República Democrática Alemana, no había un departamento más numeroso que aquellos que trabajaban para el Ministerio para la Seguridad del Estado, más conocido popularmente como la Stasi.

El tipo que iba a ser secuestrado era uno de ellos.

—Ya sé que vas a cerrar, interpreto las señales, pero haz un último favor a este sufrido cliente y ponle el penúltimo.

Sin otra opción que seguir sus instrucciones, Rudi agarró la botella de vodka de la marca Zhuravlí que tenía separada para él y le relleno el vaso al tipo que se hacía llamar Viktor pero al que se solían referir con apelativos relacionados con los cráteres que el paso de la viruela había dejado en su rostro.

—Esto parece un cementerio. Voy a tener que animar a la parroquia —le dijo en voz queda—. Necesito que me ayudes.

—No me fastidies, Viktor, que me quiero marchar a casa de una vez — protestó tímidamente Rudi.

—Te dejo elegir: *Auferstanden aus Ruinen* o *Augen geradeaus*.

—¿Conoces *Die Grenzerkompanie*? —propuso Rudi.

—Otro día. Vamos con *Auferstanden aus Ruinen*.

Con las primeras estrofas del himno comunista, resonaron voces dispersas que provenían de las mesas del fondo, alguna enérgica, casi todas tímidas, forzadas a cumplir con el expediente patriótico.

Viktor se giró sin dejar de cantar y buscó con la mirada a la única pareja entusiasta que se había incorporado y alzado sus jarras de cerveza. La escasez de bombillas generaba amplias zonas de penumbra bajo las que se cobijaban aquellos que no querían exponerse al escrutinio ajeno. Ella, rubia, con el pelo cardado y el flequillo abombado hasta las cejas, le sonreía animosa. Él sostenía un cigarro entre los dientes y se cubría la cabeza con una desgastada gorra de corte leninista, que seguía siendo el distintivo por excelencia de la clase obrera en la Alemania del Este. Ninguno superaba la treintena; como él. Tambaleándose, se aproximó con su mejor sonrisa y la peor de sus intenciones, elevando la voz para entonar con la pasión que requería el tramo final de la letra.

—*Und die Sonne schön wie nie über Deutschland scheint, über Deutschland scheint!* ¡Salud, camaradas!

—¡Salud! —contestaron ellos al unísono.

—¿Puedo? —preguntó agarrando el respaldo de una de las dos sillas libres. Ninguno dudó.

—Por supuesto —dijo él cortésmente.

Viktor Lavrov levantó el brazo y le hizo una seña a Rudi. Los aturquesados ojos de la joven repararon en el grosero bulto que conformaba la Makarov de 9 mm —el arma oficial de la Stasi— bajo el ajustado jersey de su invitado. Antes de que la pareja terminara de contarle que él, Thomas, trabajaba en un taller de vehículos y ella, Annike, era dependienta de una floristería situada en el distrito obrero de Friedrichshain, ya había servido dos jarras de cerveza y entregado la custodia de su botella de vodka a su legítimo propietario.

—Mi Trabi me está dando problemas últimamente —expuso Viktor haciendo que su lengua patinara de un modo estrepitoso sobre el pavimento alcoholizado de su paladar.

—¿Qué tipo de problemas?

—De esos que te pueden arruinar el día. Arranca cuando le viene en gana y hoy no ha sido uno de esos días que le ha apetecido.

—¿De qué modelo se trata?

—Un 601, modelo Kübel del año... No sé qué maldito año es —reconoció tras vaciar el vaso.

—No me digas más. El sistema de calentamiento auxiliar da fallos en cuanto empieza a hacer frío. Si quieres traerlo al taller, lo reviso encantado y puede que mi jefe me permita hacerte una rebaja en el precio.

—Si mañana resucita, puede que lo haga —dijo recogiendo la tarjeta arrugada con visibles manchas de aceite que Thomas le ofreció.

Tras varios minutos de intercambio de información pueril, a Viktor le pudo su deformación profesional.

—¿Os dejáis caer mucho por aquí? —quiso saber el de la Stasi.

—Yo, en realidad, sí —intervino Annike—. Suelo venir con mi amiga Ebba, pero hoy tenía otros planes.

—¿Ebba Wiegmann, de la Comisión de Comercio y Abastecimiento?

—Ebba Lingor, de la pescadería Lingor de Friedrichsfelde —contestó ufana.

Viktor hizo como si hurgara en su memoria.

—No la conozco —dictaminó—, pero si es tan guapa como tú, sin ofender —añadió mirando a Thomas—, no me importaría conocerla.

La pareja intercambió un par de miradas cómplices.

—Camarada, creo que hoy es tu día de suerte —dijo él apoyando su mano en el hombro de Viktor.

—¡No me digas! ¡Cuenta, cuenta! —exclamó abriendo tanto los párpados que sus abultados ojos parecían querer escapar de sus órbitas de un momento a otro.

—Ebba nos está esperando en un local cerca de Gendarmenmarkt donde están celebrando una fiesta clandestina, pero todavía no nos hemos decidido a ir.

—Eso suena bien. Realmente bien.

—Tenemos nuestro coche a cinco minutos y mi Trabant 600 no será tan llamativo como el tuyo, pero arranca siempre. Estaremos allí en un pestañeo, ¿te animas?

El colmillo izquierdo asomó por la comisura de sus labios conformando esa delatora sonrisa de niño travieso que acaba de salirse con la suya.

Se ajustó la gabardina de cuero negro y se ciñó el sombrero Trilby a juego sin despedirse de Rudi ni pagar la cuenta, cuestión que solía zanjar a final de

mes. En el exterior les esperaban el mes de septiembre y su temperatura nocturna en forma de invitación a apretar el paso. A Viktor le costaba caminar en línea recta, lo cual era objeto de mofa moderada por parte de sus acompañantes. El silencio de la madrugada redujo la comunicación a susurros, monosílabos y gestos ufanos mientras callejeaban por el deficientemente alumbrado barrio de Oberschöneweide.

—Ahí está —anunció Thomas señalando un oscuro callejón—. La puerta de la derecha no se abre, así que entrad por la izquierda —advirtió.

—¿Y a qué demonios estás esperando para arreglarla con tus propias manos? —preguntó Viktor.

Pero no fue eso lo que le hizo sospechar que algo no iba bien, sino la extraña indicación de este a Annike, apostada a su espalda. La secuencia se desarrolló en apenas unos segundos: primero sintió la bolsa en la cabeza y la inmediata dificultad para respirar, luego notó cómo le arrebataban el arma sin que pudiera hacer nada por impedirlo y finalmente el golpe en la cabeza que lo dejó aturdido mientras lo enlataban a la fuerza en el maletero del Trabant. La penuria morfológica de Viktor lo hizo compatible con la escasez volumétrica de aquel espacio en el que apenas si cabía una caja de herramientas.

Thomas condujo despacio para no alertar a ninguna rana de la Stasi, aunque, a esas horas, era hartamente improbable que croara alguno de los casi doscientos mil informadores con los que contaba la policía secreta de la República Democrática Alemana. La misión de los dos miembros del Servicio Federal de Inteligencia —el BND— consistía en detectar y secuestrar a importantes activos de la Stasi y trasladarlos a Alemania Occidental, donde, o bien se les sacaba información a la fuerza, o se les ofrecía trabajar como agentes dobles si entendían que el candidato merecía la pena. Al término de las tres semanas de seguimiento intensivo concluyeron que Viktor Lavrov —que ocupaba un cargo relevante dentro de la Administración 12, encargada de la vigilancia de las comunicaciones de sus vecinos del este— reunía las premisas fundamentales para ser invitado a trabajar para el BND desde dentro de la Stasi. Soltero, de vida notablemente disoluta, amigo de la nocturnidad y del dispendio. Ideal dependiendo de la cantidad que pidiera a cambio.

No tenían planificado hacerlo ese día, pero la oportunidad se les presentó en bandeja y estaban entrenados para actuar cuando los astros se alineaban, como estaba siendo el caso.

—No me puedo creer que todo esté resultando tan sencillo —opinó Annike,

excitada.

—No nos relajemos. Todavía tenemos que sacarlo de ahí atrás, meterlo en el túnel y llevarlo al piso franco. En cuanto crucemos tenemos que avisar a Raimond para que se hagan cargo de él de inmediato y podamos regresar antes de que amanezca.

La entrada estaba en un bloque de viviendas de la calle Franz-Klühs con Friedrichstrasse. Eligieron ese lugar porque había tenido la fortuna de no terminar seriamente dañado tras los bombardeos aliados y por ello no había sido derrumbado y levantado de nuevo, sino que estaba reconstruido. Eso hacía que su nivel de ocupación fuera muy bajo, lo que minimizaba los riesgos. Además, los locales contaban con un sótano anormalmente profundo y una plaza de garaje individual soterrada prevista para la carga y descarga de mercadería. Así, con la excusa de realizar una reforma ambiciosa, el BND lo había adquirido bajo una sociedad falsa para llevar a cabo unas obras que se dilataron ocho meses. El túnel se sumergía a dos metros y medio bajo la superficie y contaba con sesenta y cuatro metros de longitud y dos de ancho. No era comparable con aquel que hicieron con la ayuda de la CIA y el SIS, con el propósito de interceptar las comunicaciones telefónicas soviéticas y que terminó siendo un fiasco para los intereses occidentales; sin embargo, cumplía con el objetivo para el que había sido diseñado: ser una puerta giratoria en el corazón del telón de acero. El acceso estaba tras otra del todo oxidada junto a una columna en la plaza de garaje n.º 17. Auspiciados por la soledad, Thomas clavó sus ojos en los de su compañera.

—Yo lo saco y tú me cubres mientras lo amordazo. Que no nos pase como con Reichmann, ¿de acuerdo? ¿Estás preparada?

Ella asintió.

El hecho al que se refería había terminado mal, sobre todo para el oficial de la Stasi, que, al recobrar la conciencia, se dejó llevar por el pánico y arremetió contra sus captores. Tuvieron que calmarlo a base de golpes con tan mala suerte que uno de ellos le provocó una fractura del hueso occipital y terminó por causarle la muerte.

El de la Stasi seguía inconsciente y presentaba idéntica posición fetal que cuando Thomas cerró el maletero.

—¿No estará...? —se preguntó ella.

—Joder, espero que no —deseó mientras se inclinaba para quitarle la bolsa de la cabeza y tomarle el pulso en la yugular—. Está vivo —desveló

agarrándolo por las axilas—, pero pesar, pesa como un muerto.

Sucedió tan rápido que no parecía que fuera posible dentro de las leyes de la física.

En cuanto Viktor sintió que sus pies rozaban el suelo puso en marcha la última parte de su plan. Durante el trayecto se contorneó lo suficiente para lograr extraerse el escalpelo oculto dentro del tacón de la bota y escondérselo en la palma de la mano. Sabía que solo contaría con un instante de ventaja cuando trataran de sacarlo del maletero y no dudó, tal y como lo habían entrenado en el Centro.

Ahora tenía tomado a Thomas como parapeto, aferrándose a su pelo con la mano izquierda mientras que con el brazo derecho le rodeaba el cuello, dejando descansar en él el gélido filo del estilete.

—Si intentas algo, te abro de parte a parte —dijo alejándose unos pasos de Annike sin levantar la voz, más a título informativo que con propósito amenazador.

—¡Suéltalo! —exigió ella empuñando deficientemente la Makarov a dos manos.

Viktor no dejaba de moverse detrás del cuerpo de Thomas devenido en estatua.

—Escúchame con atención, Annike, preciosa. Si quieres volver a ver a la pequeña Nadine, tienes que confiar en mí. Concéntrate solo en eso —le pidió. En su voz no había ni rastro del dejo alcoholizado con el que salió del Wirtsgarten—. Ahora mismo no hay nada más importante que el que puedas volver a abrazarla. Cálmate, Annike. ¿Ves a Thomas? Él está tranquilo.

Oír el nombre de su hija de ocho meses le provocó una parálisis temporal, momento que aprovechó Viktor para agarrar la culata de la pistola que asomaba por encima del cinturón de su rehén.

—En este negocio hay que saber reconocer la derrota —prosiguió apuntando a la mujer con su mano izquierda—. Hasta esta noche os ha salido todo a la perfección, pero la perfección es una hija de puta efímera y esquiva con los que la persiguen. Tira el arma, Annike, y te prometo que cuando todo esto termine volverás con Nadine. Confía en mí. Vosotros dos no sois importantes, lo que nos interesaba era averiguar la ubicación del túnel, ¿entiendes? Propaganda. Eso es lo único que quieren los que nos gobiernan. A ellos les interesamos una mierda. Ni yo ni Thomas —citó aprovechando la coyuntura para aumentar la presión con el escalpelo— ni tú, ni mucho menos

Nadine. Devuélveme el arma, preciosa. Déjala en el suelo y todo saldrá bien.

—Haz lo que dice —intervino él con el miedo cincelado en el rostro—. Nos han identificado; pase lo que pase, saldremos malparados. Mejor salir vivos —argumentó.

—Gracias, Thomas. Haz caso de lo que dice. Es mejor salir vivos. Piensa en Nadine.

La frustración se licuó a través de los lacrimales de Annike antes de soltar la pistola.

—Muy bien. Retrocede hasta la esquina, por favor. Eso es. Lo estás haciendo muy bien.

Viktor arrastró a Thomas hasta el lugar donde reposaba la Makarov y lo empujó con brusquedad hacia su compañera al tiempo que se agachaba a recoger el arma.

—Ya estamos terminando —dijo sin dejar de apuntarlos—. Ahora vamos a caminar muy tranquilos hasta el puesto de control de Friedrichstrasse. No lo vayáis a estropear ahora, ¿de acuerdo? No dudaré en apretar el gatillo si intentáis cualquier estupidez. Decidme, ¿estáis preparados o necesitáis unos segundos más para recobrar el control?

Ambos se buscaron con las manos y se agarraron antes de asentir levemente.

—Perfecto. Vosotros primero —les indicó.

Viktor no notó que se relajaban los músculos de la espalda hasta que los bañó la intensa luz del foco que coronaba la torre de vigía. Segundos después aparecieron al trote cuatro de los seis miembros que conformaban el destacamento de las tropas de frontera asignado al puesto de control de ese sector del Muro.

—Poneos de rodillas, bajad la cabeza y levantad los brazos. Hacedme caso, será más fácil así —les aconsejó Viktor.

El que lucía galones de teniente dedicó una mirada pasajera a los prisioneros antes de enfrentarse a la del tipo con la cara picada de viruela que empuñaba una pistola en una mano y sostenía su identificación de la Stasi en la otra.

—Hágase cargo de los prisioneros y comuníquese con el Ministerio para la Seguridad del Estado para que organicen su traslado inmediato a un centro de detención.

—Enseguida, camarada comandante Lavrov.

# EL HOMBRE SIN ROSTRO Y LA CARA DEL MONSTRUO

*Residencia de Viktor Lavrov  
Distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)  
25 de septiembre de 1980*

Inmune a la terquedad de su radiodespertador, Viktor se había levantado premeditadamente tarde y conjurado contra la habitual premura de lo cotidiano. Acarreando la galbana matutina, se metió bajo la ducha dejando que el agua tibia se encargara de purgar los últimos vestigios de sueño. Luego se afeitó a cámara lenta y desayunó un café bebido mientras escuchaba el parte de las once a través de la Rundfunk der DDR. No podría decirse que existieran muchas emisoras para elegir, pero le encantaba la voz de la locutora, que, aun expresándose con marcado acento prusiano, sonaba casi acaramelada. Tanto era así que la noticia sobre la invasión de tropas iraquíes de su vecina Irán le sonó a principio de cuento de hadas. Conscientemente desatento, afinó el oído cuando escuchó novedades sobre Afganistán, donde hacía apenas dos meses que había sido destinado su compañero de promoción en la academia del KGB, Misha Nikolevich Kozlov, como parte del contingente de la Unidad Spetsnaz «Karpaty» enviada por el Kremlin. Desde entonces, el conflicto había cobrado algo de interés, todo lo contrario que la información de ámbito nacional y local, siempre tan sesgada como repetitiva. Antes de elegir su atuendo, salió al balcón para comprobar la temperatura, ya que, aunque el mes de septiembre solía ser por norma bastante atemperado, en ese Berlín de principios de los ochenta no convenía fiarse ni de la meteorología. El día se presentaba apacible a pesar de que el cielo estuviera habitado por grupúsculos

nubosos sospechosamente plúmbeos. Por norma o por vagancia vestía con ropa cómoda, pero, en vistas a mantener una más que probable reunión con algún alto cargo de la Stasi para dar explicaciones de lo sucedido la noche anterior, resolvió ponerse el único traje que tenía en el armario: uno de corte occidental que habría hecho enrojecer de ira al camarada Jrushchov de estar habitando aún el mundo de los vivos.

Con el Trabi en el taller —aquella fue la única verdad que salió de su boca durante la conversación con los agentes del BND—, declinó hacer uso del transporte público para llegar a Normannenstrasse. Así, atravesando Landschaftspark a pie le volvió a asaltar una duda recurrente que no había logrado resolver desde que regresó de Moscú con un breve pero intenso *affaire* en su maleta: Erika Eisemberg. Desde Lubianka le habían encargado dar soporte a la delegación de deportistas de la República Democrática Alemana que acudía a los Juegos Olímpicos. Estos habían sido organizados por sus hermanos soviéticos con la clara intención de repartirse el medallero y demostrar al mundo que, en el ámbito deportivo, el comunismo también sabía imponerse al decrepito y grasiento capitalismo, como terminó sucediendo a la postre. Erika estaba adscrita al Comité para el Desarrollo del Deporte como responsable de la seguridad del equipo femenino y le llamó poderosamente la atención por su escabroso carácter, en perfecta sintonía con su escarpada belleza. Tenía que conocerla y, como solía ocurrirle ante los retos imposibles, se empeñó en hacerlo posible. Habiéndose criado en Moscú, adoptar el papel de anfitrión cultural le allanó el camino y descubrió durante el itinerario a la mujer más fascinante con la que había tenido el infortunio de cruzarse. No tardó en averiguar que bajo aquella diamantina coraza pulida por su marcada orientación al logro se ocultaba un alma prístina, un corazón apasionado que debía conquistar mediante una maquiavélica combinación de asedio y ariete. Quedaban cuatro días para que se clausuraran las Olimpiadas cuando la cita que empezó en el Bolshói terminó entre las sábanas del Hotel Pekín y ambos apartaron sus obligaciones para dar rienda suelta a sus instintos. Revivir aquellas escenas hizo que el cincel de la memoria labrara un gesto lascivo en su cara. Desde entonces, habían transcurrido siete semanas y Erika Eisemberg seguía esquivando sus infructuosos intentos por retomar la relación en Berlín. La última llamada se había producido hacía cuatro días y ni siquiera había logrado hablar con ella.

No hacía falta ser psicólogo titulado para darse cuenta de que algo no

marchaba bien.

Antes de llegar a la sede del Ministerio para la Seguridad del Estado había reducido las opciones a dos: o daba un paso adelante o dos atrás. Pospuso la resolución para otro momento, otro en el que no tuviera que tener todos sus sentidos puestos en tratar de justificar a la Administración Central de Coordinación —ente encargado de gestionar las relaciones de la Stasi con el KGB— los motivos que le habían llevado a actuar la noche anterior por su cuenta y riesgo.

El mastodóntico edificio, almacén físico del órgano de inteligencia de la RDA, daba cobijo a una compleja estructura departamental que conformaba uno de los servicios secretos más prolijos y eficaces del mundo. No en vano había sido engendrada y amamantada por la mejor de todas las madres, el KGB, hasta que cumplió la mayoría de edad y la criatura empezó a labrarse su propio destino bajo la tutela, eso sí, de su padre putativo: Yuri Andrópov. En aquellos años contaba con más de noventa mil funcionarios, a los que habría que añadir las casi doscientas mil personas que trabajaban de forma indirecta y que se catalogaban de dos maneras: colaborador informal e informante secreto, más conocidos bajo sus siglas en alemán IM y GI, a su vez subdivididos en distintas categorías en función de las tareas asignadas por la «Compañía» —como era denominada internamente la Stasi—. Una vastísima red a través de la que controlaban a sus conciudadanos y, cómo no, a los reducidos pero aún existentes focos de disidencia. La Stasi era el escudo y la espada del Partido Socialista Unificado, el SED, un instrumento de poder que luchaba en la primera línea de frente contra la influencia occidental en Europa, sosteniendo sobre sus hombros el peso del telón de acero gracias a sus brillantes acciones de contraespionaje y a la soberana influencia que ejercía sobre otros servicios de inteligencia de los países firmantes del Pacto de Varsovia.

—Adelante —le dijo el militar tras comprobar su credencial.

Viktor se disponía a tomar el camino habitual a su despacho en la tercera planta, donde se ubicaban las dependencias de la Administración 12, cuando una mujer muy entrada en carnes, gafas de concha de tortuga y corte de pelo de penitenciario le abordó por el flanco izquierdo.

—Camarada comandante Lavrov, le esperan arriba —informó, cáustica. El adverbio de lugar estaba en consonancia con el insigne emplazamiento que ocupaban los altos cargos del ministerio.

Sin más explicaciones, la mujer echó a andar a paso ligero hasta el ascensor que llevaba a los altares de la República Democrática Alemana.

—¿Le puedo preguntar con quién me voy a reunir? —quiso saber él.

—Puede.

El pasillo, revestido en maderas nobles y con un suelo de parqué bien pulido y abrillantado, exudaba cierta calidez que chocaba frontalmente con la austeridad decorativa omnipresente en las plantas inferiores. De las paredes colgaban cuadros patrióticos y fotos entusiásticas entre otros símbolos comunistas y del partido, como si fuera necesario recordarle a uno dónde estaba. Al fondo, una puerta de doble hoja con picaporte dorado.

—Aguarde ahí —dijo ella señalando un grupo de sillas que flanqueaban la entrada. Sentado, un hombre que ocultaba el rostro entre sus manos y movía las piernas con notable denuedo esperaba su turno con el desasosiego de un padre primerizo en la sala de espera de un hospital.

—El asistente del ministro Mielke saldrá a buscarle. Que tenga un buen día.

—¡Un momento! ¡Un momento! —intervino el hombre—. No sé si es consciente de ello, pero llevo casi dos horas aquí plantado y no dispongo de toda la jornada. ¡¿Cuánto más me va a hacer esperar?!

Tendría diez años más que él, pero aún era joven para haber sucumbido de forma tan cobarde ante la alopecia en la zona de la coronilla, cuestión que parecía querer compensar con unas patillas largas y pobladas que le llegaban hasta la comisura de la boca. Su acento, pero sobre todo la marcada pronunciación de los «yut» en vez de «gut» y los «icke» por «ich», denotaba su origen berlinés.

—Cuando el ministro Mielke lo estime oportuno —respondió ella en un tono neutro profundamente irritante.

El hombre de irreversible futuro alopécico arrojó el oprobio dentro de su abrigo de piel vuelta marrón y se sentó de nuevo farfullando imprecaciones inteligibles contra el cabeza visible de la Stasi y artífice fundamental del crecimiento de los servicios de inteligencia de la RDA: Erich Mielke. Para entender hasta qué punto había llegado tal desarrollo valdría con decir que, a principios de la década de los ochenta, en la Unión Soviética existía un agente del KGB por cada seis mil habitantes mientras que en la República Democrática Alemana la proporción era de un informante de la Stasi por cada siete ciudadanos.

Viktor había coincidido con Mielke en contadas ocasiones, pero solo había

tenido la oportunidad de cruzar algunas palabras con él cuando le dio la cordial bienvenida en su incorporación como oficial conector del KGB para la Administración 12. Hasta donde él sabía, se trataba de un comunista convencido que se exilió en la Unión Soviética huyendo del nazismo para integrarse dentro del temido NKVD, la agencia precursora del KGB. Tras la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial, Mielke regresó a su país muy bien colocado dentro del organigrama soviético, por lo que no le costó integrarse en el sistema de gobierno del territorio entregado al comunismo. Desde 1957 dirigía la Stasi con puño de hierro, obsesionado por el control exhaustivo de las comunicaciones internas pero sin olvidarse del exterior, donde también cosechó importantes triunfos gracias a la infiltración de sus agentes en los servicios secretos e instituciones occidentales.

No podría decirse que Viktor Lavrov estuviera tan alterado como su desconocido compañero de espera, pero notaba un incómodo cosquilleo en el estómago con el que no estaba acostumbrado a lidiar.

El sonido de la puerta funcionó como resorte para ambos.

Un sujeto que parecía haber nacido con el uniforme del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky —el cuerpo de élite del ejército bajo la dependencia directa del Ministerio para la Seguridad del Estado— se plantó delante del ruso y lo examinó de hito en hito.

—Es por aquí —le invitó sin modificar un ápice su altivo semblante.

El hombre de irreversible futuro alopecico y de profusas patillas resopló hastiado, o puede que rendido, antes de dejarse caer sobre la silla y volver a su postura original.

En la cabecera de la mesa de reuniones reconoció a Erich Mielke luciendo traje negro, camisa beige, zapatos claros y corbata oscura. Sostenía una pose plenipotenciaria bien consolidada gracias a una cuidada expresión de rey David —dechado de virtudes—, en apariencia apática pero enérgica, con las manos recogidas tras la espalda, el pecho henchido y la barbilla ligeramente elevada.

Otra persona permanecía sentada a su derecha dándole la espalda mientras revisaba unos expedientes repartidos sobre el tablero.

—Adelante, por favor —pronunció en un ruso más que aceptable ofreciéndole la silla de su izquierda. Acto seguido se valió de los apoyabrazos para descender su septuagenaria humanidad hasta el tapizado azul ofensa que cubría las sillas. Las partículas odoríferas del tabaco eran la especie

dominante en aquella estancia de atmósfera claustrofóbica presidida por una máscara mortuoria de Lenin fabricada en yeso.

El del KGB se tomó su tiempo en contestar.

—Gracias, muy amable.

—Le confieso que me encantaría mantener esta reunión en su idioma, pero nuestro invitado, aunque lo maneja incluso mejor que yo, prefiere hacerlo en alemán. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno.

Pero no era cierto.

Reconocer las enigmáticas facciones de uno de los mitos vivientes de la historia del espionaje le robó el aliento primero y las palabras después.

*En algún lugar de la RDA*

Se entretenía con los pedacitos de pared que había logrado arrancar de las partes más húmedas localizadas cerca de la tubería. Los trozos más grandes, diecisiete, hacían las veces de piezas de artillería y los había ubicado estratégicamente sobre la almohada para sacar el máximo partido a la elevación del terreno. Las seis divisiones SS pertenecientes al 9.º Ejército Panzer de la Wehrmacht esperaban ansiosas la orden del mariscal Niclas Kühn, de nueve años —metido en el papel de Erich von Manstein—, toda vez que los Stuka habían castigado las líneas enemigas siguiendo el manual operativo de la Blitzkrieg. A pocos kilómetros —exactamente a ocho palmos de distancia— aguardaban cientos de T-34 del Ejército Rojo desplegados por Georgi Zhúkov con la única misión de detener la gloriosa contraofensiva alemana luego del desastre de Stalingrado. Las jornadas más gloriosas de la Operación Zitadelle se libraban en aquella fría y lóbrega estancia, reproduciendo a su modo las campañas que tantas veces le había relatado su tío Karl, veterano artillero de un Tiger destinado en el frente oriental. En aquel mes de julio del año 1943 les tocó salir derrotados, pero él estaba decidido a cambiar el curso de la historia.

La luz rúcana y mohosa que se colaba entre las rejas de aquel inalcanzable ventanuco era más que suficiente para bañar todo el teatro de operaciones gracias a las muy bien entrenadas pupilas de Niclas, acostumbradas a optimizar la escasa claridad tras semanas de cautiverio. Se disponía a avanzar

con la 4.<sup>a</sup> División cuando oyó el sonido del candado. De inmediato ordenó la retirada a sus cuarteles de invierno, sitios en la esquina más alejada de la puerta, y se parapetó entre sus ennegrecidas rodillas al tiempo que se agarraba con fuerza a los tobillos. La tiritona se manifestó antes de que Mofletudo — como había resuelto llamar al hombre de carrillos regordetes y ojos de un azul agonizante— encendiera la luz y cerrara la puerta tras de sí. Apretó los párpados con fuerza, como si así pudiera mantenerse oculto a su mirada.

—¡Por todos los santos! ¡¿Te has vuelto a mear en el colchón?! ¡Qué asco! ¡No te he dicho mil veces que lo hagas en la palangana?

Niclas no sabía si se le había vuelto a escapar o no. Su pituitaria ya se había acostumbrado a procesar el hedor del encierro, lo cual no era ni estaba cerca de ganarse un lugar en su listado de preocupaciones.

El ruido de la bandeja metálica al estrellarse contra el suelo hizo que se estremeciera.

—¡A partir de ahora, si te meas, no comes! —dictaminó Mofletudo—. A ver si de este modo aprendes a respetar las normas.

Pero comer tampoco estaba en su listado de preocupaciones.

—Extiende los brazos, quiero ver cómo evolucionan las heridas. Espero que no se te hayan infectado como a la tonta de ahí al lado.

Ese era el epíteto con el que solía referirse a la niña a la que escuchaba llorar todas las noches. De ella solo sabía que ya estaba cuando llegó. Él era mucho más fuerte, solo se había dejado llevar por el llanto en un par de ocasiones los primeros días, pero, desde entonces, cuando notaba que crecía la desesperación en su pecho, recurría a las palabras de sor Theresa: «Llorar es síntoma de debilidad y los débiles son cadáveres que todavía no han encontrado su ataúd». Funcionaba. Mientras Mofletudo manipulaba los vendajes que cubrían sus muñecas, se trasladó mentalmente a otro lugar, uno cualquiera donde no tuviera que morderse el interior de los carrillos para soportar la grima que le causaba sentir el frío y suave tacto de sus huesudas manos. Porque no siempre los monstruos tienen garras afiladas.

—Están bien —dictaminó—. A ver los otros cortes.

En total eran ocho contando con los de los de los tobillos y aparecían por arte de magia después de alguna de esas pesadillas que sufría cada tres o cuatro noches. Se despertaba empapado en sudor, con la boca seca y un fuerte dolor de cabeza que era incluso mayor que el que sentía bajo el nuevo apósito. Durante unas horas se encontraba tan bajo de fuerzas que no era capaz de

moverse del colchón y lo único que hacía era beber agua de forma obsesiva.

—Toma esto, te vendrá bien.

Niclas dudó, lo cual, ya lo sabía, no le convenía en absoluto.

—Abre la boca. No me hagas repetírtelo.

Cuando Mofletudo le hablaba así, bajando la voz y endureciendo el tono, desaparecía toda vacilación posible. Sabía amargo y le dejaba un sabor de boca que le repugnaba tanto como el de las coles que le hacían comer los domingos en el primer orfanato en el que estuvo.

—Que no se derrame nada.

Cuando vació la jeringuilla se atrevió a mirarlo por primera vez. La membrana blanquecina que recubría sus ojos los hacía inexpresivos, como corresponde a los de un monstruo por mucho que se presentara bajo apariencia humana. Niclas esperó a que se alejara para hacer la pregunta.

—¿Cuándo me va a llevar con mi nueva familia?

—Ya queda menos —resolvió Mofletudo antes de cerrar la puerta.

Los blindados de la 4.<sup>a</sup> División habían roto el flanco izquierdo soviético cuando empezó a notar el picor. Se frotó las pestañas con las palmas de las manos y se recostó sin soltar los tres Panzer IV que conformaban el pico de lanza de su ataque. El mariscal necesitaba tomarse un receso, pero en cuanto despertara ya iban a ver los malditos rojos cómo se las gastaba la Wehrmacht aun estando en claras condiciones de inferioridad.

Rendirse no era una opción, ni para sus tropas ni mucho menos para su comandante en jefe.

Esa fue la última disposición de Niclas antes de dejarse vencer por los demoledores efectos depresores de la ketamina.

*Despacho de Erich Mielke. Berlín Oriental (RDA)*

—Comandante Lavrov, le presento al camarada teniente general Markus Wolf, nuestro jefe de la Hauptverwaltung Aufklärung, de quien, a buen seguro, habrá oído hablar.

Esta vez no pudo disimular su complejo de inferioridad al estrecharle la mano al jefe del Servicio de Inteligencia en el Extranjero, conocido como el HVA, siglas bajo las que se escondía la joya de la corona de la Stasi. Estar cara a cara con el tipo al que todos los servicios secretos de Occidente

conocían como «el hombre sin rostro» no era para menos.

Con apenas treinta años, la persona que le examinaba tras esas gigantescas gafas ya era el número dos de la Stasi. Ahora, cerca de cumplir los sesenta, atesoraba una carrera que le convertía en leyenda viva del espionaje. Un espejo en el que les gustaría mirarse a todos los servicios de inteligencia de ambos lados del telón de acero, que tardaron más de dos décadas en conseguir fotografiarle. La edad no se había cebado en absoluto con él. Conservaba ese atractivo físico que tantos éxitos les había proporcionado a él y a su red de espías Romeo: agentes que explotaban sus encantos físicos para llegar al corazón —pasando previamente por la cama— de las personas susceptibles de convertirse en una fuente de valiosa información.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre la... operación —definió Mielke con aire más hirsuto que sarcástico— de la pasada noche. Lo primero que queríamos saber es qué le llevó a actuar sin la aprobación ni el conocimiento de ningún oficial al mando.

El ruso adoptó una postura cómoda en cuanto resolvió que no le habían llamado para felicitarle. Durante sus años de formación en materia de interrogatorios aprendió que los oídos eran la herramienta principal a la hora de obtener datos relevantes con independencia de la silla que le tocara ocupar. En Lubianka les enseñaron a controlar los músculos faciales, a manejar las miradas, a engañar con el movimiento corporal, pero la voz..., la voz lo era todo. El único indicador fiable toda vez que se comprende que las cuerdas vocales no se pueden adiestrar. La entonación, el léxico, el volumen, las pausas, el tono..., en definitiva, la voz como único indicador que debía tenerse en cuenta. La acritud y la ironía en las dos primeras frases del director de la Stasi eran dos variables que, estando presentes en la misma ecuación, hacían que el resultante no pudiera ser distinto a la cautela.

—Contaba con un testimonio fiable y muy poco tiempo para proceder. Tuve que elegir entre actuar por mi cuenta y riesgo o dejar pasar la oportunidad de atrapar dos importantes activos del BND.

Mielke elevó las cejas y movió los labios como si estos estuvieran deseosos de dar a conocer sus pensamientos. Seguidamente, le dio una prolongada calada al cigarro y expulsó el humo por la comisura de la boca.

—Si le parece —retomó en un tono más sosegado y una octava más baja, como si el tabaco hubiera funcionado de calmante—, vamos con su expediente, que nos ha facilitado la Administración Central de Coordinación.

Lo primero que me ha llamado la atención es su verdadero apellido. He leído que es de ascendencia española y que su abuelo combatió en la Guerra Civil española.

—En el tercio requeté de Zumalacárregui. Murió en la batalla del Ebro — completó.

—Combatiendo en el bando fascista.

—Donde le tocó.

—Ya. Yo lo hice en las filas de las Brigadas Internacionales como parte del contingente del NKVD enviado desde Moscú para dar soporte al Servicio de Información Militar republicano. Los españoles piensan con el corazón, la cabeza solo la usan cuando el corazón deja de latir —sentenció con jocosa intencionalidad.

El ruso fijó la vista en algún punto muerto a la espalda de su interlocutor e inspiró profundamente.

—Mi padre, natural de Bilbao, se alistó con dieciocho años en el Ejército Rojo, en la 56.<sup>a</sup> División de Infantería que comandaba el teniente general Vladimir Petrovich Sviridov. Lucharon en el frente de Leningrado tratando de detener el avance del ejército alemán, pero en Krasni Bor se encontraron con la División Azul enviada por Franco. Aquellos españoles veteranos de la contienda española pensarían con el corazón, pero le aseguro que nuestros oficiales, oficiales rusos —aclaró—, preferían combatir contra los disciplinados alemanes antes que contra los apasionados españoles.

A Mielke aquello le hizo gracia o, cuando menos, lo aparentó.

—Eso he oído. Sin embargo, en esta guerra que estamos librando ahora no hay campo de batalla ni enviamos soldados al frente. Puede que sea una guerra silenciosa, pero no por ello es menos despiadada. Nuestras municiones son nuestros agentes de los servicios de inteligencia. Inteligencia —recalcó esta vez sin acritud—. ¿Conoce los procedimientos con los que trabajamos aquí?

—Perfectamente.

—Si no me equivoco —prosiguió consciente de que no se equivocaba—, usted está asignado a la Administración 12 y su labor como experto enviado por Moscú consiste en procesar los reportes que le llegan de nuestra red de comunicaciones. ¿La información que le llevó a actuar por su cuenta y riesgo —parafraseó— la obtuvo a través de alguno de estos reportes?

—No.

Erich Mielke fabricó una pausa para forzarle a completar su respuesta.

Respuesta que no llegó ni siquiera durante el tiempo que invirtió en sacar otro cigarrillo, enderezarlo con el índice y el pulgar, encenderlo y darle una prolongada calada.

—¿Cómo identificó a los agentes del BND?

—A través de un informador.

—Ya veo... ¿Qué informador, camarada comandante?

Este carraspeó al tiempo que se apretaba los lacrimales.

—Al leer el reporte de la desaparición del camarada Stegemann me di cuenta de que aparecía un nombre que me sonaba haber leído hace poco en otro informe, concretamente en el del secuestro de Franz Mittag. Me refiero a la taberna Wirtsgarten. No me considero un especialista en la investigación, pero me pareció tan obvio que no podía tratarse de una mera coincidencia que resolví comprobarlo sobre el terreno.

—Prosiga.

—Parece que es un lugar frecuentado por algunos miembros del ministerio.

—Estamos al corriente de ello.

—Necesitaba tener más ojos que los míos allí dentro, así que busqué a la persona indicada.

—¿Qué persona?

—Una que tuviera, digámoslo así, alguna debilidad. Revisé unas cuantas fichas hasta que di con el candidato idóneo. Anoche recibí una llamada de mi informante para decirme que había reconocido a una pareja que estuvo en el local la noche que se llevaron a Mittag. Podía ser una casualidad, pero algo me empujó a cerciorarme personalmente. Estuve comportándome de manera un tanto imprudente con el propósito de llamar su atención hasta que lo conseguí. Cuando mi confidente me avisó de que la pareja había preguntado por mí, supe que se trataba de ellos y articulé un plan sobre la marcha. Tenía dos opciones: reportarlo o actuar, y me decidí por la segunda.

—Su confidente... Veo que está empeñado en no revelar su identidad.

—Así me lo enseñaron.

—¿Aunque se lo esté pidiendo yo directamente?

—Con todos mis respetos, ministro Mielke, no lo revelaría aunque el mismísimo Stalin se levantara de entre los muertos y me amenazara de muerte.

Mielke buscó el veredicto en la mirada de Markus Wolf. Este hizo un casi imperceptible movimiento con la cabeza antes de volver a los papeles que seguía revisando.

—No vuelva a actuar sin el conocimiento y la aprobación de la persona que corresponda —dictaminó el máximo exponente de la Stasi.

—Así se hará.

—Dicho esto, el motivo por el que se le ha convocado es otro. Todo lo que escuche a partir de este momento no puede salir de este despacho y esto incluye a su madre patria. Si algún día recibo una llamada de Moscú mencionando algo que tenga que ver con este asunto, le puedo asegurar que no habrá agujero sobre la faz de la tierra en el que pueda esconderse.

Y selló la amenaza aplastando el cigarro en un cenicero repleto de colillas.

—Su turno —invitó a Markus Wolf, que había permanecido hasta entonces en estado vegetativo.

—Tenemos una grieta que debemos sellar de inmediato. Un topo trabajando para el BND —desveló sin preámbulos, como si fuera algo que de tanto repetirlo hubiera perdido el significado— y puede que también para los británicos.

El del KGB se limitó a sostenerle la mirada.

—No es una sospecha, es un hecho debidamente constatado. La filtración ya ha afectado a tres de nuestros agentes, que, en el plazo de un mes, han sido detenidos en Berlín Occidental, Múnich y Bonn. Hemos retirado algunos de nuestros activos, pero otros, por distintas razones, no pueden ser evacuados. Nollau nos quiere devolver el golpe que les asestamos con Günter Guillaume en el setenta y cuatro.

El citado era uno de los mayores éxitos cosechados por la red de espías de Wolf. El agente del HVA había logrado infiltrarse en las entrañas del Partido Socialdemócrata, llegando a convertirse en uno de los hombres de confianza del canciller Willy Brandt. Los jugosos reportes de Guillaume otorgaron a la Stasi una ventaja sustancial a la hora de anticiparse a los movimientos políticos de su vecino de Occidente.

—Podría no ser más que una pequeña falla en nuestro sistema de comunicaciones, pero debemos evitar a toda costa que nos suceda lo mismo que al MI6 con George Blake, al KGB con Oleg Penkovsky o a la CIA con Aldrich Ames. ¿Conoce los casos?

—Los conozco. Por supuesto que los conozco —afirmó casi dolido.

—Bien. Hemos elaborado un listado de veintidós sospechosos con acceso al nivel de información que está circulando al otro lado del Muro. Se trata de cargos muy importantes dentro del partido y, por supuesto, dentro de este

ministerio. No hace falta que le explique lo escrupulosos que debemos ser y las dificultades con las que nos estamos encontrando a la hora de descartar candidatos.

La sonoridad de las «eses» sordas y la pronunciación de las «st» y «sp» como «scht» y «schp» denotaban su origen suabo sin ningún género de dudas.

—Me hago cargo.

—Es por esta razón por la que estamos valorando abrir el abanico de opciones. Somos conscientes de lo meritorio que es alcanzar con su edad el grado de comandante dentro del KGB. Además, cuenta usted con una carta de recomendación firmada de puño y letra por Andrópov y, según el expediente que nos hicieron llegar en su día desde el Centro, lo consideran un experto en análisis de conducta así como diestro en negociación por su, leo textualmente, «marcada habilidad para empatizar con posturas opuestas». ¿Podría explicarnos hasta dónde llega esta virtud?

El ruso se humedeció los labios antes de contestar a la pregunta trampa.

—Tiene que ver con la facilidad para comprender el comportamiento de las personas y, en consecuencia, de conectar con ellas al margen de que se compartan o no criterios políticos o de otra naturaleza, y actuar con independencia de los vínculos afectivos que se generen. Digamos que es un don desarrollado a conciencia para ser explotado en mi beneficio. Nuestro beneficio —precisó.

—Es justo eso de los vínculos afectivos lo que nos genera dudas.

—Quiere decir que, aunque llegue a conectar con el sujeto, soy capaz de no verme afectado en la toma de decisiones.

—No parece que sea así, habida cuenta del recelo que ha demostrado a la hora de revelar el nombre de su confidente.

—Eso responde a motivos de carácter operacional. Si hubiera desvelado su identidad, no sería apto para la misión que están a punto de encomendarme —expuso el ruso, contundente.

Ambos se miraron brevemente.

—Está en lo cierto. De haberlo hecho, usted y yo no estaríamos hablando en estos momentos.

—Vamos al grano, Misha, te lo ruego —intervino Mielke—. No querría volver a llegar tarde a la enriquecedora reunión semanal del Politburó.

El aludido empeñó unos segundos en cuadrar de forma milimétrica los folios antes de levantar de nuevo la mirada.

—Queremos que nos ayude a captar a uno de los dos agentes del BND que tenemos en las celdas de abajo. La profusa y nutrida formación que les proporcionan en Lubianka incluye el soporte de la red desplegada por todo el mundo por su afamada Oficina S, ¿verdad?

—Así es. Pero no soy, estoy muy lejos de serlo —añadió—, especialista en captar y controlar agentes infiltrados en otras agencias. La teoría la conozco, sí, ahora bien...

—Para todo hay una primera vez, camarada —le interrumpió Wolf—. No obstante, aquí la cuestión está en saber si está dispuesto a hacerlo o no. Si conseguimos sellar la filtración, le certifico en mi nombre, en el del ministro Mielke y en el del partido que este país sabrá saldar la deuda contraída con usted.

Por la cabeza del ruso empezaron a circular infinidad de variables, posibilidades y alternativas, pero ninguna lograba machihembrar en forma de decisión.

—Les propongo algo.

Los diminutos ojos de Markus Wolf parecieron agrandarse en su perplejidad. No eran estas las personas acostumbradas a escuchar proposiciones de subordinados.

—Permítanme hablar con los prisioneros y si consigo conectar con alguno aceptaré el encargo. Ah, también necesitaré los expedientes que tengan de ellos y de sus familiares.

Erich Mielke, acuciado por las manillas de su viejo reloj de fabricación rusa, Sturmanskie, no caviló en exceso.

—Encárgate de organizarlo para que los vea hoy mismo —le dijo a Wolf—. Mañana quiero su respuesta.

—Incorpórese en su puesto y espere mis noticias —le conminó este.

Antes de incorporarse, el número uno de la Stasi se golpeó en la frente.

—¡Maldita sea! Casi me olvido. Atiende al Vopo ese de la Kriminalpolizei que me hostiga todas las semanas. Está esperando fuera, yo saldré por el ala norte.

—¿Y por qué no acude al ministro del Interior, como le corresponde?

—Ya lo ha hecho. Es el hijo de un viejo amigo del partido, también excombatiente de las Brigadas Internacionales. Un gran hombre al que respeto mucho. Pídele excusas en mi nombre, escúchale unos minutos y lo despachas con el mismo mensaje que le vengo repitiendo desde la primera vez que

accedí a conocerlo: en la República Democrática Alemana no tenemos asesinos en serie.

En ese preciso instante, todos los neurorreceptores de Viktor Lavrov, psicólogo criminalista y comandante del KGB destinado en Berlín, entraron en estado de alerta. Milisegundos después de que fueran movilizados ya estaban incorporados a filas y dispuestos a morir por la causa. Mientras su cuerpo estaba estrechando las manos de Erich Mielke y Markus Wolf, su mente estaba trazando un plan. Durante el trayecto hasta la salida, metió la mano en el bolso de la gabardina y sacó una de sus tarjetas.

—¿Tiene una pluma a mano? —le pidió al asistente de uniforme que le acompañaba—. Necesito anotar algo que me ha dicho el ministro Mielke antes de que se me olvide.

Este hurgó de mala gana en el interior de su guerrera.

—Aquí tiene.

El del KGB compuso una mueca afable cuando terminó de escribir lo que precisaba e hizo como si se guardara la tarjeta. En cuanto salieron se dirigió al hombre de las pobladas patillas, que, consumido por la espera, había adoptado una postura rayana en lo impropio: repantigado en la silla, con las piernas abiertas y los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Su turno. Un placer la charla, camarada...

Este se incorporó mecánicamente tratando de lidiar con su sorpresa. Su complexión física se agigantó cuando lo vio erguido por primera vez.

—Inspector jefe Bauer.

—Viktor Lavrov. Un placer, camarada. Le deseo toda la suerte del mundo —le dijo estrechándole la mano. En el contacto le transfirió la tarjeta y le explicó con la mirada lo que debía hacer con ella.

Sin más, se encaminó hacia el ascensor repitiendo para sí las tres últimas palabras que había pronunciado Mielke.

## TEUTONES Y ESLAVOS

*Centro de detención de Marx-Engels-Platz  
Distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)  
26 de septiembre de 1980*

Era la tercera vez que el uniformado revisaba el formulario, como si el mero hecho de incluir la firma de Markus Wolf requiriera una certificación exhaustiva.

—Los pueblos teutones y los eslavos jamás podremos convivir en paz —  
sentenció el ruso sin intención alguna de aplacar su irritación.

—¿Cómo dice? —le preguntó.

—Identifíquese —le ordenó.

—Cabo segundo Hebert.

—Digo, cabo segundo Hebert, que no hay manera posible de que la idiosincrasia alemana y la eslava puedan convivir en un espacio determinado. No somos fuerzas opuestas que se complementan, como el yin y el yang, no, para nada. Somos polos opuestos que se repelen. Ustedes tienen una maquinaria interior programada al nacer que, una vez que se pone en marcha, funciona. Puede que alguna pieza deje de funcionar, entonces la localizan, la sustituyen por otra y se terminó el problema. La nuestra cuesta mucho que arranque y, cuando se detiene, no nos paramos a pensar que puede ser una avería, no, simplemente la destruimos y sustituimos toda la maquinaria. ¿Comprende? A ustedes todo les suma lo que les tiene que sumar. A nosotros si no nos suma convencemos a la fórmula para obtener el resultado que necesitamos. Son senderos distintos que llegan al mismo lugar, la diferencia es que uno recorre verdes praderas y el otro lomas encrespadas.

—No le sigo, camarada...

—Lo daba por hecho. A ustedes solo les sirven los esquemas o las espadas. Lo llevan en los genes como herederos que son de los Caballeros Teutones. ¿Conoce la historia de sus ancestros los Caballeros Teutones? ¿Ha oído hablar de la batalla de Tannenberg?

El militar dudó si debía contestar o no.

—Me temo que no.

—Otro gran error de los alemanes. El que no conoce su historia está condenado a repetirla. Ustedes han provocado dos guerras mundiales que han terminado perdiendo y todavía siguen en pie esperando provocar la tercera.

—No creo que...

—¿No cree? —le interrumpió—. Usted no está facultado para labrarse una opinión propia. Si ni siquiera conoce su historia, maldito cabeza cuadrada. Para eso tiene que saber qué sucedió en Tannenberg. ¿Quiere saber lo que sucedió en Tannenberg?

Este asintió a la vez que se encogía de hombros, como si no le quedara más remedio que ser ilustrado por aquel ruso impertinente de ojos saltones y la cara picada de viruela.

—Otro día. Ahora anóteme en su condenado libro de registro y déjeme pasar de una puta vez.

—Enseguida, camarada comandante.

—Una cosa más, cabo segundo Hebert. Detecto que usted fuma, ¿me equivoco?

Este afirmó con tibieza.

—¿Me permite su paquete de cigarrillos?

Al alemán no le quedó otro remedio que mostrárselo.

—Se lo agradezco. No fumo, pero los necesito más que usted.

Sonrió cuando creyó escuchar a su espalda *pickelgesicht*. La primera vez que oyó ese sobrenombre tuvo que preguntar el significado; algo así como «Carapicada», aunque le gustaba más el apelativo de «Caracráter» que utilizaban sus compañeros rusos de la academia.

En el subsuelo de los centros de detención repartidos por la ciudad se concentraba el principal foco de proliferación de pesadillas de toda la Alemania Oriental. Un porcentaje nada desdeñable de sus ciudadanos habían tenido que pasar por ahí, bien para ser interrogados sobre sus actividades, o las de terceros, o en calidad de detenidos bajo alguna acusación pendiente de comprobar, o simplemente como medida preventiva, por si acaso el cliente

tuviera algo que aportar al Estado. El corredor de hormigón le recordó a los de Lubianka, con la diferencia de que este estaba más iluminado y olía menos a humedad. Cada dos metros se dibujaba una puerta de hierro mil veces pintada de gris encierro tras las que se ocultaban otras tantas historias: las de las vidas que habían pasado por allí y que ahora formaban parte del archivo de la Stasi, compuesto por incontables expedientes contenidos en vulgares carpetas color sepia.

El del KGB, repuesto ya de la aceleración cardíaca que le había supuesto el despertar de su gran obsesión por entender el comportamiento de los peores criminales de la historia, buscaba las salas de interrogatorios 20 y 22, donde le esperaban los prisioneros 34-44353 y 33-38090, cuyas fichas personales se había aprendido de memoria. Thomas Spengler, mecánico de treinta y dos años, soltero, sin hijos, natural de Eisenach, Turingia. Annike Popp, dependienta de veintiocho, divorciada y con una hija, nacida en Berlín. La información relativa a sus familias que le había proporcionado el HVA a instancias de Markus Wolf también la tenía muy presente y, quizá por ello, por su vulnerabilidad, había resuelto empezar con ella. Sin embargo, mientras avanzaba por aquel lóbrego pasillo con la única compañía del sonido de sus pasos, decidió cambiar el orden atendiendo a lo que le sugería su instinto. Alcanzó su destino siguiendo las indicaciones pintadas en la pared y un funcionario de prisiones hizo la última comprobación de los papeles antes de facilitarle el acceso. Inspiró profundamente antes de entrar.

Veinte minutos más tarde golpeaba la puerta para salir. El prisionero solo había abierto la boca para beber un trago de agua, limitándose a sostener su mirada durante los instantes que consideró necesarios para transmitirle su más profunda animadversión. A escasos metros de distancia, en la sala contigua, Annike Popp, en cambio, era el retrato perfecto de la angustia.

Se sentó para situarse a su altura y dejó que transcurrieran unos segundos antes de tomar la palabra.

—Hola, Annike, ¿cómo te encuentras? ¿Necesitas algo?

Ella se incorporó súbitamente aprovechando todo el largo de la cadena que conectaba la silla con las esposas.

—¡Lo único que necesito es saber cómo está mi hija!

El ruso se fijó entonces en que bien podría representar el canon de belleza wagneriana: cabello dorado, ojos claros, facciones marcadas pero elegantes, cintura estrecha y sinuoso perfil curvilíneo, como la muñeca Lilli que tanto

furor había causado entre las clases pudientes del otro lado del Muro.

—Siéntate, por favor —le pidió en voz queda.

—¡Me dijiste que todo iría bien! ¡Me prometiste que volvería a ver a mi hija! ¡Me lo prometiste!

—No han transcurrido ni veinticuatro horas. Seguro que a Nadine no le falta de nada. Dicen que los abuelos están para malcriar a los nietos. Yo, la verdad, no lo sé. No conocí a los míos. ¿Puedes volver a sentarte, por favor?

Viktor Lavrov tamborileó sobre un paquete de cigarrillos marca Cabinet mientras pasaba hojas de un informe que nada tenía que ver con el caso.

—No me voy a andar por las ramas. Confío en poder salir de aquí lo antes posible, porque este lugar...; no sé, será el olor, pero llevo solo una hora aquí abajo y tengo ganas de vomitar. Además, tengo una cita. Bueno, una cita formal no es, pero como si lo fuera, tú ya me entiendes.

Pero el semblante de Annike decía que no, que no entendía absolutamente nada. Se cercioró de que había captado toda su atención y, entonces sí, dijo lo que tenía que decir.

—Antes de entrar aquí he pasado a ver a Thomas y le he ofrecido el mismo arreglo que ahora te voy a proponer a ti. El problema es que solo voy a necesitar a uno de los dos y tener que elegir..., tener que elegir está feo —definió tras chasquear la lengua.

—No pierdas el tiempo. Thomas preferiría pudrirse tres vidas en la cárcel antes que aceptar un trato con vosotros —certificó ella antes de limpiarse el líquido que asomaba por la nariz con el dorso de la mano.

—¿Estás segura? ¿Completamente segura?

—Completamente.

—Más vale que así sea, porque si te equivocas serás tú la que se marchite en el Submarino mientras que él seguirá viviendo su vida como si nada.

Mencionar el sobrenombre del temido —aunque poco conocido por el ciudadano de a pie— complejo penitenciario de Hohenschönhausen hizo que la saliva cobrara un sabor acibarado de forma repentina.

—¿Nunca te has preguntado cómo es posible que Thomas, siendo un mecánico del montón, viva en un piso infinitamente mejor que el tuyo? Y que, además de eso, tenga un Trabi, una motocicleta Schwalbe y pueda comprarse ropa todos los meses. ¿Hace cuánto que no le compras ropa a Nadine? ¿Cuándo te compraste zapatos nuevos?

La sombra de la duda oscureció el tono verdoso de sus iris.

—Thomas es un mercenario, circunstancia que en Occidente se confunde con el arquetipo de un ganador. Lleva años aceptando los dólares de la CIA, querida. ¿Crees que no aceptaría nuestros marcos al tiempo que elude la condena de veinte años que se os viene encima? En estos días que vivimos, poner la mano en el fuego por alguien es la forma más rápida y estúpida de quemarse. Pero, como te digo, hoy ando con prisa, me espera una chica, ¿sabes? Por eso me he puesto este traje, ¿te gusta cómo me sienta? La conocí en los Juegos Olímpicos de Moscú y tengo que reconocer que me vuelve loco. Pero ahora resulta que no responde a mis llamadas. Quizá sea eso lo que me está haciendo perder la cabeza, no sé. ¿Quién os entiende? —se preguntó mientras hacía el ademán de recoger los papeles.

—¿Puedo? —preguntó ella con la mirada puesta en los cigarrillos.

Extrajo uno, lo colocó en su boca galantemente y lo prendió sin que su rictus se viera alterado por la consecución de la primera victoria. El humo de las dos primeras caladas, cortas e intensas, se expandió con plena libertad en aquel espacio cautivo provocando el malestar —esta vez muy veraz— del agente del KGB. Aquello le venía de la repulsa remanente en su memoria olfativa hacia el olor de las papirosas Belomorkanal, marca rusa que su padre consumía de forma obsesiva. Si aquellos cilindros blancos rellenos de tabaco negro con boquilla de cartón no lo mataron fue porque la ataxia de Friedreich se anticipó a aquel veneno, condenándolo a esperar su muerte en una desvencijada silla de ruedas. Fumando, eso sí.

—¿Cuándo voy a poder ver a mi hija?

—Lo comprendo a la perfección, pero no has formulado bien la pregunta.

Anniko Popp negó con la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer para volver a ver a mi hija? —reformuló.

—Trabajar para mí.

—Venderme a la Stasi —tradujo.

—Llámalo como te plazca, aunque yo no pertenezco a la Stasi.

—Del KGB, claro. De ahí ese acento... De todas formas me estás pidiendo que traicione a los míos.

Viktor sonrió e inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Te puedo preguntar por qué te uniste al BND?

—Para luchar contra todo lo que supone el comunismo.

—Ya veo... Y, según tu opinión, ¿qué supone el comunismo?

—La opresión del pueblo, reducción de libertades, escasez..., así es como

se vive a diario en el este de Berlín.

—¿Tú crees que al otro lado son más libres porque pueden comprar más cosas? El capitalismo no trae más libertad, trae más consumo. Pero, independientemente y sin entrar en cuestiones más profundas, todo se reduce a una lucha entre dos gigantes que quieren repartirse el planeta. Y en esa batalla, mi querida Annike, tú y yo... ¿Cómo decís por aquí? Sí. Tú y yo no pintamos una mierda. Y Nadine menos —añadió repitiendo la misma estrategia que usó en el túnel.

Ella se mordió el labio y agachó la cabeza.

—Pero permíteme que te diga algo más. Esos a los que llamas «los tuyos» jamás van a reconocer que vosotros dos sois agentes ilegales del BND infiltrados en territorio hostil. Te puedo asegurar que, a estas alturas, vuestro enlace ya habrá eliminado cualquier vínculo que lo relacione con Thomas Spengler y Annike Popp. Estáis solos, absolutamente solos —recalcó.

—Lo sé, igual de bien que tú sabes que a los agentes ilegales solo nos proporcionan la información que necesitamos para llevar a cabo nuestras misiones. Nada más. No creo que sea de mucha utilidad.

—Eso déjame que lo decida yo, pero... estás en lo cierto: me interesa bastante más lo que puedas averiguar en el futuro que lo que sabes en el presente. ¡Mierda! —dijo golpeando la esfera de su reloj—. Se me hace tarde. ¿Te parece que retomemos mañana temprano esta conversación?

Annike se masajeó los párpados como si los estuviera preparando ya para la sesión del día siguiente.

—Trata de ordenar tus prioridades durante el tiempo que te dejen descansar los de gris, que no será mucho, me temo. Te conviene no equivocarte. Toma, quédate con el paquete —dijo antes de golpear la puerta.

Una vez fuera se apartó unos metros y llamó la atención del guardián.

—Encárguese de que no duerma más de una hora seguida, pero, sobre todo, asegúrese de que en ningún momento —enfaticó— estos dos puedan tener la más mínima oportunidad de comunicarse. Ni mentalmente. Le hago a usted responsable. ¿Su nombre es?

—Soldado de primera clase Klaus Hegel, del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky.

—Muy bien, soldado de primera clase Klaus Hegel, del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky —repitió con solemnidad—. A ver si me puede ayudar en otra cuestión de vital importancia: ¿conoce una buena floristería

cerca del Ayuntamiento Rojo?

*En algún lugar de la RDA*

El primer estímulo se producía al reconocer el color grana que delataba su procedencia venosa.

Podía sentirlo. Los impulsos eléctricos empezaban a propagarse desde las ramificaciones nerviosas de la periferia de su cuerpo en un incontenible itinerario con destino al bulbo raquídeo, donde se producía el estallido; la vida. Prefería la sangre arterial, oxigenada y pura, rica en glucosa y nutrientes, pero primaba la supervivencia de su huésped sobre sus gustos hematofílicos. Por ello se había decantado por la vena basílica del antebrazo como fuente de irrigación. Acababa de practicar la incisión, limpia y precisa, para que manara el plasma a un ritmo constante, contenido pero suficiente, con el propósito de satisfacer sus necesidades sin tener que asumir demasiados riesgos. Dejó que aquel afluyente descendiera por la piel pálida y tersa antes de acercarse a sus fosas nasales y recoger las partículas olfativas metálicas que se desprendían en su lento fluir hacia la muñeca. Para entonces sus glándulas salivales ya funcionaban a pleno rendimiento, convirtiéndose en el indicativo incuestionable que establecía el inicio del festín. Con la punta de la lengua empezó a lamer el líquido en sentido ascendente, paladeando el áspero y sin embargo deleitoso sabor que proporcionaba la predominancia del dióxido de carbono, justipreciando cada matiz, cada componente hemoglobínico hasta llegar al origen. Allí acopló la boca valiéndose de los labios para abarcar la herida sin dejar escapar una sola gota del flujo vital. Sin modificar la postura, desvió su mirada y dedicó unos segundos a comprobar que el niño respiraba con sosegada normalidad.

Entonces sí, cerró los ojos y empezó a succionar.

*Exterior del Ayuntamiento Rojo. Berlín Oriental (RDA)*

Recordaba que Erika le había contado que su hora de salida eran las cinco de la tarde, pero que muy raramente conseguía salir antes de las seis de la oficina que ocupaba en el Comité para el Desarrollo del Deporte.

Tras su prodigiosa reconstrucción, el Ayuntamiento Rojo seguía siendo uno de los edificios emblemáticos de la ciudad, el cual, por suerte para los ciudadanos de la República Democrática Alemana, había caído en el sector este de la ciudad. El apelativo nada tenía que ver con la afinidad política de sus ocupantes, sino con el color del ladrillo que revestía la solemne edificación de estilo neorrenacentista, cuya torre de setenta y cuatro metros se erigía controladora en el centro histórico de la ciudad.

Asumiendo ese papel, el de controlador, Viktor Lavrov tenía la mirada fija en el personal que abandonaba el centro de trabajo. Se sentía francamente incómodo a la par que estúpido sosteniendo el ramo de doce rosas rojas que acababa de comprar en la floristería que le había recomendado el soldado de primera clase Klaus Hegel, del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky. Regalar flores le parecía una costumbre más propia de la marchita conducta amorosa occidental que del rozagante espíritu eslavo, pero no hacía mucho que había oído decir a un hombre con pinta de haberse doctorado en el asunto que el camino más recto al corazón de las alemanas empezaba en la fragancia que desprende un buen ramo de flores. Si bien era cierto que no era ese el destino final que tenía en mente el portador del ramo —más bien otro en latitudes más meridionales—, albergaba la esperanza de que quizá podría ayudarle a retomar su relación con Erika Eisemberg.

Aquellas cuitas se esfumaron en el preciso instante en el que la localizó caminando en dirección a Alexanderplatz. El latido se le aceleró a modo de acicate antes de apretar el paso a la vez que calculaba el punto exacto para escenificar el feliz reencuentro bajo la sombra que proyectaba la robusta Torre de Televisión, uno de los símbolos incontestables de la fornida RDA. A pocos metros de producirse la interceptación por su flanco derecho, ella aminoró el paso y esbozó esa sonrisa que tanto le gustaba por prodigarse en contadas ocasiones. Ni bien se percató de que el destinatario era el tipo de cabello rubio y rizado que le estaba ofreciendo su brazo, la que empezaba a dibujarse en su boca se licuó hasta conformar una zeta bochornosa, porque bochorno era eso que le estaba invadiendo y pudriendo las entrañas.

—*Chert voz' mi!* —profirió en ruso.

Las doce rosas rojas de bochornosa intensidad descansaban sobre el empedrado mientras contemplaba cómo ella se subía en un Wartburg 311 azul cuya matrícula no pudo evitar memorizar.

La caída del sol provocó el consabido y brusco descenso en picado de la temperatura, lo cual no había impedido que el del KGB recorriera varias veces Unter den Linden de punta a punta como un autómatas mal programado. Necesitaba soltar lastre, pero su cabeza era una jaula en la que sus pensamientos grillaban con vigorosa tozudez. Fue entonces cuando resolvió que podía silenciarlos ahogándolos en alcohol, conque puso rumbo a Uhlenhorst para proceder al genocidio reflexivo a base de vodka.

En cuanto puso los pies en el Wirtsgarten, Rudi le obsequió una mirada turbia en la que se podía leer la velada incomodidad que le provocaba su presencia en el local. No era para menos.

—Buenas noches, camarada —le saludó a la vez que posaba la botella de Zhuravli sobre la barra.

—Hoy vengo empujado por el vicio. Saca la buena.

Rudi le sonrió y guardó el vodka rebajado con agua que le había servido la noche anterior. Sus raíces otomanas alcanzaban su máxima expresión en el perfil ganchudo de una nariz que hacía empequeñecer sus oscuros y oliváceos ojos.

—Ponte uno, hoy saldo la cuenta.

—¿Celebremos algo?

Un «mejor no preguntes» se esculpió en el rostro picado de viruela de su cliente del KGB.

—¡Salud! —propuso el barman como alternativa.

—Para ser viernes, hoy no tienes muchos feligreses en la parroquia —observó mirando en derredor.

—Ni falta que hace. Con la subida de los impuestos que ha anunciado nuestro querido Gobierno la gente prefiere beber en sus casas, calentita, que para eso ya paga la calefacción.

—Gracias a los impuestos puedes ir por tu cara bonita a una de las mejores universidades del mundo —dijo señalando el vaso vacío—. Y lo de la cara bonita era un eufemismo, no te crezcas.

Rudi teatralizó un mohín al tiempo que se disponía a servirle.

—Permíteme que te confisque a esta señorita de piel transparente y me retire con ella a mis aposentos. Tengo que reflexionar.

La deformación profesional le hizo elegir la mesa vacía más alejada de la puerta. Cuando su muda acompañante había perdido un tercio de su contenido

y el local la totalidad de sus clientes, Rudi se aproximó con el trapo sobre el hombro a modo de galones.

—Viktor, siento decirte que tengo que cerrar.

Aquellos ojos saltones, enrojecidos y vidriosos lo examinaron como si aquella fuera la primera vez que se cruzaba con él. Acto seguido introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un fajo de ostmarks que depositó sobre la mesa.

—Siéntate, Rudi.

Y Rudi se sentó.

—¿Crees que merece la pena?

La ambigüedad de la cuestión fue contrarrestada con un preciso suspiro que anticipó una respuesta nada concreta.

—Eso va a depender del número de billetes con la cara de Karl Marx que terminen en mi cartera.

El ruso soltó una carcajada que bien podría haber salido del hocico de una hiena. Acto seguido compuso un gesto serio y asintió repetidamente.

—Esta guerra que libramos desde la penumbra no parece que vaya a terminar bien para nosotros. Nuestro enemigo no está al otro lado del Muro ni del telón de acero, ni siquiera es el que vive cruzando el Atlántico, no. Nuestro enemigo real es este —certificó colocando la mano sobre el dinero, pero la sentencia perdió rigor por la escasa virtuosidad al pronunciar—. Es un oponente contante y sonante contra el que nada pueden hacer las intangibles ideas, por muy brillantes que sean.

—No lo pongo en duda, camara...

—No, claro que no —le cortó—. Pero el comunismo no es una moneda que puedas canjear por un televisor a color o por una lavadora, ¿verdad? El ser humano es avaricioso, necesita poseer, tener más que su vecino, alardear, demostrar a sus congéneres que su batalla personal la está ganando mientras los hijos de sus conciudadanos no tienen un trozo de pan que llevarse a la boca. A nadie le importa que no tengas la capacidad de pensar, no; el truco consiste en hacerte creer que tu opinión cuenta, cuando en realidad no eres más que un títere. Ese es su gran éxito. A través del Plan Marshall ellos se ocuparon de comprar las voluntades de naciones enteras a precio de saldo.

Rudi elevó las cejas al tiempo que se encogía de hombros.

—George Kennan, ¿te suena ese nombre?

—¿Debería?

—En realidad, no. Que el diablo lo confunda. Fue uno de los padres del programa económico para la reconstrucción de Europa, el tipo que acuñó estas palabras: «Estados Unidos posee el cincuenta por ciento de la riqueza del mundo, pero solo el seis por ciento de su población. Hemos de dejarnos de objetivos vagos y poco realistas como los derechos humanos. Cuantas menos bobadas idealistas dificulten nuestra labor, mejor nos irá» —citó de memoria—. La Kominform nada puede hacer contra el dólar. El capitalismo liberal es esto, Rudi; esto —enfaticó elevando el tono y golpeando con los nudillos el fajo de billetes, que quedó esparcido por la mesa—. Ellos pueden permitirse decenas de Vietnam, pero a nosotros un mal Afganistán podría hacernos desaparecer.

El ruso ahogó el final de la frase en el vodka y se incorporó sin perder el contacto con la mesa para no perder la verticalidad.

—Todo eso es tuyo, quédatelo, te lo has ganado. Pero te voy a pedir un último favor esta noche.

Rudi se mantuvo a la expectativa mientras recogía los billetes.

—Llévame a una de esas casas clandestinas donde habitan esas preciosidades a las que no se ve por las calles, ¿quieres?

—¿Quieres ir de putas ahora?

—Quiero ir de putas, en efecto, pero de las que solo venden su cuerpo, no su alma, como tú haces, camarada —remarcó en cada sílaba.

La nocturnidad le abofeteó la cara en cuanto salió de aquel piso al que le había llevado Rudi. Se subió el cuello de la gabardina, se ajustó el sombrero y consultó su reloj. Faltaban algunos minutos para las tres de la mañana y los efectos del vodka habían sido absorbidos por las sábanas de la mujer checoslovaca sobre la que había desparramado su frustración amorosa. La calle era un desierto de asfalto vagamente iluminado donde los sonidos parecían haber desertado en busca de oídos más prósperos. Desde allí, calculó menos de una hora hasta llegar a Marx-Engels-Platz, un paseo que no le vendría nada mal para preparar el abordaje a la mente de Annike Popp.

El guardia la sentó en aquella silla diseñada con el único propósito de ser incómoda para su ocupante.

—Manos bajo los muslos y mirada al frente —le ordenó antes de abandonar la sala.

El enrojecimiento de la esclerótica y las abultadas manchas oscuras que lastraban sus párpados inferiores eran los signos visibles de la privación del sueño. Los invisibles, los que en realidad importaban al del KGB, eran los que le proporcionaban la ventaja que necesitaba aprovechar.

—Nunca nos preparan para afrontar situaciones así, ¿verdad? Sobre el papel todo es más sencillo... —arrancó el ruso—. La buena noticia para ti es que esto se prolongará durante el tiempo que tú quieras.

Annike bosquejó una mueca que pretendía convertirse en una sonrisa, pero que apenas se quedó en el intento. Le costaba mantener la cabeza erguida y pestañeaba a cámara lenta delatando la velocidad a la que su cerebro era capaz de procesar.

—A primera hora tengo que comunicar mi decisión. He venido para comprobar si ya has tomado la tuya.

—¿No tenías a Thomas comiendo de tu mano? —susurró ella.

—Es mi opción B. Te prefiero a ti y la razón supongo que ya la has deducido.

—Nadine.

—Tu hija es mi seguro de vida. Con Thomas solo funcionará el dinero y para un tipo como él mucho nunca es suficiente. Terminaría ordenando su muerte y yo trabajo más en el medio que en el corto plazo. No voy a tratar de convencerte de que ideológicamente estás en el lado equivocado, quizá termines por darte cuenta tú misma, quién sabe. En realidad, me da igual. Pero déjame que te explique algo: nuestro mundo, el de la inteligencia, es como una pecera repleta de pececitos de distintos colores. Los hay que son idénticos a otros, pero en el instante en que les echas comida todos suben disparados a la superficie para tragar más que los demás sin importarles una real mierda si sus hermanos han comido o no. Solo cuando la comida se acaba siguen nadando como si nada hubiera ocurrido. Lo que te estoy pidiendo, querida, es que hagas como el resto de peces, que nades y comas, comas y nades como el resto, hasta que este maldito juego termine.

—De momento lo único que necesito es dormir —balbuceó—. En estas condiciones no puedo pensar. No soy capaz de... nada.

—No te conviene pensar demasiado.

Esta vez sí, Annike sonrió.

—¿De verdad piensas que el BND se va a tragar que algo salió mal, que yo he logrado salir indemne y que puedo seguir trabajando para ellos como si

nada?

—Depende del anzuelo. Les dirás que a Thomas lo detuvieron antes de entrar en el Wirtsgarten donde habías quedado para proseguir con vuestra operación y que lo último que viste fue cómo lo subían a una de nuestras Barkas camufladas —citó la marca de las furgonetas que utilizaba la Stasi—. Te entró el pánico y por precaución no has querido contactar de inmediato con tu enlace para reportar el suceso.

—Cuando sepan que habéis cerrado el túnel de la calle Franz-Klühs atarán cabos y...

—No lo vamos a clausurar —cortó—. De hecho, te vamos a permitir que saques a alguno de los librepensadores —calificó con causticidad— que tanto interés despiertan en el lado occidental. Si haces lo que yo te digo, te aseguro que todo esto tendrá un final feliz.

—Antes o después Thomas contará la verdad.

—¿A quién? Está y va a estar en régimen de aislamiento absoluto. De cualquier manera, en el peor de los casos, si nos descubren y terminas en prisión, tu situación no será peor que la que vas a tener en Hohenschönhausen, ¿no crees? Dicen que las celdas solo disponen de un ventanuco de estas dimensiones —indicó uniendo ambas manos— con un cristal esmerilado que apenas deja pasar la luz del exterior. Una pesadilla. Pero incluso si tienes la suerte de que te envíen a la cárcel de mujeres de Hoheneck, yo ya no podré hacer nada por ti. Tú decides si vas a ser capaz de acostumbrarte a vestir durante diez o doce años el uniforme de rayas azules y amarillas que te van a regalar mientras Nadine crece olvidando el rostro de su madre.

Ella desvió la mirada hacia el retrato de Erich Honecker, quien, omnipresente desde la distancia, sostenía una expresión amigable, como si no quisiera condicionar su respuesta con impostada benevolencia.

—Te estoy ofreciendo una salida de ese túnel en el que tú y solo tú te empeñaste en meterte.

—Yo solo quiero lo mejor para mi hija —se dijo a sí misma.

—Si eso es así, como te decía antes, no te conviene pensar en exceso. Confírmame que estás dispuesta a colaborar y que asumes que si en algún momento tengo la más mínima sospecha de que estás jugando conmigo jamás volverás a ver a tu hija.

Un leve movimiento de su cabeza fue suficiente.

—Yo solo quiero lo mejor para mi hija —repitió.

—Mañana a primera hora iniciaré los trámites y por la tarde te aseguro que podrás abrazarla. Tienes mi palabra.

Al pasar a su lado y ser testigo de su abatimiento, Viktor Lavrov se vio invadido por un sentimiento agrisado difícil de catalogar y se preguntó si no sería todo más fácil si, como aseguraban las teorías de los doctores Cleckley y Hare, existieran mentes capaces de no verse afectadas por el sentir de las personas a las que estaban causando un daño irreparable, como era el caso.

Ahogando la duda en un bostezo, golpeó la puerta varias veces.

## DEMONIOS DE CARNE Y HUESO

*Comisaría de Karlshorst  
Distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)  
27 de septiembre de 1980*

Un soplido corto y vigoroso bastó para eliminar la ceniza que acababa de desprenderse del enésimo cigarro que prendía esa mañana. Su escritorio era un mar de papeles sobre el que flotaba, varada a contracorriente, la mirada de Otto Bauer, inspector jefe de la Kriminalpolizei. Los restos de aquel naufragio lo componían principalmente fotografías de cadáveres, informes forenses y reportes de la policía científica. Trataba de establecer un patrón que le ayudara a relacionar los cinco casos de homicidios sin resolver y conectarlo con las recientes desapariciones de menores. Sin embargo, por mucho que reconocerlo le consumiera por dentro, no le quedaba más remedio que dar la razón al comisario principal Schoenberg cuando le repetía que para levantar un palacio necesitaba el terreno antes que los ladrillos.

—Otto, ¿te has enterado?!

Una voz tan estridente como familiar lo sacó de las profundidades de aquel abismo.

—Joder, Birgit, el día que reaccione disparándote no me lo tengas muy en cuenta, ¿de acuerdo? Y trata de no agacharte, que se te salen las...

Era cierto. Todavía no había logrado deshacerse de ocho de los once kilos que había engordado durante el embarazo de su segundo hijo y el Ministerio del Interior no estaba para renovar vestuarios a los miembros de las fuerzas de seguridad, por muy recién paridas que estuvieran.

—¡Cerdo! Luego te quejas de que nadie te cuenta nada de lo que pasa en el mundo.

—En el mundo del Dynamo de Berlín, que aquí no se habla de otra cosa que del último partidazo de..., ¿cómo mierda se llama el rubito ese del pelo alborotado?

—Rainer Ernst. Le tienes envidia porque tiene pelo, reconócelo.

—Eres mala como tu madre, hermanita.

—Me pienso chivar. Bueno, entonces, qué, ¿quieres que te lo cuente o no?

—¿Tengo alternativa?

—Lo cierto es que no. Esto es serio.

Otto Bauer aplastó la colilla contra el cenicero antes de conectar con los ojos castaños de su hermanastra.

—Te llamé anoche en cuanto dieron la noticia por la ZDF, pero no estabas en casa, claro.

—¿Y qué hace una funcionaria de la RDA sintonizando canales del enemigo imperialista? —atacó él.

—Calla, bobo, que al final me vas a ocasionar un problema. A lo que iba, que ayer, sobre las diez de la noche, un tipo puso una bomba en el Oktoberfest, en pleno Theresienwiese —concretó—. Ya han muerto once personas y hay más de doscientos heridos. Frank Kühn, el de balística, tiene familia en Múnich y dice que ha sido una masacre.

—Pocos muertos me parecen sabiendo cómo se pone eso el primer fin de semana. ¿Septiembre negro otra vez?

—De momento no se sabe nada, pero no tiene pinta.

—Ahora que me doy cuenta, ¿has venido un sábado a comisaría solo para contármelo?

—No. He venido a buscar mi cartera, que ayer me la dejé en la taquilla y tengo que comprar lo de esta noche.

—Claro, lo de esta noche —repitió con asepsia antes de devolver su atención a las fotografías.

Ella chasqueó la lengua con prodigiosa sonoridad.

—Otto, esa historia te está volviendo loco. Más todavía.

—Ya me lo dijiste ayer.

—Y te lo recordaré mañana. ¿Sacaste algo de provecho de tu visita a la Compañía?

—Nada. Mielke ni siquiera tuvo la decencia de atenderme. Supongo que lamer el culo de los insignes miembros del SED lleva su tiempo.

—¡Otto! —le reprendió en voz baja golpeándole en el hombro—. Esa

boquita te va a causar un problema del que no te va a poder sacar ni tu padre. Ten más cuidado, ¿quieres?

—Vale, hermanita.

—Ahí te quedas. Y no te olvides de pasar luego por casa para felicitar a Karl. ¿Ya le has comprado su regalo? —quiso saber apuntándole con el índice.

—No, pero lo haré en cuanto salga a la calle.

—¡Qué desastre eres! Te recuerdo que cumple once años y que gracias a ti ya tiene un arsenal más completo que el de la Unión Soviética.

—A tu hijo, como al resto de los niños, le gustan las armas de juguete. Qué le vamos a hacer...

—¡Hans dice lo mismo! No sé quién de los dos es más idiota, el padre de la criatura o su tío... ¿Y qué tal si le compras un libro?

Otto la miró en diagonal y enarcó la cejas.

—¿Uno que hable de lo bien que se vive en la República «Dramática» de Alemania? Gracias, pero prefiero gastar mi dinero en algo que le guste y que no le intoxique el cerebro.

El resoplido de Birgit se solapó con el timbre del teléfono.

—Bauer. —Silencio—. Enseguida.

Colgó.

—Te tengo que dejar, luego nos vemos.

En cuanto vio alejarse la moderada crasitud de Birgit, agarró otro Karo sin filtro para contribuir a la atmósfera insalubre que ya reinaba en la comisaría. Que el camarada comisario principal quisiera verlo no le generaba ninguna tensión, pero que le dijera que era urgente sí. Retuvo el aire en los pulmones mientras jugueteaba entre sus dedos con la tarjeta que le había dado aquel extraño tipo de ojos saltones con el que coincidió en la puerta del despacho de Erich Mielke.

«Psicólogo criminalista» —leyó con dejo despectivo antes de marcar los dígitos en su vetusto teléfono de ruleta.

A punto estaba de cortar la llamada cuando escuchó un violento carraspeo al otro lado de la línea.

—Pregunto por Viktor Lavrov.

—Al aparato.

—Inspector jefe Bauer, nos conocimos ayer en...

—Sí, hasta ayer sí alcanza mi memoria. Deme un par de segundos, por favor, mi cerebro todavía está abrazado a la almohada.

Fueron bastante más de dos, amenizados por sonidos guturales que podrían haber salido de la garganta de algún animal cavernario.

—Ya estoy con usted. Le propongo que nos veamos en persona a lo largo de la mañana. A partir de las trece horas, si le viene bien.

—Me viene bien, pero me vendría aún mejor saber de qué demonios quiere hablar, doctor.

—Precisamente de eso: de demonios de carne y hueso.

Silencio.

—¿Conoce el Der schwarze Spatz?

*A 8 km de Köpenick (RDA)*

Conducir era uno de esos placeres que consideraba inigualables. Claro que, al volante de su ZIL-117, conducir era solo un verbo carente de emociones.

Lo había mandado importar desde Moscú dos años atrás haciendo buen uso de su prestigio y sus magníficas conexiones con la élite política del país. En cuanto recibió la información de los nuevos diseños presentados en el Autopron de 1977, empezó a mover los hilos hasta que tiró de un miembro del partido al que todavía no le había cobrado el hecho de ocupar uno de los dieciséis sillones que conformaban el Consejo de Estado. El vehículo merecía la pena. El motor V8 de siete litros desarrollaba una potencia de 300 CV que le permitía volar sobre el asfalto a casi doscientos kilómetros por hora sin que apenas se notara la vibración, todo ello gracias al fabuloso progreso de la industria automovilística soviética. El acabado nada tenía que ver con la austeridad que presentaban otros modelos de fabricación rusa gracias a los cuidadosos adornos de metal cromado que tanto destacaban sobre el negro metalizado, dotando a la carrocería de un aire insigne al alcance de muy pocos. En el interior de aquel habitáculo de lujo solo existía él. Era su reducto inexpugnable. Allí dentro ni siquiera tenían cabida sus cavilaciones y toda su actividad neuronal se reducía a mantener las cuatro ruedas dentro de la carretera. Lamentablemente, el paseo de ese día era demasiado corto como para disfrutar a pleno rendimiento del ZIL-117.

Redujo la velocidad cuando se aproximó al puente sobre el río Dahme y aprovechó la tesitura para deleitarse la vista con la panorámica forestal que parecía arropar la superficie del lago Müggelsee con maternal candidez. Él se

jactaba de conocer como pocos la zona, no en vano ese era el punto geográfico del planeta donde había disfrutado de más horas de asueto a lo largo de sus cincuenta y cinco años de existencia. Habiéndose criado en Köpenick era lo normal, más aún si su familia disponía de los medios económicos necesarios para permitirse mantener una residencia de verano a los pies del lago con un pequeño embarcadero en el que ya no fondeaba *Bertha*, el velero de su padre que terminó vendiendo a un vecino con muchas más ganas que él de surcar aquellas aguas. Hacia allí se dirigía, como las otras veces. Abandonó el asfalto para adentrarse en otras vías menos dignas para aquellos ilustres neumáticos, pero donde sacaba todo el jugo al nuevo sistema de suspensión. Manipuló la manivela para hacer descender el cristal de su ventanilla y que entraran esos aromas agrestes que lo teletransportaban a su niñez. Por allí las cosas no habían cambiado tanto y no le parecía que hubieran transcurrido cuatro décadas desde que jugaba con sus primos entre aquellos árboles. Instintivamente desvió la mirada hacia el espejo para encontrarse con sus ojos, puede que avejentados por el paso del tiempo, sí, pero todavía lozanos y azules como la tonalidad de las aguas del lago que ya asomaba tras la curva. El sendero hasta la casa estaba plagado de hoyos inundados que casi con total seguridad estarían salpicando de barro las llantas y los bajos del ZIL-117, pero incluso eso le agradó: así tenía una excusa para poder limpiarlo. Al alcanzar el vallado bajó del coche sin apagar el motor y abrió la verja metálica. Comprobó con desagrado que las enredaderas, hordas indomables, seguían conquistando territorio de la fachada y que prácticamente la ventana de su habitación era el único espacio por someter. Se subió de nuevo, metió primera y aceleró muy despacio para dejar la vivienda a su izquierda, donde había algo más de espacio para maniobrar, y, de ese modo, poder recorrer marcha atrás los últimos metros hasta el embarcadero. Su oportuna construcción aprovechando un entrante lacustre pronunciado le otorgaba ese ingrediente de intimidad que requería la tarea de deshacerse de un cuerpo, por muy infantil que fuera. Los listones de madera crujieron a su paso, como si protestaran por ser despertados de un no tan largo pero sí confortable letargo.

En la superficie se espejaban formas oleaginosas de tonalidades irisadas, sensibles al reflejo de los tímidos aunque pertinaces rayos del sol de mediodía. Superando la línea del horizonte, unas concentraciones nubosas que amenazaban con precipitarse a la tierra en forma de lluvia otoñal le hicieron apresurarse contra su voluntad. Tenía que darse prisa, pero no por evitar

calarse, más bien por no faltar a su compromiso diario de ir a comer con su dulce Doris. Jugueteadando con el llavero, deshizo el camino e introdujo la llave en la cerradura del maletero, generoso en espacio, como le correspondía a una berlina de cuatro puertas. Tanto era así que se decía que podía transportarse un muerto, ataúd incluido. El dicho no andaba muy desencaminado, aunque a él le bastaba con una bolsa funeraria. Sacarla era la parte más engorrosa. Sus lumbares ya no estaban para levantar cuarenta kilos sin esfuerzo. La última vez sufrió una contractura que le duró semanas, por lo que adoptó la postura idónea antes de cargar con el cuerpo: piernas en paralelo, rodillas ligeramente flexionadas y espalda recta. Pasó los brazos por debajo de la cabeza y los muslos e inspiró por la nariz antes de dar la orden de tirar hacia arriba. En cuanto la sacó del maletero se giró y depositó la carga en el suelo lentamente sin encorvarse ni hacer ningún movimiento brusco. Soltó el aire y sonrió satisfecho, mueca que se le congeló de inmediato al percatarse de que el tirador de la cremallera estaba donde no tenía que estar.

—*Dummkopf!* —se dijo a sí mismo.

Realmente era un cabeza hueca. No le quedaba otro remedio que abrir la bolsa para meter las piedras que lastraran el cadáver hasta el lecho del lago, y ello implicaba tener que encontrarse con el rostro inerte de los niños, con sus expresiones cerosas, reposadas, sí, pero del todo acusadoras. Antes de hacerlo ya notó cómo se le revolvía el estómago, pero hizo de tripas corazón para agarrar dos rocas de buen tamaño, bajar la cremallera lo suficiente e introducirlas dentro. Las prisas lo llevaron a la desprolijidad atrapando sin querer varios mechones del rubio y ondulado cabello de la niña.

—¡Maldita sea!

Hastiado de su falta de esmero, agarró la bolsa por un extremo y la arrastró por el embarcadero sin importarle los desperfectos que pudiera ocasionar en el plástico. Un último esfuerzo fue suficiente para arrojarla al agua. Mientras recuperaba el aliento contemplaba cómo se hundía en el lago y con dos palmadas selló la operación. Dispuesto a regresar al cobijo del ZIL-117 se giró buscando su sobria silueta, pero se encontró con otra superpuesta.

Contuvo la respiración y amusgó los ojos, aunque no tuvo que forzar la vista para reconocer esa pose castrense; esa mirada.

La mirada inculpatoria de su tía Bernadette.

*Der schwarze Spatz. Berlín Oriental (RDA)*

Los platos humeantes de albóndigas, *Schnitzel* con patatas, codillos con chucrut y salchichas gigantes circulaban entre las mesas con orden y concierto. Las jarras de cerveza iban vacías y volvían llenas casi por arte de magia componiendo una sinfonía bien afinada gracias a la dilatada experiencia de los camareros.

Al ruso le había dado de sí la mañana. Superando los efectos de la resaca, había pasado por el taller para recoger su Trabi y, tras mantener una acalorada discusión con el encargado, logró bajar cuarenta marcos el precio del arreglo. Luego se dirigió a su puesto de trabajo en Normannenstrasse y se comunicó telefónicamente con Markus Wolf para ponerle al corriente de sus avances con Annike Popp y confirmar que aceptaba el encargo. No le dio muestra alguna de satisfacción y ni mucho menos le felicitó, pero el solo hecho de ratificarle que por la tarde tendría dispuesta y firmada la orden de excarcelación de la prisionera le hacía suponer que muy mal no lo había hecho. Acto seguido solicitó la hoja de servicios del inspector jefe de la Kriminalpolizei, Otto Bauer, y, antes de abandonar el edificio, bajó cuatro plantas para entregarle el número de la matrícula que memorizó a un agente de su confianza, quien, tal y como esperaba, no lo molestó con ninguna pregunta.

Estaba siguiendo con la mirada un filete de ternera rebozado sobre una cama de puré de guisantes cuando lo vio entrar. Se incorporó haciendo de su pelo amarillo centeno cortado a cepillo un faro en alta mar. El policía portaba una cartera de cuero marrón en una mano y un cigarro encendido en la otra. Se aproximó con la vista al frente y, si no fuera porque a pocos metros de producirse el encuentro relajó los músculos de la cara, se diría que iba a detener a alguien.

—Disculpe la demora —dijo extendiendo la mano—. Hoy sábado no debería haber tanto tráfico colapsando el centro, pero ya sabe lo que dicen de esta ciudad, ¿no? Hasta lo previsible es improbable que suceda.

—No se preocupe, no he perdido el tiempo —respondió el ruso agarrando por el asa su jarra semivacia—. Siéntese, por favor. No había estado nunca, pero si la comida sabe la mitad de bien de lo que huele creo que se van a cansar de ver mi cara por aquí.

—Yo suelo venir todos los miércoles. La cocinera es bávara y ese día le permiten preparar platos típicos de su tierra. Las bolas de pasta rellenas de

compota de ciruela o las que vienen rellenas de hígado de ternera son su especialidad. Los fines de semana tiran del menú clásico porque les viene mucho cliente de fuera. De igual forma, todo lo que sirven está bueno.

—No voy a tardar en comprobarlo, se lo aseguro.

—Y, dígame: ¿qué hace un psicólogo criminalista ruso descendiente de españoles en la República Democrática Alemana? —se le antojó preguntar mientras terminaba de colocar su abrigo en el respaldo de la silla.

—Se nota que es usted inspector jefe de policía —comentó antes de llamar la atención de una de las camareras.

—Me gusta saber a quién tengo enfrente cuando comparto mesa.

—Lo comprendo. De mí, en concreto, lo que le interesa saber es que he olvidado más sobre el comportamiento de los asesinos en serie de lo que usted va a ser capaz de aprender en su vida. Y no se lo tome a mal, es un hecho. Yo quiero otra de estas.

Otto Bauer aceptó la bravuconada perfilando una leve sonrisa.

—Yo tomaré una Radeberger. ¿Así que se considera una eminencia en el asunto?

—No, nadie lo es porque nadie ha sido capaz de..., ¿cómo se dice? Sí, descifrar, eso es; descifrar la mente de alguien que es capaz de quitar la vida a otra persona por el placer que ello le provoca. Lo que no sé es si el caso que tiene usted entre manos se ajusta a determinados parámetros para que podamos definirlo como tal.

—¿Qué parámetros son esos?

—Venga, inspector jefe, yo ya he hablado demasiado. Cuénteme algo sobre su asesino en serie y veamos si somos capaces de entendernos o no.

Las jarras de cerveza propusieron un alto el fuego. Ambos bebieron sin perder la conexión visual.

—¿Ha tratado alguna vez con alguno de estos desgraciados en persona, doctor?

Este se pasó la mano por la nuca.

—Joachim Kroll.

—El caníbal del Ruhr, he estudiado el caso.

—¿Y lo sigue considerando un desgraciado?

—Podría haber usado otro término, pero sí.

—¿Qué es lo que más le llama la atención de su manera de actuar?

Otto Bauer caviló unos segundos.

—Supongo que el hecho de que se comiera partes de sus víctimas.

—Podría hablarle de otros muchos casos de canibalismo, pero es cierto que llama la atención. No obstante, ¿cree que su apetencia por la carne humana era lo que le impulsó a matar al menos a trece seres humanos durante veintiún años?

—No lo sé, eso habría que preguntárselo a él.

—Y lo hice. El año pasado me entrevisté con él tres veces en la cárcel.

—¿En Rheinbach?

—Allí es donde está recluido, efectivamente.

El inspector jefe frunció el ceño. El tipo que tenía delante no debía de ser un cualquiera si podía desplazarse al oeste de Alemania.

—Una vez que fue detenido —prosiguió el ruso—, Joachim Kroll empezó a confesar otros crímenes que le fueron viniendo a la cabeza y fue entonces cuando un juez de la corte federal me solicitó que le hiciera una evaluación. No pude negarme y gozo de ciertos privilegios que me permiten moverme con cierta facilidad a ambos lados del telón de acero.

—Entiendo —dijo sin entender del todo.

—Fue durante la cuarta sesión de un total de dieciocho cuando le pregunté si sabía qué era lo que le impulsaba a matar. Me contestó que no.

—Claro.

—No, no..., realmente no lo sabía, lo cual, en términos penales es irrelevante, ya que era del todo consciente de que lo que hacía transgredía las leyes. Es decir, no se trata de un enfermo mental, se trata de alguien que no es capaz de conectar con los sentimientos de otras personas. Kroll mataba por la excitación que le provocaba disponer de la vida de otras personas. La dominación como fuente de placer es una premisa que se repite en muchos de los asesinos en serie afectados por algún tipo de trastorno antisocial de la personalidad. Este, en concreto, era de manual. Estrangulaba a sus víctimas, lo cual nos indica que disfrutaba arrebatando el último aliento con sus propias manos. Si la víctima era mujer, la violaba *post mortem*, y le daba lo mismo que fuera una niña de cuatro años que una anciana de sesenta y uno. El sadismo y necrofilia como vía para alcanzar el placer sexual físico tampoco debe extrañarnos. Por último, como colofón, cortaba partes de los cuerpos para cocinarlas tranquilamente en su casa y comérselas. Es la consumación del placer, pero... ¿es eso lo que de verdad nos impresiona?

—A mí sí. Me impresiona, por supuesto, y mucho —confesó prendiendo un

cigarro—. Tanto que se me está quitando el apetito...

—Que asesine, viole y devore a sus víctimas solo por placer es lo que nos hace desviar la atención de lo que en realidad debería interesarnos.

—Le escucho, doctor Lavrov, le escucho.

Este recortó la distancia y bajó la voz dos octavas.

—¿Cómo es posible que un maldito analfabeto sea capaz de asesinar con absoluta impunidad y que fuera descubierto por puro azar después de veintiún años? ¡Se le atascó el inodoro! ¡Al hijo de puta se le atascó el maldito inodoro con los restos de su última víctima! Parece una broma, ¿no cree? Es decir, el tipo no planificaba, simplemente se dejaba guiar por sus instintos, sin más.

—¿Adónde quiere llegar?

—A que son muchos más los depredadores de personas que no conocemos que los que somos capaces de identificar. Si Joachim Kroll hubiera sido un manitas y no hubiera tenido que recurrir a su vecino para que le ayudara, todas sus víctimas seguirían engrosando los archivos policiales de desaparecidos. Por ello, querido inspector jefe, lo único que nos debe importar es estudiar el comportamiento de la mente criminal. Solo comprendiendo y admitiendo la maldad como parte de nosotros seremos capaces de combatirla.

Otto Bauer aspiró la sentencia, la retuvo en los pulmones y la liberó en forma de humo.

### *A orillas del lago Müggelsee (RDA)*

La tía Bernadette era la pequeña de las cuatro hermanas que siguieron a su padre. Entregada a la soltería para casarse con Jesucristo sin la necesidad de jurar sus votos, vivía a cuatro casas de distancia subiendo por el camino que alguno de sus primos había bautizado como «el sendero de la bruja». Nunca supo si el apelativo respondía a lo sinuoso del trazado o a que desembocaba en la morada de su tía más rancia. Nunca olvidaría el bofetón que se ganó el primer día —y único— que se atrevió a levantarle la voz. Su rectitud no quitaba para que todos los domingos acudieran a su casa en tropel para merendar las mejores berlinessas rellenas de nata del universo. Solo entonces, observando cómo aquella jauría de infantes devoraban la bandeja, se la veía sonreír. El resto de veces sostenía un rictus severo, inquebrantable.

Como el que lucía en ese momento, hierática, erguida con los brazos

cruzados a la altura del pecho.

Se acercó algo timorato, forzando una sonrisa que sabía que no se iba a contagiar ni en un millón de intentos. A pesar de estar cerca de cumplir los ochenta, no se conservaba mal, cuestión que solo podría responder a algún tipo de pacto sellado con Dios.

O puede que con el mismo diablo.

—He visto la verja abierta y he entrado —se anticipó ella a la pregunta que tenía pensado formular.

No daba crédito a que un profesional de la negociación como él, acostumbrado a deshacer nudos imposibles, no encontrara las palabras adecuadas. En realidad, ni las adecuadas ni ninguna.

—¿Qué estabas haciendo, *Mäuschen*?

«Ratoncito», así le llamaba siempre. Pero no era aquel diminutivo lo que tanto le hacía enfadar, era que a todos sus primos los llamara por su nombre menos a él.

—No creo que deba darte ninguna explicación de lo que hago o dejo de hacer en mi propiedad.

—A no ser que arrojes algo al lago. Lago que no es de tu propiedad. ¿Qué has tirado?

—Cosas que tenía por ahí.

—Por ahí, ¿dónde? ¿En la casa?

—Por ahí —insistió.

—Las huellas de los neumáticos me han guiado hasta aquí. No has entrado en la casa. Además, ¿qué clase de cosas se tiran dentro de una bolsa de esas que se usan para trasladar muertos?

Nadie mejor que él sabía detectar el momento en el que una negociación llegaba a un callejón sin salida. Bajó la mirada y examinó el suelo. A dos pasos, una rama de buen grosor le invitó a doblar el lomo.

—¿¿Qué vas a hacer ahora, ratoncito?! —preguntó bizarra atravesando a su sobrino con la peor y más dura de sus miradas.

Ni siquiera se protegió la cabeza. El crujido, seco y rotundo, contenía una incógnita difícil de despejar acerca de si se había originado al partirse la madera o el cráneo de Bernadette. O puede que se hubieran solapado.

Tendida sobre el suelo como si llevara allí una vida entera, apenas movía la pierna izquierda en ligeras convulsiones arrítmicas, comportamiento que no le hubiera importado observar con más calma si el percance no le estuviera

ocasionando un retraso inesperado, complicado de justificar. No podía esperar a que su alma moribunda se reuniera con el Altísimo por su propio pie.

La roca que tenía al lado le ahorraría algo de tiempo.

*Der schwarze Spatz. Berlín Oriental (RDA)*

En algún momento entre las albóndigas y el codillo, Otto Bauer admitió que el tipo que tenía delante, a pesar de su extraño aspecto y su no menos extraña forma de expresarse, sabía de lo que hablaba. Le dio un último trago a la jarra antes de ladearse y extraer de la cartera que había abandonado en el suelo un montón de papeles que esparció como buenamente pudo sobre la mesa.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Hace siete semanas encontramos el cuerpo semidesnudo de una niña de unos nueve o diez años metido en una bolsa en un recodo cerca de la confluencia entre el río Spree y el Dahme. Presentaba múltiples cortes en brazos y piernas; más que cortes, incisiones —concretó—. Precisas y certeras incisiones practicadas casi con total seguridad con un bisturí. Contamos hasta un total de dieciséis. El forense determinó que había muerto por exanguinación entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas antes. Lo que nos llamó la atención es que se observaban ciclos distintos de cicatrización con una diferencia de unas doce semanas entre las primeras y las últimas heridas.

—¿Cortes sobre los vasos sanguíneos?

El inspector jefe lo observó fijamente y masculló algo ininteligible.

—¿Ha terminado de comer? —quiso saber.

—No, pero mi estómago es inmune a la barbarie.

Otto Bauer le acercó las once fotos y el psicólogo se tomó su tiempo para examinarlas con detenimiento.

—Esta es la última herida, ¿cierto? —preguntó el ruso señalando un corte en la cara interior del muslo.

El de la Kriminalpolizei asintió.

—Es la única que afecta una arteria, la ilíaca externa si no me equivoco —precisó—. El resto de incisiones están practicadas sobre venas de mayor o menor consideración, pero todas venas, en definitiva, para cortar la hemorragia a demanda. Además, es la única que está sin suturar.

—Así es.

—Supongo que ya le habrán hecho notar que la mano responsable de estas incisiones y suturas es una mano docta, ¿verdad?

—Sí, también.

Le devolvió las fotos, pinchó un trozo de carne y lo masticó sin levantar la vista del plato.

—¿Y bien? —quiso saber el de la Kriminalpolizei.

—Hematodixia —dijo después de tragar.

—¿Y en alemán?

El ruso volvió a conectar con él.

—Upirología, vampirismo.

—No le veo muy sorprendido, doctor.

—Es más habitual de lo que pensamos y mucho más de lo que nos gustaría. Se trata de un trastorno no diagnosticado formalmente, sí, pero eso no quiere decir que no exista desde la noche de los tiempos, nunca mejor dicho.

—¿Ha tratado algún caso similar?

—No he tenido esa suerte, pero podría citarle unos cuantos ejemplos. ¿Le interesa?

—Me interesa.

—Vlad Tepes, la persona que inspiró a Bram Stoker para crear su *Drácula*, me ahorro la historia. Gilles de Rais, un noble francés afectado por un cuadro severo de psicopatía, muy amigo de la magia negra y la alquimia, al que le gustaba hacer rituales con cientos de niños, jamás se pudo precisar cuántos —aclaró—, durante los cuales los desmembraba, comía sus órganos vitales y bebía su sangre. También está la condesa Elizabeth Bathory, otra aristócrata de principios del siglo XVII que asesinó a más de seiscientas doncellas para bañarse y beber su sangre como remedio contra el envejecimiento, lo cual nunca consiguió comprobar dado que murió emparedada. Pero, mire, ahora me vienen a la cabeza dos casos de compatriotas suyos que son mucho más recientes y que es posible que ya conozca. Si es así, córteme sin miramientos. Fritz Haarmann, más conocido como «El vampiro de Hannover», aterrorizó a sus vecinos a principios del siglo XX. Confesó haber asesinado a más de cuarenta jóvenes, muchos de ellos menores a los que engañaba para que le acompañaran a una bohardilla donde los sodomizaba y mataba de un mordisco en el cuello por este orden. Lo hago notar por lo que le apuntaba anteriormente sobre la necrofilia, ¿recuerda?

—Recuerdo.

—Luego los deshuesaba y vendía su carne al peso asegurando que era de cerdo o caballo. Y todo ello en un período de seis años y sin moverse de su ciudad natal. Un prodigio. Casi al mismo tiempo pero en Düsseldorf, Peter Kürten seguía el mismo patrón vampírico, aunque con algo menos de éxito, todo hay que decirlo, para terminar igual que su colega: decapitado. Este tenía tanta obsesión con la sangre que le consultó al juez que dictó sentencia si creía que cuando le cortaran la cabeza podría disfrutar unos instantes de ver cómo salpicaba la suya. Imagínese el pájaro. Hay docenas de casos más, como el de Vincenzo Verzeni, «el vampiro de Bérghamo», que atacaba a jóvenes adolescentes mordéndolas en el cuello y eviscerándolas, aunque solo llegó a matar a dos o tres, ya no recuerdo bien. O el del rumano Ion Rîmaru, al que en menos de un año se le contabilizan cuatro víctimas a las que viola, mata y bebe su sangre, a lo que habría que sumar al menos diez tentativas más que no logró concretar. Y, por supuesto, el de Richard Chase, «el vampiro de Sacramento», un esquizofrénico juzgado el año pasado por vampirismo, canibalismo, necrofilia... Una joya. Creía que sus órganos se estaban descomponiendo y que la única forma de evitarlo era bebiendo sangre de...

—Está bien, está bien, ya he tenido suficiente.

El inspector jefe se rascó las patillas y resopló hastiado.

—¿Cree que se podría establecer un perfil psicológico como hacen los norteamericanos?

El colmillo izquierdo de Viktor apareció en escena.

—Se podría —respondió con notable desinterés—. Varón, de entre treinta y cuarenta años, con un triste historial de maltrato durante su niñez y una bonita hoja de antecedentes por robo con violencia, abusos a menores y violación. Las víctimas suelen ser mujeres jóvenes o niños de edades entre los tres y los quince. Normalmente la hematodixia está ligada a lo sexual, como sustitutivo o acelerador, aunque no en todos los casos. También existe un componente espiritual fruto de creencias ancestrales relacionadas con la posesión del alma o la transmigración.

—Transmigración —repitió.

—La metempsicosis, por ponerle un ejemplo, fue una corriente de pensamiento que evolucionó hasta convertirse en una doctrina religiosa bastante extendida sobre todo en Oriente. Entre otras cosas abogaba por el traspaso de las almas entre los cuerpos cuando estos dejan de funcionar, pensamiento que torturaron algunas mentes retorcidas para autoconvencerse de

que podían apresar las almas más puras y lozanas bebiendo la sangre de los recién nacidos.

—Maldita sea...

—La especie humana, en efecto —completó—. Sin embargo, todo esto que le he contado y mi posible conocimiento sobre el asunto no es más que abono para el campo si no puedo acceder a la información que con tanto empeño se empeña en ocultarme.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Venga, inspector jefe, no me tome por necio —le interrumpió—. Si solo tuviera ese expediente sin resolver, no habría acudido a Erich Mielke con esa cara de pitbull desesperado, ansioso por que le suelten la cadena. Si de verdad quiere que le ayude, y entiendo que así es porque de otra manera no me habría llamado, cuénteme de una maldita vez a qué nos estamos enfrentando.

Otto Bauer se limitó a sostenerle la mirada durante unos segundos. Luego agarró el taco de folios que descansaba sobre la mesa y lo dejó caer del lado del ruso.

—Todo suyo. Dispone del tiempo que tarde en ir a mear y volver —estableció colocándose un cigarro entre los dientes.

Cuando regresó, el semblante del psicólogo criminalista había cambiado. No sabría definir qué le transmitía con exactitud, pero era distinto.

—Si algo parece evidente es que los cinco asesinatos son obra de la misma persona —comentó—, pero... ¿no fue posible identificar a ninguna víctima?

—Todas las comisarías de distrito trabajamos con nuestro propio archivo de desaparecidos, por lo que si quieres consultarlos todos tienes que solicitar los expedientes uno por uno. Yo lo hice y, de las cincuenta y dos denuncias abiertas, once correspondían a niños y niñas de edades similares a estas —expuso posando su dedo índice sobre las fotos—, aun así el forense no ha podido establecer ninguna correspondencia. Es más, ha descartado cualquier correspondencia.

—¿Las fechas de los cinco expedientes son correctas? —quiso saber este.

—Lo son.

—«24 de mayo de 1969» —leyó.

—Esa fue la primera, sí.

El ruso posó los papeles sobre la mesa con sumo cuidado y se limitó a cuadrarlos mientras movía la cabeza como si se estuviera poniendo de acuerdo consigo mismo.

—¿Cuál es su veredicto, doctor?

Aquellos ojos saltones se anticiparon a las palabras.

—Que está usted jodidamente jodido, inspector jefe.

*A orillas del lago Müggelsee (RDA)*

El chasquido de los ligamentos y tendones hizo que se le crispara el semblante.

Dominaba el arte de la improvisación. Él mejor que nadie sabía que, por mucho que uno planifique punto por punto sus actos y visualice lo que cree que va a suceder, son contadas las ocasiones en las que los hechos se precipitan siguiendo el guion marcado. No disponía de más bolsas, pero en la casa encontró una vieja maleta que podría ajustarse a sus necesidades. No obstante, para su desgracia, esta no acababa de encajar con las dimensiones de Bernadette. Lo había intentado de varias formas distintas, pero siempre había dos extremidades que, irreverentes, se negaban a ceñirse al espacio disponible. Descartó el desmembramiento, incompatible con su tolerancia estomacal, por lo que solo le quedó la opción de forzar las articulaciones.

Y en ello estaba.

El hombro derecho acababa de ceder y ahora el brazo era un apéndice domesticado, sometido a la dictadura de la volumetría de la maleta. Sin embargo, el mayor problema lo tenía con el tren inferior, concretamente con las rodillas. Puso el cuerpo boca arriba para facilitar la operación. Con la pierna estirada, colocó el tobillo sobre su hombro y las manos en el muslo. Las leyes de la física decían que, si ejercía la fuerza suficiente hacia delante ayudándose de su peso y conseguía sujetar el fémur, la articulación terminaría por invertir el rango de movimiento para el que había sido diseñada. Tomó aire y se dispuso a comprobarlo de forma empírica. Al tercer intento se percató de que tenía que exigir más a sus brazos y, convencido de ello, concentró sus fuerzas en los bíceps al tiempo que cargaba con el hombro en la dirección opuesta.

—¡Eso es! —lo celebró.

Se secó el sudor de la frente y se concedió unos segundos antes de proceder al empaquetado. Como esperaba, tuvo que ayudarse del pie para pisotear con denuedo algunos focos de resistencia. Cuando logró cerrarla, ciñó el correaje

de cuero y la cargó no sin esfuerzo en el maletero.

El reloj del salpicadero marcaba las dos y cuarto. Solo tenía que descargar el equipaje en el lugar que había pensado, lo cual le forzaba a desviarse ocho kilómetros del itinerario de regreso. Sin embargo, confiaba en recuperar el tiempo perdido exprimiendo al máximo las capacidades del motor del ZIL-117.

Notaba un enorme y molesto boquete en su estómago. Deseando que Doris hubiera preparado costillas de cerdo a la miel, embragó y metió primera.

*Der schwarze Spatz. Berlín Oriental (RDA)*

El olor a café y tabaco había ido ganando en intensidad en la medida en la que la cocina del restaurante dejó de preparar comidas.

—Dígame, inspector jefe: ¿por qué acudió exactamente a Mielke?

—Por desesperación, supongo. Una de las primeras preguntas que me hice fue: ¿por qué nadie reclama a estos niños? Es más, ¿por qué ni siquiera existen las denuncias de desaparición? Primero pensé en niños de la calle, pero el forense certificó que no existían evidencias de desnutrición o mala alimentación más allá de las consecuencias del cautiverio. Al margen, son contadísimos los casos de menores en situación de desamparo dentro de la República Democrática Alemana, y esto es un hecho probado. Entonces pensé en los niños huérfanos y conseguí una orden para revisar sus registros de entrada y salida. No encontré ni una sola irregularidad. Todos los niños estaban o bien en los hospicios o habían sido adoptados según el reglamento que establece el Estado. Llegado a este punto muerto, traté de encontrar un patrón basándome en los lugares en los que fueron encontrados los cuerpos.

—Le sigo.

—Todos ellos fueron encontrados en el agua —dijo extendiendo un mapa sobre la mesa—, tres en el Spree y dos en el Dahme. Estos dos —señaló— salieron a la superficie a tan solo cuatro kilómetros de distancia uno del otro, ¿ve?

—Perdone que le interrumpa, pero... ¿por qué salen a flote después de tantos años?

—El asesino arroja las bolsas con piedras para que arrastren el cuerpo hasta el fondo, pero con el paso del tiempo estas se deterioran, unas antes que

otras en función de diversas circunstancias, aunque, fundamentalmente, por el desgaste que produce el roce de la parte inferior con el lecho del río. Entonces, cuando las piedras salen de la bolsa y dejan de funcionar como lastre, los cuerpos ascienden por los efectos de los gases que emana el organismo en estado de descomposición. Luego son arrastrados por la corriente, pero, si se fija, aquí hay un área muy aislada que podría ser el lugar elegido para deshacerse de los cadáveres de los niños. Lo he consultado con un amigo que conoce estos ríos mejor que a sus hijos y está de acuerdo conmigo. Le pedí a mi jefe que drenáramos este tramo del Dahme a la altura de Köpenick, pero parece que el camarada ministro del Interior, Friedrich Dickel, tiene otras cosas más importantes que hacer. Acudí a Erich Mielke porque es, o fue, amigo de mi padre y pensé que podría ayudarme a desbloquear la situación. Esta mañana mi superior directo me ha invitado formalmente a que abandone la investigación y me centre en otros asuntos.

—En la República Democrática Alemana no hay asesinos en serie; en realidad, todos los países al este del telón de acero son inmunes a esa lacra imperialista, ya debería saberlo —expuso con tanta solemnidad que apenas se apreció el tono sardónico.

—Hijos de puta...

—Tenga cuidado, inspector jefe, desde Hohenschönhausen se investiga muy mal.

—Eso dice mi hermanita... ¡Mierda! —dijo entre dientes consultando la hora—. En un rato tengo el cumpleaños de mi sobrino y todavía tengo que comprar el regalo.

—Concluyamos entonces. Bajo mi punto de vista, y no estoy tratando de psicoanalizarle, solo tiene dos alternativas: dejar que este asunto se pierda en el olvido o complicarse la existencia. Porque le aseguro que si se empeña en llegar hasta el final su vida va a empeorar notablemente.

—Me hago cargo.

—Ya ha tomado una decisión, ¿me equivoco?

Otto Bauer desvió la mirada hacia las fotografías.

—¿Usted podría guardar esto en un cajón y seguir levantándose por la mañana como si nada?

—No se trata de mí, se trata de usted, pero le diré que no. No podría.

—Ya. El problema es que no sé cómo seguir, doctor Lavrov —reconoció en voz alta.

—¿Cuenta con gente de confianza?

—Eso es casi imposible de saber. Hay muchos sapos en la policía, pero, no sé, podría conseguir tres o cuatro que...

—Mejor dos de plena confianza que cuatro de supuesta confianza —le interrumpió.

El inspector jefe jugueteó con el paquete de tabaco, nervioso.

—Y si la pregunta que le ronda en la cabeza es si puede confiar en mí, la respuesta es no, pero puede contar conmigo. De hecho, mi querido inspector jefe, como decía mi padre: «Ya no le quedan más cojones que hacerlo» —sentenció en castellano.

Otto Bauer asintió como si de verdad hubiera comprendido el significado de la frase. Aquello le hizo pensar a Viktor Lavrov que podría llegar a entenderse con él.

—Por cierto —prosiguió el ruso—, un buen primer paso sería empezar a tutearnos.

# SOLEDAD

*Distrito de Friedrichshain. Berlín Oriental (RDA)  
28 de septiembre de 1980*

Sentado en aquel banco, las fachadas grises y monótonas de los *Plattenbauten* —edificaciones prefabricadas de hasta diez alturas herederas de la arquitectura brutalista soviética de principios de los cincuenta— parecían vigilar con sus cientos de ojos rectangulares a los pocos transeúntes que se habían atrevido a salir a la calle en aquella desapacible mañana de domingo.

Contrariamente a lo que venía siendo su rutina del sábado noche, tras la jugosa y turbadora conversación con el inspector de la Kripo, Viktor Lavrov había pasado como de costumbre por la tienda de repuestos de Kollwitzplatz, en el distrito de Pankow, para reportar y recibir instrucciones del Centro. Más tarde se encerró en casa con el firme propósito de torturar sus papeles hasta que le confesaran el nombre que necesitaba encontrar. Solo recordaba que había coincidido con aquel norteamericano en unas jornadas sobre patología dual que habían tenido lugar en Londres en 1978. Le llamó poderosamente la atención aquel ponente porque era más joven que él y, en aquel ecosistema de eminencias mundiales, ser menor de treinta era sinónimo de *rara avis*. Durante un descanso tuvo la oportunidad de mantener una amigable charla con él, y, si algo le quedó de la charla que gravitó sobre el vampirismo, es que aquel yankee tenía pensado acuñar un término para etiquetarlo: síndrome de Renfield, apellido que hacía referencia al personaje de la novela de Bram Stoker cuya obsesión por la sangre le condenó a caer bajo el influjo de Drácula. Tardó en dar con el listado de asistentes, pero, en cuanto vio su nombre escrito, lo identificó: Richard Noll. Pensando en la forma de contactar

con él, se había metido en la cama y su cuerpo debió de agradecersele, porque se había levantado con energías renovadas para afrontar los dos objetivos que se había marcado esa jornada.

El primero le hacía estar ahora bajo un paraguas maldiciendo esa lluvia fina y desvalida tan molesta como incapaz de purificar el aire que contaminaban las chimeneas de las fábricas metalúrgicas del cinturón industrial de la ciudad. A la mujer que se acababa de sentar a su lado la había visto cruzar el puente de Oberbaum caminando deprisa, como si de ese modo fuera a mojarse menos o a distanciarse más de sus acuciantes problemas. Se cubría la cabeza con un pañuelo y vestía un abrigo de lana negro que le llegaba por debajo de las rodillas. Los zapatos, viejos pero dignos, estaban manchados de barro hasta el empeine.

—Llegas tarde.

—Los domingos el metropolitano pasa cuando le da la gana y no hace como para venir dando un paseo.

—Eso ya deberías saberlo.

—Sí, tienes razón, debería. De todos modos, he venido muy bien acompañada, no tienes que preocuparte por mi seguridad.

Al ruso le hizo gracia su comentario.

—Sí, a algunos los verás más que a otros, pero tienes que acostumbrarte a ellos porque estarán ahí siempre, las veinticuatro horas, los veas o no. Cortesía de Markus Wolf, tendrías que sentirte halagada. Y como ya habrás supuesto, a tu casa le han brotado micrófonos como flores en primavera.

—No me he molestado ni en buscarlos.

—Mejor. ¿Qué tal está Nadine?

—Nadine es ajena a todo, por suerte, pero yo no he pegado ojo en toda la noche.

—Cuando la cabeza no descansa el cuerpo tampoco. ¿Qué le has contado a tu madre?

—Hace años que no me pide explicaciones.

—Eso que te ahorras. Al grano. ¿Qué te dicta el procedimiento del BND en el caso de que Thomas hubiera sido arrestado?

Ella caviló unos segundos.

—Contactar con mi enlace.

—¿Su nombre?

Annike suspiró.

—Raimond.

—¿Cómo te comunicas con él?

—A través de un anuncio por palabras en la edición del lunes del *Neues Deutschland*.

—Me tomas el pelo.

—No.

—¿Y no podía elegir otro diario que no fuera el folletín del partido? Los tiene bien puestos. Él lo lee, ¿y entonces?

—Acude a una papelería casi inaccesible que está cerca, en el Volkspark Friedrichshain, detrás del monumento a los soldados polacos y antifascistas alemanes. Recoge mi mensaje cifrado y si decide que quiere reunirse conmigo me lo hace saber al día siguiente a través de otro anuncio por palabras. Entonces regreso a la papelería para saber hora y lugar.

—Veo que Raimond es de la vieja escuela —comentó jocoso—. Magnífico. Consigue que decida mantener una reunión contigo esta misma semana.

—Ya te he dicho que eso lo decide él.

El del KGB la miró por primera vez. No fue necesario nada más.

—Está bien —suspiró—, me encargaré de ello.

—Cuando quieras verme, deja a medio bajar las dos persianas que dan a la calle; ellos me avisarán. Si tienes que hacerme llegar alguna comunicación por escrito, déjala en el buzón de tu vecino del cuatro puerta derecha y endereza la placa que lleva su nombre; ellos me la entregarán. En casos extremos, si necesitas contactar conmigo sin que ellos se enteren, memoriza este número de teléfono.

El ruso se lo dictó cifra por cifra.

—Solo pregunta si tienen repuestos originales de las aspas para batidoras RG28, nada más. Luego vas a la taberna Wirtsgarten y le dices a Rudi, el barman, exactamente esto: «Ponme un vodka de verdad, como los que toman los rusos». Él te dirá cómo y dónde encontrarte conmigo, pero ten en cuenta que trabaja en el turno de tarde hasta el cierre. Repítame el número.

Lo hizo sin equivocarse.

—Una última cosa, Annike: no me des ni un solo motivo para que empiece a valorar la posibilidad, aunque sea muy muy remota, de que estés jugando con las blancas y las negras. Ni uno solo, ¿de acuerdo? Esto es para tus gastos —prosiguió sacando un sobre del bolsillo de la gabardina y deslizándolo bajo su muslo—. Disfruta del domingo.

Ella agarró el sobre al tiempo que se incorporaba y lo dejó caer dentro del bolso. La lluvia casi había cesado, pero Annike se alejó rauda, como si de ese modo fuera a mojarse menos o a distanciarse más de sus acuciantes problemas.

*En algún lugar de la RDA*

Niclas aguzó el oído, pero solo lograba captar el maravilloso sonido de la lluvia. Prácticamente estaba seguro de que ella ya no estaba, pero, aun así, quiso cerciorarse y apretó con fuerza los párpados pensando en que la argucia le permitiría aumentar su capacidad auditiva.

Nada.

Trató de hacer memoria para localizar el momento en el que dejó de escuchar sus lloriqueos, sus lamentos y quejidos, esos tan molestos pero que ahora tanto echaba de menos. Un sinfín de hipótesis comenzaron a fabricarse en su cabeza: ¿Mofletudo habría encontrado una familia para ella? ¿Se habría escapado? ¿O simplemente se había calmado y estaba dormida?

Tenía que averiguarlo.

Se acercó a la pared a través de la cual solía escucharla y adaptó las manos alrededor de la boca para lograr el efecto altavoz.

—Hola, niña —susurró—. Me llamo Niclas, estoy aquí al lado. ¿Puedes oírme?

Pegó la oreja al muro y cerró los ojos. Ni un sonido.

—Niña, ¿estás despierta? Soy Niclas, tengo nueve años. ¿Y tú? ¿Estás ahí?

Nada.

—Si quieres, podemos ser amigos. Me sé algunos juegos para pasar el tiempo, ya sabes. No estoy enfadado contigo, de verdad. Si me estás escuchando, da unos golpecitos. Así, mira.

Niclas cerró el puño y con la parte blanda golpeó tres veces en la pared.

—¿Lo has oído? Si los has oído, hazlo tú también, por favor.

Pero durante los interminables cinco segundos que duró la espera no obtuvo respuesta alguna.

Entonces notó que algo nacía en su barriga; algo molesto por inédito; algo que se iba extendiendo por su interior arrugándolo todo a su paso; algo que no era capaz de identificar ni de detener hasta que salió por los lacrimales y

descendió denso y frío por sus mejillas.  
Soledad.

*Apartamento de Otto Bauer. Berlín Oriental (RDA)*

Entraba jadeando y con el ceño fruncido. Empujó la puerta y el portazo expresó rigurosamente lo que no alcanzaba a decir con palabras. La corriente de aire le movió el flequillo que con tanto esmero le había peinado su peluquera la tarde anterior y el espejo del pasillo le hizo saber que, por suerte, todavía mantenía vivo el aspecto gofrado y cremoso propio del cardado.

—¡Joder, Otto, vives dentro de un cenicero!

—¿Ya ha parado de llover? —escuchó preguntar desde el salón.

—Hace dos horas. Si salieras a la calle, te habrías dado cuenta. ¿Tienes agua fría?

—No sé, puede, busca en la nevera.

Birgit dejó un rastro de miguitas verbales de disconformidad en el camino hasta la cocina.

—¡Qué vas a tener...! Eso sí, tienes cerveza como para afrontar un holocausto nuclear.

—Tráeme una y deja de protestar, anda.

Al llegar al salón, Birgit lo recorrió detenidamente con la mirada como si fuera la primera vez que ponía los pies allí. Mientras, él permanecía sentado en un sofá con los pies sobre la mesa, expectante ante el más que previsible ataque de su hermanastra.

—Otto, no te lo tomes a mal, ya sabes que como yo no te quiere nadie, pero necesitas cambiar de vida con extrema urgencia —le recetó mientras abría las ventanas—. O, como poco, cambiar el maldito papel de la pared, que no puede ser más deprimente.

—Ya lo intenté y no funcionó.

—¿Qué intentaste? ¿Cambiar el papel o de vida?

—De vida, el papel me gusta.

—Siempre has tenido un gusto pésimo para la decoración.

—Puede, como tú para los hombres. ¿No quedaba ninguna Radeberger?

—En eso no te voy a llevar la contraria. Y no, doy por hecho que las que tenías ya las has meado. Ahora que mencionas a los hombres...

Otto resopló.

—Ayer en el cumpleaños no te quise preguntar —prosiguió ella en un tono menos agresivo—, pero... ¿no has vuelto a saber nada de Heinrich?

—Regresó a Leipzig, Birgit, ¿qué quieres que haga? Aunque no lo creas, las personas toman sus propias decisiones y él... Él, que se pudra.

—Muy bonito, Otto, muy bonito. Tú mismo. A otra cosa.

—Exacto: a otra cosa.

—Bueno, aquí me tienes y no veo ningún fuego. ¿Qué es eso que tenías que contarme que no podía esperar a mañana?

—Ven, quiero mostrarte algo.

Otto se incorporó a cámara lenta y se dirigió a la habitación de invitados, todavía pendiente de estrenarse en el uso de sus funciones. Bajó el picaporte y la invitó a entrar con un ademán de pretensiones versallescas que no alcanzó siquiera la categoría de mueca grotesca. Birgit permaneció inmóvil bajo el quicio de la puerta y, mientras procesaba la información que recogían sus ojos, hizo alarde de dominar un profuso abanico de dengues.

—Madre mía..., Otto, no sé qué decir.

—No voy a dejarlo. No puedo dejarlo.

—¡Claro que puedes, maldito cabeza cuadrada! Por supuesto. Debes. ¿Acaso el comisario principal Schoenberg no te dejó claro ayer que te olvidarás del caso?

—A la vista está que no. Para ser policía, tu capacidad deductiva deja mucho que desear, hermanita.

La tonalidad cardenalicia tirando a violácea de su tez era la crónica de un bufido anunciado.

—¡No te atrevas a tomarme el pelo! ¡No te lo consiento! ¡¿Te queda claro?! ¡No te lo consiento! —vociferó.

Otto levantó ambas palmas como si de un escudo invisible se tratara, pero nada pudo hacer contra la erupción pliniana.

—¡En comisaría me trago tus mofas por no darte un bofetón delante de...!

—Perdona, Birgit, solo trataba de quitarle un poco de hierro al asunto, pero en ocasiones me vuelvo un auténtico «comemierda». Te pido disculpas, ¿vale? —le rogó bajando el tono considerablemente al tiempo que la agarraba con firmeza de los hombros.

Ella recurrió a las escasas reservas de paciencia con las que había aterrizado en aquel apartamento para recuperar el control. Sin necesidad de

cruzar palabras, ambos se concedieron una tregua temporal.

—Me estoy empezando a preocupar. En serio, Otto, tienes que aprender a pasar página.

—No tiene nada que ver con aquello.

—¡Por supuesto que sí! En tu subconsciente sigues tratando de sacar a Paul del agua. Lo intentaste. Lo intentaste con todas tus fuerzas, pero la corriente era demasiado fuerte, Otto. No pudiste hacer más.

Ocurrió cuando él tenía catorce años. Estaban jugando al fútbol en un descampado cerca del río Wuhle cuando el balón terminó en el agua después de que Max, uno de sus amigos, despejara más allá de los límites imaginarios del terreno de juego. Lo persiguieron por tierra hasta que Paul, que era el dueño del esférico, decidió tomar cartas en el asunto haciendo oídos sordos a las recomendaciones del resto. Lo alcanzó con relativa facilidad, pero cuando regresaba a la orilla se encontró con la férrea y canalla oposición de una corriente que se conjuró para consumir las fuerzas del muchacho. Apenas si lograba pedir auxilio. Todas las miradas confluyeron en Max, pero este no dio muestra alguna de estar por la labor de salvamento. Cuando Otto se arrojó al agua y sacó la cabeza para ubicarse, la distancia se le antojó el doble de la que había calculado desde tierra, pero así y todo braceó movido por la obstinación de alcanzar a Paul. En algún momento lo perdió de vista y su instinto le hizo guardar las reservas de energía que le quedaban para mantenerse a flote.

—Tienes que dejar de culparte —insistió Birgit rompiendo el silencio que les distanciaba.

—No estoy buscando la redención, pero alguien tiene que hacer algo por ellos —dijo señalando las fotos de los niños, pegadas en la pared—. Son de la edad de Karl, todos podrían ser Karl, pero ellos ni siquiera tienen nombre. ¡¿No te das cuenta?! Ni siquiera tienen un maldito nombre.

Birgit recortó la distancia con aquel funesto mural fotográfico.

—¿Cómo es posible que nadie haya reclamado sus cuerpos? —prosiguió él—. ¡Son niños! ¿Es que nunca tuvieron padres? ¿Nadie los quiso alguna vez? ¡¿Cómo es posible?! ¿Nadie va a llorar por ellos? Tengo que averiguar qué les pasó, cuál es su historia, quién decidió arrebatarnos la vida... Tengo que..., tengo que devolverles su identidad —añadió con la voz quebrada—. Eso es lo que necesito hacer: devolverles su identidad. Ahora, márchate. Vete a cuidar a tus hijos, hazles la cena, arrápalos en sus camas, cuéntales un cuento y duerme

tranquila. Márchate tranquila, Birgit, pero no vuelvas a decirme que me olvide de ellos.

—Otto...

—Márchate, siento haberte robado tu precioso tiempo.

—¡Otto! —le chilló volviéndose hacia él.

Este rehuyó su mirada.

—Dime qué necesitas de mí.

—Nada. Me equivoqué al pensar que..., no sé, que querrías embarcarte conmigo en esta mierda.

—No quiero, pero eres el único hermanastro imbécil que tengo. Explícame cómo.

Otto se tomó el tiempo que requirió para licuar su exaltación.

—Consultar los archivos, revisar expedientes, cotejar...

—Vale, ya entiendo. Para que te ayude con el papeleo que tú odias hacer.

El inspector jefe se encogió de hombros.

—Lo imaginaba —dijo recortando la distancia con la pared.

—¿Entonces?

Entonces ella fijó la vista en una de las fotos e inclinó la cabeza de forma progresiva hasta alcanzar casi los noventa grados. Acto seguido recortó la distancia para examinar el resto de imágenes.

—¡Cómo se nota que no eres padre! Ni vas a serlo —añadió, cáustica.

—¿A qué viene eso ahora?

—La ropa interior —señaló.

—Todos los cuerpos han aparecido así, en ropa interior. O lo que queda de ella, porque en algunos casos... ¡pfff! No hay marcas que nos hagan pensar que sufrieran abusos sexuales y el hecho de que se deshagan de ellos tapados con la ropa interior nos indica que el asesino demuestra cierto pudor hacia...

—Un profesor de la academia decía que todas las teorías tienen cabida cuando hay demasiado espacio entre las hipótesis y la verdad de los hechos —le cortó—. Yo no me refiero a eso.

—Suéltalo ya.

—Estas prendas no se pueden comprar aquí.

—Aquí, ¿dónde?

Ella se volvió y chasqueó los dedos delante de su cara.

—¡Despierta, Otto! Aquí, en la República Democrática Alemana, y me atrevería a decir que en ningún país bajo la influencia de nuestros queridos

hermanos soviéticos.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Créeme, lo sé. Para conseguir estas braguitas tienes que ir a alguna de las mercerías del otro lado. Y estos calzoncillos igual.

Al inspector jefe Bauer le recorrió un escalofrío.

—Me cago en mi condenada alma —certificó entre dientes.

*Cine Babylon. Berlín Oriental (RDA)*

Se llamaba Dieter Kohlhaase, tenía veintinueve años y trabajaba como fotógrafo para varias publicaciones de medio pelo. Provenía de una familia acomodada, militantes todos del partido, cuyos apellidos no aparecían en ninguna de las fichas abiertas por la Stasi. Para su desesperación, aquel querubín de pelo rubio y rizado representaba a la perfección eso que Honecker había definido como «un buen alemán». Circunstancia que no había impedido que Viktor lo siguiera desde que salió de su domicilio en el distrito de Weissensee. Al margen de pasear y hacer fotos a rincones supuestamente pintorescos, lo único que había hecho era pararse en una pastelería a comprar una porción de tarta de manzana y proseguir su caminata hasta el centro. Cuando se detuvo frente al edificio de ladrillo amarillo que daba cobijo al mítico cine Babylon, el ruso temió que de un momento a otro vería aparecer a Erika. Sin embargo, transcurridos unos minutos esperando la cola en solitario para ver *Solo Sunny* de Konrad Wolf, sopesó la posibilidad de que Dieter fuera de esos tipos raros a los que no les importaba ir solos a ver una película. Aferrado a ese anhelo, compró una entrada para la sesión de las ocho y media y entró en la sala sin despegar la vista de los dorados bucles del molesto pretendiente opositor.

El tapizado rojo carmesí de las butacas se había ido oscureciendo con el paso del tiempo; no obstante, presentaba un aspecto señorial que, a tenor de los hechos, no constituía razón suficiente para atraer público a la sala. En cuanto se apagaron las luces se cambió de lugar para situarse a la espalda de Dieter. Extrajo la Makarov del bolsillo de la gabardina y la colocó en su regazo mientras examinaba el entorno. Dos filas más adelante, un matrimonio que rondaba los sesenta; a ocho butacas a la derecha, una pareja a la que poco parecía importarles la trama del largometraje. Solo restaba aguardar el

momento propicio y este llegó con una escena nocturna que provocó que la luz de la pantalla bajara notablemente su intensidad. Entonces sí hizo cantar a la corredera de la pistola antes de taponarle la boca a la vez que le clavaba el cañón en el cuello.

—Ni una palabra —le susurró al oído—. No queremos molestar a nadie, ¿verdad, Dieter? Solo quiero que me escuches, nada más. ¿Has entendido? Asiente con la cabeza si me he explicado con claridad o niega si necesitas que te lo repita.

Pero Dieter no se movió.

—Verás, Dieter: tú no me conoces, pero yo a ti sí. Aunque te cueste trabajo entenderlo, estoy aquí para hacerte un gran favor. Estás saliendo con una chica con la que no te conviene estar. Créeme, no te conviene en absoluto. Por tanto, lo que quiero es que dejes de verla de inmediato. Ni siquiera vas a tener que romper con ella, simplemente vas a dejar de llamarla y de atender sus llamadas. ¿Me he explicado bien?

Esta vez sí asintió convencido.

—Perfecto, porque no te lo voy a decir ninguna vez más. Tienes toda la vida por delante, no la echas a perder por una mujer a la que no conoces. Ahora me voy a marchar, pero si te das la vuelta lo único que vas a ver es una bala de nueve milímetros aproximándose a tus ojos.

De nuevo el mismo movimiento con la cabeza repetido en modo bucle.

—Cuídate, Dieter.

Y eso fue lo que hizo: cuidarse mucho de no girar la cabeza hasta que finalizaron los títulos de crédito y las luces volvieron a bañar la sala de butacas.

## DOS MANERAS: LAS QUE FUNCIONAN Y LAS QUE NO

*Exterior de la comisaría de Karlshorst  
Distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)  
29 de septiembre de 1980*

La hora del almuerzo se había convertido en una suerte de liturgia reflexiva. Descartaba la idea de ir acompañado, aunque bien era cierto que hacía meses que a Otto Bauer no le sobraban las proposiciones. Más o menos desde el día en el que estaban celebrando el ascenso de un compañero en un bar cercano a la comisaría y oyera a su espalda: «La única incógnita que queda por despejar es si se trata de los que dan o de los que reciben». En ese contexto, Otto fue de los que daban y mucho, tanto que el agente que formuló la cuestión tardó tres semanas en volver a comer algo sólido. Faltar al respeto de esa forma tan grosera a una promesa del boxeo patrio no parecía muy inteligente. Otto había colgado los guantes con veintiséis años cuando decidió salirse de la doctrina impuesta por la Escuela Superior Alemana para la Cultura Física, órgano del Estado programado para modelar determinadas disciplinas deportivas con el objeto de alimentar el aparato ideológico del régimen. Someterse al programa nutricional ya le supuso una píldora —nunca mejor dicho— difícil de tragar, pero la parte dogmática, la que incluía ser imagen del partido, participar en eventos políticos y pelear por el socialismo simplemente la vomitó.

Prendió un cigarro y se ajustó las gafas de sol. Aquel modelo plegable de la marca Carrera se había puesto de moda gracias a que la industria del cine era capaz de saltarse las restricciones aduaneras que limitaban la importación de mercadería occidental. Esas que ahora le tapaban media cara habían

pertenecido a un detenido que no las iba a necesitar allí donde iba, por lo que decidió custodiárselas durante los ocho años que le cayeron de condena. Se disponía a cruzar de acera cuando se percató de que un coche que circulaba anormalmente despacio se interponía en su camino. Dobló el lomo para identificar al conductor antes de mandarle a algún lugar de difícil retorno.

—Buenos días, querido, ¿te llevo a algún sitio?

Reconocer ese corte de pelo, los abultados ojos y la sonrisa sardónica provocó que el inspector jefe cambiara la batería de imprecaciones por un largo y desazonado suspiro.

—No esperaba verte tan pronto, camarada.

—Sube, por favor, tenemos que hablar.

Otto levantó la mirada para asegurarse de que no hubiera ninguna presencia incómoda a quien tuviera que dar explicaciones y rodeó el vehículo por la parte delantera dando golpecitos al capó durante el trayecto.

—No podías conducir otro que llamara menos la atención, claro —comentó en cuanto se acomodó en el asiento del conductor.

En efecto: el Trabant Kübel no era muy popular. Pintado de un verde militar, carecía de puertas y se descapotaba retirando la lona del mismo color que hacía las veces de techo. Un híbrido entre un Jeep de campaña y un utilitario urbanita que no llega a ser una cosa ni otra, ni mucho menos la suma de ambos.

—Resulta paradójico que alguien que luce esas gafas haga recomendaciones acerca de la discreción.

—¿Qué tienen de malo, Viktor? Sigue recto y dobla la primera a la izquierda.

—Yo diría que los hombres que se esconden tras esos cristales presentan el típico cuadro de carencia de autoestima, tara que tratan de compensar proyectando una imagen vigorosa y ruda que no les corresponde en absoluto. ¿Por esta?

—Sí, por esta. Veo que necesitas asistencia para ejecutar instrucciones tan complejas como «primera a la izquierda». Sigue recto, yo te aviso, no te preocupes. Te escucho, te escucho.

A Viktor le agradaba cada vez más aquel tipo.

—Esta mañana he logrado hablar con un colega de profesión que estudia casos de vampirismo desde hace unos años y me ha contado algunas cosas que podrían ser de nuestro interés.

—¿Quién es?

—¿Eso importa?

—Puede.

—¿Quieres escuchar lo que me ha contado? —le preguntó queriendo eludir el hecho de que había conseguido realizar una llamada telefónica a Estados Unidos.

Otto hizo un gesto con la mano.

—Es ahí. ¿Has comido?

—No, pero no dispongo de mucho tiempo.

El ruso giró la llave del contacto y se frotó el rostro con ambas manos antes de hablar.

—Resumo. Nos hemos centrado en casos de hematomaxia que él ha tratado personalmente. Resulta que tiene documentados algunos bastante recientes, aunque la inmensa mayoría datan de los siglos XVIII y XIX y podrían llegar a confundirse con otras enfermedades poco conocidas en aquella época, como la esquizofrenia o la pelagra.

—No sé qué es eso de la pelagra.

—Carencia o no asimilación de la niacina, que es un tipo de vitamina B que el organismo no es capaz de acumular, es decir, que necesita la ingesta habitual de alimentos que la contengan. No ser capaz de ello provoca que el sol cause estragos en la piel, haciendo que las partes expuestas en las extremidades y el rostro se arruguen y oscurezcan hasta presentar un aspecto tan repulsivo que se llegó a confundir con la lepra. Los afectados por la pelagra quedaron excluidos socialmente y muchos de ellos decidían aislarse. En otra época era muy común que los marginados se cobijaran en la soledad de los cementerios, saliendo solo de noche para comer lo que pillaran en la basura. Imagínate el panorama: indigentes famélicos con apariencia monstruosa que salían de noche de estos santos lugares con el humano propósito de alimentarse. Muy relacionada con esta enfermedad estaba la ftofobia, como es lógico, pero también cierta psicosis que desembocaba en comportamientos asociados a la violencia.

—Muertos vivientes.

—Para su desgracia. Como la medicina no daba respuesta a su patología, acudieron a la sabiduría popular: chamanes, brujos, embaucadores que les recetaron las clásicas exanguinaciones o, en algunos casos, el remedio contrario.

—Beber sangre.

—El zumo de la vida. Por norma de animales, eso sí. No obstante, como ya sabrá, nuestro organismo no procesa el plasma sanguíneo, hecho que les provocaba vómitos, afecciones estomacales..., en fin, un despropósito que sirvió para alimentar las creencias ancestrales sobre los chupadores de sangre presentes en todas las culturas. Otro colectivo que debe tenerse en cuenta es el conformado por los adoradores del maligno. Grupúsculos que se reúnen para realizar rituales satánicos con animales, aunque también se conocen algunos con personas en los que, y aquí viene lo interesante, beben la sangre de sus ofrendas.

—¿Quieres decirme que podría tratarse no de una persona sino de una panda de adoradores del diablo?

—Yo no formulo hipótesis, solo abro puertas por si entiendes que merece la pena meter el hocico. No estaría de más que visitaras centros psiquiátricos y preguntaras por historiales clínicos de pacientes que encajen en esta fascinación por la sangre. En cuanto a los satánicos...

El psicólogo criminalista se encogió de hombros y dejó la frase flotando en el habitáculo del Trabi.

—¿Algo más?

—No, ya puedes ir a llenar tu estómago, no sea que se vayan a agotar las salchichas.

—No tengo prisa, Agnus siempre me guarda una mesa. Yo también tengo algo. Algo importante —añadió aderezando el suspense.

—¿Podrías quitarte las gafas antes de contármelo? Lo digo por favorecer la credibilidad de tus palabras.

A Otto se le escapó una risotada, aunque inicialmente valorara soltar un croché de izquierda directo a las costillas.

—No sé por qué no te parto aquí mismo la cabeza, maldito bolchevique provocador.

—He aprendido a convivir con ello.

—¿Con qué?

—Con el hecho de incitar comportamientos agresivos hacia mi persona. ¿Qué tal si me cuentas eso tan importante que has averiguado y luego me agredes hasta que se te pase el hambre?

—Cabe la posibilidad de que las víctimas no sean nuestras, sino tuyas.

—Estoy casi seguro de que puedes explicarte mejor.

—Digo que provienen del otro lado del Muro, por eso no aparecen en

nuestros listados de desaparecidos.

—¿Y podrías desvelar, si no te resulta demasiado molesto, cómo has llegado a esa conclusión?

—En realidad, no he sido yo, ha sido mi hermanastra Birgit, que desde pequeña tiene memoria fotográfica o algo parecido.

—Bien por ella.

—Viendo las fotografías se ha percatado de que la ropa interior de tres de ellos no se puede adquirir en Berlín Este.

—Interesante.

—Mucho. Lo he corroborado esta mañana en dos mercerías y en ambas me han dicho lo mismo.

—Si eso es así, vamos a tener que sortear un escollo bastante peliagudo. ¿Quién podría cruzar la frontera, secuestrar a un menor y sacarlo del país en varias oportunidades? —preguntó Viktor.

—Eso mismo me estaba preguntando yo, pero lo veo como una ventaja, no como un inconveniente, porque el listado de sospechosos se va a reducir bastante, ¿no crees?

—Sí. Mucho. Pero ese va a ser precisamente el problema. El tipo de personas que están facultadas para entrar y salir a demanda de la República Democrática Alemana son justo las que son inmunes en la República Democrática Alemana.

A Otto se le ensombreció la mirada antes de salir del coche.

—¿Tienes rodilleras? —le preguntó el ruso asomando la cabeza por la ventanilla.

—¿Cómo dices?

—Digo que vas a tener que arrodillarte muchas veces si pretendes conseguir que el partido te facilite ese listado.

—Hay maneras y maneras, eso ya deberías saberlo, Viktor.

—Solo dos, en realidad.

Otto lo miró por encima de las gafas de sol.

—Las que funcionan y las que no. Que te aproveche, camarada.

*Parque de la iglesia de Santa María. Berlín Oriental (RDA)*

Sentado sobre el frío granito rojo que conformaba la alberca de la fuente,

Viktor Lavrov se preguntaba qué demonios estaría pensando la ninfa que, en pose altiva y canallesca, acompañaba a la divinidad acuática junto a otras tres representaciones femeninas.

—Estás más jodido que yo, por muy dios que seas —le dijo a Neptuno.

Cuestión bastante difícil de comprobar, porque si alguien estaba desconcertado hasta el extremo en materia sentimental, ese era él. Quizá se debiera al hecho de que nunca se había visto expuesto a los devastadores efectos del mal de amores y le resultaba complicado asumir que no existía un remedio efectivo que naciera de la razón o la lógica. Así, buscando un paliativo de efecto inmediato, resolvió que se enfrentaría cara a cara con su enfermedad.

El arrepentimiento que suele acompañar a la gallardía surgió en el instante en el que la vio aparecer caminando esbelta junto a otra mujer algo más mayor y notablemente menos garbosa. Se envaró azorado, estiró y sacudió la gabardina de forma tan ofuscada como innecesaria y se acomodó el sombrero antes de dar los primeros pasos confiando en que las cuerdas vocales no delataran su mayúsculo estado de alteración. A pocos metros de producirse el encuentro —en concreto a la distancia desde la cual reconoció aquellos ojos azules casi grises—, se desvaneció cualquier esperanza de afrontar el momento aparentando un mínimo de entereza.

Su semblante, primero de asombro pero acto seguido de fastidio, no le ayudó tampoco a que sus primeras palabras sonaran como él habría deseado.

—Hola, Erika.

Cada décima de segundo que tardaba en llegar su respuesta era una palada de arena más sobre la tumba de su ya difunta y enterrada galantería.

—Viktor, qué sorpresa.

—Me alegro de verte. Estás..., estás preciosa.

—Eva, ¿te importa si te adelantas? Yo te alcanzo enseguida.

La última palabra hizo las veces de epitafio. En esa tesitura tan poco halagüeña, el ruso se mantuvo firme o más bien rígido, como le corresponde a un cadáver.

—¿Tienes unos minutos?

—Siete —concretó tras consultar su reloj.

Cuenta atrás mental.

—Esperaba tu llamada.

—Pues sí que tienes paciencia, sí. Después de un mes, alguien como tú

debería darse por aludido...

—¿Alguien como yo?

Ella desvió la mirada y tomó aire.

—Alguien acostumbrado a fingir lo que no es.

El reproche le sirvió para atar cabos. No le faltaba razón. Durante las casi tres semanas que estuvieron juntos en Moscú, él representó la figura de mero soporte del país organizador hacia la delegación olímpica de la RDA, evitando en todo momento comprometer su verdadera labor como parte del dispositivo soviético encargado de prevenir posibles deserciones de deportistas pertenecientes a los países firmantes del Pacto de Varsovia. Mecanismo que a la postre resultó fútil tras el boicot secundado por las grandes potencias occidentales.

—Verás..., no es algo que estuviera en mis manos.

—Claro, claro. ¿Y cómo seguía la jugada? ¿Continuamos nuestro bonito amorío —calificó, aunque no sonó ni bonito ni mucho menos amoroso— en Berlín como si nada? ¿Viviendo una mentira? Tu mentira.

—Aquí podría manejar las cosas de otra manera. Durante la misión en Moscú ya me arriesgué a que...

—¡Ohhh! Se arriesgó, dice.

Viktor sujetó con fuerza las bridas de la ácida ironía que cabalgaba por sus venas.

—Erika, te puedo asegurar que todo, absolutamente todo lo que vivimos juntos fue cierto. Nunca había sentido nada parecido hacia una mujer. Lo único que hice fue cambiar el envoltorio, pero la persona que conociste es la misma que ahora tienes delante.

Un destello en la mirada de Erika le hizo continuar avanzando por ese cable de acero sin valorar que, a esa altura y sin protección, cualquier traspie resultaría fatal.

—Solo te pido que me permitas demostrarte que lo que te estoy diciendo es cierto. Por favor —añadió.

—Necesito pensarlo. Mi corazón ya ha cubierto el cupo de equivocaciones, además... —Ella dudó—. Además tenemos a mi padre enfermo.

—¿Qué le sucede a Albert?

Acordarse de su nombre le hizo ascender un escalón.

—En realidad, todavía no lo sabemos. Están haciéndole pruebas y más pruebas, por eso tampoco he estado muy pendiente de llamar a nadie y menos

cuando me enteré de que..., en fin.

Al ruso le habría encantado saber con exactitud qué era lo que había averiguado sobre él.

—Lo siento mucho. Si crees que yo puedo hacer algo, no dudes en decírmelo.

—Creo recordar que te mencioné que mi padre no es que se diga un leal adepto del régimen, ¿verdad?

—Concretamente con la política de expropiación de las grandes empresas. Sí, lo recuerdo.

—Concretamente —repitió—. Si en algún momento se llega a enterar de que su única hija se está acostando con un tipo del KGB, lo enterramos al día siguiente.

Duda resuelta.

—Sí, yo también tengo amigos influyentes, ¿sabes? —añadió ella como respuesta a la expresión que se cimentó en la cara de su interlocutor.

No era algo que se dijera en público, aunque tampoco había que ser un portento deductivo para llegar a la conclusión de que un ruso en nómina del Ministerio para la Seguridad del Estado perteneciera al servicio de inteligencia soviético.

—Me alegro de que lo sepas; ahora, si te digo que mi verdadero nombre es Armando, no me queda nada que esconder.

—Armando —pronunció ella deficientemente.

—Es un nombre español, y mi apellido, Lopategui, es de procedencia vasca. Y si me das la oportunidad, te cuento mi historia al detalle.

—No sé si me interesa, la verdad.

—Lo comprendo. Solo dime, por favor, que te lo vas a pensar teniendo en cuenta los atenuantes —le rogó componiendo una mueca que casi podría calificarse de enternecedora.

—Los atenuantes, claro, y los agravantes. Todo. Y qué más da —añadió tras una breve pausa.

Tocaba guardar silencio.

—Dame un par de días para que aclare mis ideas y, si en ese plazo no tienes noticias, por favor, no insistas. No soy de las que toman decisiones a la ligera y menos de las que ponen en duda las decisiones que no han tomado a la ligera.

—Lo comprendo.

—Permíteme que lo dude, pero, bueno, lo dicho.

—Gracias por escucharme —dijo él alargando furtivamente los dedos hasta contactar con su piel.

Erika le sostuvo la mirada sin apartar la mano. Luego se giró sin decir nada y emprendió la huida hacia el Ayuntamiento Rojo.

El del KGB estaba muy lejos de ser una persona devota, pero, en aquel instante, habría abrazado cualquier confesión religiosa con tal de que alguna divinidad intercediera por él y le asegurara que ese roce fugaz no iba a ser el último.

Que no iba a ser la última vez que se enfrentara a aquellos ojos azules casi grises.

Que no iba a ser la última vez que enloqueciera solo con ver el contorno de sus caderas al caminar.

Neptuno, ajeno y desdeñoso, parecía no querer prestar oídos a sus plegarias.

### *En algún lugar de la RDA*

Había pocas, muy pocas cosas, que consiguieran irritarle. Pensar en el atuendo que tenía que incluir en el equipaje era una de esas. Esta vez reclamaban sus servicios en Bonn y su interlocutor iba a ser el veterano ministro de Justicia de la RFA, Hans-Jochen Vogel. Ya había tratado con él al menos en una decena de ocasiones y lo mejor que podía decir del bávaro de adopción era que se trataba de un hombre de palabra. Bajo un rudo aspecto de político ilustrado escondía su debilidad a la hora de preservar por encima de todo lo que él llamaba «los derechos inquebrantables del individuo», lo cual, al margen de ser muy loable para los ojos demócratas y liberales del mundo, le otorgaba una sobresaliente ventaja durante las negociaciones. Así fue como consiguió aquella suculenta cantidad por el pago del rescate de la ajedrecista Petra Feibert. Ni bien se filtraron las fotos de las condiciones de reclusión en la cárcel de mujeres de Hoheneck, el bueno de Hans-Jochen se avino a transferir los marcos que exigía su Gobierno. En esta ocasión, entre los treinta y cuatro expedientes solicitados por la RFA no había ninguno especialmente llamativo. Quizá por los tres ingenieros pudiera alcanzar la cifra de los cien mil marcos por cabeza, pero por el resto de prisioneros no aspiraba a más de los cuarenta

mil fijados como precio estándar. Por esa razón auguró que su estancia en la otra Alemania no se prolongaría más de dos días, máximo tres. Tenía decidido resolverlo en el mínimo tiempo posible, dado que no solía descansar nada bien cuando dormía fuera de casa y las dos últimas noches, rompiendo con sus hábitos oníricos, se había desvelado en multitud de ocasiones. Tan extraño era que no durmiera a pierna suelta que estaba empezando a pensar que la tía Bernadette le había lanzado alguna terrible maldición antes de morir. Quizá aquella postrera mirada contenía algo más que odio y su suerte se iba a deteriorar, aunque lo más probable era que solo fuera producto de su imaginación y del esfuerzo que tuvo que hacer para introducir a la condenada señora en la maleta.

—¿Necesitas que te eche una mano?

El sobresalto hizo que se llevara las manos al pecho.

—Mi dulce Doris... Ese prodigio silencioso terminará arrastrándome a la tumba.

Ella sonrió afectuosa al tiempo que movía los brazos para poner en movimiento la silla de ruedas.

—Es una maravilla. Estoy tan contenta... Casi no tengo que hacer fuerza para moverme, ¿ves? No sabes cómo te agradezco que hayas conseguido que nos la trajeran. Doy gracias a Dios por tenerte siempre a mi lado. No sé qué haría sin ti.

Él se inclinó para besarla cariñosamente en la frente.

—Tesoro.

—La última vez que te pusiste ese traje te quedaba un poco justo. No te enfades, pero no creo que hayas adelgazado un gramo desde entonces. ¿Por qué no te llevas el marrón? Es elegante y no parece que vayas a un funeral.

—Decidido. Podrías haber venido antes, llevo un buen rato devanándome los sesos con el equipaje.

—La camisa parda —señaló—. Estaba en el jardín. Las petunias colgantes me roban la atención durante horas. Hay algunas que las veo bastante pachuchas.

—No la encuentro... Están algo mustias porque ansían ser tan bonitas como tú. Tienen que comprender que tu belleza es inmarcesible. Aquí está.

—Adulador. No me extraña que en esas negociaciones siempre te salgas con la tuya.

—Bueno, dejémoslo en casi siempre. ¿Zapatos?

—Cualquiera de los marrones. Dime, por favor, que a tu regreso guardarás algo de tiempo para ayudarme a preparar la gala benéfica del día 11. Ya casi la tenemos encima y quedan tantas cosas por hacer... No, esos no, se ven muy desgastados.

—Ni el estallido de la Tercera Guerra Mundial me lo impediría. Ya sabes que, aunque soy consciente de que tú sola podrías hacerlo, me encanta aportar mi granito de arena. Además, odio dejarte sola más de lo estrictamente necesario.

—Y a Athos también.

—También —corroboró él.

—A veces me siento celosa de ese animal.

—Anda, no me vengas ahora con esas; pero, ya que hablamos del príncipe de la casa..., te acordarás de darle de comer, ¿verdad, cielo?

—¿Alguna vez me he olvidado de tu perro?

—No, la verdad es que no, por eso te adora tanto como yo. Volviendo al asunto, no quiero que pienses que estaba tratando de desviar la conversación. Creo que es de vital importancia que mostremos los apoyos con los que contamos en tu cruzada por los más desvalidos.

Doris chasqueó la lengua.

—Sí, sí que lo es. Por supuesto que lo es —corroboró ella con aire nostálgico.

—Venga, no te quedes con ello dentro. Dime qué sucede —la animó él interpretando con acierto el tono de voz.

—No te lo he querido comentar todavía, pero estoy muy preocupada con el descenso de las donaciones.

—¿Descenso? ¡¿Cómo que descenso?!

—Tranquilo, nada que no se pueda remontar. No obstante, si la fundación no llega a las cifras de años anteriores, van a tener que reducir las plazas en los orfanatos de Santa Justina y en el de Santa Eduvigis.

—No, eso no va a suceder, querida —aseguró endureciendo el tono—. Todavía faltan dos horas para que vengan a buscarme. Por favor, busca los listados y subraya en azul las contribuciones que son inferiores a las del año pasado y en rojo a los que están pendientes de hacer la donación. Te aseguro que, antes de Navidad, Todos a la Mesa no solo habrá igualado la cifra, sino que la habrá superado con creces. ¿Qué sucede? —quiso saber ante la huidiza mirada de Doris.

—Verás..., los Geißel no han hecho la aportación y no atienden mis llamadas.

—¿¿Cómo dices?! ¡Por el amor de Dios! ¿Que no te atienden las...?

—Seguro que hay alguna explicación —le interrumpió.

—¡Por supuesto que la hay! ¡Y ahora mismo lo voy a averiguar llamando a Manfred!

—Por favor, no te exaltes, te recuerdo que en la última revisión el doctor Priesnitz te dijo que controlarás la tensión.

Él hinchó los pulmones y soltó el aire muy despacio, como si estuviera desnudando un diente de león imaginario. Luego se arrodilló para ponerse a la altura de su esposa y le agarró las manos.

—Llevamos treinta y ocho años casados, como para que ya sepas que no voy a consentir que nadie nos ningunee. Y menos una familia que nos debe mucho más de lo que le pedimos.

—¿No te da miedo que un enfrentamiento así te pueda perjudicar en el futuro?

—Ya sabes que solo hay una cosa en el mundo que me provoque sudores fríos.

—Ser enterrado vivo, lo sé.

—Y eso, se ponga como se ponga Manfred Geißel, no tiene pinta de que vaya a ocurrir, ¿verdad?

—No parece, no —contestó ella siguiéndole el juego.

—Doris, esos niños nos necesitan. Te necesitan.

—Que Dios te bendiga, Martin, que Dios te bendiga.

*Residencia de Annike Popp. Berlín Oriental (RDA)*

Su respiración rítmica y acompasada le producía un efecto aletargador del que no conseguía desprenderse. Nada le gustaría más que trasladarse al lugar en el que estuviera Nadine en ese instante, un lugar sin lados ni aristas, sin muros ni alambrados, sin ideologías ni posturas. Un lugar feliz. Uno muy diferente del que le había tocado vivir a ella, donde nada era puro ni real y nadie era libre. ¿Cuándo quedó atrapada en ese mundo?

Las había visto un millón de veces. Aquellas fotos de su padre en color sepia. Los desfiles, los uniformes, las banderas. Un país entero guiado hacia la

consecución de un único objetivo: un pueblo, un imperio, un líder. ¿Qué quedaba de aquel fatamorgana colectivo? Cenizas. Polvo pisoteado por los de siempre: judíos y comunistas, las lacras que pudrían la civilización asfixiándola con sus sucias tenazas: el dinero y la opresión. Pero en su familia habían luchado contra ellos desde tiempos inmemoriales, contra el mal endémico, contra esa peste invisible, como la denominaba el abuelo. Lo llevaba en la sangre, la misma que habían derramado los suyos en el campo de batalla en dos guerras mundiales luchando por un mundo libre de lacras, tenazas y pestes. Su madre le había contado que cuando su padre regresó del campo de concentración de Kursk en 1949 no era más que un guiñapo de huesos y piel. Tenía los ojos hundidos tras unos pómulos picudos que se habían convertido en su rasgo facial predominante. Había combatido a los rojos durante cinco largos y pesados años, había sobrevivido al fuego enemigo, al frío y a las inhumanas condiciones como prisionero de guerra y, al volver a Berlín, el destino, cruel y sañudo, quiso que la casa que había visto nacer a tres generaciones de los Popp cayera en el sector soviético. Pero su padre era un luchador y pocos meses después ya estaba integrado en la Organización Gehlen gracias a los buenos contactos que mantenía con antiguos oficiales de la Wehrmacht. Aquella red de agentes luchaba desde la clandestinidad para frenar el avance del cáncer estalinista, que pretendía convertirlos a todos en esclavos bajo el yugo de la hoz y el martillo. Annike, de carácter descontentadizo por defecto, nació y creció en esa atmósfera belicista silenciosa, bajo el miedo pegajoso y constante a que el KGB o la Stasi golpearan su puerta; a que desenmascararan a su padre y no volviera a verlo más; a que todo su universo antisistema se derrumbara en un parpadeo. Nunca ocurrió y, sin embargo, cuando él falleció a causa de una infección renal que no supieron detener a tiempo, Annike no dudó en recoger el testigo.

—Cada día se parece más a ti —oyó a su espalda.

Era Franka, su madre.

—Es lo más bonito del mundo.

—Esta mañana, en la bañera, no ha parado un segundo de reírse. Es una verdadera lástima que te pierdas esos momentos.

—Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes —respondió, arisca—, pero tengo un horario que cumplir, ¿sabes?

Un horario que había interrumpido para acercarse a la oficina del Neues Deutschland de Unter den Linden y poner el anuncio.

—Perdona, no quería...

—No pasa nada, mamá, solo es que estoy algo cansada.

—Aprovecha que está dormida para recuperar horas de sueño, tienes unas ojeras negras que parecen la entrada de una cueva.

—Sí. Creo que haré eso.

—Por cierto, si no te parece mal, mañana me llevo a Nadine al Museo de Historia Alemana. Ya sé que no le interesará un comino —se anticipó—, pero cuando he ido a comprar he oído que mañana es jornada de puertas abiertas y hace años que no entro en el Zeughaus.

—Es un edificio precioso. No hay problema.

—¿Necesitas que te traiga algo del centro?

—Un marido guapo y rico.

—Pues ahora que lo dices, ayer me encontré con Nikolai, el hijo de...

—Mamá, ya sé quién es Nikolai y nadie con nombre de zar va a conquistar mi corazón. Ni con esa nariz ganchuda —añadió.

—Yo no le veo tan mal, hija.

—Pues todo tuyo, mamá. Suerte. No te olvides de invitarme a la boda.

Franka soltó una carcajada nerviosa que sonó demasiado pubescente para haber superado la cincuentena.

—De todos modos, ya que vas a ir al centro, ¿por qué no te compras algo de ropa? —propuso Annike.

—No necesito ropa nueva.

—Mamá, esos pantalones te los compraste antes de que a Honecker lo hicieran secretario general. Están más desgastados que él.

—Esas bromas te acabarán costando un disgusto algún día.

—Como a ti esos pantalones el día que te agaches de improviso. Toma, no se hable más.

Franka se quedó mirando el dinero que acababa de dejar sobre la mesita de noche. Estuvo tentada a indagar sobre su procedencia, pero finalmente agarró los billetes sin ceder a la tentación.

—Me voy a comprar los más caros que encuentre, te lo advierto.

—Muy bien. Si te sobra algo, mira a ver si encuentras algo bonito para Nadine.

Annike se agachó para besar a la niña y después hizo lo propio con su madre. Cuando iba a salir de la habitación se detuvo.

—¿Todavía guardas las fotos de...? Ya sabes.

—Claro.

—Quizá deberías..., no sé, deshacerte de ellas. En algún momento hay que pasar página, mamá.

Franka abrió la boca y así, boquiabierta, permaneció unos segundos cavilando hasta que notó que se le cuarteaba el cielo de la boca.

*Calles del distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)*

La bala atravesó la lona y silbó a escasos centímetros de su oreja. El acto reflejo de echar la cabeza hacia atrás le libró de recibir el disparo en la sien, donde había apuntado el desconocido que apretó el gatillo desde la ventanilla del coche que se había parado a su lado en el semáforo.

Dado que su cerebro todavía no había sido esparcido por el habitáculo, a Viktor Lavrov se le ocurrió que podría darle la orden de hacer lo necesario para salir de aquella situación.

Y a poder ser con vida.

Había salido tarde de Normannenstrasse. Los reportes que elaboraba la Administración 12 a la que estaba asignado habían ido ganando en altura sobre su escritorio y de alguna manera tenía que demoler aquel mamotreto para evitar que el comandante Hauptmann, su supervisor directo, presentara una queja ante la Administración Central de Coordinación. Como venía siendo habitual, la prolija red de escuchas había atrapado infinidad de pececillos, pero ningún ejemplar digno de consideración. Ni siquiera los informes de las embajadas y consulados se habían ganado más de diez minutos de su tiempo; no obstante, necesitaba leérselos para ofrecer un diagnóstico que podría resumirse en «sigan pescando, quizá otro día haya más suerte». En cuanto se subió al coche desconectó de aquellos asuntos para rescatar los relativos al caso. En el punto en el que se encontraban, a Otto le iba a resultar francamente complicado, por no decir imposible, acceder a la información que precisaba para seguir avanzando en la investigación. El listado de personas con patente de corso para pasar al lado occidental debía de ser tan reducido como comprometedor. Altos dignatarios del partido, notables funcionarios del Estado, cargos militares, diplomáticos..., en resumen, la flor y nata de la República Democrática Alemana. Incluir esos nombres dentro de una investigación de esas características no estaba al alcance de ningún inspector

jefe de la Kriminalpolizei. Por tanto, era posible que se diera la paradoja consistente en que el único progreso relevante les llevara a un callejón sin salida. En otro callejón pero con salida, el ruso estacionó su vehículo con la intención de buscar alternativas en la barra del Wirtsgarten. Rudi, más amable y hablador que nunca, le invitó a la segunda ronda e incluso le ofreció una tercera; no obstante, Viktor declinó la invitación en un alarde de responsabilidad muy poco frecuente. Algo después, en el primer semáforo que le pilló con el *Ampelmännchen* en rojo y los brazos en cruz, un movimiento registrado con el raballo del ojo izquierdo le había salvado la vida.

Por lo menos en primera instancia.

Hundir el acelerador y soltar el embrague fueron los primeros mandatos que ejecutó. La siguiente detonación que recogió su nervio auditivo no hizo sino refrendar la decisión de huida. La imagen de su Makarov descansando tranquilamente dentro de la funda en el último cajón de la cómoda de su dormitorio le invitó a soltar varias blasfemias en su lengua materna al tiempo que daba un volantazo para girar a la derecha. Alternando la mirada entre el retrovisor —del que no conseguía borrar aquellos dos faros amenazantes— y el parabrisas, y sin levantar el pie del pedal, se adentró en la cuadrícula de calles que conformaban el tranquilo barrio de Uhlenhorst. Para su desgracia, las vías eran demasiado anchas y rectas como para pretender poner asfalto de por medio frente a un perseguidor cuyo perfil no acertaba a identificar, pero que con toda probabilidad estuviera dotado con un motor más potente que su Trabant. Le sudaban las manos y notaba agarrotada la espalda, como si estuviera cargando sobre sus hombros todo el peso de la carrocería. Enseguida resolvió que tenía que poner rumbo a Karlshorst, cuyo intrincado callejero se le antojaba más favorable. Redujo una marcha y dobló a la izquierda con brusquedad seguido a menos de diez metros por lo que podría ser un Dacia 1300. Delante de él circulaban dos coches que parecían moverse a cámara lenta cuando los sobrepasó zigzagueando, antes de desembocar en la avenida Waldowallee, la arteria que se encargaba de nutrir de vehículos el corazón de Karlshorst. El primer cruce lo pasó sin importarle si había o no semáforo, el segundo casi ni lo vio cuando la aguja del velocímetro estaba a punto de alcanzar el número 100. El Dacia 1300 no le daba tregua. Parecía que las piezas se iban a desensamblar de un momento a otro y la vibración que no eran capaces de absorber los amortiguadores estaba empezando a afectar su calidad de visión. Dejándose guiar por su instinto, tomó una calle que salía a

su derecha y que, por fin, ni era tan recta ni tan ancha, ni tan iluminada. Levantó el pie del acelerador de forma progresiva con la mirada puesta en el espejo, donde, por primera vez, no aparecían aquellos ojos instigadores. Aliviado, que no relajado, giró aleatoriamente en cada cruce, hasta que encontró un sitio ajeno a la iluminación urbana. Entonces, quitó las luces, estacionó a medias por si tenía que volver a salir derrapando y apagó el motor sin sacar la llave del contacto. Fue como si en el acto hubiera desaparecido todo el ruido del planeta. Se recostó en el asiento y liberó el aire que todavía retenía en los pulmones. La tranquilidad duró los segundos que tardó en percibir el sonido de un vehículo acercándose y de nuevo consintió que la adrenalina tomara el control de sus actos. Se bajó del Trabi por la puerta del copiloto y avanzó encorvado por la acera tras el parapeto que le ofrecía la hilera de coches aparcados. Al llegar a la esquina se puso en cuclillas y esperó. No tardó en percatarse de que aquellos que se aproximaban no eran ni se parecían a los faros del Dacia. Un chirriar de ruedas llamó su atención a su espalda. Lo vio girar apresurado en el cruce y, a pesar de que no estaba seguro de que se tratara de su perseguidor, decidió aprovechar una ventaja: iba a pie. Tenía que darse prisa. Mucha. Corrió calle abajo cargando el peso del cuerpo sobre las punteras de sus zapatos y braceando de manera coordinada para mantener el equilibrio como le habían enseñado en la academia. Recorrió los sesenta metros que le separaban de la siguiente esquina y se mimetizó con el entorno adosando su morfología a la pared de ladrillo. El corazón le golpeaba contra las costillas cuando el coche pasó a su lado. Dos ocupantes, color gris oscuro, una abolladura en el paragolpes trasero.

Y la matrícula.

El colmillo izquierdo manifestó su satisfacción.

Aguardó pacientemente unos instantes y regresó a su vehículo. No podía regresar a su casa: si, fueran quienes fueran, esos tipos que habían intentado volarle la cabeza, conocían su rutina, era más que plausible que supieran dónde vivía.

Solo tenía un sitio adonde ir.

# SUEÑOS INTERRUMPIDOS Y CONTINUAS PESADILLAS

*Apartamento de Otto Bauer  
Barrio de Karlshorst. Berlín Oriental (RDA)  
29 de septiembre de 1980*

Algo no encajaba. Eran demasiado secuenciales. Tres golpes. Silencio. Tres golpes. Silencio. Misma cadencia e intensidad, excesivamente parametrizado para pertenecer al sueño en el que estaba sumido.

Abrió los párpados, se incorporó mascullando fonemas ininteligibles y se ensañó con insistencia en la restregadura, aunque más por enfado que por necesidad de aliviar el picor de los ojos. Al comprobar que eran las dos menos diez de la madrugada, casi como si se hubiera desvanecido el conjuro, sus palabras ganaron en dicción.

Tres golpes. Silencio. Tres golpes.

Otto Bauer agarró su Walther PPK reglamentaria y saltó de la cama.

—Seas quien seas: ¡si vuelves a tocar mi puerta, voy a dispararte tres veces en la puta cara! —vociferó conforme avanzaba somnoliento por el pasillo.

—¡Bonita hospitalidad, camarada! —oyó.

Ojos saltones. Tez picada. Pelo pajizo cortado a cepillo.

Risa de hiena.

Barajó la posibilidad de volver a la cama, pero a la postre se armó de valor y abrió. No se percató de que estaba completamente desnudo hasta que se fijó en que la mirada de la inoportuna visita le apuntaba a la entrepierna.

—Vaya, estás bien armado —comentó con aire cómico—. Retiro mi crítica hacia la calidad hospitalaria del establecimiento.

—Viktor, ¿qué cojones quieres a estas horas?

—Si te vistes, te prometo que te lo cuento todo.

Otto levantó el brazo.

—La cocina. Ponte un vaso de lejía o lo que sea que peor te siente. Ahora voy.

Cuando se giró, el ruso no pudo evitar fijarse en la cicatriz que le cruzaba en diagonal una espalda mucho más fornida de lo que cabía esperar. Unos calzoncillos y una camiseta de tirantes que algún día fueron prendas blancas fue el conjunto que Otto eligió para la ocasión.

—Ya puede ser interesante la película —le advirtió.

Cuando terminó de narrarle los hechos, el inspector jefe seguía sosteniendo la expresión que sostienen las personas a quienes les sacan de la cama forzosa e inesperadamente.

—Hijos de la gran puta —valoró—. ¿Tienes alguna idea de quién o quiénes podrían...? Olvídalo, no es una buena pregunta, yo te conozco de anteaer y ya querría verte muerto...

—No percibís mi belleza interior. Ni mi bondad —añadió. No parecía que estuviera bromeando.

—¿Podrías reconocerlos si volvieras a verlos?

—¿En uno de esos cuadernos con miles de fotos de delincuentes comunes? No creo. Pero, además, no tengo tiempo ni ganas. El que me disparó era rubio, llevaba el pelo como el cantante ese que tanto les gusta a las quinceañeras.

—Rod Stewart.

—No, hombre, no. Este que se pinta la cara de blanco con una estrella negra aquí —se señaló.

—¡Ah, claro! El cantante de Kiss, no recuerdo su nombre, pero ese tiene el pelo más negro que el corazón de un judío.

—No sabía que fueras antisemita.

—No lo soy, solo es un dicho.

—Bueno, pues imagínate al tipo ese sin la cara pintada y rubio.

—Igual. Vale. Muy bien, ha sido de gran ayuda. ¿Y del coche qué me podrías decir? —preguntó mientras se llenaba un vaso con agua del grifo.

—Cuando lo vi por el retrovisor pensé que era un Dacia 1300, pero luego, al pasar junto a mí, me pareció más un Lada. Eso sí, era un cuatro puertas y tenía una abolladura en el paragolpes trasero.

—Perfecto, solo tenemos que buscar un Dacia o un Lada de cuatro puertas

gris oscuro casi negro, con una abolladura en el paragolpes trasero y conducido por el cantante de Kiss pero en rubio. Apuesto a que mañana lo tenemos entre rejas.

—Quizá os resulte más fácil si te facilito la matrícula.

Otto escupió en el fregadero el agua que tenía en la boca.

—¿Tienes la matrícula?

—La tengo.

—¿Y por qué mierda no me lo has dicho antes?

—Porque no me lo has preguntado, inspector jefe.

El alemán lo miró con inquina. Un directo en el puente de la nariz era lo que le pedía el cuerpo.

—De todos modos, no he venido hasta aquí para denunciar el hecho ante las autoridades.

—Venga, sorpréndeme.

—No puedo volver a casa, no es seguro. Sin embargo, tengo que recuperar algunas cosas.

—¿Ahora?

—Podría esperar a mañana, pero me gustaría no tener que ir..., ya sabes, a pelo —definió.

—¿Quieres que te deje un arma? Es decir... ¿mi arma?

—Lo pillas todo al vuelo.

—Pero ¿tú sabes manejar...? Olvídalo. Iremos juntos por la mañana. En el salón hay un sofá.

—Muy amable.

—Hasta mañana.

Otto Bauer se volvió muy despacio.

—Una última cosa. No estaría de más que me contaras de una puta vez quién eres y a qué mierda te dedicas realmente. Ayudaría bastante.

—Otro día. ¿Una mantita no tendrás?

*En algún lugar de la RDA*

Por momentos tenía la impresión de que todo aquello formaba parte de una pesadilla perpetua. Los sueños eran tan reales y la realidad tan engañosa que empezaba a no distinguir si estaba dormido o despierto, como si su mente

podiera separarse del cuerpo.

Para Niclas todo resultaba muy extraño. Estaba tapado por completo, pero tenía frío y sudaba. A veces le sobrevenían tiritonas que no era capaz de detener y cuando al fin desaparecían le dolían tanto los músculos que parecía que le habían molido a palos. La única buena noticia era que Mofletudo había pasado por allí para decirle que los próximos dos o tres días no iba a poder traerle comida, por lo que le había dejado algunas latas de conserva abiertas, pan, varias piezas de fruta y agua de sobra. El caso es que no recordaba la última vez que había probado bocado. Ni siquiera le apetecía jugar a las grandes batallas. Solo quería estar tumbado. Nada más. Que pasara el tiempo, como solía hacer durante los primeros días cada vez que le cambiaban de sitio. De un orfanato a otro, ocho meses aquí, cinco allá y vuelta a empezar. Hasta que las caras del resto de niños no le empezaban a resultar amigables no se relacionaba con nadie y prefería refugiarse en alguna parte, lejos de todo y de todos. Para Niclas siempre había sido así. Una vez alguien le contó que su mamá había muerto cuando él tenía cuatro años y que, al margen de su tío, que permanecía ingresado en un psiquiátrico, no tenía parientes cercanos; por lo que el país, su país, se había hecho cargo de él. De darle un lugar caliente donde dormir, con comida, juguetes..., mientras esperaba que alguna de las familias que iban a visitar las casas de acogida se fijara en él. Normalmente buscaban niños más pequeños, de dos o tres años, pero conocía casos en los que se habían llevado a niños de nueve e incluso de diez. Así que jamás perdió la esperanza de que llegara el día que le tocara a él.

Y le tocó.

Era un viernes, eso lo recordaba muy bien, porque todos los viernes ponían pescado y a él no le gustaba demasiado. Prefería las salchichas de los martes o los guisos de los jueves, aunque solía terminar todo lo que le ponían en el plato, como mandaba sor Theresa. Ese día vio a Mofletudo —como lo conocían todos los niños por allí—, estaba hablando con el padre Müller y tuvo un buen presentimiento. Aquel hombre de aspecto a veces bonachón, a veces cascarrabias, visitaba el orfanato cada cierto tiempo, pero lo interesante era que siempre que lo hacía se llevaba a alguien. Por norma los agraciados eran niños mayores, de siete en adelante, y, sin embargo, Niclas nunca perdió la esperanza de que la fortuna le sonriera algún día.

Y ese día llegó. Al menos eso pensaba al despedirse de los otros niños desde la ventanilla de aquel cochazo negro.

Lo último que recordaba era que, tras recorrer unos cuantos kilómetros por carretera, empezó a sentirse muy cansado y pidió permiso a Mofletudo para tumbarse a lo largo en el asiento de atrás. Cuando despertó seguía tumbado, pero el entorno, muy a su pesar, había cambiado. No sabía bien dónde estaba, lo cual no implicaba que no supiera que donde estaba no era donde quería estar. Ni donde debería estar. Horas después, él apareció para explicarle que la familia que se había interesado por él había cambiado de opinión y que tenía que esperar ahí hasta que él encontrara una nueva que lo quisiera adoptar. Que podía ser cuestión de días o semanas, pero que no se preocupara, que algo encontraría. Acerca de las heridas en los brazos y los tobillos, le había dicho que le estaban curando una enfermedad que le habían detectado en la sangre, que tenía que estar sano para poder encontrar quien lo quisiera, pero que tampoco debía angustiarse por ello.

Y Niclas lo intentaba, intentaba con todas sus fuerzas que la angustia no lo devorara.

Un leve pero insólito sonido le hizo incorporarse. Inmóvil, derivó toda su capacidad sensorial hacia el oído deseando no captar nada. Pero lo oyó de nuevo, de un modo más nítido si cabe o más cerca. De inmediato, en su mente se fabricó una conjetura: patitas con uñas. El escalofrío que le recorrió la columna vertebral mientras dibujaba el resto del animal —gordo, peludo y con dientes— estalló en la parte posterior de la cabeza provocando que se le erizara el cabello. Ahora necesitaba ver, localizar, corroborar con la mirada sus sospechas. No obstante, lo prioritario era organizar su defensa ante un inminente ataque, por lo que se acurrucó contra la esquina, introdujo los pies dentro de la manta y agarró varias piedrecitas, otrora poderosos carros de combate imaginarios devenidos en ridículos e inocuos proyectiles. El ruidito venía de la zona de penumbra, territorio donde no se adentraba la luz que se colaba por el ventanuco y por nada del mundo barajaba la posibilidad de acercarse a comprobarlo. Él era un soldado, sí, pero más de retaguardia que de vanguardia. Niclas arrojó una de las piedras a la oscuridad con más miedo que intención. La escuchó rebotar contra el suelo y luego contra la pared sin provocar efecto alguno. Casi mejor. Aguzó el oído por si acaso los escuchaba alejarse. Quizá la rata o el ratón se marchaba por el mismo sitio por el que había entrado. ¿Por dónde había entrado? Enseguida espantó la pregunta de un manotazo mental para centrarse únicamente en el inminente peligro. Ahora podía oír cómo olfateaba el aire. ¿Una rata olfatea? Otra piedra. Y otra. Otra

más. Nada. Solo ruidos de uñitas y olfateos. Niclas se preguntaba cuánto tiempo podría resistir así cuando relacionó el exceso de comida con la nueva compañía.

—¿Quieres comida? ¿Eso es lo que has venido a buscar? Pues toma.

Armándose de valor, alargó el brazo, alcanzó un trozo de pan y lo arrojó a las tinieblas. Las uñitas reaccionaron en el acto esprintando hacia el lugar donde había caído. Escuchó cómo lo roía y masticaba y se imaginó una rata gorda y peluda degustando aquel currusco.

Y de nuevo el silencio. Engorroso y temido silencio.

En el intervalo, a Niclas le asaltó una idea. Podría identificar a su enemigo si conseguía atraerlo a la zona iluminada. Ahora bien, justo hasta la frontera, lo suficientemente alejado de su área de confort. Las ganas por ponerle cara —y sobre todo volumen— a la amenaza pudieron con las dudas.

—Vamos allá —se animó con la mirada fija en el sitio exacto donde quería que se quedara el pedazo de pan.

Trazó el movimiento tres veces antes de arrojar la carga.

—¡Sí! —gritó exaltado.

Décimas después, la alegría desapareció y apareció la parálisis.

Aquello no era una rata.

### *Apartamento de Otto Bauer. Berlín Oriental (RDA)*

Conformaba un escorzo inverosímil con el cuerpo revirado con respecto a las piernas, recogidas en posición fetal y los brazos estirados por encima de la cabeza. La tentación de arrojarle agua en la cabeza era tan mayúscula que valoró si las posibles consecuencias solaparían el gustazo de ver al ruso estremecerse. Un destello de humanidad le hizo inclinarse por la vía convencional.

—¡Vamos, despierta! —le gritó meneando su contrahecha morfología.

—*¡Juy tebye na postnom maslé!* —sonó el «anda y que te jodan» en su idioma.

El inspector jefe Bauer reía entre dientes mientras escuchaba murmurar a su invitado forzado desde la cocina.

—No tienes un buen despertar, ¿eh?

—Depende de las circunstancias. Si un hijo de puta con pinta de quedarse

calvo completamente en el siguiente parpadeo y con patillas trasnochadas se empeña en joderte la mañana, es fácil que me levante con el pie izquierdo. Pero no te preocupes, que si estás en pie la vida siempre te ofrece un segundo asalto.

—Eso es muy cierto. ¿Café?

—Solo y sin azúcar.

—Date prisa, mi hermana está al caer.

—¿Tu hermana? —preguntó lascivo ya en la cocina—. Pensaba ducharme, pero lo mismo le gusto más así, más hombre.

—Ese es el problema. A Birgit le gustan los hombres, no... lo que sea que te defina como especie —concretó señalándole.

—Ya veremos. ¿Y a qué viene, si puede saberse?

—Ya te dije que es policía y que me está ayudando en la investigación.

—No, no me lo dijiste, me acordaría.

—Lo mismo da. Me está ayudando, que es lo que importa, y, como no queremos que el comisario principal Schoenberg sospeche, lo tratamos en privado. Según me dijo anoche por teléfono, ha encontrado algo en la búsqueda de hospitales psiquiátricos que le encargué.

—No deberías tratar nada por teléfono.

—¿Qué te crees?, ¿que no he comprobado si mi línea está intervenida? No me tomes por estúpido.

—Aquí, en tu casa, claro. ¿Y fuera? ¿También has comprobado si la han intervenido en la centralita?

Otto lo miró con flagrante encono.

—Vale, voy a ducharme. Si viene tu hermana, por favor, que no se marche sin darme un beso. Te hago responsable.

El terrón de azúcar estalló contra la pared a escasos centímetros de su cabeza. A su regreso, la población de la cocina se había duplicado y en el rostro de la mujer crecía un signo de interrogación. Otto los presentó sin efusividad alguna, como si se tratara de dos desconocidos que coinciden en un ascensor.

—Birgit estaba empezando a hablarme de los resultados de la búsqueda que ha...

—¡Espera, espera, espera! —intervino él—. Si está empezando y según mi reloj mental, activado desde que he oído la puerta, ella lleva aquí diez minutos... ¿de qué habéis estado hablando los otros nueve? ¿Qué te ha contado

sobre mí este cabrón? —le preguntó forzando un amaneramiento que, si bien a ella le pareció gracioso, a él no tanto.

—Nada bueno, me temo —contestó ella con total sinceridad.

—Me lo temía.

—Viktor, ¿vas a dejar que Birgit nos lo cuente o vas a interrumpirla cada cinco segundos?

Este cerró una imaginaria cremallera en su boca, pero enseguida la volvió a abrir para beber un sorbo de café.

—He llamado a los cinco centros hospitalarios de la ciudad que prestan atención psiquiátrica o tienen dependencias especializadas para tratar e internar a enfermos mentales. En fin, como podréis imaginar, no es fácil explicarse.

Birgit agarró un teléfono invisible y moduló un tono de operadora de centralita telefónica.

—Buenos días. Verá, le llamo de la policía y quería preguntar si tienen entre sus pacientes alguno que haya manifestado atracción hacia la sangre o, mejor aún, que le chifle saborearla. Como un vampiro, sí, ya sabe.

La carcajada sardónica del ruso rebotó entre las paredes azulejadas de la cocina.

—En uno de ellos me colgaron directamente. Pero volví a llamar, no creas —le dijo a su hermano—. Pues, fíjate, para mi sorpresa y en general, no se extrañaban demasiado.

—Al grano, por favor, Birgit —la conminó su hermanastro.

—Eso, al grano. Dos de ellos me dijeron que no; así, categóricamente. Otro, después de tenerme media hora esperando, me confirmó que habían tenido un caso de un tipo que le diagnosticaron..., un segundo que lo diga bien: eritrofilia.

—Ah, sí, excitarse con las personas que se ruborizan —desveló el psicólogo tirando de manual—. El maravilloso mundo de las parafilias; si yo te contara, querida. El ser humano sigue siendo un misterio. A estas alturas, nada debe sorprendernos.

—A mí, a estas alturas, me sorprendería mucho que te callaras —aportó Otto.

—Inofensivo —retomó ella—. En el cuarto solo tenían pacientes con algún tipo de esquizofrenia, pero en el quinto y último...

Birgit elevó las cejas varias veces.

—Tienen un paciente.

—¡No me jodas! —exclamó Otto.

—Sí, esa es la parte buena. La mala es que no quisieron contarme nada por teléfono. La mujer que me atendió me dijo que si queríamos entrevistarnos con él tendríamos que presentar una orden.

—Mierda. No puedo pedir una orden. ¿Dónde está?

—En el complejo hospitalario Beelitz-Heilstätten de Potsdam.

—¡Ohhh! —intervino el ruso dando palmaditas con las muñecas juntas como si fuera una foca—. La suerte, esa zorra caprichosa, nos ha sonreído.

Birgit y Otto intercambiaron interrogantes.

—Se trata del mayor hospital militar soviético fuera de las fronteras de la madre patria —desveló—. Hasta donde yo sé, allí tratan los casos severos de estrés postraumático que se dan en las filas del glorioso Ejército Rojo. Sensacional.

—¿Sensacional? —repitió Otto.

—No creo que vayamos a necesitar una orden —concluyó categórico.

—¿No? Entonces no me lo has contado todo sobre él —le recriminó Birgit a su hermanastro.

—Solo lo que sé. Y empiezo a pensar que lo que sé es menos de lo que no sé.

—Puedes estar seguro, querido.

—Creo que hacemos un gran equipo. ¿Te contó Otto que fui yo la que se dio cuenta de que la ropa interior de las víctimas tenía que venir del otro lado?

—Me lo contó, sí.

—Me di cuenta enseguida —continuó ella, orgullosa—. Es siempre igual. Nos llama la atención lo que no podemos obtener. Los de este lado ansiamos lo que ellos tienen y quiero pensar que es recíproco. Vamos, que ellos codician lo que tenemos nosotros. Algo, lo que sea.

—Una gran verdad —apostilló el ruso.

—¡Un segundo!

—¿Qué pasa, Otto?

—Que os calléis un segundo. ¡Solo un maldito segundo! ¡Por favor!

El inspector jefe se sentó a horcajadas en una silla, apretó los párpados y reclinó la cabeza.

—Tú lo has dicho: los de este lado queremos lo de allí y ellos lo de aquí.

—Más o menos, sí.

—¿Y si el hijo de puta estuviera trabajando en ambas direcciones? De este modo se explicaría que no seamos capaces de resolver muchos de nuestros casos de niños desaparecidos. ¿Entendéis?

A Viktor se le congeló el semblante al tiempo que perdía una tonalidad cromática.

—Los rapta en ambos lados y se deshace de los cuerpos en el lado contrario aprovechándose de dos circunstancias —continuó Otto, exaltado—. Uno: puede hacerlo. Dos: no hay intercambio de información entre las policías de Berlín Este y Berlín Oeste. Por tanto, en cada lado tienen casos de niños desaparecidos y cuerpos de niños sin identificar. Si no se pueden conectar...

—No se investiga —completó el ruso—. Ahora, para avalar tu teoría, deberíamos acceder a los informes de la Bundeskriminalamt.

Al oír el nombre se giró repentinamente hacia su hermano.

—¡Max!

Otto se pasó la mano por la nuca.

—Sabía que lo ibas a mencionar.

—¿¿Quién demonios es Max?! —quiso saber el del KGB.

—Max Pekeler es un buen amigo de mi infancia que logró pasar al otro lado en el sesenta y nueve, cuando las condiciones de seguridad todavía lo permitían. Casi toda su familia era de allí, no tuvo alternativa —agregó a modo de justificante—. Mantuvimos el contacto durante algunos años. Siguiendo la tradición familiar, él también se hizo policía y lo último que sé es que tenía un buen cargo en la BKA.

—«La tradición familiar», dice —intervino Birgit, presurosa—. Su papá y su tío, uno de la Gestapo y el otro de las SS. Y no unos cualquiera, no. Al tío lo pillaron tus compatriotas tratando de pasar a Checoslovaquia y lo fusilaron bien fusilado. Un cabrón menos. El padre se libró milagrosamente y se convirtió en un mandamás de la que terminó siendo la Bundeskriminalamt. En resumidas cuentas, que Max se hizo Vopo porque tenía que ser Vopo.

—Allí no los llaman así. Al margen, no es un mero agente, es comisario.

—Más a mi favor.

—¿Crees que si logras contactar con él se prestaría a echarte una mano?

—No sé, la verdad.

—¿Cómo que no? Te debe una. Una gorda —precisó.

—No me debe nada, Birgit.

—Yo no pienso lo mismo.

—Es tu puta opinión, nada más.

—Gracias, Otto. Muchas gracias.

—Además, ¿cómo quieres que contacte con él? —lanzó el inspector jefe—. No lo puedo hablar por teléfono, tendría que contárselo en persona, enseñarle expedientes, fotografías..., ya sabes.

Birgit miró a Viktor.

—No, eso queda fuera de mi alcance.

Silencio.

—Por el cauce ordinario, claro —precisó este, divertido.

Expectación.

—¿Sabrías dónde encontrarlo? —le preguntó volviéndose hacia Otto.

—Yo diría que sí. Hace tres o cuatro años se casó y me envió una carta con algunas fotos de la boda y de la nueva casa que se habían comprado en Steglitz. No creo que se haya cambiado y, en el peor de los casos, siempre podría localizarlo en la sede de la BKA preguntando por él en recepción y enseñando mi placa de la Kriminalpolizei —ironizó—. Pero... ¿en qué demonios estás pensando?

—Hay una expresión rusa que se suele usar para estos casos que dice: *Kazhdy drochit kak on jochit*. «Cada uno se masturba como quiere» —tradujo al alemán.

—Cerdo... —calificó Birgit con una sonrisa en los labios—. ¿Y qué significa eso?

—Que cada uno tiene sus propios métodos para alcanzar sus propósitos; en este caso concreto, el orgasmo.

*En algún lugar de la RDA*

Niclas nunca había visto un animal así. Era alargado y estrecho, cubierto de pelo de color canela, chocolate por paños, patas cortas y cola estilizada. Para la agresividad que demostraba, tenía una cara amigable, con dos bolitas negras por ojos, hocico chato y unas pequeñas orejas redondeadas que le sobresalían tímidamente.

Ya no quería más pan, pero seguía acechando las proximidades del colchón, olfateando con fruición como si pudiera alimentarse de las partículas odoríferas que se desprendían de los botes de conserva.

—Venga, Uñitas, acércate, toma un poco de esto —le ofreció sacando dos trocitos de carne con la cuchara y depositándolos en el suelo—. No te voy a hacer nada. Solo quiero que seamos amigos. Ven. Toma.

Uñitas, receloso, se acercaba y se alejaba mientras libraba en su interior una intensa batalla entre el instinto desconfiado que partía de su cabeza y la voracidad desmedida que lideraba en su estómago. Un tercer pedacito aún más cercano decantó la balanza hacia los segundos.

—¿A que está bueno? Yo no tengo hambre, así que te lo puedes comer todo si quieres. Tienes pinta de no haber comido mucho estos días, ¿verdad? Eso es. Todo tuyo.

El sonido de su pequeña mandíbula funcionando a pleno rendimiento provocó que la fangosa atmósfera de aquel espacio siniestro se rompiera fugazmente con los chispazos de felicidad que se reflejaban en los ojos de Niclas.

—No sabes la suerte que tienes, Uñitas, entrando y saliendo cuando te da la gana. Yo hacía lo mismo en los primeros orfanatos. Me escapaba por la noche y volvía antes de que se despertaran.

El animal comió hasta saciarse, momento que aprovechó para levantar la cabeza y fijar su mirada en la del niño durante unos brevísimos instantes. Luego desapareció en la penumbra dejando atrás un profundo vacío en el pecho del niño.

—¡Vuelve cuando quieras! —se despidió con un afligido suspiro—. Por cierto, por cierto, ¿me puedes enseñar por dónde has entrado?

# PERVERSIÓN

*Complejo hospitalario Beelitz-Heilstätten  
Berlín Oriental (RDA)  
30 de septiembre de 1980*

Tenía la sensación de que el día se le había desvanecido entre los dedos o, para ser más concretos, entre los trámites que había tenido que realizar antes de poder dirigirse a Potsdam. Lo primero que hizo fue pasar por su apartamento para recoger lo imprescindible y distribuirlo de forma provisional en el ridículo espacio libre del Trabi. Dos maletas en las que había más papeles que ropa, algunos pequeños electrodomésticos que Otto no le permitió dejar en el piso y los documentos que tenía bien guardados tras los azulejos del baño. Por suerte, nadie había entrado en el piso, pero el protocolo decía que ante una situación así debía cambiar de residencia de modo inmediato y no iba a ser él quien pusiera en solfa el manual del KGB. Postergaron las cábalas sobre la autoría del atentado hasta identificar la matrícula del Dacia —o el Lada gris oscuro casi negro conducido por el cantante de Kiss pero en rubio—. Se despidió del inspector jefe hasta la noche luego de acordar la concesión de tres días de cuartelillo, tras los cuales debería mudarse de su sofá tuviera o no sitio donde quedarse. Para Viktor Lavrov, la hipótesis más plausible apuntaba hacia Annike Popp; no obstante, le costaba asimilar que hubiera tenido los arrestos de organizar algo así estando bajo la férrea vigilancia de la Stasi, interrogante que despejaría en cuanto revisara el reporte diario de los agentes asignados por Markus Wolf. De camino a la Compañía —donde hizo acto de presencia solo para dejarse ver al margen de comprobar que Erika no le había dejado ningún mensaje ni recado — realizó la parada obligatoria en la tienda de repuestos Weber para reportar

el incidente de la noche anterior a Moscú, solicitar el cambio de vivienda y los permisos necesarios para gestionar su visita al hospital.

El mastodóntico complejo estaba conformado por sesenta edificios distribuidos en una superficie de más de doscientas hectáreas. Integrado casi de manera perversa en un frondoso bosque en el que la luz solar no parecía ser bienvenida, sus muros de ladrillo albergaban cientos de pacientes, miles de relatos con un argumento común: el horror que provocan las guerras. La historia decía que allí había sido tratado el soldado Adolf Hitler de las heridas recibidas durante la batalla del Somme en 1916, pero, al margen de aquel ilustre nombre, otros muchos anónimos figuraban en sus archivos de ingreso. Y justo ahí, al edificio principal en el que se realizaban las labores administrativas, era adonde se dirigía.

Un control policial que vigilaba el trasiego de vehículos era el primer obstáculo. No cruzó una sola palabra con el uniformado que chequeó su documentación y chasqueó la lengua en cuanto reconoció su placa identificativa.

—Tenemos que revisar el vehículo.

—O puede que no. Se lo digo porque no ando sobrado de tiempo como para esperar a que usted me lo haga perder observándole cómo desordena mis cosas. No sé si me he explicado bien, camarada.

Con un leve movimiento de la cabeza, el oficial de la Volkspolizei le hizo entender que, efectivamente, se había explicado bien. Poco después, parado en el módulo de administración frente a una mujer con cara de no haber dormido en semanas, examinaba aquel espacio mientras aguardaba a que le confirmara que tenían un caso como el que le acababa de mencionar. Las lenguas de luz que se colaban por las ventanas parecían querer conquistar zonas del suelo defendidas por una oscura y obstinada resistencia. Un murmullo sostenido gobernaba la estancia, gigante y tenebrosa, como si entre aquellos muros hubieran quedado confinados los horrendos pensamientos de quienes habían pasado por allí. Las esbeltas y opalinas columnas que enmarcaban el mostrador parecían cumplir ese rol de testigo mudo que está presente en cualquier guerra; ese que todo lo ve y todo lo calla.

—Aquí lo tengo, camarada comandante Lavrov —dijo en ruso—. Wolfgang Fraatz. Edificio número 38. Bloque 3. Sección de trastornos sin catalogar.

Este se limitó a sostenerle la mirada. Ella se inclinó, desdobló una hoja con visible desgana y plantó su uña pintada de rojo cereza sobre un rectángulo

concreto.

—Es aquí. Por el camino de la derecha hasta el monumento a los Héroes, justo enfrente, cuatro edificios más atrás.

—Muy amable —se despidió con retintín.

Una escena parecida tenía lugar en el sitio señalado con una formidable diferencia: la mujer le sonreía.

—Sí, esto es una megalópolis sin señalar —corroboró ella.

—Bueno, pero ya estoy aquí, por fin. Necesito entrevistarme con Wolfgang Fraatz.

La sonrisa desapareció.

—Por lo que veo, no es un paciente muy popular.

—Verá..., no sé cómo explicarlo. ¿Es usted familiar?

—No.

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Por favor.

—Herr Fraatz nos causa bastante rechazo. Supuestamente es inofensivo, pero las historias que se cuentan de él nos ponen a todas las pelos de punta.

—¿Qué historias? —quiso saber inclinándose sobre el mostrador y bajando la voz.

—Dicen que hace tiempo lo pillaron paseando con un gato que había degollado, agarrado por la cola, regando el jardín con su sangre. Yo solo lo he visto un par de veces, pero... es su mirada.

—¿Su mirada?

—Da asco.

—Entiendo. ¿Me facilita su expediente, por favor?

—Me temo que eso no puedo hacerlo sin la autorización del doctor Kuziáyev.

—Haga el favor de avisarle, si es tan amable.

Por suerte, el citado no formuló objeción alguna y durante los diez minutos que invirtieron en llegar al bloque 3 le hizo un resumen del caso. Al parecer, el paciente permanecía ingresado de forma voluntaria atendiendo de su bolsillo a los gastos que ello conllevaba. El tratamiento se limitaba a una dosis leve de tranquilizantes y una sesión semanal de dos horas con el terapeuta asignado.

—Es del todo inofensivo —calificó el doctor Kuziáyev—. Con la trazodona y el Valium tenemos controlados sus niveles de agresividad, aunque, si le soy

sincero, nunca ha dado muestras de desarrollar un comportamiento violento.

—¿Y el episodio del gato?

—Eso debió de suceder antes de que me asignaran a esta sección. Tenemos casos mucho más... peligrosos, por decirlo de alguna manera. Este, concretamente, se circunscribe a un trastorno obsesivo asociado a un cuadro depresivo severo y, entre usted y yo, clínico.

—¿Se ha identificado la causa?

—Sí, la pérdida de su compañera de... juegos —definió.

Viktor lo miró con curiosidad.

—Él mismo estará encantado de contárselo. Espere ahí —le indicó—. Vendrá enseguida.

—Muchas gracias.

—Cuando termine, devuélvalo en recepción, por favor —le pidió entregándole una carpeta verde con el nombre del paciente—. Suerte.

Una mesa y dos sillas enfrentadas eran el único mobiliario de una sala que bien podría haber sido empleada como cuarto de escobas. El psicólogo criminalista se entretuvo hojeando el expediente, que, como cabía esperar, no recogía demasiada información sobre el caso. Más bien se limitaba a detallar cronológicamente el historial farmacológico y terapéutico sin profundizar en otras cuestiones. La puerta la abrió un enfermero cuyo volumen corporal ocultaba el de Wolfgang Fraatz. De talla estrecha, encogido de hombros, calvo íntegro excepto por la enconada oposición capilar del tercio inferior, decidida a no perder contacto con el cuero cabelludo. Carente de enjundia, su robótico y pacato caminar estaba condimentado con una expresión desabrida, como si estuviera percibiendo un constante olor fétido en el ambiente.

—Una hora —les recordó el enfermero.

El hombre tomó asiento, colocó las piernas en ángulo recto, apoyó la espalda contra el respaldo y las manos con los dedos entrecruzados sobre su regazo. Tras unas deterioradas gafas redondas de corte trotskista naufragaban estáticas dos renegridas esferas cuyo brillo había sucumbido a los efectos de la medicación.

—Gracias por recibirme. Mi nombre es Viktor Lavrov, psicólogo. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas sobre su patología. Seré breve.

—La perversión.

—¿Cómo dice?

—Puedo verla. Usted es otro siervo más de la perversión.

*En algún lugar de la RDA*

No tendría más de cinco centímetros de diámetro. El orificio por el que se había colado Uñitas estaba cerca de una de las esquinas de la zona que pertenecía a las tinieblas y que Niclas nunca se había aventurado a explorar. Espoleado por la curiosidad, lo había descubierto recorriendo con sus manos la parte inferior de la pared opuesta al ventanuco enrejado. Siguiendo una grieta con las yemas de sus dedos, detectó una parte húmeda que cubría un paño considerable de aquella superficie rugosa. Dejándose guiar por el tacto descendió hasta dar con el boquete. Al introducir la mano para averiguar la profundidad se desprendieron pedacitos de ladrillo con suma facilidad, lo cual le animó a seguir horadando el material sin una clara intención más allá de hacerlo más grande. No tardó en duplicar su tamaño, pero notó los dedos doloridos y decidió buscar algún objeto que le facilitara la tarea. La cuchara era la herramienta perfecta. Para percutir contra el yeso o el ladrillo solo tenía que agarrarla con fuerza por la cabeza y efectuar un golpe corto y seco. Le daba la vuelta para recoger y retirar de la zona de trabajo los trocitos que iba arrancando. Algo más tarde, hizo un alto para descansar, no sin antes introducir el brazo por completo y palpar el suelo que había al otro lado, a todas luces similar al que pavimentaba sus dominios.

Niclas se tumbó en el colchón y se dejó llevar por sus deducciones. La habitación contigua era donde había estado recluida la niña llorona, habitación que ahora estaba vacía y quién sabe si con la puerta abierta. De no ser así, tendría que tener por fuerza otro agujero a través del cual Uñitas se habría colado desde el exterior. Eso estaba claro. Todas las incógnitas giraban en torno al cuánto. ¿Cuánto tiempo le había dicho Mofletudo que iba a estar ausente? ¿Cuánto había transcurrido? ¿Cuánto tardaría en hacer un agujero lo suficientemente grande para poder pasar al otro lado? Con tales preguntas sin contestar pero satisfecho por el hallazgo y por el progreso de su obra, advirtió que un vacío se había apoderado de su estómago. Trató de hacer memoria para recordar la última vez que había comido, pero interrumpió el proceso en pos de solucionar de inmediato la urgencia física. Se valió del utensilio que todavía sostenía en su mano para aliviar el hambre y acto seguido se recostó con la esperanza de que al despertar pudiera continuar con la tarea.

*Complejo hospitalario Beelitz-Heilstätten. Berlín Oriental (RDA)*

—La perversión, claro. No le voy a llevar la contraria; no obstante, si le parece bien y ya que no disponemos de tiempo ilimitado, quisiera que me respondiera a unas preguntas.

Wolfgang Fraatz asintió.

—Estoy haciendo un estudio clínico basado en testimonios de pacientes afectados de un modo u otra por la hematodixia.

—¿Así lo llaman ahora?

—En efecto, pero el término carece de importancia. Lo que me interesa es entender el origen de esta parafilia. ¿Cuándo empezó a sentir la poderosa atracción que ejercía la sangre sobre usted?

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿verdad? Yo tenía veinte años cuando deserté de mi compañía. Estábamos acantonados cerca de Torgau y nuestras órdenes eran evitar que los soviéticos cruzaran el Elba. Nadie se atrevía a decirlo; sin embargo, todos sabíamos que íbamos a morir allí, por lo que una noche empecé a andar y nadie me detuvo. Antes del amanecer llegué a un pueblo en el que no parecía quedar nadie y me escondí en un granero abandonado. O eso creía. Me desperté con una horca sobre la garganta y, si no llega a ser porque rompí a llorar, estoy seguro de que me la hubiera hundido hasta el fondo sin pestañear. Mirta era así: decidida y arriscada. Según me contó, ella trabajaba en la granja cuidando los cerdos, pero decidió quedarse cuando los propietarios huyeron hacia el oeste. Supongo que me acogió pensando que podría servirle de utilidad o puede que fuera por hacerle compañía, o por lástima. Nunca se lo pregunté. El caso es que habilitamos un sótano infecto para escondernos durante el día y salíamos de noche solo para atrapar alguno de los muchos animales sin dueño que andaban sueltos por ahí. Normalmente eran gallinas, gansos, conejos, pero cuando teníamos suerte nos hacíamos con cabras, ovejas e incluso una vez con un viejo cerdo en estado famélico que nos duró un par de semanas. Allí dentro no podíamos cocinar y encender una hoguera, conllevaba demasiado riesgo de que nos descubrieran, por lo que los matábamos y nos los comíamos crudos. Creo que ahí empezamos a sentir algo especial. Cuando hundíamos el cuchillo en el cuello del animal y esperábamos expectantes a que se desangrara para limpiarlo y

trocearlo.

—¿Les gustaba ver cómo se derramaba la sangre o bebían esa sangre?

—Nunca bebimos sangre animal. Es cierto que al comer carne cruda terminabas sorbiendo parte de sus líquidos, pero no era eso lo que nos atraía. Nos gustaba verla fluir, el color, su densidad, su temperatura al abandonar el cuerpo, el olor que dejaba sobre la tierra. Su belleza nos unió para siempre — zanjó.

Viktor Lavrov se limitó a tomar notas.

—En marzo de 1946, casi un año después de que terminara la guerra, nos decidimos a abandonar el que había sido nuestro hogar y estuvimos deambulando por toda Sajonia de granja en granja, mendigando trabajo a cambio de techo y poco más.

—¿Cómo era su vida en pareja?

—¿Se refiere al sexo?

—Sí.

—No manteníamos relaciones sexuales convencionales. A ella le gustaban otro tipo de cosas. Le encantaba ver cómo me masturbaba mientras ella..., bueno, ya me entiende. Pero luego eso cambió.

—Le escucho.

—Muy de vez en cuando, si teníamos algo de dinero, comprábamos un ave para rememorar viejos tiempos, pero un día un gallo me hirió con un espolón y me hizo una herida muy fea... Aquí —le mostró remangándose la camisa—. Lo leí en sus ojos antes de que se lanzara a lamer la sangre que se derramaba por el brazo. Mirta empezó a gemir abriendo y cerrando las piernas sin quitar la boca de la herida. Acto seguido me bajó los pantalones y me masturbó tan fuerte que me rompió el frenillo, ¿se lo imagina?

—Puedo hacerme una idea.

—Esa fue la primera vez que me tocó. Ese día cambió nuestras vidas. Nos enteramos de que cerca de Dresde buscaban parejas para trabajar granjas en usufructo y no nos lo pensamos. Nos establecimos en Radeberg, en el cincuenta y dos, y allí prosperamos. Prosperamos mucho. Éramos todo lo feliz que puede ser una pareja. Distinta a las demás, sí, pero no por ello menos comprometidos. Pocos matrimonios se entregan a su pareja como lo hacíamos nosotros, que compartíamos hasta nuestra sangre, que es la pura esencia de la vida.

—¿Le incomoda si nos centramos en las prácticas...?

—En absoluto —se anticipó.

—Gracias. ¿Alguna vez intercambiaban los papeles o siempre mantenían los mismos?

—Mirta era una mujer generosa y... ¿cómo se dice? Ecuánime, enormemente ecuánime. A mí solo me excitaba verla a ella fuera de sí, pero a veces insistía en que yo adoptara el rol de dominador y se hacía un pequeño corte en el hombro, del que yo bebía mientras veía fluir la sangre sobre su piel. Le confieso que el sabor de la sangre no me atrae en absoluto; no obstante, sí podía captar su poder renovador, su energía, su verdad, a través de mis ojos.

—¿En alguna ocasión intervinieron terceras personas?

El semblante de Wolfgang Fraatz, hasta ese momento libre de tensiones, se ensombreció adoptando una apariencia entre babiéca y atemorizada.

—No. Pero, como le dije antes, siempre hay una primera vez para todo y Mirta no se conformaba con quedarse en los escalones de abajo cuando la escalera subía y subía...

—Tómese su tiempo.

Wolfgang Fraatz se regaló unos instantes antes de retomar la palabra.

—Un día ella me habló de un grupo «de los nuestros» que se reunía cada cierto tiempo en Berlín. Aunque había algo que no me terminaba de convencer, no supe oponerme. En realidad, no creo que hubiera podido, así que me dejé llevar por su ímpetu. Eran reuniones de ocho, diez, máximo doce personas en las que había un guía que moderaba las intervenciones de unos y otros. Cada uno hablaba de lo que le atraía, de lo que llamábamos «el vínculo», que era la práctica con la que extraías el máximo poder de la sangre.

—¿Hay varias?

—Tantas como personas, aunque se pueden agrupar en cuatro dependiendo del sentido a través del cual conectes: el gusto, la vista, el olfato o el tacto. Habitualmente ligado a un componente sexual, sí, pero no siempre. Los había, por ejemplo, a los que solo les gustaba oler la sangre recién derramada, los que conectaban a través de la piel y se bañaban en ella, los que necesitaban beberla para recibir su energía o, como yo, a los que nos deleitaba el hecho de verla correr fuera de su circuito, de su prisión corporal.

—¿Puede existir más de uno?

—¿Se refiere en cada persona?

—Eso es.

—Sí. Había combinaciones. Vista y gusto era bastante corriente. Los había

que tenían un poco de todo o un mucho de uno solo. Como le digo, había tantos casos como personas, pero todos sin excepción éramos adictos a la sangre en cualquiera de sus distintas versiones de consumo, si lo quiere ver así.

—¿Hay algún tipo de distinción entre los que prefieren la sangre de los animales y los de las personas?

—No, no la hay porque no se da el caso. Nadie prefiere la de los animales a no ser que quieras llenar una bañera. Estábamos allí para compartir nuestra sangre y disfrutar de la de los demás de manera consentida y controlada, aunque... a veces se producían accidentes, como el que se llevó a Mirta.

El psicólogo se limitó a sostenerle la mirada.

—Mi terapeuta insiste en que hable de ello cada vez que tenga ocasión, así que no se preocupe, lo tengo casi superado.

Wolfgang Fraatz se presionó los lacrimales con el índice y el pulgar antes de dejar caer la mirada, nostálgico.

—Empezamos a asistir de modo habitual desde el año sesenta y dos o sesenta y tres. Después de las reuniones algunos nos quedábamos para pasar a la siguiente fase: las Veladas Rojas. Para mí lo absurdo era no hacerlo. Es como si se reúne un grupo de cocineros a hablar de sus mejores recetas pero no cocinan ninguna.

—Hábleme de esas Veladas Rojas.

—La idea está extraída de algún tipo de ritual Umbanda, una religión espiritista que proviene de algún rincón de África y que se extendió entre la población de esclavos de Brasil. Mirta se lo habría explicado mucho mejor que yo, pero consistía en algo parecido a alcanzar la liberación del alma desvelando los misterios que encierra la sangre.

—¿Con seres humanos?

—Sí, pero no se confunda con los sacrificios, aquí nadie está hablando de matar. Me refiero a aprovechar el poder de la sangre para trascender de la cárcel que supone la carne, el cuerpo. No sé si me sé explicar.

—Más o menos. Prosiga.

—Lo bonito, lo especial de las Veladas, era que todos sabíamos lo que nos atraía a cada uno, así que nos juntábamos con la persona o personas que nos apetecía para lograr tener experiencias distintas. Estábamos muy enganchados, lo reconozco. Nos vestíamos todos de blanco menos la Dama, que lo hacía de rojo. Mirta era la Dama del grupo, la encargada de convocarlo, de organizarlo, de dirigir el ritual, de sugerir los emparejamientos que nadie

discutía. De cuidarnos, en definitiva. Yo estaba tan orgulloso de ella...

En ese punto, el hombre se vio en la necesidad de hacer una breve pausa para humedecerse la garganta.

—Fue durante una de estas Veladas Rojas, en junio de 1968, cuando Mirta tuvo el accidente. No sé muy bien cómo sucedió ni quién fue, pero alguien le hizo a Mirta un corte fatal en el cuello y murió desangrada allí mismo. Ni siquiera yo me di cuenta de que estaba perdiendo tanta sangre, para que se haga una idea del grado de excitación y enajenación en el que nos sumíamos. En realidad, es algo que no se puede explicar con palabras.

—¿Conoce algún caso en el que alguna de aquellas personas organizara Veladas Rojas por su cuenta y sin el consentimiento de la otra parte?

Por primera vez, Wolfgang Fraatz se descompuso.

### *Calles del distrito de Friedrichshain. Berlín Oriental (RDA)*

No era tan frecuente que hubiera un sitio libre donde sentarse en la línea de autobuses que cruzaba de punta a punta el barrio obrero por excelencia de Berlín Este. Aquellas calles parecían estar abonadas a la violencia y eran el escenario de numerosos enfrentamientos a lo largo de su historia. Como epicentro del movimiento comunista alemán en la década de los treinta, en Friedrichshain se produjeron auténticas batallas campales entre los movimientos de izquierda y los camisas pardas nacionalsocialistas de las Tropas de Asalto. Poco después, durante la Segunda Guerra Mundial, fue uno de los sectores más devastados por los bombardeos y donde se rodaron las más crudas escenas de la resistencia berlinesa contra los soviéticos. Manzana por manzana, casa por casa. Mucho más reciente, en junio de 1953, dio cobijo a uno de los focos del levantamiento obrero contra el poder opresor de los soviéticos que terminó sucumbiendo bajo las orugas de los tanques enviados por Georgi Malenkov.

La mirada nostálgica de Annike atravesó el cristal aterrizando sobre una pareja que caminaba agarrada de la mano. Se giró para tratar de ver las caras a los desconocidos y satisfacer su curiosidad. Necesitaba saber si se les veía felices o no, pero a medio camino se encontró con otra cara, esta muy conocida, que evitó que resolviera la incógnita.

—Mira hacia delante —le ordenó en voz queda.

Annike sabía muy poco sobre Raimond, a pesar de que llevaba siendo su supervisor y único enlace con el BND desde el principio. Paradójicamente, aunque era bastante económico con las palabras, podría decirse que el hombre que ocupaba el asiento de atrás tenía un carácter dialogante. Siempre escuchaba la opinión de los activos que tenía a su cargo antes de tomar una decisión importante. Y esa, habida cuenta de la coyuntura, lo era.

—Tocarse una oreja con la mano derecha es un sí; rascarse la cabeza con la izquierda, no. Si no sabes, tose. ¿Entendido? —susurró.

Oreja derecha.

—¿Cabe la posibilidad de que te estén siguiendo?

Picor.

—¿Estáis metidos en problemas?

Oreja.

—¿Es grave?

Annike mantuvo la mano donde estaba.

—¿Han descubierto el túnel?

Picor.

—¿Se trata de Thomas?

Cambio de mano.

—¿Lo han arrestado?

Inmóvil.

—¿Sabes por qué?

De nuevo el picor.

—¿Estás en peligro?

Ella tosió.

Silencio.

—Mañana a las ocho y media de la noche donde siempre.

Pasaron unos minutos hasta que Annike se atrevió a darse la vuelta disimuladamente. Raimond ya no estaba, pero en aquel asiento vacío creció una angustia invisible del tamaño de la estatua de Lenin que se erigía mayestática en medio de la plaza que llevaba su nombre y que ella tanto odiaba.

Luchando contra las ganas de gritar, concentró toda su ira en el líder bolchevique antes de que el transporte público reanudara la marcha.

*Complejo hospitalario Beelitz-Heilstätten. Berlín Oriental (RDA)*

—No —respondió categóricamente—. Nosotros éramos gente civilizada.

—¿Siguen celebrándose esas reuniones?

—Lo desconozco. Si estoy aquí por voluntad propia es para romper con el vínculo. Después de lo de Mirta jamás regresé.

—Disculpe que insista, pero le vuelvo a formular la pregunta. ¿Cree posible que alguien...?

—De esos los ha habido y los habrá siempre —le interrumpió con rotundidad—, pero no entre nosotros. Como le digo, la práctica tenía el fin de alcanzar el placer en grupo, no de forma individual. Al margen, el anonimato era una premisa fundamental y estaba prohibido el contacto con otros miembros fuera de las Veladas Rojas.

—¿Dónde tenían lugar?

—Cada vez en un sitio distinto, por seguridad.

—Entonces, ¿cómo se enteraban de dónde iba a producirse el encuentro?

—El último jueves de cada mes ella misma lo anunciaba de modo encubierto en un programa de la radio estatal que se emitía de madrugada.

—¿Qué programa era ese?

Wolfgang separó las manos y cruzó los brazos a la altura del pecho. La pose fue un anticipo de lo que iba a verbalizar.

—Me temo que ya no está en antena, Herr Lavrov o como quiera que se llame, sin embargo... Verá, estoy empezando a incomodarme, porque me doy cuenta de que se ha roto el principio de reciprocidad. Yo he sido completamente sincero con usted, pero usted no me ha contado la verdad. ¿Qué demonios quiere de mí?

El ruso golpeó varias veces con el bolígrafo en el bloc de notas mientras valoraba lo que iba a decir a continuación.

—Estoy colaborando con un viejo amigo de la Kripo en un caso que me está afectando en el plano personal. ¿Le puedo mostrar algunas fotografías?

—Adelante.

Este se tomó su tiempo para extraer tres de su portafolio y colocarlas cuidadosamente sobre la mesa para que las pudiera ver.

—¿Son niños?

—En algún momento lo fueron. Ahora son cadáveres sin nombre.

—No es necesario que lo dramatice, las imágenes hablan por sí mismas —

le recriminó sin despegar la vista de las imágenes.

—¿Y bien?

—Una Araña.

—¿Cómo dice?

—Las llamábamos así: Arañas, pero jamás había oído que se alimentaran de personas, mucho menos de niños. Es terrible —calificó con aparente sinceridad.

—¿Por qué Arañas?

—Porque se alimentan como ellas. Algunas especies inyectan un líquido en las presas para licuar sus fluidos, que luego van sorbiendo poco a poco. Oí hablar de algunos que lo hacían con el ganado. Le practicaban una incisión al animal que no le causara un daño irreparable para de ese modo poder acudir a esa fuente más veces, hasta que, con el paso del tiempo, terminaba muriendo. Así de sencillo.

—¿Alguien del grupo?

—No. Simplemente se comentaba como una práctica más.

—¿Nunca con personas?

—Nunca que yo sepa, claro.

—Claro.

—Quizá, si conociera más detalles sobre... eso —indicó mientras el ruso recogía las fotografías de la mesa—, podría servirle de más ayuda.

—Otro día.

—¿Vendrá a visitarme más veces?

—Puede. Le agradezco el tiempo que me ha dedicado. Si recuerda algo más que pueda ser de utilidad, aquí me puede localizar —dijo a modo de despedida entregándole una de sus tarjetas.

—De acuerdo, doctor.

—Solo una cosa más. ¿Qué hizo cuando Mirta murió?

A pesar de que el hombre huyó con la mirada, se percató de que sus ojos empezaron a titilar y los labios perdieron su hasta entonces consistente compostura.

—Yo entré en estado de shock y no pude encargarme de ella. Mis compañeros lo hicieron.

—¿Hicieron qué?

—Deshacerse del cuerpo. No pregunté cómo ni dónde y jamás volví a verlos.

—¿Cómo se apellidaba Mirta?

—Schäfer.

De improviso, Wolfgang Fraatz construyó una sonrisa telegénica, como si se hubiera acordado de algo extremadamente gracioso.

—Doctor, no estará pensando que sigue viva, ¿verdad?

—¿Comprobó sus constantes vitales? ¿Alguien lo hizo?

—Créame, Herr Lavrov, con la sangre que había fuera de su cuerpo no era en absoluto necesario.

—Usted es católico —dijo señalando el crucifijo que colgaba de su cuello

—. ¿No fueron ustedes los que inventaron ese cuento de la resurrección?

# FAUCES

*Comisaría del distrito de Karlshorst  
Berlín Oriental (RDA)  
1 de octubre de 1980*

Si alguien pudiera estar inmunizado contra el olor que imperaba en la atmósfera de la comisaría, ese era él. Doce años de experiencia respirándolo a diario lo avalaban. Y, sin embargo, Otto Bauer seguía arrugando la nariz cuando percibía esa fragancia a cebolla y cenicero que iba ganando en intensidad en la medida en la que avanzaba el día. Y, si en su planta el aire oxigenado estaba agonizando, moribundo, en la que trabajaba Birgit, dos más abajo, estaba en estado de descomposición.

Localizó a su hermanastra detrás de un montón de carpetas equilibristas apiladas sobre su diminuto escritorio y bajo una rejilla de ventilación licenciada de sus funciones nadie sabía cuándo. A primera hora le había encargado que solicitara información sobre la matrícula y los resultados acababan de llegar.

—Pensé que te habías olvidado de mí —le recibió ella.

—Schoenberg me ha obsequiado con un nuevo caso. Un anciano acuchillado en su casa. Un robo o eso parece, pero..., ya sabes. Tengo que ir para allá antes de que los vecinos arruinen el escenario por completo. Dime.

—Un Lada 2101 a nombre de Matthias Kauffmann. Nacido en Rostock en 1930, electricista de profesión, afincado en Berlín desde el cuarenta y nueve.

—¿Cincuenta años?

—Exacto. Qué gran matemático ha perdido el país —comentó ella—. Sin antecedentes.

—¿Alguna denuncia reciente por robo asociada al vehículo?

—Ninguna, lo he comprobado.

El inspector jefe resopló.

—No patalees todavía. Tiene tres hijos, dos chicas y un chico. Este último, Jürgen, de veintisiete años, es el novio que queremos todas las madres para nuestras hijas. Aquí lo tienes.

Otto le sonrió antes de agarrar el informe de antecedentes del aludido.

—¿La fotografía es reciente? —observó mientras prendía un cigarro.

—Es de la última detención, hace cuatro años. No tiene el pelo a la moda, pero es rubio. ¿Tienes que fumar aquí?

—Mejor el olor del tabaco que el de... como se llame —dijo refiriéndose al veterano agente que ocupaba el puesto de al lado.

—El muy cerdo se baña en colonia por la mañana en vez de meterse bajo la ducha; sin embargo, y muy a nuestro pesar, a esta hora el conjuro aromático ya se ha volatilizado. Es para desmayarse.

—Menuda joya —calificó él sin dejar de leer.

—Pobrecita su mujer.

—Me refiero a Jürgen. Está vinculado con el NDPD.

—Neonazis bajo la bandera liberal. Imbéciles.

—Marionetas al servicio del partido, pero hay algunos peligrosos y este podría ser uno. ¿Has comprobado si tiene alguna dirección más reciente?

—Sí. Y no.

—¿Sí qué?

—Que sí lo he comprobado y que no la tiene.

—Mierda. Bueno, a ver si despacho rápido lo del viejo y puedo hacerle una visita.

—¿Quieres que vaya a hablar con el padre para comprobar quién tenía el coche ayer por la noche?

—Todavía no. No quiero que sepa que andamos detrás de él. Pero gracias, hermanita.

—Lo que sea por la familia. Por cierto, te recuerdo que el domingo es el cumpleaños de tu padre. Deberías ir a visitarlo, ¿no crees?

—No lo he pensado aún.

—Pues deberías.

—Sí, tienes razón: debería pensarlo.

—No te hagas el descastado que conmigo no cuela. Algún día vas a tener que perdonarlo.

Otto se colocó el cigarro entre los dientes y se estiró el jersey negro de pico.

—Vuelves a tener razón: algún día.

*Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

Trató de arrellanarse en la silla; no obstante, el respaldo debía de haberse diseñado con el propósito de contagiar incomodidad al trabajador. Notaba cierta agitación, ahora bien, no era capaz de identificar si la causa se debía a la charla que había mantenido con Wolfgang Fraatz, a la mirada que le había dedicado Markus Wolf cuando se cruzó con él en el pasillo, a estar en la mirilla de alguien a quien no había logrado identificar o a los seis pastelillos de manteca de oca que su estómago todavía estaba tratando de digerir.

Le acababan de entregar el reporte de actividad de Annike Popp y tras ojearlo estableció que, o bien era mucho mejor agente de lo que pensaba, o no había tenido nada que ver con el intento de asesinato. El informe reflejaba hora por hora todo lo que había hecho desde que la pusieron en libertad y no encontró una sola falla durante la cual hubiera podido contactar con alguien a quien encargarle el trabajo. Tampoco había ninguna llamada desde su domicilio que originara algún tipo de sospecha, por lo que abrió el primer cajón del escritorio y dejó caer la carpeta escenificando un punto y seguido en aquel dilema. Tocaba centrarse en las anotaciones de su cuaderno y la palabra «Araña» absorbía su atención cuando sonó el teléfono.

—Frau Eisemberg pregunta por usted —le anunció la recepcionista.

La agitación incrementó varios enteros en su escala de seísmos particular.

—Pásemela.

El respaldo era cada vez más incómodo.

—Erika —dijo.

—Buenas tardes. Supongo que me voy a arrepentir de esto, pero... ¿tienes libre mañana por la noche?

—Anularía ahora mismo una recepción con el mismísimo Leonid Brézhnev por verte.

—Ya será menos. Una compañera me ha conseguido dos entradas para una representación que dirige su hermano. Todavía no tiene mucho nombre, pero sigue la estela provocativa de Frank Castorf.

Viktor Lavrov ni sabía quién era el dramaturgo Frank Castorf ni le importaba lo más mínimo cuán provocativas pudieran resultar sus obras.

—Excelente —calificó.

—Es en el teatro Gorki, ¿lo ubicas?

—Por supuesto —mintió.

—Te veo en la puerta sobre las nueve menos cinco. Luego, si te apetece, podemos ir a comer algo por Dorotheenstadt.

—Gran idea —consideró esta vez con total sinceridad.

—No llegues tarde, por favor.

—Puntual como un reloj suizo. Gracias por la oportunidad, Erika.

—Ya. Hasta mañana, Viktor —recalcó con sutil acritud.

Antes de encajar el teléfono en la góndola, una sonrisa pubescente había madurado en su cara. No llegaría a envejecer. Su ordenanza, la sargento Kunkel, cuadrada en posición de firmes frente a él, se iba a encargar de ello.

—Camarada comandante Lavrov, esto ha llegado para usted. Lo envía el agente al mando de la vigilancia de Annike Popp. Es urgente.

Un sobre.

«Cita con Raimond mañana a las ocho y media de la noche en el Volkspark Friedrichshain», leyó. Debajo, un plano dibujado a mano donde indicaba el emplazamiento exacto.

—*Chert voz'mi!*

Varias maldiciones, un puñado de lamentos y alguna que otra blasfemia después, levantó el teléfono y marcó la extensión del despacho de Markus Wolf.

*En algún lugar de la RDA*

La cabeza le cabía de lado; sin embargo, todavía le faltaba un palmo para que le entraran los hombros. Por desgracia, el ladrillo, menos húmedo en esa zona de la pared, ofrecía una tenaz resistencia a la cuchara. Se había envuelto la mano en un calcetín para que no se le levantara la piel de las ampollas que le habían brotado y reventado, por ese orden, en la palma.

Niclas se había empeñado en concluir la tarea para aprovechar la nocturnidad, si es que existía una ruta de escape al otro lado. Conforme iba languideciendo la luz que entraba a través del ventanuco, su reciedumbre

aumentaba en intensidad. Así se comportaban los héroes cuando se enfrentaban a grandes adversidades.

La rendición no era una alternativa.

Un fuerte calambrazo en el codo le hizo detenerse. Soltó la cuchara como si hubiera superado el umbral de la incandescencia y se agarró la articulación. Contuvo el grito que quería salir de su boca para no llamar la atención estando, como estaba, en plena faena. El dolor, obcecado en manifestarse de algún modo, se licuó a través de los lacrimales y rodó por sus mejillas hasta estrellarse contra el suelo. A Niclas no le quedó otro remedio que establecer una tregua y así reorganizar sus filas antes de ordenar la ofensiva definitiva. Sentado en el suelo con las piernas encogidas, fijó su objetivo en el foco de resistencia y concentró toda su energía en el talón de su pierna derecha. La primera oleada no desbarató la firmeza del rival, pero notó que retrocedía ligeramente y aquello sirvió para hacerle ver que no iba a ser imposible de doblegar. Era la inyección de moral que necesitaban sus tropas. De esa guisa, enfundado en su traje imaginario de mariscal, dio la orden de atacar con ambos pies, alternando flanco izquierdo y derecho, sin descanso ni concesiones. Solo se detuvo cuando el ladrillo salió despedido y se perdió en la oscuridad de la habitación contigua. Jadeante y dolorido, pero rebosante de gloria, Niclas se echó cuerpo a tierra y se dispuso a arrastrarse a través del boquete abierto en las líneas enemigas. Primero los brazos y la cabeza, luego los hombros y, finalmente, ayudándose de los antebrazos y las piernas como había visto en tantas películas, logró adentrarse en territorio hostil. Inmóvil, aguardó a que sus pupilas se adaptaran a la oscuridad y aguzó el oído por si localizaba algún sonido alarmante. Nada. Se incorporó con sumo cuidado y pegó el cuerpo a la pared metido ahora en el papel de un comando de élite T-Truppen.

Determinación y sigilo.

*Barrio de Prenzlauer Berg. Berlín Oriental (RDA)*

Conocía bien esas calles. De hecho, podría decirse que Pankow era el distrito de Berlín en el que mejor se desenvolvía. Allí había vivido sus primeros años de independencia en un viejo apartamento que compartía con dos hermanos de Leipzig, estudiantes como él de la Facultad de Derecho. Uno de ellos era

Heinrich. Eligió aquella zona porque se encontraba a dos calles del gimnasio que dirigía el mejor entrenador de pesos semipesados de la RDA, Franz Repplinger. Fue su época dorada en lo personal y lo deportivo.

Con dos derechazos y un gancho de izquierda, Otto Bauer dejó KO a aquellos recuerdos y se centró en lo que le había traído hasta allí; sin embargo, aquel bullicio era un anclaje al pasado demasiado fuerte. Aparcó frente al restaurante turco al que tantas veces había recurrido cuando tenía el frigorífico vacío, quitó la llave del contacto y descendió del coche con la sensación de que aquel lugar era ajeno al paso del tiempo. Invirtió unos segundos en orientarse mientras se subía el cuello del abrigo de piel vuelta para evitar que el frío se colara por la espalda.

El asunto del anciano asesinado en su domicilio no tenía visos de resolverse por la vía rápida. La reconstrucción de los hechos tras la inspección ocular apuntaba a que alguien se había colado por la ventana usando la escalera de incendios con la intención de llevarse el dinero en efectivo que las personas mayores seguían escondiendo en sus casas. El hombre debió de pillarlo dentro y, tras enfrentarse en una lucha desigual, terminó con ocho cuchilladas, tres de ellas en el cuello. Se marchó dejando a dos uniformados con la tarea de interrogar a los vecinos en el empeño de encontrar algún hilo del cual empezar a tirar. En este tipo de asaltos espontáneos, la primera premisa aconsejaba dejarse guiar por el manual; es decir, revolver su círculo familiar e investigar su entorno más cercano. Sin embargo, la voz interna de la experiencia le sugería con vehemencia una segunda premisa: normalmente los acontecimientos no se precipitan de la manera que uno espera. Confiando en que el caso no le robara demasiado tiempo y energía, llegó al número 65 de Sredzkistrasse, el edificio peor conservado de la calle. Esa era la última dirección que figuraba en el expediente de Jürgen Kauffmann y siguiendo el procedimiento rutinario, que exigía comprobarlo, se dio de bruces con la confirmación de que la segunda premisa se cumple con más frecuencia que la primera.

—Me cago en mi suerte —dijo entre dientes.

Un Lada 2101 de cuatro puertas, gris oscuro casi negro y con una abolladura en el paragolpes trasero. No hacía falta, pero aun así verificó que la matrícula coincidía. Tampoco era necesario asegurarse de que llevaba el arma encima, pero también lo hizo. Al pasar junto a él puso la mano en el capó. Todavía estaba caliente. Como él.

—¡Vamos allá! —se animó.

La puerta era el único elemento decorativo del portal que parecía haberse mantenido intacto desde que la feroz vanguardia del Ejército Rojo arrasara esas calles en abril de 1945. Extrajo la Walther PPK de la sobaquera antes de emprender la subida por unas escaleras tímidamente iluminadas gracias a las bombillas que, desnudas y solitarias, se descolgaban del techo. Segundo piso, puerta D. En cuanto alcanzó el rellano quitó el seguro de la pistola y avanzó resuelto apuntando hacia el suelo. El tintineo metálico de unas llaves le hizo detenerse y arrimarse a la pared al tiempo que notaba cómo la adrenalina hacía acto de presencia. Desde donde estaba no alcanzaba a ver las letras C y D, por lo que tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de que le tocara el premio. Lo averiguó cuando vio aparecer una melena rubia bien esponjada. Vestía con una cazadora de cuero negra ceñida al cuerpo, pantalones de pitillo también ajustados y portaba una bolsa de deporte color azul cielo en la mano izquierda. Empuñó el arma a dos manos sin esperar a que terminara de cerrar con llave y apuntó al pecho.

—¡Kriminalpolizei! —vociferó. El eco se encargó de amplificar su voz provocando la inmediata parálisis del sospechoso.

Momentánea.

—Ciudadano Kauffmann, solo tengo que hacerte unas preguntas, así que quiero que te relajes y no hagas ninguna tontería. Deja la mochila y apoya las palmas contra la pared.

Jürgen pareció pensárselo, pero finalmente hizo lo que le ordenaba.

—Eso es. Ahora me voy a acercar sin dejar de apuntarte. Quietecito, ¿vale?

Otto supo que no le iba a obedecer cuando se dio cuenta de que respiraba a un ritmo muy acelerado y negaba con la cabeza. Antes de que pudiera intimidarle de nuevo, advirtió que movía la mano derecha y se la llevaba a la espalda por dentro de la cazadora. El adiestramiento tomó las riendas de sus decisiones. Puso rodilla en tierra, acarició el gatillo y en cuanto su cerebro confirmó que sí, que eso que llevaba era un arma, venció su resistencia dos veces. Las detonaciones retumbaron en la estrechez del espacio sincronizándose con los torpes pasos atrás que logró dar Jürgen antes de caer de espalda.

—*Verdammt!*

Sin perder contacto visual con el arma que todavía sostenía, recorrió los ocho metros que le separaban del herido.

—¡Te dije que no hicieras ninguna tontería, jodido «comemierda»! —le recriminó antes de dar una patada a la pistola.

El inspector jefe Bauer se agachó para comprobar que los dos impactos estaban muy cerca del corazón y que, aunque se empeñara en tratar de respirar, ese doble del cantante de Kiss pero en rubio ya no volvería a subir a los escenarios.

—¡A la mierda, joder! —sentenció.

En cuanto la dilatación pupilar certificó la muerte cerebral, el suyo, tan vivo como desconcertado, empezó a calibrar una solución que se adaptara a las colosales dimensiones del problema que yacía a sus pies.

No disponía de tiempo para más lamentaciones. Tenía que encontrar un teléfono de inmediato.

*En algún lugar de la RDA*

Una línea estrecha y estilizada subrayaba verticalmente el camino que debía seguir como si un ente benefactor hubiera arañado aquella costra oscura para indicarle la salida. Niclas lo dedujo enseguida. La luz del exterior, por escasa que fuera, se estaba colando por el espacio que había entre el marco y la puerta, situada en el mismo lugar que la de la habitación que acababa de abandonar a rastras.

Y si entraba era porque no estaba cerrada del todo.

Sin precipitarse, como hacen los soldados con experiencia en misión de infiltración y sabotaje, se aproximó conteniendo la respiración. En cuanto consideró que estaba a su alcance, alargó el brazo y extendió los dedos. Sus tendones, todavía agarrotados, enviaron la protesta a través de su sistema nervioso, pero Niclas no cejó en su empeño y los introdujo en la ranura. Tiró muy despacio hacia él solo con la intención de poder mirar qué peligros le acechaban fuera. Le decepcionó el hecho de no hallar nada más que un estrecho y corto pasillo que desembocaba en una estancia más amplia. El reto no estaba a la altura de su escuadrón. Sus retinas, bien adaptadas a procesar las imágenes en condiciones lumínicas deficientes, le marcaron el camino a través de un sinfín de objetos inservibles y herramientas que algún día lo fueron hasta un portón de madera flanqueado a ambos lados por dos ventanales. Juntando los cuatro dedos de la mano quitó el polvo adherido a la

superficie del cristal con la intención de ver el exterior; sin embargo, aunque forzó la vista, apenas si pudo distinguir el perfil de una casa.

Una casa de la que intuyó que tenía que alejarse cuanto antes y sin hacer ruido.

Al examinar la cerradura no tardó en descartarla como opción, por lo que se centró en el ventanal de la izquierda. El sistema de apertura le recordó al que había en las ventanas del primer orfanato del que se escapó, pero con una notable diferencia a su favor: estas estaban bastante más cerca del suelo que aquellas. Cuando se vio fuera del cobertizo respiró por primera vez en mucho tiempo el aire puro y renovado del exterior, y un impulso más vigoroso que su figurada disciplina castrense le empujó a correr con la idea de alejarse todo lo posible de aquel tortuoso lugar. Le dolían los talones y los tobillos, pero su instinto de supervivencia aplacó el suplicio. Renqueante, divisó un murete al tiempo que evaluaba lo sencillo que le iba a resultar salvarlo.

Entonces, el gruñido.

Y esos diminutos ojos negros de mirada torva. Fauces abiertas, colmillos desafiantes, cuello poderoso, orejas replegadas en posición de ataque y musculatura en tensión. Toda una morfología diseñada para proteger los intereses de su amo.

Niclas no sabría decir el nombre de tres razas de perro, pero la del dóberman la conocía a la perfección y sabía que el enfrentamiento no era una opción.

Ordenó una maniobra de evasión inmediata.

Niclas brincó con la esperanza de encaramarse a la tapia y pasar al otro lado. Lo logró, pero cuando quiso ayudarse de las piernas notó que un cepo se cerraba sobre su pantorrilla. El dolor, envalentonado por haber llegado con algo de retraso, se cebó con él. El muchacho lo expulsó por la boca en forma de alarido al tiempo que, con la pierna libre trataba de golpearlo en la cabeza. En su desesperación, el niño se agitó provocando que los caninos del perro desgarraran el tejido muscular y perdieran la presa, momento que aprovechó Niclas para hacer fuerza con sus brazos y vencer el obstáculo. Al tomar contacto con el suelo perdió la verticalidad, pero aun así logró rodar unos metros alejándose del peligro. El latigazo lo sintió en cuanto trató de incorporarse para emprender la huida. Niclas aulló encolerizado al descubrir un trozo de carne que colgaba de donde no debería colgar ningún trozo de carne. Y menos si era un trozo de carne que formaba parte de su pierna. Las

lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos se secaron nada más ver el morro del animal asomando entre los provisionales listones de madera de un tramo en reparación, empecinado en atravesarlo sin dejar de ladrar y morder el aire. Desde el suelo, agarró una piedra y se la arrojó furioso. Luego otra y otra más, pensando que el fuego de cobertura le permitiría cubrir la ruta de escape. Aquello debió de funcionar, porque, igual que la fiera había aparecido de la nada, en la nada desapareció, gruñendo y ladrando como si renegara de su condenada existencia. No sin esfuerzo, Niclas se puso en pie y empezó a avanzar hacia la espesura del hayedo, luchando contra los múltiples pinchazos que le llegaban desde tantas partes de su maltrecha morfología que no era capaz de precisar su origen. Quizá fuera mejor así. La ficticia protección que le ofrecían las copas de los árboles le insufló la fuerza requerida para afrontar la siguiente gesta: alcanzar otro tronco donde apoyarse unos segundos para recobrar el aliento, fijar su siguiente objetivo y lanzarse a su conquista. Extenuado, aguzó el oído para discernir si ese sonido que provenía de su izquierda podría ser el curso de un río. No hacía falta atesorar años de entrenamiento para saber que debía seguirlo, aunque no sabía muy bien por qué. Sin embargo, no fue ese sino otro el ruido que hizo que su sistema nervioso diera la orden de reanudar la marcha.

Gruñidos y jadeos.

Gruñidos y jadeos aproximándose.

Gruñidos y jadeos aproximándose a más velocidad de la que él era capaz de desarrollar en su torpe espantada.

Exprimiendo las pocas reservas de combustible que le quedaban, corrió hacia la orilla sin mirar atrás. Niclas gimoteaba exasperado, apretando los dientes cuando no tenía que abrir la boca para llenar los pulmones y recorrer los escasos cinco metros que le restaban para llegar. Exangüe, introdujo los pies en el río y al notar el frío se dejó invadir por la emoción de una nueva y gloriosa victoria. La luz que reflejaba la luna en cuarto creciente coloreaba en plata el discurrir arremolinado del agua, briosa y agitada en su parte central. Resuelto a dejarse arrastrar por la corriente, decidió concederse un momento antes de girarse para controlar los movimientos de su fracasado enemigo de cuatro patas.

Sus fauces abiertas abalanzándose sobre él fueron lo último que vio.

*Apartamento de Jürgen Kauffmann. Berlín Oriental (RDA)*

—Inspector jefe Bauer, abajo hay alguien que insiste en hablar con usted personalmente —le informó uno de los cuatro uniformados que habían acudido minutos después de dar parte del incidente—. Nos ha mostrado su identificación y resulta que pertenece a la Compañía.

—¿Ojos saltones y acento ruso?

—Ese mismo.

—Es Viktor Lavrov, colabora conmigo en otro caso. Déjelo pasar y, por favor, oficial, encárguese de que todos los vecinos vuelvan a sus casas, no quiero que cuando venga el juez esto esté lleno de curiosos.

—A la orden.

—Y consiga algo para tapar el cuerpo de una puta vez —señaló.

Otto Bauer no había encontrado una solución mejor, teniendo en cuenta que en ningún momento valoró contar la verdad de lo sucedido. El comisario principal Schoenberg lo sepultaría vivo si se enterara de que había llegado allí siguiendo una pista de un tiroteo del cual ni siquiera existía una denuncia. Pero, si, además, llegara a saber que en la refriega estaba involucrado un agente de la Stasi con el que estaba trabajando extraoficialmente en una investigación que le había ordenado abandonar en persona, era muy posible que terminara en prisión.

Al verlo aparecer subiendo las escaleras se le aceleró el corazón. Trató de leer en su ambigua expresión si había cumplido con eso que le había pedido cuando le llamó por teléfono. Necesitaba saberlo, su carrera dependía de ello. El inspector jefe Bauer no había permitido que nadie entrara en el domicilio del sospechoso con la excusa de aguardar a que se personara el juez, lo cual no iba a suceder en menos de una hora desde que dio parte a la central de emergencias. Desde entonces habían transcurrido cincuenta minutos y la sequedad que notaba en el paladar era una prueba irrefutable de que no las tenía todas consigo.

—Dime que lo tienes —quiso saber en voz queda al tiempo que le tendía la mano.

—Estás muy nervioso. Cálmate —observó el ruso al notar el sudor que barnizaba la frente del inspector jefe.

—¿Lo tienes? —insistió.

—Lo tengo.

—¿Servirá?

—Que no te quepa duda.

—Gracias, gracias, gracias. ¿Crees que te vio alguien entrar o salir?

—No tengo modo de saberlo, pero allí no quedaba un alma cuando llegué.

—¿Subiste por donde te dije?

—Por la escalera de incendios.

—Bien. ¿Qué es?

—Cálmate, ¿quieres? He conseguido un portafotos que parece de plata y un par de objetos más de valor.

—¿Con fotos?

—Con fotos —corroboró.

—Bien.

Otto Bauer barrió el pasillo con la mirada. Se sintió algo aliviado al comprobar que el uniformado de la Kripo estaba entretenido cumpliendo con la orden de despejar la zona.

—Pásamelo.

Viktor introdujo la mano en el interior de la gabardina y le entregó el paquete envuelto en una tela blanca. Acto seguido se agachó y lo metió dentro de la bolsa de deporte que portaba el falso doble del cantante de Kiss.

—Ya te puedes marchar —le dijo.

—¿Qué vas a contar? —se interesó.

—Que vine a comprobar un chivatazo, sin más.

—Perfecto. No estaría de más que le metieras unos cuantos billetes a este cabrón en...

—Ya lo he hecho. Márchate, por favor.

El del KGB dedicó una última mirada al cadáver.

—¿En la academia no os enseñan a disparar a las rodillas o algo así? Ahora nunca sabremos quién le encargó el trabajito.

—Eso me importa una real mierda.

—Coincido. En realidad, lo único que te debe de importar es no llegar muy tarde a tu casa. Te estaré esperando para contarte lo que tienes que hacer por mí mañana.

En los ojos de Otto Bauer, más irritación que sorpresa.

—Uno no puede entrar en el infierno y pretender salir sin quemarse las pestañas.

Dos palmadas en el hombro sellaron la despedida.

El juez aún tardaría en aparecer media hora, treinta minutos durante los cuales a Otto Bauer le dio tiempo a sentir cómo empezaban a consumirle las llamas de ese infierno en el que acababa de entrar por su propio pie.

## PODRÍA SER MUCHO PEOR

*Tienda de repuestos Weber  
Distrito de Pankow. Berlín Oriental (RDA)  
2 de octubre de 1980*

Estacionó, como era su costumbre, a un par de calles de distancia de Kollwitzplatz para así poder llegar a la tienda caminando. Se había entretenido durante el trayecto escuchando una tertulia política en la Rundfunk der DDR en la que se mofaban del sistema electoral norteamericano, que, a menos de un mes para las elecciones presidenciales, iba a permitir que Ronald Reagan, un actor de segunda devenido en político, ocupara el despacho oval en la Casa Blanca. En Moscú, sin embargo, la idea no les hacía tanta gracia. Los informes señalaban al candidato republicano como una persona curtida en la política tras sus dos mandatos al frente del Estado de California. Además, contaba con el apoyo del partido en política exterior y, siendo esta de corte intervencionista, se preveía un recrudecimiento de las relaciones bilaterales con la Unión Soviética, circunstancia que en absoluto convenía al ejecutivo de Yuri Andrópov, del todo conscientes de su notable desventaja económica para afrontar una nueva carrera armamentística.

Al divisar el cartel amarillo, Viktor Lavrov desterró aquellos pensamientos para dejar espacio a lo que le había llevado hasta allí en un horario tan poco habitual. La operación que se iba a llevar a cabo esa noche requería de al menos cuatro agentes de calle experimentados y no tenía manera de saber la disponibilidad del personal operativo de la Oficina S, dado que trabajaban de forma simultánea para toda la estructura desplegada en el país. Confiaba en que el Centro hubiera atendido su solicitud de asignar a Boris Kliuka como jefe de equipo. Ya había trabajado con él en dos ocasiones y, a pesar de que

tenía una forma de ser un tanto repulsiva, era, sin lugar a discusión, el más indicado para llevar a cabo la tarea.

Comprobó a través del escaparate que no había mucha gente esperando antes de empujar la puerta. Lanzó un «buenos días» al aire que solo fue contestado por una anciana que descansaba su peso sobre un bastón mil veces barnizado.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —le preguntó Agneta, la mujer de Bernhard, sin modificar un ápice su inexpresivo semblante.

—Me han avisado de que ya podía recoger mi transistor.

—¿Y usted es?

—Viktor Lavrov.

Agneta consultó la agenda que tenía abierta sobre el mostrador.

—Sí, aquí está. Verá: nos hemos encontrado con un problema añadido en la bobina que mi marido quiere comentar con usted. Ahora mismo está en el taller. ¿Tiene cinco minutos o prefiere venir más tarde?

—Más tarde no puedo.

—Acompáñeme —le invitó ella dibujando con el brazo la trazada que tenía que hacer. Antes de bajar las escaleras que conducían al mencionado «taller», Agneta se giró.

—Está insoportable, así que trata de no cabrearle más de la cuenta —le advirtió bajando el tono de voz.

—¿La espalda otra vez?

—La edad, diría yo. Se pasa el día protestando por todo. Hoy ha tenido bronca con Camille por yo qué sé qué demonios. Y cuando no es con su hija es con su mujer y, si no, con el vecino, que también las ha tenido con él. En fin..., ahí lo tienes, fumando como siempre. Todo tuyo.

Bernhard Weber estaba sentado al fondo de la habitación, parapetado tras la cortina de humo que ascendía del cenicero. Embutido en un mono azul que pedía a gritos varios lavados, parecía una figura de cera mal rematada. Los cristales de aumento de las gafas hacían que se incrementara el cariz nostálgico contenido en la mirada; la mirada de quien ha visto tiempos mejores y atisba un futuro incierto, nada halagüeño.

Hasta donde sabía, Bernhard llevaba trabajando para ellos desde el cuarenta y cinco, cuando fue reclutado por el NKVD a su regreso a Alemania después de pasar catorce años de exilio en la Unión Soviética. Nacido en el seno de una familia de militantes de tercera generación del KPD, se había

visto forzado a salir del país para escapar de la despiadada y sistemática represión nazi contra los comunistas. Su cometido no era otro que dar soporte al entramado de inteligencia soviético en materia de comunicaciones. Hacía tiempo que las embajadas y consulados, vigilados de cerca por los servicios de contraespionaje locales, habían dejado de ser los receptores de las instrucciones que partían desde Lubianka. Como sustitutos, el Octavo Alto Directorio se había ocupado de ir abriendo decenas de estaciones camufladas, enclavadas todas ellas en puntos estratégicos con el fin de gestionar el intercambio de información con las Oficinas S operativas más allá de las fronteras patrias.

—Llegó esta madrugada —le dijo extrayendo una cuartilla doblada del bolsillo del pantalón y agitándola en el aire—. No sé qué te traerás entre manos, pero la primera encriptación me ha llevado casi dos horas descifrarla.

—¿Equivalencia con mis tablas?

—Recuérdame tu clave.

—«Kofeynik».

Bernhard agarró el cigarro, dio una calada y retuvo el humo en sus pulmones hasta que no le quedó otro remedio que liberarlo.

—Cincuenta y dos. Espero que la lleves encima, porque hace unos días el imbécil de..., qué más da cómo se llame, pretendía salir de aquí con el mensaje. Maldito principiante... ¿Quién recluta a estos cretinos? —se preguntó en voz alta.

—La llevo, por supuesto que la llevo.

—Todo tuyo, ponte cómodo —dijo señalándole una silla libre.

El del KGB abrió su libreta por la página adecuada y convirtió el listado de números que le dio Bernhard en las cuarenta y seis palabras que conformaban sus instrucciones en clave. Para comprender el significado del mensaje tenía que saber, entre otras cosas, que «colibrí» significaba «objetivo» y reconocer el nombre asociado a este como el n.º 3 del partido le hizo tragar saliva. Desde el principio intuía que debía de ser alguien importante, pero no pensó que lo fuera tanto. La última línea emplazándole a un encuentro a las trece horas con Boris Kliuka hizo que se aflojara notablemente el nudo que atenazaba su estómago. Así y todo, no quiso dar ninguna muestra de alivio y menos de alegría.

—¿Has memorizado lo que tengas que memorizar? —quiso saber Bernhard.

—Sí.

—Pues ya sabes lo que toca.

Viktor Lavrov le entregó la cuartilla y el hombre la arrugó antes de arrojarla al cenicero y prenderle fuego con el mechero.

—Al final, todo se convierte en cenizas —comentó con la mirada puesta en la azulada llama que se retorció como si quisiera desprenderse del papel.

—No te dejes consumir por el pesimismo.

—Es la pura y dura realidad. Ya no estamos en condiciones de aguantar lo que se nos viene encima, pero, claro, a la hora de plantearse si deberíamos modificar nuestras ideas, es infinitamente más sencillo afanarnos en demostrar que no, que no es necesario —recalcó con amargura—, que reconocer nuestros errores. Solo nos queda afrontarlo con dignidad, es la única forma de que la caída sea menos dolorosa.

—Los pobres resistimos porque no tenemos nada que perder, en eso se sustenta nuestra lucha. ¿Desde cuándo ha existido la posibilidad de hacer lo correcto y no salir perjudicado? Ya deberías saberlo, camarada. No buscar finales felices hace que disfrutemos de comienzos prometedores y tránsitos intransitables —sentenció.

—No te mando a la mierda porque seguramente me ordenarían organizar tu rescate —aseguró Bernhard.

Aquello le provocó una sonora carcajada.

—Tengo que irme.

—¿No te olvidas algo?!

—Claro, disculpa. Qué dirán los agentes encubiertos que me siguen si salgo de aquí sin el maldito transistor.

—Ojalá tu entusiasmo fuera contagioso, quizá eso me ayudaría a seguir aguantando a las dos locas con las que comparto casa.

—Tú lo que necesitas es compartir una buena sesión de cama con Agneta.

—El solo hecho de meterme en la cama sin gritar de dolor ya implica un acto heroico merecedor de la Orden de Lenin. No me pidas más.

—Tampoco es para tanto, podría ser peor —dijo enfilando las escaleras.

—¿Peor?

—Mucho peor. Podría pasarme a mí.

La risotada de hiena histérica rebotó entre aquellas paredes.

—Ahora sí que sí: ¡vete a la mierda, camarada!

*Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

La noche anterior había declinado la invitación a cenar del ministro de Justicia Hans-Jochen Vogel con la idea de despertarse temprano y dar una sorpresa a Doris. No recordaba un viaje tan fugaz y a la vez tan provechoso como ese. Los treinta y cuatro expedientes solicitados por la República Federal de Alemania se habían traducido en un millón y medio de marcos tras redondear la cifra a su favor solo por el hecho de dejar claro quién compraba y quién vendía. Las excarcelaciones empezaban a producirse a partir del primero de noviembre con las garantías habituales que ofrecía el Gobierno de Honecker a sus vecinos. El único punto de desencuentro se produjo en lo referente a la repercusión en medios. Durante la negociación del anterior lote, los nombres de los implicados y, lo que era aún más preocupante, las cifras terminaron llegando a la redacción del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Aquello causó una fuerte sacudida en los cimientos del partido, aunque Martin Köller no sabría decir si fue porque algunos altos cargos se sintieron dolidos por no haber sido informados de que llevaban décadas explotando esta vía de financiación o, simplemente, porque no les había llegado su parte del negocio.

El parte meteorológico no anunciaba lluvias hasta tres días después. Teniendo en cuenta el escaso índice de acierto que manejaban, resolvió no aparcar el ZIL-117 en la cochera para no alertar a su esposa con el chirrido de la puerta. Todavía no había hecho el ademán de abrir la puerta cuando las pezuñas de Athos hicieron acto de presencia sobre el cristal de la ventanilla.

—¡Mira que te lo he dicho veces! Que no te subas al coche. Que un día me vas a levantar la pintura y entonces sí que me vas a conocer enfadado. ¿Qué tal está el príncipe de la casa? ¿Me has echado de menos? —le preguntó al animal frotándole con brío por debajo de la mandíbula.

Algo le detuvo.

—¿¿Qué es esto?! Déjame ver... ¡¿Estás herido?! ¿Es tuya esta sangre? —se preguntó Martin en voz alta—. No, no..., no parece tuya —divagó—. ¿Qué demonios ha pasado?

Athos gimió como si quisiera excusarse y plegó las orejas. Seguidamente se sacudió para liberarse de su amo y correteó meneando el rabo a un lado y a otro mientras Martin, el ceño fruncido, trataba de entender el enigma. Pensando en que Doris pudiera aportar algo de luz, se encogió de hombros y se estiró la chaqueta del traje.

—¡Ven! Vamos por la puerta de atrás a ver si la sorprendemos zascandileando en el jardín o en la cocina. ¡Vamos!

El perro salió disparado como si hubiera entendido la proposición de su dueño, aunque a medio camino se volvió para encontrarse con él. Un hábito adquirido le invitó a desviar la mirada hacia el cobertizo. Una costumbre convertida en procedimiento. Un chequeo rápido para comprobar que todo está como tiene que estar.

Que estuviera la ventana izquierda entreabierta no estaba dentro del parámetro esperado. Se detuvo y amusgó los ojos forzando la vista en su deseo de procesar una imagen distinta, lo cual no sucedió. El corazón empezó a batirle con fuerza al tiempo que apretaba el paso hacia el lugar al que no quería llegar flanqueado de cerca por Athos. De su cabeza empezaron a brotar multitud de conjeturas que explicaran la anomalía, aunque una voz interna le decía que algo no iba bien. Las ventanas solo se abrían desde el interior y Doris no tenía manera posible de llegar al cobertizo por lo agreste del terreno, ni siquiera con la nueva silla de ruedas. Le costó despegar la lengua del paladar cuando sacó el manajo de llaves y buscó con pulso tembloroso la más pequeña de todas, esa que abría el candado. El ruido de la cadena al caer al suelo le provocó un escalofrío que le hizo estremecerse antes de avanzar torpemente por el angostado pasillo que desembocaba en los dos cuartuchos contiguos, en origen destinados para almacenar leña y demás enseres. Un rayo de esperanza le iluminó la cara. La primera puerta estaba abierta y la segunda cerrada, como tenía que ser. Quizá todo tuviera una sencilla explicación que en su paranoica obsesión por la seguridad no alcanzaba a vislumbrar. Segundos después aquella ilusión se marchitó hasta secarse por completo, como su garganta, aunque, en verdad, el boquete en la pared era esa sencilla explicación que andaba buscando.

—No puede ser —murmuró.

Y, sin embargo, era.

La imagen de Niclas corriendo por el bosque en busca de ayuda se hizo más real que la propia realidad que se negaba a creer. Empezó a notar que le faltaba el aire y, a pesar de que dio la orden de moverse a su sistema locomotor, este se empecinó en no atenderla. Necesitaba unos segundos para retomar el control de sus actos, pero se estaba asfixiando y una molestia que amenazaba con devenir en dolor se acomodó en su pecho. A duras penas logró deshacer el camino para salir al exterior, donde, aliviado, se dejó caer de

rodillas. De inmediato, Athos apareció con ganas de participar en ese nuevo juego que le proponía su amo.

—Ahora no, Athos, ahora no —le rogó asiéndole del collar para mantenerlo separado de la cara, empeñado en lamerla.

No transcurrió mucho tiempo hasta que Martin Köller trenzó una teoría fundamentada en la conveniencia de sus intereses.

—Dime, chico, ¿lo atrapaste? Esta sangre es suya, ¿verdad? Lo escuchaste saltar por la ventana y lo agarraste, ¿a que sí?!

El animal estaba encantado de ser el centro de atención y lo manifestó agitando vivamente el pequeño apéndice que tenía por rabo.

—Por eso la policía no se ha presentado aquí todavía. Piensa, Martin, piensa —se animó incorporándose con cierta dificultad y sacudiéndose los pantalones—. Si salió por aquí, lo normal es que trazara la ruta más corta a la salida. Y con la visibilidad que habría de noche... ¡Hacia allá!

Casi trotaba durante la fase de reconstrucción de los hechos.

—Si saltó la verja por aquí..., en aquella dirección no pudo llegar muy lejos. Hay unos doscientos metros hasta el río Havel. Pudo haberse caído y ahogado, ¿verdad? ¿Cuándo lo mordiste? Dime, chico, ¿cuándo lo atrapaste?! ¿Fuera? Yo sé que a veces te escapas porque se te pegan hojas del hayedo en las patas. ¿Saliste y lo atrapaste? ¡Vamos a dar un paseo!

Momentos después Martin Köller inspeccionaba el otro lado de la tapia buscando algún vestigio que reforzara sus suposiciones. Algunos metros a la derecha de donde había fijado el punto de fuga del muchacho lo encontró: sangre.

—¡Aquí! Ven, Athos.

Martin le hizo olfatear el rastro orgánico sin saber con certeza si aquello daría resultado, incógnita que se resolvió en cuanto el dóberman se lanzó a la carrera a través del bosque. Lo seguía no sin esfuerzo y con precaución de no resbalar en la inestabilidad del manto de origen caducifolio que tapizaba el estrato forestal. Tras una atemperada bajada y como si de un tajo se tratara, las aguas del Havel hacían las veces de frontera natural entre miembros de la misma especie arbórea y de frontera artificial entre miembros de la especie humana, separando el Estado de Brandeburgo de Berlín Occidental, ergo las dos Alemanias. La anchura del cauce, de entre siete y ocho metros, sumada al vigor de la corriente, le hizo descartar cualquier posibilidad de que un niño en su estado físico lo hubiera cruzado por algún punto. Los ladridos de Athos

interrumpieron sus divagaciones. Fatigado y algo malhumorado por tener que mojarse el calzado, alcanzó eso que con tanto énfasis se empeñaba en mostrarle el animal.

—¿Qué es esto? —le preguntó doblando el lomo para recogerlo de entre los matorrales que acotaban los márgenes del río. Reconoció de inmediato el trozo de tela que pertenecía al jersey azul que llevaba puesto durante su cautiverio.

—Entonces fue aquí donde lo pillaste, ¿eh? Buen perro —le premió masajeándole la cabeza—. Y luego, ¿qué? ¿Lo arrastró la corriente? Si fue así, no creo que sobreviviera, pero eso ya me corresponde a mí averiguarlo. ¡Buen trabajo, chico, buen trabajo!

Martin dejó caer la incómoda prenda y la acompañó con la mirada hasta que la perdió de vista, de la misma forma que deseaba que se disiparan sus dudas.

*Comisaría de Karlshorst. Berlín Oriental (RDA)*

—Tenemos que hablar, ¿no te parece?

Otto Bauer se sobresaltó.

—¡Maldita sea, Birgit!

—Perdona, pensé que te habías percatado de mi presencia —se excusó con aire irónico.

—Por favor, de ahora en adelante, cuando quieras algo ven de frente, no por un costado, y nunca, nunca... ¡jamás por la espalda! ¡¿De acuerdo?!

—Vale. Ya sé que has dormido poco y que estás nervioso, pero...

—Pero ¿qué, Birgit?, pero ¿qué? Termina la frase.

—¿En serio necesitas que termine la frase? —preguntó modulando el tono y dando varios golpes sobre una de las fotos del cuerpo sin vida de Jürgen Kauffmann.

—Luego. El comisario principal Schoenberg me ha pedido que le entregue hoy mismo el informe sobre el incidente de anoche.

—¿Incidente? No sabes la curiosidad que tengo por leerlo.

—Te lo pido por tu madre, aunque no sea la mía, dame un respiro, que ya tengo bastante con esta mierda. Luego, si quieres, nos vamos a almorzar juntos y hablamos de todo lo que se te ocurra.

—Pues, mira, sí que quiero. Te espero abajo a la una y media en punto, así

no te asustas si paso a buscarte. Y no pienses que me vas a despachar en quince minutos con la mierda que sirven aquí al lado. Me llevas a ese del centro del que tanto hablas, ¿entendido?

De camino al Der schwarze Spatz en su viejo Wartburg 313 modelo Sportwagen rojo, Birgit no le concedió un solo minuto de tregua antes de emprender la ofensiva.

—Otto, pero... ¿tú eres consciente del lío en el que te has metido?

—Sí, lo soy. No obstante, aún estoy tratando de hacerme a la idea y te agradecería que te quitaras la toga de juez.

—Lo que hay que oír...

—¡Precisamente! —dijo golpeando el volante—. Escucha y después, si lo entiendes oportuno, emite tu veredicto. Fui a comprobar la dirección que me diste, pero, la verdad, no esperaba encontrármelo allí y mucho menos que sacara un arma. No me dejó otra opción, créeme. Luego, cuando lo vi allí tirado y pensé en lo que se me venía encima... No puedo perder mi trabajo, es lo único que me queda. No sé si para ti es razón suficiente, pero es la que me llevó a tomar la decisión de... —Otto dudó.

—¿De inventarte una historia que podría llevarte de cabeza a la cárcel para toda la vida? —completó ella.

—No lo podrías haber definido mejor.

—¿Y lo dices así? ¿Como si nada?

—Fue una huida hacia delante.

—¿Y qué demonios significa eso, Otto? ¿No habría sido mejor afrontar los hechos que manipular la escena del crimen?

—Ya es tarde para eso. La decisión la tomé ayer a eso de las diez de la noche. Ya no hay vuelta atrás.

—Ya. Ahí tienes razón. Ya no hay modo de remediarlo. Al menos dime cómo hiciste para montarlo todo. Por si me preguntan, no vaya a meter la pata.

Otto tomó aire y lo expulsó muy despacio, como si necesitara limpiar sus pulmones antes de pronunciar las palabras que iban a salir de su boca.

—No quería involucrarte a ti, así que llamé a Viktor. Le resumí la situación y le conté por dónde entrar en la casa del anciano para que me trajera algo que pudiera relacionar a Jürgen con el robo.

—¿Así de sencillo? ¿Ni siquiera te dijo que te lo pensaras o yo qué sé?

—No. Nada.

—Ese hombre no es quien dice ser, pero supongo que eso ya lo habrás

deducido tú solito.

—Ahora mismo eso me importa muy poco, Birgit.

—Pues depende. Porque te tiene agarrado de las pelotas, ¿no te das cuenta? Podría utilizarte, chantajearte..., lo que quiera.

—No. Ese tarado podrá ser muchas cosas, pero es de fiar. Por cierto, que no se me olvide: anoche estuvimos hablando de la forma de pasar al otro lado para hablar con Max y también me dio un nombre que tenemos que investigar. Mirta Schäfer, se trata de una mujer que...

Birgit resopló con viveza.

—Pero ¡¿tú estás mal de la cabeza?! Estás de mierda hasta el cuello y ¿sigues pensando en el asunto de los niños?

—Estoy tratando de pasar página, ¿tan difícil es que lo entiendas? Esta mañana me ha felicitado el comisario principal Schoenberg en persona, lo cual, después de doce años en la Volkspolizei, es la primera vez que sucede.

—No, si al final te impondrán un medalla.

—Guárdate tu acidez para otra ocasión, hermanita, que no tengo yo el cuerpo para tu ironía.

—Entonces, ¿qué? ¿Cómo continúa esto?

—Ya te lo he dicho: pasando página. La comisión determinará mañana que actué en legítima defensa y cerrarán el caso. Te recuerdo, por si es necesario, que el hijo de puta me apuntó con un arma y que ya había tratado de matar a Viktor, por lo que no era ningún santo.

—No, seguro que no. Y Dios sabe que me alegro de que sea él quien está en el depósito y no tú, pero eso no quita para que...

Otto Bauer clavó el freno y se aferró con las dos manos al volante.

—¡¿Qué más necesitas saber?! —vociferó—. ¡Qué más quieres que te cuente! ¡Te lo he contado todo con pelos y señales, maldita sea! ¡Ya está hecho! ¡Deja de meterme el dedo en el ojo! ¡¿No podrías por un momento mostrarte un poco más compasiva conmigo?! ¡Últimamente pienso que con lo único con lo que disfrutas de verdad en tu vida es jodiéndome la mía!

Un silencio pegajoso se condensó en el interior del coche. Birgit, con la boca abierta, lo miraba incrédula. Otto, todavía azorado, no encontraba arrestos suficientes para enfrentarse a sus ojos.

—Lo siento, solo trataba de protegerte, pero no te preocupes, que me mantendré alejada de tu vida para no jodértela más.

—Birgit, espera, yo...

El portazo le sonó como una losa cayendo a plomo sobre su tumba.

Otto dudó unos segundos entre llorar y gritar, pero como no fue capaz de decantarse por una o por otra, permaneció inmóvil, como inmóviles permanecen los muertos.

*Taberna Wirtsgarten. Berlín Oriental (RDA)*

Se contaban cuatro personas mal repartidas en el local cuando Viktor Lavrov empujó la puerta para entrar.

El encuentro con Boris Kliuka le había provocado una catarata de sensaciones difíciles de etiquetar y, como la única que reconocía era la sequedad de garganta, acudió al Wirtsgarten a ponerle remedio.

—¡Viktor! ¿No es un poco pronto para un ave nocturna como tú? —le saludó Rudi sin dejar de pasar el trapo a las mesas.

Este consultó su reloj de fabricación rusa. En efecto, las cuatro y cuarenta y siete minutos podría considerarse una hora temprana para empezar a beber. Luego caminó hasta su mesa, se sentó y, entonces sí, verbalizó sus deseos.

—Ponme una Kölsch, haz el favor.

Con la mirada en el techo, aguardó a que Rudi le trajera la jarra antes de sacar su cuaderno con la idea de separar la paja del trigo, como tantas veces había escuchado decir a su padre, que no consistía en otra cosa que en desenmascarar a lo urgente cuando se disfraza de importante.

Un trago largo se le antojó la mejor forma de afrontar la tarea.

Lo primero —por inmediato, que no por importante— era desmenuzar lo que habría de acontecer esa noche en el Volkspark. El operativo de vigilancia pactado con Markus Wolf tenía como objetivo identificar a Raimond, el controlador de Annike Popp, seguirlo hasta su domicilio e intervenir sus comunicaciones. Ser testigos directos de la cotidianidad del agente del BDN era un paso previo y necesario para hallar el modo idóneo de derrotarlo en un futuro interrogatorio. El proceso se preveía largo y tedioso; sin embargo, no existía otra alternativa cuando lo que se buscaba era seguir tirando del hilo hasta llegar a la persona que señalara al topo que estaba escarbando bajo los mismísimos cimientos del Ministerio para la Seguridad del Estado. Eso era lo acordado, sí, pero no lo que iba a suceder si el equipo liderado por Boris Kliuka salía airoso de su misión.

En el mismo horizonte de sucesos, de forma irritablemente contemporánea, estaba fijada la cita con Erika. Y para resolver el entuerto había pergeñado un plan que, teniendo en cuenta el estado de nervios en el que se encontraba sumido su cómplice necesario, contaba con muchas menos opciones de éxito que el anterior. Puesto el primer filtro, lo relevante, lo que de verdad ocupaba espacio en su mente no estaba relacionado con la misión que le habían encomendado desde Lubianka; ni siquiera con los asuntos del corazón, dado que estos son indomables y, por ende, son ajenos a cualquier razonamiento. El veneno para el que no conseguía hallar el antídoto era el que le había inoculado Wolfgang Fraatz al hablarle de la Araña. Aquella conversación había acrecentado su ya de por sí notorio estado de ansiedad. Se sentía como un niño al que le hubieran dejado soplar las velas de su tarta de cumpleaños, puesto la cuchara en la mano y, teniéndola delante, no le consintieran probarla. Podía olfatear la esencia de la cobertura de frutas, apreciar la esponjosidad de la nata y hasta escuchar el crujir del chocolate, y, sin embargo, nada de ello servía si no podía hundir el cubierto en el bizcocho y llevarse una buena porción a la boca. Tenía que reconocer que en el punto en el que se encontraban no contaba con muchas probabilidades de catarla, pero, como haría ese niño, no pensaba darse por vencido tan fácilmente. Había tres caminos por los que podía transitar: el primero consistía en averiguar qué le sucedió a Mirta Schäfer, la amada y amante sangrienta de Wolfgang Fraatz, supuestamente ya difunta, pero sin tumba conocida. También podría resultar interesante rascar la costra que envolvía a esos grupos de hematofílicos que existían en Berlín y alrededores, pero, sin duda, la principal línea de avance apuntaba al otro lado de la ciudad. Si el amigo de la infancia de Otto Bauer, ese tal Max Pekeler, se avenía a colaborar con ellos, estarían dando un paso de gigante. Significaría tanto como poder lamer el cuchillo con el que se hubieran cortado las porciones. El problema, el maldito problema que no era capaz de solventar, era que si solicitaba algún tipo de soporte para conseguir que Otto cruzara con garantías se terminaría descubriendo todo el pastel, nunca mejor dicho. No quedaba otra que hacerlo de manera clandestina, aunque, quizá, ese detalle no tenía por qué compartirlo con el inspector jefe.

No eran pocas las veces que la ignorancia allanaba el camino.

Por último, que no menos significativo, estaba la cuestión no resuelta sobre quién deseaba verlo muerto. No menor, ni mucho menos, pero tan poco gratificante que solo el hecho de considerarla le resultaba molesto. De igual

forma, se había prometido a sí mismo que en cuanto liquidara los asuntos urgentes le sacaría brillo al expediente de Jürgen Kauffmann para ver si aparecía algún genio que le concediera un deseo.

—¿Llenamos el tanque o nos pasamos al Zhuravli?

La mueca de Rudi, tan risueña como impostada, le devolvió al presente. A la jarra apenas le quedaba un dedo de cerveza y juraría que no le había dado más que el trago inicial.

—No. Hoy tengo un compromiso.

—¿Seguro? Invita la casa.

El ruso inclinó la cabeza.

—¿Qué celebramos?

—Nada, camarada. No siempre hay que tener un motivo para invitar a alguien.

—Me anoto la cita para la siguiente. Gracias, Rudi.

No fue la expresión de notable decepción lo que le llamo la atención al psicólogo, fue que le pareció sincera.

Se contaban cuatro personas mal repartidas en el local cuando Viktor Lavrov tiró de la puerta para salir.

*Düppeler Forst. Berlín Occidental (RFA)*

Lucas no destacaba en las clases de educación física; de hecho, si no tuviera once años y estuviera capacitado para hacer autocrítica, diría que se trataba de la asignatura en la que contaba con mayor margen de mejora. Las pruebas de velocidad no se le daban mal del todo, pero las que implicaban recorrer una distancia mayor de doscientos metros se le atragantaban casi literalmente, pues su rostro adquiría una tonalidad roja cardenalicia que llegaba a asustar a Herr Schulz, su profesor. Su hermana Frederika, tres años y medio mayor que él, no se cansaba de repetirle que le pesaba el culo de comer tantos panqueques de fiambre. Y puede que tuviera razón, porque si había algo en el mundo a lo que no podía resistirse era a una torre de panqueques de fiambre. Herr Schulz, sin embargo, trataba de motivarle relacionando su escasa capacidad con cuestiones de índole genética, señalando directamente a sus fibras musculares. O eso había creído entender Lucas. Que las rojas valían para una cosa y las blancas para otra, y que él, al parecer, como tenía de las que no valían para

nada, debía probar con otros deportes menos exigentes desde el punto de vista aeróbico, como el ajedrez o el tiro con arco.

Mientras corría como alma que lleva el diablo ladera arriba, Lucas no pensaba en ello, pero tanto Frederika como Herr Schulz se comerían sus palabras si lo vieran desplazarse a esa velocidad, aun habiéndose jalado su ración de panqueques habitual de merienda, sacando el máximo partido a sus fibras rojas, blancas o las que fueran.

—¡Mamá! —gritó en cuanto la vio a unos cincuenta metros de distancia sin que por ello se viera afectado su ritmo endiablado—. ¡Mamááá!

Su madre, alertada más por ver a su hijo en tan acelerada tesitura que por los gritos, corrió a su encuentro.

—¿Qué te pasa, hijo?! ¿Qué te pasa?!

Lucas se tomó unos segundos para recuperar el aliento.

—¡Abajo! ¡En el río!

—¿Qué hay abajo en el río?!

—¡Estaba buscando piedras planas! Ya sabes, de las que uso para hacer la rana. Entonces lo vi. ¡Está ahí abajo, en la orilla!

—¿El qué?! Tranquilízate, respira, hijo.

—Mamá, me he dado un susto horroroso.

—Pero ¿qué has visto?!

—Es un niño, mamá.

—¿Un niño?

—Un niño muerto.

# SIEMPRE HAY UN PAPEL QUE MALINTERPRETAR

*Volkspark Friedrichshain  
Distrito de Friedrichshain. Berlín Oriental (RDA)  
2 de octubre de 1980*

Walter Krumm, alias «Raimond», se había marcado veinte minutos de tiempo límite para transmitir a su agente las instrucciones que había recibido directamente de la central de Pullach, en Múnich. La orden de su enlace en los Servicios de Apoyo Especializados —uno de los doce directorios en los que se dividía el Servicio Federal de Inteligencia (BND)— iba en concordancia con la política conservadora impuesta por Gerhard Wessel, sobre todo en los asuntos relacionados con sus vecinos del Este, desde que asumió la dirección del BND. El escándalo del caso Guillaume le había costado la cabeza a su predecesor y padre de los servicios secretos de la RFA, Reinhard Gehlen, cuestión de la que tomó buena nota para centrar sus esfuerzos en modernizar sus estructuras. La idea consistía en combatir a su principal enemigo, la Stasi, imponiendo su supremacía en el campo tecnológico y de infraestructuras de comunicaciones para compensar su clara desventaja desde el punto de vista cuantitativo y, por qué no reconocerlo, cualitativo. Así, dado que no contaban con muchos activos, se estipuló que los agentes operativos en el extranjero debían protegerse hasta el extremo, mucho más si se encontraban en una situación comprometida. Y ese, precisamente ese, era el caso de Annike Popp: comprometido. Todavía no había sido capaz de averiguar el motivo por el que Thomas Spengler había sido detenido por la Stasi y lo único que sabía con certeza era que su familia había sido notificada al respecto y que les habían prohibido salir de Berlín a expensas de recibir una citación para declarar.

Siendo tan incierta la situación, lo único que le había transmitido a Annike

era que la apartaban momentáneamente de cualquier servicio y que hiciera vida normal hasta nueva orden. Le escamó su actitud pasiva o, para ser más exactos, sumisa. En ningún momento manifestó objeción alguna, se limitó a escuchar sus argumentos y a asentir con la cabeza. No era una reacción que cuadrara dentro de su combativo perfil, pero su dilatada experiencia le decía que, al tensarse la cuerda, no había agente bien adiestrado que no se mostrara voluble. Por ello, cuando finalizó la conversación, compuso un gesto afable y enfiló el camino que atravesaba el parque más concurrido y con más solera de la ciudad. Segundos después tomaba la dirección contraria para dirigirse a Alexanderplatz, donde tenía previsto subirse al tranvía que le acercara hasta casa.

Con las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada al frente, Annike Popp se preguntaba qué demonios significaba eso de «hacer vida normal» que le había aconsejado Raimond. ¿Es que acaso existía algún manual que detallase las premisas que deben seguirse para tener una vida normal? ¿Con «normal» quería referirse a la mayoría de las personas en la República Democrática Alemana? ¿Esas que afrontan su día a día con la cabeza gacha y temerosa de que en cualquier momento la Stasi decida hacer de su vida «normal» una vida infernal? ¿Y qué pasaría si ella se negara a vivir como lo hace la gente «normal» de la República Democrática Alemana?

Porque luchar contra el sistema impuesto en el país en el que le había tocado vivir llevaba siendo la gasolina que hacía funcionar su motor interno. Y ahora Raimond, su único contacto con el organismo que representaba esa idea, le aconsejaba que se pusiera de perfil, que mirara hacia otro lado y esperara a que dejara de soplar el viento en contra. Así, sin más. «Muchas gracias por sus servicios, ya la llamaremos».

—¡A la mierda! —concluyó Annike.

Al pasar por la entrada del Märchenbrunnen se detuvo al lado de un grupo de punkis que, sentados en el suelo formando un círculo, compartían alcohol y tabaco. Pero no eran sus llamativas crestas, sino la memoria lo que había funcionado de estribo. Cuando era pequeña sus padres la llevaban a la Fuente de los Cuentos de Hadas para que pidiera algún deseo. No recordaba ninguno que se hubiera cumplido y puede que ahí residiera la clave de todo, en asumir que los deseos jamás se cumplen. Quizá, después de todo, Raimond tuviera

razón y lo que le convenía era aprender a ponerse de perfil.

Ahora bien, si querían que interpretara el papel de veleta tenían que asumir que solo era necesaria una leve ráfaga de viento para que ella pasara de estar de perfil a estar de espaldas.

—Verde —se identificó—. Varón de entre cincuenta y cinco y sesenta años. Sombrero marrón, gabardina color marfil, pantalón oscuro y zapatos marrones. Se dirige a la salida de Büschingstrasse en dirección a Alexanderplatz. Acera de la derecha.

—Amarillo. Salgo a su encuentro para fotografiarlo de frente.

—Negro a Amarillo. Es un agente veterano del BND, no te arriesgues demasiado —advirtió Viktor por el equipo de transmisión desde el asiento del copiloto del vehículo camuflado.

El equipo que le había asignado Wolf estaba conformado por tres agentes de campo, Amarillo, Rojo y Verde, encargados de seguir al objetivo a pie mientras que Blanco y Negro aguardaban en el coche con el apoyo de Azul, este último esperando recibir instrucciones a lomos de una potente motocicleta.

—Amarillo. Entendido.

—Rojo. En la esquina de Büschingstrasse con Mollstrasse —dijo la voz del único integrante femenino del equipo.

—Verde. Ha mirado su reloj y ha acelerado el paso. Parece que le ha entrado la prisa.

—Amarillo. Fotografías hechas en movimiento. Sigo por Büschingstrasse.

—Rojo. Objetivo a la vista pasando por Mollstrasse.

—Negro. Rojo, quédate tú con él. Verde, retírate y espera a ver qué pasa. Amarillo, dirígete a Alexanderplatz.

—Verde. Entendido.

—Rojo. Lo tengo. Diría que va camino de Alexanderplatz.

—Amarillo. Entendido, recorto por dentro.

—Negro. Azul, ¿posición?

—Azul. Sigo estacionado en Alexanderstrasse cerca de la boca del metro.

—Negro. Azul, mantén la posición. Si baja al metro quiero a Verde y Rojo con él. Si se sube a un autobús o a un tranvía que se encargue Amarillo. Azul por fuera.

—Rojo. Se ha detenido en la parada del tranvía M2.

—Amarillo. Llegando.

—Rojo. Espero para hacer el cambio.

—Azul. Prevenido. Desde aquí no veo la parada. Avisadme.

—¿Qué recorrido hace? —preguntó a Blanco sin activar el equipo de transmisión.

—Hasta Pankow pasando por Kollwitzkiez —le contestó sin despegar la mirada del parabrisas.

—Rojo. Cambio realizado. Me muevo.

—Amarillo. En la parada. Estoy a menos de diez metros del objetivo, suspendo las comunicaciones.

El equipo de última generación desarrollado por los técnicos de la Stasi reproducía el sistema del transceptor de radio portátil implementado con enorme acierto en los walkie-talkie, pero miniaturizado y compartimentado. De este modo, el agente llevaba el micrófono transmisor oculto cerca del cuello, el receptor dentro de la oreja, normalmente tapado por el pelo, gorro o pañuelo, ambos unidos por un sistema de cables bajo la ropa que confluían en el interruptor. Este no era más que el pulsador escondido dentro del puño que activaba la transmisión desde ese equipo hasta el resto de la red siempre y cuando compartieran la misma frecuencia de radio y estuvieran dentro del rango de acción que cubría con garantías mil doscientos metros.

—Verde. Atención, tranvía M2 llegando a Alexanderplatz.

—Azul. Oído. En movimiento.

—Negro. En cuanto suba y Amarillo tenga controlado al objetivo confirme con dos golpes. Nos ponemos en movimiento. Verde y Rojo, pueden retirarse.

—Rojo. Entendido.

—Verde. Suerte.

—Azul. Tranvía M2 en marcha.

Amarillo pulsó dos veces el interruptor.

—Negro. Amarillo, pulsa una vez si el objetivo está sentado y dos si permanece de pie.

Amarillo pulsó una vez.

—Negro. Tranvía a la vista. Azul a la vista. Amarillo, pulse dos veces cuando el objetivo se levante.

Los siguientes minutos transcurrieron sin novedad hasta que, entrando en el barrio de Heinersdorf, los receptores protestaron en dos ocasiones.

—Negro. Recibido. El tranvía se detiene en la parada de Am Steinberg. Atentos.

—Azul. Lo sobrepaso y giro en la primera a la derecha. Espero instrucciones.

—Negro. Tenemos dos vehículos delante. Aguantamos hasta volver a tener contacto visual con el objetivo y con Amarillo.

—Negro. Vemos a un hombre que se ajusta a la descripción bajando por la puerta trasera.

Tres pasajeros descendieron, pero ninguno de ellos era Amarillo.

—Negro. Amarillo, date prisa o te cerrarán las malditas puertas. Amarillo, ¿me recibes?

El tranvía se puso en marcha.

—¡Mierda! Amarillo, ¿qué ha pasado?

—Amarillo. Una mujer se ha desvanecido en mis brazos y no me ha dado tiempo a reaccionar.

Negro soltó varios improperios en ruso.

—Azul, el objetivo ha cruzado. ¿Cómo se llama la calle? —le preguntó a Blanco, impassible al volante.

—Ahora mismo no lo sé.

Más execraciones en su lengua materna.

—Azul. En movimiento.

—¡Date prisa, en unos segundos dejaremos de verlo y no podemos girar a la izquierda!

—Azul, ¿lo ves?

Silencio.

—Azul, ¿estás ahí?! Para el maldito coche. ¡Para aquí! —le ordenó a Blanco—. Gira por la siguiente que puedas a la izquierda y espera nuevas órdenes.

—Amarillo. ¡He conseguido bajar del tranvía! ¡Estoy a unos doscientos metros de la parada! —gritó.

—Negro. Continúo a pie. Azul, ¿sigues con nosotros?!

El del KGB cruzó sorteando el tráfico entre los pitidos y protestas de los conductores.

—Negro. ¡Atención! No veo al objetivo. ¿Alguien tiene contacto visual con el objetivo?! —preguntó desesperado—. ¡Maldita sea! ¿Nadie me recibe?

—Blanco. Negativo.

—Amarillo. Negativo —respondió entre jadeos.

Viktor Lavrov giró trescientos sesenta grados sobre su propio eje antes de golpearse las piernas con las palmas de las manos.

Blasfemias.

Impostadas blasfemias.

*Teatro Gorki. Berlín Oriental (RDA)*

Hacía demasiado frío para ir en medias, pero estaba tan harta de vestir a diario con pantalones que decidió salirse de la norma y ponerse una de sus faldas cortas. Había tardado más en acomodarse las hombreras de la chaqueta que en maquillarse y peinarse, y aún se estaba arrepintiéndose de no haber elegido la azul, menos ceñida y rebelde que la negra. Confiaba en no terminar lamentando más cosas, porque a dos minutos de que se cumpliera la hora, Erika Eisemberg todavía no estaba del todo convencida de si había tomado la decisión adecuada o si debería haberse hecho más de rogar.

En el lado positivo de la balanza pesaban, y mucho, los buenos momentos que habían vivido juntos en Moscú. Lo cierto era que Viktor, o Armando, o como se llamara realmente, era un hombre distinto; que no mejor, distinto. Sus amigas se lo recordaban casi a diario: «Se te va a quemar la sartén», pero a ella los hombres nunca le habían despertado excesivo interés. Quizá ello se debiera a que, en general, le parecían simples, rudos y previsibles, o puede que fuera porque para cubrir la demanda sexual tampoco le faltaban pretendientes dispuestos a satisfacerla. Claro que, si su tipo ideal era ese ruso cínico y visceral del que desconocía bastante más de lo que conocía, estaba apañada.

El reloj de la antesala decía que le quedaba un minuto para empezar a cargar el otro lado de la balanza y la impuntualidad no era algo que tolerara fácilmente.

—¿Erika Eisemberg?

La expresión poco amigable del hombre que se plantó frente a ella le hizo dar un paso atrás antes de contestar.

—Soy yo.

—Mi nombre es Otto Bauer. Tenemos un amigo en común al que le debo un favor.

—¿Viktor?

—El mismo. Permíteme que te tutee, por favor. Viktor me ha pedido que venga a buscarte a las nueve menos cinco en punto, pero que antes comprara dos entradas para la función de mañana. Son las nueve menos cinco en punto y aquí están las dos entradas para la función de mañana.

Erika no sabía qué decir.

—Pero ahí no termina la cosa. Ahora tengo que llevarte a un lugar y hacerte compañía hasta que él llegue. No me ha dicho en qué anda metido; sin embargo, tiene que ser un imponderable porque te puedo asegurar que esta cita es muy importante para él.

—¿Viktor pretende que me vaya con un desconocido a no sé qué sitio así como si tal cosa?

—Yo le conozco desde hace muy poco tiempo, pero me da la impresión de que su cabeza no funciona como las demás. Te lo pido por favor. Si fracaso, sé que mi vida se va a complicar... aún más —precisó.

El alegato desesperado de ese hombre de largas y pobladas patillas hizo sonreír a Erika.

—Es todo tan increíble que tiene que ser cierto —zanjó ella.

*En algún lugar del distrito de Marzahn. Berlín Oriental (RDA)*

—Llegas temprano —le recibió Boris Kliuka con semblante severo.

No se consideraba un experto en la materia, pero el psicólogo criminalista estaba convencido de que su herencia genética georgiana no le permitía exteriorizar un solo síntoma de alegría.

—Esta noche ando con prisa. ¿Todo en orden?

—Ahí lo tienes. Estar en vuestra frecuencia nos ha facilitado mucho el trabajo. Espero que el tipo de la motocicleta se recupere pronto. Sasha no midió bien la embestida.

—Está en el hospital, tiene una fractura en el húmero, pero se recuperará. ¿Os ha visto? —quiso cerciorarse Viktor.

El responsable del grupo operativo de la Oficina S le retó con la mirada y se pasó los dedos por la comisura de los labios.

—Solo quería asegurarme, disculpa. ¿Cómo está? ¿Ha dicho algo?

—Nada. Está tranquilo.

—Eso parece.

Raimond estaba sentado al fondo de la sala, encapuchado y con las manos atadas por detrás de la espalda.

—¿Hemos averiguado algo?

—Estamos trabajando en ello. Pavel y Sasha nos dirán algo cuando regresen de su apartamento. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Calculo que entre dos y tres horas.

—Suficiente. ¿Necesitas que te lo ablande?

—Solo que crea que no va a pasar de esta noche, pero no lo toques, mañana tiene que estar immaculado.

—Le contaré el cuento del lobo, suele funcionar.

—Buen trabajo, nos vemos luego.

—Nada comparado con tu actuación en plena calle. Deberías ser actor, ganarías más dinero.

—Es lo bueno de este oficio: que siempre hay un papel que malinterpretar —sentenció antes de marcharse.

Veintitrés minutos más tarde, entraba apresurado en el restaurante Max und Moritz, situado en la parte oriental de Kreuzberg, un barrio con arraigadas raíces políticas que quedó dividido en dos por un muro de hormigonadas razones. No eran pocas las veces ni las voces que le habían hablado de aquel sitio. Contaba con tanto prestigio que se decía que la persona responsable de trazar la división de la ciudad tenía que ser y vivir forzosamente en el Este de Berlín solo por el hecho de dejar el Max und Moritz de su lado. Debía su nombre a una tira cómica que se publicaba a mediados del siglo anterior en el periódico de corte satírico *Fliegende Blätter*, aunque más irónico aún era lo complicado que resultaba reservar una mesa teniendo en cuenta la carestía económica que vivían los ciudadanos de la RDA. Sin embargo, el ruso quería impresionar a Erika quizá como forma de compensar la manera en la que se estaban desarrollando los acontecimientos desde que se despidieron en el aeropuerto de Moscú.

La atmósfera, cálida y reposada, provocó que la densidad de adrenalina que circulaba por sus venas disminuyera en proporciones considerables. Reconocer el rostro risueño de Erika lo devolvió a su estado anterior.

—Buenas noches —saludó inclinando levemente la cabeza.

—Buenas noches —respondió ella—. No sé si me alegro de verte o no, porque la compañía de tu secuaz me está resultando más que agradable.

Otto se giró y elevó varias veces las cejas.

—Uno todavía conserva sus encantos —aportó antes de incorporarse.

—Ha sido un placer, espero que volvamos a vernos.

—Lo mismo te digo —coincidió ella.

Viktor Lavrov le dio las gracias en un abrazo que se prolongó el tiempo que duraron dos manotazos en la espalda. Una muestra de agradecimiento que a Otto le supo mejor que cualquier plato que hubiera podido degustar sentado en esa mesa.

—Siento que haya tenido que ser así, pero no tenía otra alternativa y no podía permitir que...

Erika levantó el dedo índice.

—¿Qué te parece si dejamos las explicaciones para otro momento? Para el que sea, pero que no sea con el estómago vacío.

—Excelente —calificó, anticipándose a la valoración que ambos hicieron de la comida.

Él agotó las últimas reservas de la botella de vino tinto de la región del Palatinado para regar el final de su historia; su historia vital. No se guardó nada. Incluso los capítulos más dolorosos, como el asesinato de su hermana a manos de un sociópata o la lenta y mohína agonía de su padre, condenado a vivir los últimos años de su vida en una silla de ruedas.

—Vaya. Una piensa que su vida no ha sido fácil hasta que se topa con relatos como el tuyo. No obstante, si esperas que siendo consciente de ello olvide que me tuviste engañada durante tres semanas, estás muy equivocado —intervino ella subrayando el final con una sonrisa difícil de interpretar.

—Brindemos por ello.

—No tan de prisa. Solo necesito saber una cosa más sobre ti.

El ruso dejó la copa sobre la mesa y ganó algo de distancia como si quisiera alejarse de una pregunta que, intuía, le iba a incomodar.

—Me he dado cuenta de que has omitido hablar de lo que realmente haces en Berlín, pero tus razones tendrás —añadió—. Solo quiero que me digas hasta qué punto me puede comprometer tu trabajo. A mí y a mi familia —especificó.

Este le sostuvo la mirada unos instantes antes de contestar.

—Soy lo que soy por decisión propia y he llegado hasta donde estoy por

puro convencimiento. Es cierto, soy comandante del *Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti* —pronunció en ruso— y no puedo hablarte sobre cuál es mi cometido aquí, en Berlín. En un futuro, si es que llegamos a tenerlo, esta norma no cambiará. Confío en que lo entiendas y lo admitas si es posible, pero si no puede ser..., si no puede ser también lo comprenderé.

—No has contestado a mi pregunta.

El del KGB caviló unos segundos, los que necesitó para recuperar la cuestión en concreto.

—No sabría decirte hasta qué punto os compromete a ti o a tu familia el hecho de mantener una relación conmigo, pero te mentiría si negara la evidencia.

—Está bien.

—¿Bien? ¿En qué sentido?

—En que ya sé a qué atenerme. ¿Pagas la cuenta? Hay una cafetería aquí cerca, me gustaría invitarte a un café. Si puedes y quieres.

—Puedo y quiero.

### *Residencia de los Scheidemann. Berlín Occidental (RFA)*

Lo había intentado todo. Había contado desde cien hasta cero, desde cero hasta cien, y lo único que veía cuando cerraba los ojos era el cuerpo de aquel niño desconocido, retorcido, pálido y con aquellas terribles heridas. Y solo, como si fuera un juguete viejo abandonado por su caprichoso dueño. No lograba dejar de pensar cómo habría llegado hasta allí, qué le habría sucedido, pero, sobre todo, era otro interrogante el que no le permitía conciliar el sueño a Lucas.

Tenía que intentarlo.

Se destapó, bajó de la cama y se puso las zapatillas. Recorrió el pasillo de puntillas y contuvo la respiración al pasar por delante de la puerta de Frederika. Si le oía, su naturaleza fisgona la empujaría a salir a averiguar de inmediato qué estaba pasando y todo su plan se iría al garete. Por suerte no fue así y avanzó en dirección a la cocina al tiempo que soltaba muy despacio el aire retenido en los pulmones. Al doblar la esquina se detuvo unos instantes a contemplar los destellos que se reflejaban en el suelo provenientes de la televisión. Su madre, tal y como sucedía cuando su padre estaba de viaje,

aprovechaba para quedarse más tarde de lo habitual sacando partido al último modelo de la marca Grundig. Eso facilitaba las cosas para llegar hasta la cocina y hacer la llamada. Se pegó a la pared y avanzó dando prudentes pasos laterales.

—Lucas, ¿se puede saber por qué no estás en la cama?

Misión abortada.

Cabizbajo y arrastrando los pies para manifestar su profunda decepción, entró en el salón.

—No puedo dormir. Necesito saberlo, mamá.

—Ven, anda, ven.

Lucas se sentó a su lado y se dejó caer en su regazo componiendo un mohín de corte seráfico.

—Ya te he dicho antes que llamaríamos a primera hora de la mañana.

—Ya, pero... Es que...

—¿Quieres que probemos ahora?

Lucas se incorporó en el acto.

—¡Sí! ¡Por favor! ¡Vamos, vamos!

—Habla bajo, que vas a despertar a tu hermana. Veamos, ¿dónde dejé anotado el número?

—Está junto al teléfono de la cocina. Yo te lo traigo.

Ocho segundos más tarde, su madre estaba marcando.

—Buenas noches y disculpe por llamar a esta hora. Soy Eva Scheidemann, la persona que ha llevado al niño que encontramos..., no sé si sabe de qué... Eso es, sí. Verá, llamaba para saber cómo está. —Silencio—. Mi hijo le hizo prometer al doctor Weiss que le mantendría informado, en fin, ya sabe cómo son los niños de ahora. —Pausa—. Sí, gracias. Espero.

Espera que se le hizo eterna a Lucas.

—Buenas noches, doctor. Disculpe que... Gracias. Sí, le escucho.

Lucas se aproximó lo máximo que pudo al auricular, pero no lograba entender una sola palabra.

—Entiendo, sí.

Ver el pulgar hacia arriba de su madre hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Mamá, pregúntale si podemos ir mañana a verle después de la escuela. Pregúntaselo, por favor. ¡Pregúntaselo!

Ella le hizo un gesto para que se tranquilizara.

—Muy bien. Una última cosa. Lucas quiere saber si podría ir a visitarlo

mañana. —Pausa—. Ya, comprendo. Sí, sí, sí, sí. Perfecto, llamamos primero entonces. Muy bien. Muy bien. Gracias, doctor Weiss. Gracias.

Colgó.

—¿Qué ha dicho?

—Dame un segundo, hijo, por favor. A ver. Sigue grave, porque, según parece, ha perdido mucha sangre y tenía algunas heridas feas que tienen que curar. Ahora está sedado.

—¿Qué es sedado?

—Dormido. Le dan una medicina para que pueda dormir y así no le duela nada.

—Ah, eso está muy bien. ¿Y qué más?

—Que tienen que esperar unos días para ver cómo evoluciona, sobre todo tener cuidado de que no aparezca una infección, porque está muy débil y... Eso. Que tienen que cuidarlo mucho.

—Vale. ¿Y qué ha dicho de ir a verlo?

—Que llamemos antes por teléfono y que nos dicen si podemos o no, pero que lo más seguro es que no esté despierto.

—Bueno, a mí eso me da lo mismo. Solo quiero verle. Se me ha olvidado decirte que le preguntaras si ya saben cómo se llama y si han encontrado a sus papás y si...

—Lucas, cálmate. Poco a poco, ¿de acuerdo? Lo importante es que ha salido bien de la operación.

—Sí, eso es lo importante —repitió escasamente convencido.

—Venga, pues entonces a dormir.

—Vale.

Antes de salir del salón, Lucas se dio la vuelta.

—Mami, ¿crees que me dejarán llevarle uno de mis peluches? Estoy seguro de que Marco, el gorila, le haría mucha compañía allí.

—Yo también.

—Y si resulta que no tiene papás, ¿crees que podríamos adoptarlo?

*En algún lugar del distrito de Marzahn. Berlín Oriental (RDA)*

Su nivel de distorsión anímica era tal que aquel destartado almacén le parecía mucho más acogedor que unas horas antes. Fue entonces cuando se

percató de que debía eliminar la sonrisa de estúpido que tenía adherida en la cara.

Durante el café que tomó con Erika, la conversación había sido notablemente menos espinosa, reproduciendo el talante distendido pero mordaz que tanto les atrajo en sus escapadas nocturnas por Moscú. Luego la acercó a casa y se despidió de ella hasta el día siguiente con un hético beso que apenas le rozó la comisura de los labios, pero que se colocó de inmediato en el número uno de su listado de deseos cumplidos.

En cuanto vio a Boris Kliuka hizo un colosal esfuerzo por enajenarse de esos pensamientos y zambullirse en los de Raimond.

—Buenas noches, Viktor —le recibió el responsable del grupo operativo de la Oficina S.

—Buenas noches.

—Aquí tienes lo que sabemos hasta ahora de él —dijo entregándole una carpeta—. No es mucho ni poco, pero intuyo que será suficiente. Espero que entiendas la letra de Sasha. No he usado nada de esto con él, solo le he esbozado el contexto: quiénes somos, a qué nos dedicamos..., ya sabes. El cuento del lobo creo que ya se lo sabía, porque no le he notado asustado en ningún momento.

—Vaya. Es lo que tiene el boca a boca, al final todo se sabe.

—Sin duda. Bueno, nosotros estaremos fuera por si necesitas algo. Yo voy a echar una cabezada, pero despiértame cuando termines.

—De acuerdo. Por cierto, ¿me prestas tu revólver?

—¿No vas armado?

—Sí, pero no es un revólver.

—Ah, entiendo. Toma. Suerte —se despidió Kliuka.

Raimond permanecía en la misma posición y postura, quizá un tanto encorvado, pero no era en absoluto un indicio positivo que en aquel taburete bajo y sin respaldo el prisionero hubiera sido capaz de permanecer inmóvil. El ruso acercó una silla y dedicó unos minutos a leer el informe que habían desarrollado a partir de la información recogida en su apartamento. Boris Kliuka tenía razón, no era mucho ni poco, pero podía ser suficiente si lo sabía usar correctamente.

—Walter Krumm, nacido en Offenbach el 12 de enero de 1922, militante del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán desde la mayoría de edad y alistado en el ejército en 1940 e incorporado a la 21.<sup>a</sup> división del

Panzergruppe Afrika como artillero de primera. Ascendido a sargento en junio de 1942. Herido el 1 de noviembre en la Segunda Batalla de El Alamein y licenciado del servicio. ¿Cómo fue?

—Nos alcanzaron de lleno. Lesiones internas de gravedad.

A pesar de la distorsión que provocaba la capucha, su voz sonaba firme y veraz. Mala señal.

—Luego fue profesor de primaria en Essen hasta que consiguió los permisos para trasladarse a Leipzig primero y más tarde a Berlín, en 1959. Doy por hecho que en aquel entonces ya estaba a las órdenes de Reinhard Gehlen, como otros muchos exmilitares que conformaron la génesis del BND.

Silencio.

—Su mujer falleció en 1976 y únicamente tiene un hijo, del que por el momento solo sabemos que se llama Walter, como usted. Doy por sentado que ya es consciente de que no pertenecemos a la Stasi y que hemos llegado hasta usted a través de Thomas Spengler, detenido el pasado 26 de septiembre. También sabemos que controla a otra agente con la que se ha reunido hoy, Annike Popp, junto a quienes manejaba una red dedicada, entre otros menesteres, a sacar ciudadanos de la RDA, lo cual, créame, nos importa una mierda. Voy rápido porque quiero llegar cuanto antes a la parte que nos interesa.

—Tengo sed.

—Sí, ya supongo, pero si todo va bien podrá estar en su casa en menos de una hora, y si no va bien, no va a necesitar beber, créame. Prosigo. Esta tarde la Stasi tenía una operación de seguimiento, ya sabe cómo funcionan ellos: necesitan saberlo todo del enemigo del Estado antes de proceder a la detención. Lo que hemos hecho ha sido adelantarnos para hacerle una propuesta. Dígame si está dispuesto a escucharla.

Raimond asintió de pura resiliencia.

—Bien. Hay una persona que ocupa un alto cargo del PSD que está empezando a resultar... molesta —definió— para nuestros intereses. Podríamos actuar directamente contra ella, cierto, pero preferimos que sean nuestros camaradas alemanes los que se encarguen de ello. Diplomacia. Vamos a ensuciar su nombre y a poner en entredicho su lealtad. Para ello necesitamos tener a alguien con un expediente inmaculado como el suyo filtrando información que nosotros le facilitaremos sobre sus ilícitas actividades con Occidente. ¿Hasta aquí alguna duda?

—No.

Viktor empezó a manipular el revólver de Kliuka.

—Llegados a este punto, la situación es la siguiente: si decide trabajar conmigo, nos encargaremos de que la Stasi le deje en paz durante unos días. Ahora bien, no podremos evitar que continúen con su labor de vigilancia, cuestión que nos conviene para evitar levantar suspicacias. En cuanto hayamos consumado nuestro objetivo, nos aseguraremos de que cumpla una condena mínima. Si no le seduce mi propuesta, entenderá que no podemos permitir que mañana, pasado o cuando sea la Stasi decida detenerlo sabiendo esto que le acabo de contar. Sé que no está en la mejor tesitura para tomar una decisión, pero en este oficio a veces las circunstancias nos condenan, qué le vamos a hacer. La cuestión es sencilla: ¿está dispuesto a trabajar conmigo en esto o tengo que buscar otro candidato?

—¿Qué garantía tengo de que si acepto su propuesta y consiguen sus propósitos no me dejarán en manos de la Stasi?

—El sentido común. No nos interesa que algún día pueda trascender nuestro juego.

—Entonces es más fácil hacerme callar para siempre.

—Eso haría sospechar a nuestros camaradas, ¿no cree? Sin embargo, si desaparece sin más, el expediente de Walter Krumm terminará perdiéndose entre los otros miles que se acumulan en su archivo. Tiene que tomar una decisión.

El sonido del tambor al girar acompañó su cavilar.

Eran más de las dos de la madrugada cuando Viktor Lavrov subía las escaleras del edificio agarrado al pasamanos, tirando de sí mismo en cada escalón como si vencer la oposición de la gravedad se hubiera convertido en una tarea imposible. Necesitaba dormir; de hecho, a pesar de que tenía muchas cosas en las que pensar, la única idea que ocupaba su mente tenía que ver con desocuparla. Cinco peldaños le separaban del sofá de Otto, ese armatoste en el que iba a dejar caer su organismo pensando en no tener que recogerlo hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Se disponía a introducir la llave en la cerradura cuando oyó gruñidos y golpes compasados por algún grito esporádico.

—¡Mierda puta! —protestó al tiempo que echaba la mano a la espalda para

agarrar la Makarov por las cachas.

Su cerebro resucitó pasando directamente al modo alarma y antes de empujar la puerta con el pie ya había elaborado su teoría: estaba en marcha el segundo intento de quien o quienes estaban empeñados en verle muerto. En la penumbra, avanzó en la dirección que señalaba el cañón de la pistola. El corazón bombeaba sangre con fuerza inusitada para ponerse a la altura del colérico estado de su dueño. Los ruidos que provenían del final del pasillo eran una llamada de socorro, pero el manual le forzó a asegurarse de que la cocina y el salón estuvieran despejados. Al encender la luz vio una silla tirada y algunos objetos más esparcidos por el suelo, evidenciando que se había producido un forcejeo. Sin necesidad de más indicios, apretó el paso y aguzó el oído. Reconoció dos voces distintas, una que gruñía y otra que se quejaba, y ambas provenían de la habitación de Otto. La secuencia de golpes huecos le invitaron a completar la escena que estaba ocurriendo dentro: el que gruñía estaba aplastando la cabeza del que se quejaba contra la pared.

Sin más dilación, irrumpió en el cuarto.

Los dos hombres se detuvieron en el acto.

La mirada furibunda de Otto acrecentó el intenso bochorno que se apropió de su rostro.

—¿Quieres largarte de una puta vez?! —le pidió Otto entre jadeos.

## ***PROST!***

*Apartamento de Otto Bauer  
Distrito de Friedrichshain. Berlín Oriental (RDA)  
3 de octubre de 1980*

El ruido de la cacharrería proveniente de la cocina le forzó a levantarse mucho antes de lo que había planificado. Pasaban algunos minutos de las siete de la mañana y la falta de descanso, compinchada con la tremebunda incomodidad del sofá, justificó la primera injuria de la jornada. Una imagen, la que se le había grabado a fuego en la retina antes de acostarse, le dio los buenos días nada más entrar en contacto con el frío suelo del salón. Somnoliento y avergonzado, caminó por el pasillo y se detuvo bajo el dintel de la puerta.

—Dame unos instantes, por favor, necesito que el agua fría reactive mi actividad neuronal antes de que pueda presentarte mis más sinceras disculpas.

—¿Café? —le ofreció Otto.

—Lo que sea eso que preparas; sí, gracias.

De regreso, el ruso lo buscó con la mirada.

—Siento mucho mi torpeza de anoche. Pensé que estabas en peligro y..., en fin. Espero que puedas perdonarme.

—Yo sí, Heinrich... no sé. Para ser honesto, te diré que en ningún momento tuve presente que tenía un invitado en casa, de otro modo habríamos sido más discretos, creo.

—Heinrich —repitió.

—Ha sido mi pareja los últimos..., no sé, seis o siete años. Quizá más. Pero hace unos meses todo se fue a la mierda y regresó a Leipzig. Anoche, cuando volví del restaurante me lo encontré en la puerta. Llevaba horas ahí sentado,

esperándome. Ahora no sé qué pasará entre nosotros, pero necesito que...

—Sí, entiendo. Tampoco te creas que voy a echar mucho de menos tu sofá.

—Me imagino. ¿Cómo resultó tu cita con Erika? —se interesó Otto antes de sacar un cigarro y colocárselo entre los dientes—. Me pareció una chica estupenda, demasiado estupenda para ti, de hecho.

—Hombre, gracias. Fue bien o eso creo. Esta noche la vuelvo a ver, esa es la buena noticia del día. La única buena noticia del día, de hecho —parafraseó—. ¿Pudiste averiguar algo sobre el nombre que te di?

—No. He tenido una discusión con Birgit que quiero solucionar antes de ir a comisaría. ¿Cuándo crees que tendrás todo dispuesto para que pueda pasar al otro lado?

En su malévola expresión estaba la respuesta.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Lo único que le preocupaba a Martin Köller mientras observaba el sosegado dormir de Doris era que ella no percibiera su veleidoso estado de ánimo. Tenía que actuar con absoluta normalidad para que ella no percibiera lo delicado de la situación. La incertidumbre se estaba ensañando con él. Era como una tortura en la que cada pregunta sin respuesta representaba una gota gélida horadando primero la piel y luego el hueso hasta taladrarle el cerebro.

Durante la noche había tenido el máximo cuidado de no moverse demasiado en la cama para que Doris no detectara su ansiedad y evitar tener que mentirla. Le había resultado imposible conciliar el sueño con la cabeza funcionando a pleno rendimiento, pero tenía que encontrar el modo de tomar las riendas para controlar aquel desbocado corcel. Repasó una y mil veces su agenda en busca de la persona o personas que de una forma discreta podrían ayudarle a averiguar qué había sucedido con el muchacho, pero a la postre resolvió que si quería permanecer impoluto lo mejor era no meter los pies en tamaño lodazal. Así podría centrar sus esfuerzos y energía en resolver el otro gran problema: encontrar un sustituto de manera inmediata, antes de que se presentaran los primeros efectos de la abstinencia.

—¿Qué es eso que te despierta tanta curiosidad? —quiso saber ella.

—¡Oh, cielo, disculpa, no me había percatado de que ya estabas despierta! —fingió—. Solo quería darte los buenos días —añadió antes de posar los

labios en su frente.

—Adulador.

—¿Quieres que te suba el desayuno a la cama? Dispongo de algo de tiempo antes de marcharme.

—¿Qué tal hace?

—Frío. Demasiado para desayunar en el porche. Es normal, ya estamos en octubre.

—Se acabó lo bueno. Solo pensar en los días que voy a pasar encerrada sola en casa me quita las ganas de levantarme de la cama.

—Lo sé, pero tienes que hacer el esfuerzo. Además, tengo una buena noticia que ayer se me olvidó contarte. Como te dije, hablé con los Geißel y me pidieron mil disculpas por no haber podido atender a tus llamadas. Parece que Manfred ha estado muy ocupado las últimas semanas trabajando en la ley sobre el nuevo plan quinquenal que necesitan aprobar en la Cámara Popular. Me ha confirmado su asistencia a la gala y...

—Venga, Martin, no seas cruel.

—Y su aportación. Mil marcos más que el año pasado.

—¿De verdad?

—Puedes estar segura.

—¡Oh, querido, eso sí que es una gran noticia! Pero ¿cómo no me lo dijiste ayer?

—No sé cómo pude olvidarme, pero llegué con muchas cosas en la cabeza y, mira, al final se me pasó.

—Ya te lo noté anoche. Tampoco quise decirte nada, porque no me gusta meterme en tus asuntos; sin embargo..., te vi muy afectado. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No, cielo, nada que deba ocupar un mínimo espacio entre tus preocupaciones. Bueno, ¿entonces ya estás más animada? ¿Te preparo el desayuno?

—Por favor.

Martin la besó en la mejilla y saltó de la cama, pero antes de salir de la habitación oyó de nuevo la voz de su esposa.

—A veces no puedo evitar acordarme de ella. ¿Recuerdas los zumos que nos preparaba los domingos?

Él esperó a que cediera la crispación que se había apoderado de sus músculos faciales antes de volverse y componer de nuevo un semblante laxo.

—Lo recuerdo muy bien. Fueron días muy felices, pero llegamos a un pacto, querida.

—Sí, sí, claro: el pacto —repitió apesadumbrada.

—Decidimos que no volveríamos a hablar de todo aquello que nos produzca dolor y yo sigo plenamente convencido de que es lo mejor. Lo mejor para los dos.

Doris desvió la mirada a su izquierda, pero enseguida volvió al redil de aquellos ojos bondadosos.

—Tienes razón, te pido disculpas.

—No hay por qué. Tardo cinco minutos.

Martin seguía negando con la cabeza mientras exprimía el zumo de la primera naranja, como si rechazando el hecho una y otra vez fuera a borrarse del almacén de su memoria.

*Barrio de Rummelsburg. Berlín Oriental (RDA)*

La escuela, como el resto de los edificios, presentaba un aspecto muy parecido a la imagen que él tenía presa en su memoria pese a que habían transcurrido unos cuantos años desde que dejara aquellas aulas. Los mismos desperfectos en la fachada, idénticas necesidades de pintura en la verja y semejantes caras de pesadumbre en los alumnos que se disponían a entrar. Una de ellas, la de su sobrino Karl, transmitía sorpresa y alegría, convirtiéndose así en la excepción que cumplía la regla.

—¡Tío, tío! —gritó antes de lanzarse a sus brazos—. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba por aquí cerca y se me ha ocurrido venir a darte un abrazo.

—Qué pena, pensé que habían matado a algún maestro o, mejor aún, a la directora Luttenberger.

La carcajada de Otto duró el tiempo que tardó en ser aplastada por el semblante circunspecto de su hermanastra.

—Oye, ¿qué te parece si este domingo te paso a buscar y vamos a jugar al fútbol al parque? Es decir, ¿qué te parece? —le preguntó a Birgit.

—El domingo es el Día de la República, por si no te acuerdas.

—Sí, claro, el dichoso desfile y toda la vaina. ¿Y después de comer?

—¡Genial! —se anticipó barbián a la respuesta de su madre—. Pero tú te pones de portero, que a mí se me da fatal. Ahí están Johan y Tomy, me voy.

¡Adiós!

Otto siguió el esprint de su sobrino hasta la puerta principal con una sonrisa infantil en los labios.

—Tú dirás —dijo ella.

El inspector jefe se rascó la barba. Los dos días que llevaba sin afeitarse estaban empezando a hacerse sentir, pero fue más un gesto fruto del nerviosismo que del picor.

—Birgit, quería pedirte perdón por lo de ayer. De verdad que no pienso lo que dije, solo que estoy..., estoy superado por todo —confesó.

Ella le aguantó la mirada, como si quisiera contrastar en el fondo de sus ojos la veracidad de sus palabras.

—No recuerdo la última vez que te disculpaste conmigo.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—No lo sé, simplemente que no lo recuerdo. Acompáñame al coche, imbécil, que eres un imbécil.

Otto contuvo la risotada que estuvo a punto de desbordarse en la presa de sus cuerdas vocales.

—Y te digo más, como el domingo se te olvide venir a buscar a Karl, ya puedes ahorrarte las excusas, porque no te van a servir de nada.

—¿Cuándo le he fallado yo a mi sobrino favorito?

—El otro ni siquiera gatea todavía.

—¿Y eso qué importa?

Otto hizo una pausa antes de abordar el asunto.

—Hay otra cosa más que quería contarte.

—Vamos, que la disculpa era una excusa...

—No, de verdad que no. He venido a pedirte perdón porque sé que me comporté como un...

—Imbécil —completó ella.

—Eso. Solo quería contarte que Heinrich ha vuelto.

A Birgit se le iluminó el rostro.

—¿En serio? ¡Es estupendo! Porque es estupendo, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—Otto, por favor, reconoce que nunca has sido más feliz que durante los años que...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió—. Pero..., sinceramente, tengo miedo de volver a decepcionarle.

—Sí y, ahora que lo dices, yo también.

—Gracias.

—Espero que no la cagues antes de que pueda invitarlo a casa a cenar. ¿Me concedes unos días, por favor?

—Lo intentaré.

—Más te vale. ¿Vienes a comisaría?

—No, antes tengo que pasar por intendencia para recuperar mi arma y firmar no sé qué formularios. Me la requisaron para que balística certifique mi testimonio.

—Entiendo. Una pena, porque quería mostrarte algo.

Otto la miró con notable curiosidad.

—¿Mostrarme qué?

Ella se pasó la lengua por los labios, como si lo que iba a salir de su boca fuera algo muy jugoso.

—El nombre ese que me diste, Mirta Schäfer, he estado rebuscando un poco por ahí y he encontrado algo interesante.

—¿En serio? Eres la mejor, hermanita. La número uno.

—Lo sé, te lo recordaré cuando me preguntes qué regalarme en Navidad. Escucha: hallé cuatro resultados con ese nombre, dos los descarté enseguida porque aparecían sin antecedentes y otra murió en 1948, pero la última...

—Venga, Birgit, no me hagas esto.

—Te fastidias. Es más, si quieres enterarte, bajas a verme a la hura, bonito.

—Lo que llevo diciendo desde que naciste: eres mala como tu madre.

*Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

No por ser algo esperado le resultó menos molesto.

El ruso se anticipó a las palabras del uniformado que, envarado y con la mirada flotando por encima de su cabeza, acababa de pedir permiso para entrar.

—El camarada teniente general Wolf desea verle en este momento — anunció.

—Dígale que...

—Tengo orden de acompañarle, camarada comandante Lavrov —se anticipó.

Este se apretó los lacrimales, agarró su agenda y asintió.

—Después de usted.

El despacho del responsable del Servicio de Inteligencia en el Extranjero estaba dos plantas por encima del suyo en un área de acceso restringido. Conforme iba cruzando puertas, regalando saludos fríos y recogiendo frías respuestas, empezó a notar que, como si se hubiera dejado contagiar por tanto desafecto, se le estaban agarrotando los dedos de las manos. El fenómeno, sin embargo, tenía una explicación física, según le habían explicado en la academia. Cuando el cerebro emite la señal de miedo y esta se transmite a través del sistema nervioso, el organismo responde desviando el caudal sanguíneo de las extremidades superiores a las inferiores para mejorar la respuesta natural ante una situación que provoca pavor: la huida. No era que Viktor Lavrov quisiera salir corriendo, pero hubiera preferido ahorrarse el trago que le aguardaba al final del pasillo. Se sugestionó para afrontar el reto a la altura del contrincante, sabedor de que podría encontrarse con un par de desagradables sorpresas. Y la primera de ellas tuvo que ver con la inesperada decoración de corte modernista, sin rastro alguno de la ranciedad burguesa que estilaban los dominios de Mielke. La segunda, su expresión jocunda, rayana en lo festivo, como si de verdad estuviera contento de volver a verle.

Mal hado tratándose del hombre sin rostro.

—¡Póngase cómodo, camarada! —le invitó con voz entusiasta en cuanto su asistente cerró la puerta a la vez que se inclinaba para abrir un cajón de su escritorio—. ¿Me acompaña? —preguntó mostrándole una botella de vodka cuya marca no reconoció, sumando así la tercera de las sorpresas—. Ya sé que no está en consonancia con la política de austeridad que trata de imponer el ministro Mielke, pero, entre usted y yo, déjeme que le diga que por suerte son más las diferencias que nos unen que las que nos separan.

La modulación de la voz estaba en consonancia con la actitud que mostraba, lo cual descolocó más si cabe al del KGB.

—Yo no suelo beber a estas horas, pero me despierta curiosidad esa marca —se le ocurrió decir.

—¡Tiene buen ojo! 1906 es un vodka polaco que me descubrió mi padre y que me envía un antiguo amigo suyo que aún trabaja en la embajada. ¿Sabía que mi padre fue nuestro primer embajador en Polonia?

—Sabía que fue un destacado escritor, pero no que también hubiera participado en asuntos políticos.

—Era mejor político que escritor —dijo sirviendo dos vasos—. Puede que le parezca hasta suave en el paladar; sin embargo, le aseguro que engaña como buen polaco que es. Él los admiraba por ello. Por su talento natural para el engaño —aclaró.

—No conozco tanto a los polacos.

—Eso que se ahorra. *Prost!*

—*Prost!*

Efectivamente, engañaba.

Markus Wolf se frotó las manos.

—Bien, supongo que ya le han comunicado las buenas nuevas.

Se refería a que el equipo encargado de vigilar el área en el que perdieron de vista a Raimond había dado el aviso a primera hora de la mañana de que lo habían localizado en la misma parada en la que lo perdieron.

—Así es.

—¿Fue idea suya?

—¿A qué se refiere?

—A mantener la zona vigilada.

—Sí, pero carece de mérito, está en todos los manuales. Apuesto a que en el suyo también.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Sabe? Tengo que reconocer que anoche, cuando me informaron de que lo habían perdido, me enfadé mucho. Mis hombres están bien preparados, o eso creo, y fallar de forma tan estrepitosa en una operación tan sencilla me provocó... digamos que cierta preocupación. Por ello, lo primero que he hecho ha sido pedir el informe completo, transmisiones incluidas.

Wolf hizo una pausa para analizar el comportamiento gestual de su interlocutor, inmóvil y con el ceño ligeramente fruncido. Viktor hacía exactamente lo mismo, pero con la voz.

—La primera vez que lo escuché no me percaté de nada. Es verdad que me llamó la atención que retirara dos efectivos nada más empezar, pero está dentro de lo plausible teniendo en cuenta que el objetivo consistía en seguirlo hasta su domicilio sin que él se percatara. Fue la concatenación de fatalidades lo que me hizo sospechar, pero, como le digo, no me di cuenta de lo que había sucedido hasta que lo escuché la segunda vez. Una anciana que no deja descender a Amarillo, una camioneta que choca contra Azul y al final solo queda usted, que, en honor a la verdad, reacciona bastante rápido saliendo del

vehículo, dado que Blanco estaba al volante. Enhorabuena y, por favor, créame, se lo digo de todo corazón. Brillante. Es usted infinitamente más válido de lo que pensaba.

—Me temo que no le sigo, camarada —se defendió tratando de controlar los delatores faciales. Solo esperaba que el sudor que sentía en las palmas de las manos no se manifestara también en la frente.

—No me importa, no tiene que decir nada si no lo desea. En realidad, solo quiero que me atienda unos minutos para que sepa a quién tiene delante y por si les puedo servir en algo.

Al psicólogo no se le escapó el uso del plural.

—Una vez que he tenido claro que se han hecho con el control del objetivo —prosiguió Wolf—, he aislado el hecho para tratar de entender lo importante. El porqué. ¿Por qué querría el KGB quitarnos una pieza que, a priori, no es caza mayor? Un simple controlador local no maneja información que pueda resultar interesante para Moscú. Pero cuando, para sorpresa de todos, ha vuelto a aparecer esta mañana lo he visto claro. Nos lo volvéis a poner en nuestro cesto con el fin de que gane en credibilidad para que, llegado el momento, la información que nos proporcione no se ponga en tela de juicio. Información delicada, por supuesto; información comprometedora, por supuesto. Si no, ¿para qué tanto esfuerzo? Ahora bien, ¿contra quién? Esa es la única duda que me queda por despejar.

El alemán se concedió un respiro para configurar una expresión en exceso cogitabunda que le sirviera para aliñar la pregunta.

—¿A quién se quiere quitar de en medio el KGB?

Viktor supo amarrar su sorpresa.

—En efecto: se trata de ese en quien está pensando, pero no seré yo quien pronuncie su nombre en este despacho.

Lo había visto claro. Markus Wolf no le estaba acusando de nada, más bien le estaba haciendo partícipe de sus averiguaciones con el propósito de ponerse de su lado, no enfrente. El ruso alargó el brazo para hacer presa a la botella de vodka e invirtió los papeles. Agarró el vaso y lo levantó.

—Y no me cabe ninguna duda de que sabrá actuar como le conviene, camarada.

Markus Wolf inclinó ligeramente la cabeza y elevó una ceja.

—*Prost!* —brindó.

## SERES HUMANOS Y BESTIAS

*Calles del barrio de Friedrichstadt  
Distrito de Mitte. Berlín Este (RDA)  
3 de octubre de 1980*

Otto Bauer caminaba con las manos en los bolsillos del abrigo, cariacontecido y con la prisa que uno tiene cuando no existe interés alguno por llegar. Ajeno al frío nocturno, iba renegando de su suerte, de lo esquiva que era, de lo mal que le trataba esa perra sarnosa llamada fortuna. Y no le faltaba razón. Porque hay que tener poca ventura para que se solapen dos hechos insólitos como una reconciliación amorosa y una infiltración clandestina que, de salir mal, podría costarle su trabajo en el mejor de los casos.

Para más inri, a Heinrich no le había podido contar más ni mentir menos que el tópico: «Estoy metido en un asunto del cual no te puedo hablar», argumento al que un día él le replicó: «Puede que un día no me encuentres, Otto». Y eso fue lo que sucedió. Heinrich podía dar clases de matemáticas avanzadas en cualquier universidad del país y, al margen del formidable reencuentro sexual, prácticamente no había dispuesto de más de diez minutos para tratar de convencerle de que se quedara en Berlín. Ahora bien, no era menos cierto que no podía dejar pasar la oportunidad de cruzar a la parte occidental habiendo constatado que la pista sobre aquel nombre, Mirta Schäfer, no iba a dar mucho más de sí por más entusiasmo y misterio con el que lo condimentara Birgit. Eso que tenía que mostrarle resultó ser una denuncia por desaparición firmada por un familiar en junio de 1968 y un expediente vinculado en el cual la policía que se encargó de la investigación apuntaba que la mujer podría haber sufrido un accidente realizando algún tipo de práctica sexual en grupo que le habría terminado causando la muerte. Apuntalando aquella teoría se aportaban

varios testimonios jurados que señalaban, siempre de forma indirecta —se lo habían oído a terceras personas—, que Mirta había sido enterrada en algún lugar del bosque de Grunewald. Solo había una declaración discordante firmada por un tal Helmut Wegener, que aseguraba que la mujer fue asistida por una persona que logró detener la hemorragia y sobrevivió. En definitiva, un nombre que llevaba a otro nombre y así sucesivamente en un bucle infinito que iba a morir en un callejón sin salida. Lo que sí le había sorprendido fue que se había zanjado la investigación de manera un tanto precipitada, como si alguien hubiera puesto el punto final a una novela de misterio sin resolver. Por no cortarles las alas a Birgit, le dijo que siguiera tirando del hilo —le pidió, más bien—, pero en su interior, si tuviera que apostar a que de ese número sacarían algo consistente, no le pondría ni una sola ficha.

No levantó la mirada de las puntas de sus botas militares hasta que llegó a la calle Franz-Klühs y trató de ubicarse en el espacio para encontrar la confluencia con Friedrichstrasse. Allí debería de estar el bloque de apartamentos que Viktor Lavrov le había señalado en el mapa. Solo tenía que encontrar el modo de bajar al sótano y acceder al túnel usando la llave que ahora notaba en su bolsillo para abrir la puerta oxidada de la plaza de garaje número diecisiete. Hasta ahí la información que manejaba; a partir de ahí, un plano como único acompañante y algunos marcos de la RFA para moverse en la parte occidental de una ciudad que no pisaba desde los doce años.

A su izquierda, a lo lejos, una de las torres de vigilancia, esbelta y arrogante, se alzaba sobre las cabezas de los conciudadanos a los que debía proteger. Sus potentes focos barrían de forma cíclica y obstinada la tan mítica como desconocida Franja de Seguridad, que era como se denominaba al espacio que había entre los dos muros de hormigón que conformaban la Barrera de Protección Antifascista. Así habían bautizado al Muro las mentes preclaras del partido en un alarde de creatividad comunista. Una definición que rozaba la parodia y que el inspector jefe de la Kripo, Otto Bauer, se disponía a cruzar de forma ilegal por obra y gracia de un misterioso psicólogo ruso con pinta de esconder mucho más de lo que mostraba.

Otto había previsto abordar a Max Pekeler en su domicilio a primerísima hora de la mañana y, sacando partido de su vieja amistad —y de su cargo de comisario en la Bundeskriminalamt—, exponerle el caso para convencerlo de abrir una línea de investigación extraoficial. En el bolso interior del abrigo había metido un comprometedor sobre que contenía una selección de fotos y

algunos documentos esclarecedores extraídos de sus expedientes, aunque confiaba más en conectar con él por la vía de lo emotivo.

Se disponía a buscar la entrada al mencionado sótano cuando vio que un hombre avanzaba hacia él con paso firme y decidido, como si se bastara él solo para anexionarse Polonia. Otto Bauer esperó pacientemente en su lado de la barrera fronteriza.

—Buenas noches, ciudadano —le saludó este. No tendría más de veinte años.

—Buenas noches.

—¿Es usted vecino de la zona?

—No. No lo soy.

—Entonces, ¿podría decirme qué hace aquí a estas horas de la noche?

Aquello, por sí solo, ya implicaba un problema. Aunque se identificara como inspector jefe de la Kriminalpolizei, su nombre quedaría registrado en el informe de actividad de aquel miembro de la Stasi, casi con total seguridad perteneciente a la Administración Central para la Lucha contra Personas Sospechosas, a cuyos iniciados los ponían a patear las calles y a pedir documentación a diestro y siniestro sin otro objetivo que apuntalar su leyenda: «Estamos en todas partes». Otra opción, la que le sugería la voz del diablo, era dar un paso atrás para propinarle un directo de derechas en el puente de la nariz y salir de allí por piernas esperando mejor suerte en otra ocasión.

—Mi trabajo —dijo al fin mostrando la placa.

—Entendido, camarada...

—Inspector jefe Bauer.

—¿Puedo ver su documento de identidad? Me obliga el procedimiento.

—Lo sé. Aquí tiene —le mostró.

Y, como esperaba, anotó su nombre y número de identificación en un cuaderno.

—¿Cree que podría servirle de utilidad esta noche, inspector jefe?

—Por supuesto. Traslade su ámbito de actuación a otra zona. Los conejos no salen a campo abierto cuando ven la sombra de un ave rapaz, ¿comprende?

—Comprendo, comprendo. Disculpe que le pregunte, tengo una amiga que vive por aquí cerca, ¿debería advertirle de algo en concreto?

«De que cierre muy fuerte las piernas si nota que algún aspirante a miembro de la Stasi se pone cariñoso» —pensó.

—No, lo cierto es que no, es un barrio muy tranquilo.

—Me quita un peso de encima. ¡Que tenga una buena caza, camarada! —se despidió ufano.

Ni bien desapareció entre los edificios, Otto se puso en marcha tratando de recordar la frase a la que tanto hacía referencia una profesora de Historia sobre las cosas que empiezan mal. Algo así como que era muy fácil doblar un alambre, pero muy difícil enderezarlo de nuevo.

O al revés, qué mierda importaba.

*Apartamento de Erika Eisemberg. Berlín Oriental (RDA)*

No era capaz de quitar los ojos de los suyos a pesar de que ella lo estaba mirando desde una privilegiada posición, como si aquello se tratara de una cuenta pendiente que saldar.

Una deuda histórica.

Viktor Lavrov, decidido a resolver el agravio sumido en la más absoluta pasividad, se limitaba a aferrarse a la sábana con ambas manos para no perderse detalle de lo que estaba ocurriendo sobre la cama.

Durante la función teatral había percibido señales que le hicieron pensar en un dichoso desenlace, pero hasta que ella no lo verbalizó al salir de aquel bar escondido cerca de Bebelplatz no imaginó que aquella jornada que había amanecido tan mal fuera a terminar entre sus piernas. Contrariamente a lo que marcaban las ocasiones precedentes, esta vez no hubo preliminares. Su instinto le dijo que se dejara llevar por aquel vendaval que le estaba arrancando la ropa en el pasillo y que amenazaba con convertirse en un huracán en cuanto tocara tierra en la habitación. Sin mediar una sola palabra, le hizo tumbarse en la cama mientras ella se metía la mano por debajo de la falda para quitarse la única prenda que parecía estorbarla. No podría decirse que estuvieran en igualdad de condiciones, pero a Viktor tampoco pareció importarle cuando ella le agarró la polla sin ninguna delicadeza, la agitó unos segundos para comprobar que aquello estaba en condiciones de ser usado y sin perder el contacto con ella se la introdujo dentro. Él intentó desabrochar la blusa, pero un manotazo le hizo ver que en esos dominios delimitados por el largo y el ancho del colchón ella era la única persona legitimada para establecer las leyes y hacer que se cumplieran. De este modo, se limitó a administrar su placer, pero sin llegar a incomodarla. Erika tenía los labios muy apretados,

configurando una prisión de máxima seguridad para sonidos demasiado incómodos aunque sí oportunos. El aumento considerable de la presión que ejercían sus dedos sobre la piel fue el primer indicador de los muchos que llegarían acto seguido: el drástico cambio en el movimiento de la cadera, la mirada enajenada, pero, sobre todo, la liberación de infinidad de gemidos distintos al escaparse de aquella cárcel de silencio. Un suspiro sostenido en el tiempo significó el punto de inflexión y, en cuanto el ruso notó que disminuía de manera considerable la presión corporal ajena, aprovechó para cambiar de postura. Ella no presentó oposición, toda vez que parecía haberse cobrado la parte que le correspondía más los intereses. Él tampoco pretendía complicarse demasiado ni mucho menos alargarse, por lo que se recostó de lado frente a ella y la agarró con fuerza del culo para acompañar el ritmo de la penetración.

—Córrete fuera —le pareció entender al ruso.

Y no le hizo falta nada más.

Se vació sin saber muy bien dónde, desparramando sus activos sobre la sábana sin ayuda ni complicidad de la otra parte, pero confiando en no haber saldado del todo la deuda.

### *Túnel de Friedrichstadt. Berlín Oriental (RDA)*

Avanzaba encorvado para adaptar su fisionomía a las reducidas condiciones espaciales del túnel. El aire viciado que respiraba dentro le empujaba a caminar deprisa acompañado por la misma incógnita con la que partió del lado oriental: ¿dónde demonios iba a aparecer al pasar al lado occidental?

Apenas le quedaban veinte metros para descubrirlo cuando empezó a percibir un olor infecto que le forzó a taparse las fosas nasales con la manga del abrigo. Aquel hedor, mezcla de orines secos y heces recientes, le trasladó de inmediato a las letrinas del internado al que le envió su padre con quince años. Acababa de morir su madre y él, muy ocupado con los asuntos del partido, decidió aligerar la mochila de cargas familiares colocando a su hijo en el rincón más nauseabundo de la casi recién nacida República Democrática de Alemania. O al menos esa era la indiscutible interpretación de los hechos que hacía Otto.

—¡Maldita sea mi maldita existencia! —profirió entre dientes.

Cada paso que daba era como adentrarse en una ciénaga, por lo que

recorrió los últimos metros de manera anaeróbica alimentando la débil esperanza de que al otro lado de la puerta el aire fuera respirable. El bofetón pestilente le hizo girar bruscamente la cabeza y retroceder un par de pasos. Aturdido, todavía fue capaz de apagar la luz y acompañar el movimiento de la puerta para evitar que hiciera ruido al cerrarse. Se concedió unos segundos para que sus ojos se adaptaran a unas condiciones lumínicas muy escasas pero suficientes para saber que se encontraba en la antigua red de alcantarillado de la ciudad. El cuerpo le pedía a gritos un cigarro y en esa extrema tesitura, aun siendo consciente de que no resultaba aconsejable fumar allí dentro, no quiso llevarle la contraria. La nicotina de las primeras caladas le insufló ánimos para avanzar con cautela en sentido contrario al que lo hacían los desperdicios humanos por el cauce central, por fortuna, sin rebosar. Tras doblar en el primer recodo a la derecha, el pasillo se ensanchaba y disminuía la oscuridad. Algunos metros más adelante unos barrotes metálicos le indicaron la salida. No sabía a ciencia cierta si esa era la mejor opción para salir de allí, pero en ningún momento se planteó buscar otra. Arrojó el cigarro y se lanzó a la escalada como si le estuviera persiguiendo una jauría de perros salvajes. La tapa metálica tampoco supuso ningún problema y mucho menos lo que le esperara fuera.

Fuera lo que fuera.

Aire puro.

Solo cuando Otto hubo sacado medio cuerpo al exterior se preocupó por mirar en derredor. Naturaleza. Árboles y arbustos, hojas secas, tierra, vida. Era como si hubiera atravesado el infierno y llegado al paraíso sin pasar por el purgatorio. La luz de una farola que bañaba el perímetro con su luz blanca y limpia le hizo colegir que estaba en un parque. Colocó la tapa de la alcantarilla y avanzó a cuatro patas hasta una zona tapizada por un manto verde y húmedo donde se tumbó y se restregó la cara.

—Disculpe, señor, ¿se encuentra usted bien? —oyó.

*Distrito de Pankow. Berlín Oriental (RDA)*

Le temblaban las manos. El doctor Priesnitz lo había llamado «temblor esencial» y añadió, con esa certeza aséptica que caracteriza a los médicos de cabecera, que iría agravándose de forma progresiva e imparable con el paso

de los años. También mencionó algunos medicamentos —beta bloqueadores y anticonvulsivos— que se estaban probando en EE. UU. y al parecer estaban dando buenos resultados. Martin Köller no era médico ni falta que le hacía para saber que el estremecimiento que se había apoderado de sus dedos muy poco tenía que ver con el diagnóstico del condenado doctor Priesnitz. Más bien estaba relacionado con eso que gritaba incesantemente y se agitaba dentro del maletero y que le estaba impidiendo clavar la aguja de la jeringuilla en la estrecha abertura de la ampolla de diez mililitros de ketamina.

No había tenido otra alternativa que cambiar de método. Nunca se le había escapado un niño y, si decidía acudir a alguno de los orfanatos habituales como había sido la norma hasta entonces, necesitaba al menos una semana para cumplimentar los trámites. El trato que tenía con ellos era muy sencillo: él, como abogado reconocido por trabajar para ambos Estados en «asuntos delicados» —una manera casi poética de expresarlo para no verse en la necesidad de definir el acto de negociar la compraventa de disidentes políticos entre la RFA y la RDA—, contaba, así en el Este como en el Oeste, con el respaldo político, el prestigio social y, cómo no, con la ilimitada confianza de los dirigentes de tales instituciones. A ello habría que añadir el hecho nada desdeñable de que su esposa era una reconocida benefactora de los cuidados de los más desvalidos a través de su fundación, Todos a la Mesa, que se encargaba de cubrir parte de los gastos destinados a los comedores de los cuatro hospicios más importantes de Berlín. En las misivas mecanografiadas por él decía representar a una familia de comprobada entidad moral y con los recursos necesarios para atender las necesidades que conllevaba una adopción definitiva, pero que, por expreso deseo de su cliente, el apellido del adoptante debía permanecer en el anonimato. Jamás le torcieron el gesto. Así, cumplido el expediente, pasaba él mismo a recoger a la criatura como parte del servicio que ofrecía a las familias y, durante el trayecto, la sedaba y trasladaba hasta su cobertizo. Cuando el niño no daba para más, normalmente entre las ocho y doce semanas, se deshacía del cuerpo en la parte contraria de la ciudad respecto a su procedencia para que, en el caso de que fuera encontrado el cadáver, no pudiera ser identificado. Su visa especial como ciudadano emérito de la RDA, habilitada por ambos Gobiernos para pasar de un lado a otro sin la obligación de someterse a los incómodos registros habituales, le facilitaba bastante la tarea.

Otra, mucho más sencilla *a priori*, se le seguía resistiendo.

—¡Por el amor de Dios! Martin, concéntrate de una vez —se exigió—. Aquí nadie puede oír sus malditos chillidos, relájate.

Tras dos intentos fallidos más, resolvió cambiar el procedimiento. Sujetó la ampolla entre las rodillas y agarrándose la muñeca con la mano izquierda logró su objetivo. Parcial, puesto que la parte crítica, que consistía en abrir el maletero, inmovilizar a aquella fiera e inyectarle el anestésico, permanecía pendiente. Estaba empezando a sospechar que se había equivocado al elegirla a ella, aunque, en honor a la verdad, no se le habían presentado más alternativas. Acuciado por la urgencia, había conducido buscando ese asentamiento de gitanos ubicado al norte del distrito de Pankow del que había oído hablar alguna vez. No dio con él hasta la última hora de la mañana cerca del municipio de Buch, en un terreno baldío situado entre las vías del tren y el cauce del Lietzengraben. Dejó el coche aparcado en un camino y se acercó dando un paseo sin una idea clara de cómo actuar. Dudas que se disiparon al localizar un grupo de niños de distintas edades pululando cerca del río. Solo tenía que esperar la ocasión propicia y esta se presentó cuando el sol ya estaba a punto de ocultarse. Una niña de unos once o doce años que se había alejado del resto persiguiendo una liebre. La abordó con naturalidad, se presentó y le contó que tenía una radio vieja que iba a tirar al vertedero a no ser que a ella le interesara.

—Por supuesto que funciona —le dijo con su mejor sonrisa—. En realidad, es de una marca muy buena, pero me han regalado otra mejor y esta me ocupa mucho sitio en casa —le explicó Martin—. Me da pena tirarla, así que si la quieres es tuya. ¡Seguro que les das una sorpresa a tus papás!

—¿Dónde la tienes?

—En el coche, aquí al lado. ¿Ves ese camino? Pues justo ahí —señaló.

No era justo ahí; sin embargo, no le costó demasiado esfuerzo convencerla para que siguiera caminando una vez que la niña ya consideraba el artilugio de su propiedad.

—Por cierto, no me has dicho tu nombre. Enseguida llegamos.

Se llamaba Imelda y, efectivamente, enseguida llegaron.

—¡Menudo cochazo tienes!

—¿Te gusta? Un día, si quieres, te doy una vuelta. La tengo en el maletero. Debo tener la llave en algún bolsillo...

Mientras hacía el paripé, Martin se aseguró de que no había nadie en los alrededores antes de abrirlo.

—Está al fondo, cógela tú misma —la animó.

Cuando Imelda se proyectó hacia delante, Martin la agarró de las piernas y la arrojó dentro sin mayor desvelo. Acto seguido cerró el maletero y condujo lejos de allí buscando un sitio apartado. El sitio en el que ahora se encontraba tratando de afrontar la última parte del programa.

Le insufló ánimo comprobar que los gritos se habían convertido en sollozos y los golpes violentos e incesantes en débiles e intermitentes. Estaba claro que la energía se le estaba agotando y por unos segundos dudó si no sería mejor aguardar un par de horas más a que se quedara dormida. Que Doris lo estuviera esperando despierta le hizo cambiar de opinión y, dejando a un lado otras especulaciones, introdujo la llave en la cerradura y la giró.

Las leyes de la física decían que no era posible que a Imelda le diera tiempo a reaccionar como lo hizo, pero la física y sus leyes no tienen validez alguna cuando se lucha por sobrevivir.

Martin tardó en reaccionar el tiempo que necesitó para comprender que tenía a la niña aferrada al cuello y que le estaba arañando la cara con una violencia desmesurada. Al final hizo valer a su favor la diferencia en tamaño y peso para dejarse caer al suelo sobre ella, inmovilizarla, clavarle la aguja bajo la mandíbula y empujar el émbolo hasta el final. Aún tuvo que contener los desesperados intentos de Imelda por zafarse durante unos interminables segundos hasta que notó que su liviano cuerpo se relajaba por completo.

Y fue justo entonces cuando lo vio nítidamente superando la tibieza del haz de luz que desprendían los faros traseros del ZIL-117.

Sangre.

Durante la refriega la niña debía de haberse golpeado el pómulo contra alguna piedra y un hilo carmesí que manaba a través de una brecha de un par de centímetros se deslizaba con extrema lentitud por su mejilla. Obnubilado, resolvió disfrutar de aquel espectáculo visual antes de impregnar sus dedos temblorosos —ahora por el frenesí que le producía el contacto con el fluido— y acercárselos a las fosas nasales para aspirar su vitalidad. La reacción fue inmediata y, a pesar de ser consciente de que no era en absoluto sensato, se desabrochó el cinturón y se bajó la bragueta.

Seres humanos y bestias son uno solo cuando el instinto lo es todo.

*Apartamento de Erika Eisemberg. Berlín Oriental (RDA)*

—No siempre se puede elegir, pero en ocasiones es mejor no tener que hacerlo, aunque solo sea por ahorrarse el proceso cognitivo que conlleva — argumentó él.

—Disponer de opciones normalmente es positivo —le contradijo ella.

—No tiene por qué, déjame que te defienda mi posición. Simplificando en dos las opciones, pongamos que una es mala y la otra es peor; entonces, que dispongas de opciones para elegir entre una y otra no es en absoluto positivo, ¿verdad? También puede suceder que una sea excelente y la otra pésima y, sin embargo, tu capacidad de elección se vea distorsionada por motivos externos y termines por decantarte por la segunda. Pero voy más allá. Si una opción es buena y la otra mejor, elijas la que elijas, siempre, siempre, siempre, te arrepentirás de no haberte decantado por la otra. Porque de este modo funciona esta mierda que nos guía —teorizó Viktor agarrándose la cabeza con ambas manos.

—Perdona, me he dormido en el primer postulado de tu teoría, cuando decías que una es mala y la otra peor. ¿Puedes repetirlo de nuevo?

—Pécora.

Erika dejó escapar una risa maliciosa antes de acomodar la cabeza en su abdomen y taparse la espalda con la ropa de cama. Ambos cuerpos dibujaban una extraña letra china sobre la cama, pero en esa postura habían terminado la última vez que alcanzaron el orgasmo y así habían permanecido.

—Digas lo que digas —retomó ella—, una democracia en la que solo existe una opción no es una democracia. Se llamará de otra forma: monocracia, no sé, llámalo equis, me da lo mismo, pero nunca democracia.

—Mira, ahí puedo estar de acuerdo. Pero lo que entiende el mundo occidental por democracia no es lo que entendían los griegos que inventaron el sistema.

—Se acabó. No pienso abrir esa lata, no, no, no. Ni se me ocurre.

—Y haces bien.

—De lo que sí me gustaría que me hablaras es del asunto que te traes entre manos con el inspector Bauer, que, por cierto, no sé si te he dicho que me pareció un hombre la mar de interesante.

—Con esta van cuatro veces.

—Creo que cinco y las que te quedan, por listo.

—Está asumido.

—Bueno, cuenta. Lo que puedas, claro, no vaya a ser también asunto de Estado y se presente la Stasi en el dormitorio —se mofó.

—¿Seguro que quieres saberlo? —preguntó alargando el brazo para jugar con su cabello.

—Seguro.

Cuando terminó la sonrisa de Erika había desaparecido por completo.

—Vaya. No sé qué me cuesta más asumir: que exista alguien como la Araña o que la policía sea incapaz de atraparla después de... ¿Cuántos asesinatos has dicho?

—No lo sabemos con certeza. Tenemos cinco casos relacionados claramente entre sí; no obstante, pensamos que puede haber más al otro lado.

—¿Al otro lado?

—Sí, eso he dicho, pero no me preguntes cómo. Sospechamos que los niños que tenemos nosotros provienen de la parte occidental y, según aseguró Otto, la Volkspolizei tiene decenas de casos de desapariciones sin resolver... En fin, pronto sabremos el alcance de todo.

—¿Cómo?

—Deberías presentar tu candidatura en Normannenstrasse para llevar a cabo interrogatorios.

—No me des ideas.

—En estos momentos, si todo ha ido bien, Otto estará en Berlín Oeste y mañana se verá con un amigo suyo de la Bundeskriminalamt que podría ayudarnos, por lo menos, a identificar nuestros cadáveres.

—¿Y no tienes forma de comunicarte con él?

—Le propuse llevar una paloma mensajera, pero es alérgico a las ratas con alas.

—Idiota.

—No podemos arriesgarnos y Otto es un tipo resuelto, seguro que ahora está durmiendo a pierna suelta, disfrutando del lujo del mundo occidental.

—Hablando de dormir, ¿qué te parece si nos aplicamos el cuento?

—¡Qué alivio! Pensé que querías...

—No, gracias. Aprovechando que mañana es el primer sábado de mes, he quedado con una amiga para ir de compras y me gustaría poder caminar sin ser objeto de burla.

La carcajada de Viktor, que bien podría confundirse con el chillido de una hiena, se amplificó entre aquellas cuatro paredes.

—Pero no te acomodes demasiado, guapito, que tenemos que pasar por la ducha y cambiar las sábanas.

*Tiergarten. Berlín Occidental (RFA)*

El hombre que le había visto revolcarse en el césped resultó ser un veterano de guerra con problemas de insomnio que lo único que necesitaba era un poco de conversación. Tras despedirse cordialmente de él, Otto empezó a buscar un espacio algo recogido donde poder dormir unas horas antes de ir a la dirección que tenía marcada en el mapa. Orientándose en sus más de doscientas hectáreas gracias a la Columna de la Victoria, que lucía esbelta sus sesenta y nueve metros de altura, el inspector jefe de la Kripo avanzó por senderos secundarios sin salirse de las zonas bañadas por el alumbrado público.

Eran las dos y cuarto de la madrugada cuando empezó a percibir el cansancio acumulado y la falta de sueño. Hacía frío, pero calculó con acierto que la temperatura no habría bajado de los diez grados y que embutido dentro de su abrigo podría pasar la noche sin correr el riesgo de sufrir una hipotermia. A unos quince metros a su derecha, un grupo de árboles que parecían estar charlando entre sí y cuya especie no supo reconocer le pareció el lugar ideal para cerrar un rato los ojos. Apoyó la espalda contra el tronco, estiró las piernas y cruzó los brazos a la altura del pecho. Las partículas odoríferas hediondas que se habían adherido al tejido de su ropa se hicieron notar, por lo que recurrió al mismo remedio que le había funcionado dentro del túnel. Encendió un cigarro y retuvo el humo en sus pulmones elucubrando sobre la decisión que habría tomado Heinrich y cuál habría sido la suya si la persona a la que amaba repitiera los mismos errores que llevaron a hacer fracasar la relación en el pasado. Antes de aplastar la colilla contra el terreno se prometió que, si al volver a casa Heinrich seguía allí, pondría todo de su parte por cambiar.

Ahora bien, que todo fuera suficiente ya no dependía solo de él.

## ¿CON O SIN HIELO?

*Ministerio para la Seguridad del Estado  
Distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)  
4 de octubre de 1980*

Por primera vez desde que se hizo cargo del puesto, la amargura que percibía en las caras de quienes se cruzaban con él cada mañana en aquel pasillo cargado de simbología comunista y lemas patrióticos no le afectó lo más mínimo. Es más, en esos momentos, aquella mole de hormigón preparada para dar cobijo a más de veinte mil almas —con el propósito de ser el escudo y la espada del Estado, pero también sus ojos y sus oídos—, le parecía a Viktor Lavrov el maravilloso mundo de Oz. Se veía dichoso como Dorothy, abrazado a Mielke, a Wolf y a Honecker metidos en los papeles del león cobarde, el espantapájaros y el hombre de hojalata, todos juntos avanzando por la senda del comunismo, sin mirar atrás, bizarros y decididos.

Su exultante estado de ánimo no respondía a que fuera sábado y a que estuviera contagiado por la inminente llegada del fin de semana, no. Se debía al mero hecho de haberse despertado junto a Erika; a los minutos —no más de tres— durante los cuales la estuvo contemplando mientras dormía, masticando las ganas de acariciarle el pelo, de morderla en los labios, de recorrer todo su cuerpo olisqueando su piel. Esos minutos —no más de tres— fueron suficientes para convertirle en el ser inmune e invulnerable que saludaba con una sonrisa impropia a propios y sobre todo extraños con quienes tenía el placer de cruzarse en el camino hacia su despacho. Al sentarse dudó de que esa fuera la silla tan incómoda que le llevaba martirizando desde el primer día que su culo tomó contacto con ella y, sin embargo, sí, era la misma.

Sobre su mesa descansaban las carpetas con el reporte de actividad diario

de Annike Popp y de Walter Krumm. No obstante, antes de abrirlas, levantó el teléfono para solicitar a la secretaria de la Administración 12 el informe de incidencias del día anterior. Si Otto hubiera tenido algún problema, el incidente estaría reflejado ahí sin ningún género de duda. Instantes después, la sargento Kunkel se lo entregaba en mano. Fue directamente al directorio de detenciones y una mueca de satisfacción se agrandó en su cara justo cuando el timbre reclamaba su atención.

—Camarada comandante Lavrov, tiene una llamada... personal —concretó una voz femenina.

—El teléfono de mi apartamento está averiado desde hace días —se justificó—. Pásemela, si es tan amable.

—Línea dos.

El ruso se aclaró la garganta.

—Al aparato.

—Herr Lavrov, le llamamos de la tienda de repuestos Weber. Hemos intentado comunicarnos con el número de su domicilio, pero no nos da señal y en su ficha de cliente aparece este otro, espero que no le hayamos importunado.

—No, para nada.

—Quedamos en que le avisaríamos en cuanto nos llegaran los repuestos originales de las aspas para la RG28. Pues bien, ya los tenemos, así que cuando usted quiera nos entrega su batidora y se lo cambiamos en el momento.

—¿Cuándo los han recibido?

—Hace apenas unos minutos, pero su nombre aparecía de los primeros en la lista, por eso le hemos llamado.

—Le agradezco la consideración. En cuanto tenga algo de tiempo me paso por allí.

—Cuando usted disponga. Buenos días.

El del KGB colgó sabiendo que no podía abandonar su puesto de manera perentoria aunque fuera para atender la llamada de socorro de Annike Popp. Además, todavía faltaba mucho para que Rudi entrara a trabajar en su turno de tarde, por lo que resolvió chequear el reporte de seguimiento del día anterior por si hubiera algo que le llamara la atención, algo que no sucedió.

De nuevo sonó el teléfono.

—La mayor general Strauss solicita verle ahora mismo en su despacho.

Viktor Lavrov tardó unas décimas en contestar. Se trataba de la responsable

de la Administración Central de Coordinación, encargada de supervisar su labor y valía de cara a la valoración periódica que enviaba la Stasi a Moscú y a quien había logrado esquivar sagazmente mediante informes con bastante más continente que contenido. Hasta el momento. Su fama de mujer áspera y de extrema diligencia le hizo tragar saliva.

—Enseguida —respondió.

No llevaba veinte minutos en su puesto y la sonrisa ya se le había marchitado. Quizá no fuera tan inmune y puede que tampoco fuese del todo invulnerable.

### *Distrito de Steglitz. Berlín Occidental (RFA)*

Caminando por aquellas calles perfectamente asfaltadas, bien iluminadas y limpias como si estuvieran pendientes de estrenar, el inspector jefe Bauer — que todavía despedía un olor acre— se sintió sucio.

Más sucio aún.

En esa tesitura le vino a la cabeza una frase acuñada por el escritor Kurt Tucholsky: «Todo berlinés que se precie de serlo anhela poseer una casa con un gran jardín que tenga vistas al Báltico pero con salida directa a Friedrichstrasse por el patio trasero». Y Steglitz, el distrito del suroeste de Berlín en el que vivía Max Pekeler, se aproximaba mucho a esa idea.

Podría decirse que se trataba de su gran amigo de la infancia. Iban a distintos colegios, circunstancia que no obstaba para que se juntaran todas las tardes de diario y, cómo no, del fin de semana, a pesar de que sus padres defendían ideas políticas radicalmente opuestas. Todo cambió a raíz del nefasto accidente de Paul. Los presentes culpaban a Max de ser un cobarde por no haberse arrojado al río a intentar socorrerlo cuando se percataron de que lo estaba arrastrando la corriente. Otto fue el único que le defendió e incluso les contó a los padres del fallecido que había sido él quien había lanzado el balón al agua. Sin embargo, Max no supo sobrellevar el peso de la acusación y, como le sucediera a Paul, se dejó arrastrar por alguna otra corriente que le llevara lejos del doloroso recuerdo y al mismo tiempo de la lacerante vergüenza. A la postre, aquel curso de agua desembocó al otro lado del Muro, donde siempre decía que estaba su lugar. Max y él mantuvieron correspondencia postal durante los primeros meses, pero al año siguiente Otto

ingresó en el internado y allí dentro lo último que le apetecía era confesar sus miserias con aquel *Republikflüchtling* —como denominaban a los desertores de la República Democrática Alemana— y recibir a cambio noticias de su próspero cambio de vida. No volvió a saber nada de él hasta que le llegó una carta a casa de su padre que contenía las fotos de su boda y donde le agradecía —nunca antes lo había hecho— haberle protegido cuando todos le señalaban con el dedo.

Con el dedo a punto de acariciar el timbre, comprobó una vez más que aquella era la dirección que figuraba en el remite antes de presionarlo. Notó que se le aceleraba el corazón al escuchar desde el porche que alguien se acercaba a la puerta principal.

—¿Qué desea?! —exigió saber una señora con un ridículo uniforme de sirvienta exteriorizando su recelo ante la inesperada visita.

—Estoy buscando a Herr Pekeler.

—¿Quién pregunta por él?

—¿Otto Bauer! —oyó gritar—. ¡Madre mía! ¿Eres tú? Pero ¿es posible?!

Max apartó a la señora sin demasiada delicadeza, bajó los cinco escalones para encontrarse con su amigo, se detuvo frente a él y extendió los brazos. Vestía un traje de corte occidental con corbata azul que hacía resaltar su ya de por sí estilizada figura. Se había dejado bigote y su pelo lacio y dorado le nacía un poco más atrás de lo que recordaba por las fotos de boda.

—Soy yo, Max, soy yo —acertó a decir Otto antes del abrazo.

—Pero... ¿cómo es posible?

—Mejor no me preguntes.

—Dime: ¿qué te trae por aquí? Pero... pasa, pasa, no te quedes ahí fuera —le invitó con la voz tomada por la emoción.

—Sé que te va a parecer extraño, pero necesito darme una ducha y quitarme esta ropa.

—Claro, como cuando teníamos doce y nos lavábamos en la primera fuente que encontrábamos para no regresar a nuestras casas cubiertos de barro, ¿recuerdas?

—Por supuesto. La mugre de las rodillas nunca salía del todo.

—Cierto. Frau Prinz, haga el favor de preparar el baño de invitados para Herr Bauer.

Ella inclinó fugazmente la cabeza y se perdió escaleras arriba.

—Pasa por aquí. ¿Café?

—Sí, por favor.

—Elga y la niña están dormidas. Me estaba preparando para marcharme a trabajar porque mañana, como sabes, bueno..., no sé si sabes o no, pero hay elecciones a la Cancillería y tengo que supervisar el operativo de seguridad.

—Max, verás, no me he jugado el pescuezo solo para darte un abrazo — confesó usando un tono adusto—. Tengo algo que quiero mostrarte y de lo que me gustaría hablarte con calma.

—Ya veo... ¿De qué se trata?

—Es complicado, Max. ¿En qué momento del día vas a disponer de algo de tiempo?

—Hagamos algo. Date una ducha tranquila mientras yo subo a avisar a Elga de que estás aquí para que te atienda. A eso de la una estaré de regreso, comemos, me pones al día de tu vida y me cuentas lo que has venido a contarme. ¿De acuerdo?

—Todo programado, como siempre. Ya veo que no has cambiado mucho.

—Te sorprenderías. Me marcho y, por cierto, no te ofendas, pero tira esa ropa a la basura, haz el favor.

### *Hospital St. Joseph-Krankenhaus. Berlín Occidental (RFA)*

El tubo que le asomaba por la boca era lo que más le llamaba la atención.

Tal y como quedaron con el doctor Weiss tras la breve conversación que mantuvieron por teléfono, la madre de Lucas había llamado al día siguiente para ver si podían acudir al hospital. Por precaución, el médico les pidió que esperaran hasta el sábado con el fin de dar tiempo a que remitiera la infección. A las ocho en punto de la mañana Lucas estaba a los pies de la cama matrimonial esperando a que su madre se moviera y tener una excusa para despertarla. No lo hizo hasta las ocho y cuatro minutos, momento en el que dio por finalizado el descanso materno. Ella no protestó, hizo la llamada y una hora más tarde ya estaban subiendo a la planta de cuidados intensivos.

—Es un tubo endotraqueal que está conectado a una máquina que le ayuda a respirar mientras está sedado —le ilustró el doctor Weiss—. No te preocupes, a él no le molesta.

—¿Puede oír lo que decimos?

—Claro, pero su cerebro está como dormido y por eso no nos responde.

—Ah, vale. ¿Y va a estar así mucho tiempo?

—No sabemos todavía, depende de cómo evolucione. Si continúa mejorando, es posible que en dos o tres días le quitemos la sedación para que se despierte.

—Dos o tres días no es mucho, ¿verdad? Parece que está tranquilo.

—Claro, hijo, aquí lo están cuidando muy bien —intervino la madre.

—¿Las heridas que tenía en el cuello ya están curadas? Parecían muy graves, con la carne así... ¡Puaj! —describió gesticulando con las manos y acompañando la mímica con la onomatopeya de la repugnancia.

—Las estamos tratando —respondió el doctor—. De ahí parte la infección, pero creemos que ya está controlada.

—¿Y cómo se las hizo?

—Lucas, tenemos que dejar que los médicos hagan su trabajo —intercedió Eva Scheidemann, prudente.

—Pero nos ha dicho que teníamos media hora y solo llevamos... ocho minutos —comprobó en su reloj de pulsera.

—No importa. No lo sabemos con certeza, pero pensamos que le atacó un animal.

—Eso pensé yo también, un oso o algo así. Mi papá dice que hay que tener cuidado de no adentrarse demasiado en los bosques, porque si nos perdemos estamos perdidos.

—Valga la redundancia —añadió el doctor.

—¿Qué es «redundancia»?

—Luego te lo explico —intervino la madre.

—Bueno, vale.

—¿Seguimos sin saber cómo se llama?

—La policía vino ayer a tomarle las huellas para ver si lo pueden identificar.

—¡Anda! ¿La poli sí pudo venir ayer?

—Lucas, ya está bien. Bastante que nos han dejado verle.

—Bueeeno. ¿Puedo hablar con él?

—Puedes, pero ya sabes que él no...

—No me importa. Solo quiero decirle una cosa. A solas, por favor.

Los adultos intercambiaron miradas de asombro.

—Por supuesto, no hay problema —accedió el de la bata blanca.

—Cinco minutos, ¿de acuerdo?

Lucas no contestó.

—¿Me has oído?

—Que sí, mamá, cinco minutos.

El resoplido de «santa Paciencia» fue lo último que escuchó antes de cerrar la puerta.

—Es mi mamá, a veces se pone algo pesada —le dijo—. Oye, mira, yo me llamo Lucas y soy el que te encontró en el río. Solo quería decirte que no te preocupes por nada; bueno, sí, solo de curarte pronto y ya está. Y si no tienes papás, por lo que sea, si se murieron cuando tú eras pequeño o... lo que sea, tampoco te preocupes, porque yo voy a convencer a mi mamá para que vengas a casa conmigo. Casi la tengo convencida, así que... nada, tú tranquilo, que en cuanto te pongas bien vas a tener un sitio adónde ir. Tengo muchísimos juguetes, pero... me aburro bastante de jugar solo. Mi hermana Frederika, que no te lo había dicho pero tengo una hermana mayor, es un poco..., no sé. Mi papá dice que está en la edad del pavo, que está todo el día pensando en chicos, escribiendo cartas de amor y escuchando canciones de esas que menudo rollo. Pero es maja y aunque me chincha mucho seguro que entre tú y yo la... ¿cómo dice mamá? ¡Eso! La domesticamos. ¡Oye! También tenemos un gato. Se llama Bastian, a mí el nombre no me gusta nada, pero se lo regalaron a mi hermana en su comunión y le puso así: Bastian. Es muy tranquilo, se deja acariciar y agarrar, ya verás cómo enseguida os hacéis amigos.

Asomados al ojo de buey de la habitación, su madre y el doctor Weiss no perdían detalle de la escena.

—Al niño le viene muy bien tener a alguien que le haga compañía —juzgó él.

—Sí, se lo ha tomado como un asunto personal. Me sorprende, jamás lo había visto tan implicado con algo. ¿Le puedo preguntar una cosa?

—Adelante.

—¿Es normal que sus padres no hayan dado señales de vida?

—La policía ha comprobado las denuncias de desapariciones recientes y no han hallado ninguna coincidencia. Puede que provenga del otro lado. Sin embargo..., ese no es el problema.

Ella lo miró expectante.

—Verá, no puedo darle detalles, pero ese niño ha sufrido mucho. Además de las heridas del cuello y la pantorrilla, que seguramente sean consecuencia del ataque de un perro, presenta síntomas de desnutrición y otras marcas que

nos hacen pensar que ha estado encerrado durante un tiempo y... En fin, terrible.

—Pobre. ¿Y qué va a pasar con él cuando se recupere?

—Eso no es competencia nuestra.

—Entiendo —dijo bajando la voz al ver que su hijo salía de la habitación.

—Bueno, pues ya está. Ya he hablado con él.

El doctor Weiss le hizo una carantoña y le sonrió.

—¿Mañana a qué hora podemos venir, doctor? —quiso saber Lucas.

### *Residencia de los Pekeler. Berlín Occidental (RFA)*

—Cierro para que podáis charlar tranquilos. Hay café recién hecho. Si necesitáis algo, estaré con la niña en el jardín aprovechando que ha salido el sol —se despidió Elga, la esposa de Max Pekeler.

—Gracias, cariño; por cierto, estaba todo buenísimo. Eres un encanto.

La afirmación no podía ser más cierta. Desde que él la despertó, se había desvivido en atenciones hacia aquel invitado del que había escuchado hablar en alguna ocasión pero que no dejaba de resultar un completo desconocido.

—No te lo he querido decir delante de ella, pero esa ropa que llevas te sienta mejor que a mí —bromeó Max—. Siempre tuviste más espalda que yo.

—Y ahora más barriga y menos pelo.

—Justicia divina —definió.

Otto se rio con ganas antes de fabricar un pequeño silencio que sirviera como punto de inflexión.

—Max, lo primero que quiero decirte es que tienes una familia maravillosa. No sabía cómo me ibas a recibir, pero..., no sé, no encuentro palabras para agradecerte...

—¿Y qué esperabas? De todos los buenos recuerdos que me quedan de mi etapa en el otro lado, la mayoría están asociados a ti. No sabía si volvería a verte y, de repente, esta mañana apareces así, como de la nada... Bueno, dejémonos de regalarnos los oídos y vamos a empezar con eso —propuso señalando el sobre doblado que Otto había dejado sobre la mesa—, a ver si lo despachamos rápido y nos da tiempo a brindar con un escocés que tengo guardado para este tipo de ocasiones.

El inspector jefe de la Kriminalpolizei cogió aire.

—No es nada fácil, créeme —arrancó metiendo la mano en el sobre y prendiendo el cigarro que sujetaba entre los dientes.

Veinte minutos más tarde, el semblante de Max Pekeler se había ensombrecido y, quizá contagiado por la angustia que despedía Otto Bauer al contarle, se le notaba incómodo.

—Lo que me pides..., puff, no podría llevarlo a cabo por el cauce oficial. Digamos que la Ostpolitik no llega tan lejos.

Max hacía referencia a las políticas impulsadas por el canciller Willy Brandt para normalizar las relaciones con los países firmantes del Pacto de Varsovia en general y muy en particular con sus vecinos fronterizos del este.

—Al margen —prosiguió—, no sé cómo voy a poder justificar el mero hecho de pedir esa información que necesitas, pero ya me las arreglaré. ¿Esto me lo puedo quedar?

—Sí, es para ti.

—Bien, el informe forense me servirá para comparar en el caso de que encontremos alguno parecido. En cuanto a lo de tratar de identificar a estos niños... —dijo mirando las fotografías por enésima vez—, sinceramente, Otto, no sé hasta qué punto vamos a ser capaces de hacerlo sin que trascienda.

—Lo último que quiero es que esto te cause un problema, Max. Es mi mierda y no...

—No —le interrumpió elevando el tono—. Es nuestra mierda. Si es cierta la hipótesis que barajas, estamos ante un depredador que lleva años asesinando niños ¿y tú crees que ellos saben diferenciar un Trabant de un Volkswagen? No, para ellos son simplemente coches. Mira, te guste o no, antes o después el maldito Muro desaparecerá y volveremos a ser un único país. Vuestros hijos también son nuestros. No se trata de un problema de la RDA, se trata de un hijo de puta al que tenemos que identificar y detener sin importarnos qué siglas ponga en su pasaporte.

Otto elevó las cejas, sorprendido.

—Y perdona por el discursito, pero últimamente me dedico más a la política que a labores de investigación.

—Ya veo, ya —dijo Otto removiendo el café con la cucharilla—. Vamos a tener que establecer un modo de comunicarnos.

—Dime dónde puedo encontrarte y en qué horarios, yo no tengo restricciones telefónicas y puedo visitar Berlín Oriental cuando me plazca sin tener que utilizar ningún túnel para pasar al otro lado.

Al de la Kripo se le quedó la taza pegada a los labios.

—Nuestra principal ventaja siempre ha sido haceros creer que aquí nos chupamos el dedo. Y que siga así —añadió jocoso—. El lunes a primera hora me pongo con ello y en cuanto tenga algo en uno y otro sentido, sabré cómo dar contigo.

—Gracias, Max. Anoto aquí algunas direcciones donde puedes encontrarme y horarios aproximados.

—¿Algo más que deba saber?

—Creo que no.

—Estupendo. Ahora la pregunta importante: ¿con o sin hielo?

## HAY VECES, NO MUCHAS NI TAMPOCO POCAS

*Taberna Wirtsgarten  
Distrito de Köpenick. Berlín Oriental (RDA)  
4 de octubre de 1980*

Ponme un vodka de verdad, como los que toman los rusos —le pidió Annike Popp a Rudi, quien durante unos instantes se quedó mirándola como si no supiera qué era eso del vodka. Digerida la sorpresa, levantó la vista con cierto disimulo y examinó a la clientela.

—Por supuesto.

Podían ser dos: el tipo que acababa de entrar con cara de no haber pisado una taberna en su vida o el que estaba sentado cerca de la puerta con una cerveza que había perdido sus gaseosas propiedades hacía un buen rato. En realidad, averiguar quién era el agente de la Stasi que la estaba siguiendo era lo de menos, lo de más era que no se percatara de la información que estaba a punto de dar a aquella mujer siguiendo el protocolo que le había hecho aprenderse el maldito ruso de ojos saltones.

—Este es el mejor vodka, pero no es barato.

—Las cosas buenas hay que pagarlas —continuó ella, resuelta.

—A las ocho de la tarde en el servicio de mujeres del Intershop de Marx-Engels-Platz —le soltó girando la cabeza por si el de la Stasi, fuera quien fuese, estaba capacitado para leer los labios.

—¿Seguro?

—Que no le quepa ninguna duda —apostilló con una sonrisa mientras le servía el licor—, este es el vodka que toman los rusos.

—Gracias.

Annike consultó la hora. Disponía de una hora y diez minutos para llegar,

tiempo de sobra para hacer como si degustaba el vodka y marcharse. Tenía sentido. Siendo sábado, cualquiera de las tiendas de la cadena Intershop — pensadas para captar divisas con productos de alta gama fuera del alcance de los ciudadanos de la Alemania del Este— estaría abarrotada de turistas extranjeros.

Lo llevaba madurando un par de días, pero la decisión no la tomó hasta después de entregar a Raimond a la Stasi. No sabía, ni le importaba ya, qué habría sucedido con él, pero no pensaba quedarse de brazos cruzados esperando a que unos u otros decidieran que ya no era un activo necesario. Tenía que pensar en Nadine y para ello debía convencer a Viktor de que podía trabajar para ellos desde algún lugar de Alemania Occidental. Le daba igual qué ciudad fuera con tal de salir de Berlín. Necesitaba una identidad nueva, borrar su pasado para tener un presente y ofrecer un futuro a su hija. Con el sabor amargo del vodka tapizando el paladar, se despidió del barman y salió del local con el itinerario establecido en su cabeza. Calculó treinta minutos para llegar a Alexanderplatz en el metropolitano y, desde allí, otros diez andando hasta la tienda.

A las ocho menos diez entraba en el establecimiento, que, como había previsto, parecía un hormiguero con decenas de humanos —la mayoría procedentes de la RFA— circulando por aquellos estrechos pasillos conformados por estanterías cargadas de objetos que atraían su atención de una forma casi magnética, principalmente por sus bajos precios respecto a lo que pagaban en sus países de origen. Cifras inalcanzables para ella, aunque se esmeraba en aparentar lo contrario. Con gran disimulo consultó la hora a sabiendas de que casi había llegado el momento y que no dispondría de mucho tiempo para hablar con el ruso. Así pues, consumió los minutos que restaban repitiendo mentalmente el principio del discurso que tenía preparado. Al empujar la puerta del baño, ni siquiera se preocupó de comprobar si el agente de la Stasi la estaba mirando o no, supuso que así era, pero no dejaba de preguntarse de qué manera contactaría Viktor con ella en un baño para mujeres.

Una desconocida de unos cincuenta años terminó con el interrogante al abordarla en la zona de lavabos.

—Annike, ¿eres tú? ¡Cuánto tiempo! ¿Sabes quién soy? Soy Agneta, la amiga de Viktor, ¿recuerdas?

No parecía que la escena hubiera captado la atención de las presentes.

—¡Ahora sí! Perdona, no te había reconocido —contestó.

—Los años pasan para todos. ¿Cómo tú por aquí? ¿Qué tal está tu madre? Oye, me dijeron que habías tenido una niña preciosa hace muy poco.

—Sí, Nadine. Y mi madre está más o menos bien, ya sabes.

—Deja que te dé un abrazo. ¡Ya verás cuando le cuente a Viktor que me he encontrado contigo!

Al acercarse a ella, Annike notó que la tal Agneta le metía algo en el bolsillo del abrigo.

—Tienes un minuto para grabar lo que quieras transmitir a Viktor, él buscará la forma de contactar contigo —le susurró al oído—. Bueno, querida —retomó en el tono normal—, te dejo que hagas tus cosas y te espero aquí para darte nuestro número de teléfono. El último baño está libre.

El hecho de que hubiera escondido el papel higiénico en su bolso lo hacía posible y el cartel que avisaba de que el contiguo estaba averiado también era cosa suya. De ese modo Agneta se aseguraba de que nadie pudiera escuchar el mensaje que Annike se disponía a grabar.

Al salir del baño se la encontró terminando de maquillarse.

—¡Uy! Pero qué rápida eres —bromeó—. Toma mi teléfono, llámame cuando quieras —dijo abriendo su bolso para guardar la agenda. Annike interpretó el gesto y metió dentro la grabadora en un movimiento fugaz.

—¿Me dejas una hoja para anotarte el mío?

—Claro.

«Es muy urgente, mi vida corre peligro», escribió.

—Nos vemos muy pronto, querida —oyó decir a Agneta.

Lo que ya no pudo ver fue cómo hacía una bola con el mensaje y lo arrojaba al retrete.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Tenía que esperar de quince a veinte minutos para que hiciera efecto, tiempo de sobra para efectuar la llamada. Antes de cerrar la puerta le dedicó una última mirada a Imelda para refrendar el mensaje que acababa de transmitir a aquella fierecilla: él iba a domarla y, si se resistía, lo único que conseguiría a cambio era más sufrimiento.

Seguía sin tener noticias de Niclas. Durante el día se había preocupado de

revisar los diarios más importantes de Berlín, tanto del lado oriental como del occidental, ver noticiarios de televisión y escuchar la radio sin saber muy bien si le convenía que apareciera la noticia de que lo habían encontrado muerto o que no mencionaran nada al respecto. La incertidumbre no terminaba de convencerlo y su estómago parecía empeñado en recordarle que aún no podía cantar victoria. Martin espantó esos pensamientos para concentrarse en su siguiente objetivo. Aprovechando que Doris estaba leyendo en la salita, se dirigió a su despacho y cerró la puerta. Se sirvió un dedo de whisky y se dejó caer en la butaca repasando de nuevo la conversación que ya había mantenido en su cabeza con anterioridad. Antes de marcar el número de los Geißel removi6 el licor y se acercó el vaso a la nariz. El doctor Priesnitz le había prohibido terminantemente beber, pero necesitaba un poco de combustible para poner en marcha el motor.

—Residencia de los Geißel —contestó la voz de una mujer que no reconoció.

—Buenas tardes. Soy Martin Köller, necesito hablar con Herr Geißel.

—Aguarde un segundo, si es tan amable.

—Por supuesto.

Martin se mojó los labios para saborear el dulce amargor de la malta durante la espera.

—Herr Köller, en estos momentos no puede atender su llamada, pero Herr Geißel me pide que le diga que a lo largo de esta semana sin falta se pone en contacto con usted.

—Escúcheme con atención. Dígale inmediatamente a Manfred que se ponga al teléfono si no quiere que en menos de una hora me plante en su casa.

—Pero Herr Geißel está...

—¡Haga lo que le digo! —exigió.

Otro par de tragos.

—Mi estimado amigo —escuchó—, espero que lo que tengas que decirme justifique que hayas interrumpido el discurso que estoy preparando. Voy muy justo de tiempo y el camarada Honecker no es de los que admiten excusas de ningún tipo.

—Me importa muy poco lo que estés haciendo y lo que dejes de hacer, Manfred, muy poco —recalcó en todo adusto—. Te llamo por teléfono porque si te tuviera delante no estoy seguro de que pudiera controlarme.

—Pero, bueno, Martin, ¿qué mosca te ha picado?!

—Nos estás faltando al respeto a mi esposa y a mí, y eso no te lo voy a consentir bajo ningún concepto.

—¿De qué demonios...?

—¡No me interrumpas! ¡¿Es cierto o no es cierto que no le habéis devuelto las llamadas a Doris?!

—Pues, si te digo la verdad, lo desconozco, pero puedo preguntar a Magda si es lo que quieres.

—No. Lo que quiero es que me expliques cómo es posible que seas tan necio de no entender que, igual que has llegado donde has llegado gracias a los apoyos de personas como yo, mañana te puedes caer de cabeza si retiro el andamio. ¿Cuánto crees que me cuesta hacer una llamada al ministro? ¡¿Cuánto?!

Un carraspeo.

—Siempre he sabido agradecerte todo lo que hiciste por mí, no comprendo a qué viene esta historia, Martin. No sé si a Magda se le ha pasado o no devolver alguna llamada a Doris, pero doy por supuesto que tiene que ver con nuestra aportación a su fundación. ¿Es así?

—Todos a la Mesa, la fundación se llama Todos a la Mesa.

—Lo sé perfectamente, ¿sabes por qué?

Silencio.

—Porque esta misma mañana he pasado por el banco y ya nos habían retirado de nuestra cuenta los doce mil marcos que hemos aportado este año.

Pausa.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. Magda ordenó la transferencia a finales de septiembre, tal y como acordó con tu esposa. Son tres mil más que el año anterior y no porque queramos impresionaros ni pagar ningún favor. Lo incrementamos porque de verdad creemos que nuestro deber de ciudadanos incluye ser generoso con los más desfavorecidos. Si Magda no ha devuelto alguna llamada a Doris, puede ser que se deba a la hospitalización de mi suegra. Está pasando todo el tiempo que puede con ella, porque le queda muy poco y ya sabes lo unidas que estaban, que están —corrigió con la voz tomada por la emoción.

Martin rellenó el vaso a duras penas. Otra vez el maldito temblor esencial.

—No sabía nada, lo siento mucho. Y siento la confusión. Verás, no puedo soportar que a Doris le falten al respeto y realmente pensé que vosotros no...

Por favor, acepta mis disculpas.

—Disculpas aceptadas.

—¿Nos veremos en la gala del día 11?

—Va a depender de cómo evolucione ella y de las ganas que le queden a Magda, si es que..., en fin.

—Entiendo. Envíale a tu esposa nuestro ánimo más sincero y, por favor, mantenme informado de cualquier novedad. No te molesto más. Buenas noches.

—Buenas noches.

Martin Köller estrelló el auricular contra la base esperando liberar algo del bochorno que recorría su cuerpo. No funcionó y se bebió el whisky de un trago para no tener que saborear el amargor de la malta.

*Taberna Wirtsgarten. Berlín Oriental (RDA)*

—¿No fijasteis ninguna hora en concreto? —preguntó Erika consultando su reloj a la vez que movía la cabeza al ritmo de la música.

—No. Quedamos en que nos veríamos aquí a lo largo de la noche. Aún es temprano —juzgó Viktor Lavrov.

—Bueno, son más de las doce, no sé qué consideras tú por «temprano».

—Más o menos abarca desde que empieza la noche del sábado hasta que termina —definió.

—A este paso vas a tener que llevarme a rastras a casa.

—Idea bastante sugerente, pensando en la nula resistencia que opondrás a mi repertorio de perversiones.

—Tus perversiones son juegos infantiles comparadas con las mías, pero prefiero posponerlas si corro el riesgo de vomitarte encima.

—Siendo así, déjame que pida otras dos cervezas —dijo levantándose de la mesa al ver que Rudi tenía un breve descanso al otro lado de la barra.

—¿Otra ronda? —se anticipó él.

—Sí, ahora, pero antes de que me emborrache del todo dame eso que te han dejado para mí.

En ese momento entró un grupo de seis personas con aspecto de haber saciado su sed pero querer seguir bebiendo. Recientemente había escuchado que los alemanes del Este duplicaban la tasa del consumo de alcohol con

respecto a la de sus vecinos, estadística que no parecía que fuera a disminuir esa noche.

—Hazme un favor, camarada. Bajando las escaleras está el almacén. He dejado el paquete que trajo tu amiga sobre la estantería que está nada más entrar a mano izquierda. Segunda balda o tercera, no sé. Toma la llave.

—¡Un ruso en un almacén! Qué poco nos conoces para cometer tamaña imprudencia... —dijo él haciéndola bailar sobre el mostrador.

Agarrado al pasamanos y asegurándose de dónde pisaba llegó a la puerta marcada bajo un cartel rojo con letras blancas encargado de prohibir el paso. Encontró el interruptor de la luz al cuarto intento. Le llamó la atención lo bien ordenado que estaba, pero más aún las dos guitarras eléctricas que estaban apoyadas en la esquina de enfrente junto a las partes cuidadosamente apiladas de una batería acústica. Aparcó las ganas de curiosear más para no hacer esperar a Erika y buscó el paquete con la grabadora que Agneta le había dejado allí, dado que al día siguiente era domingo y la tienda de repuestos permanecería cerrada como establecía la ley. La extrajo del sobre y se la guardó en el bolsillo del pantalón para escuchar el mensaje de Annike en cuanto surgiera la oportunidad. De cualquier manera, Agneta le había adelantado el contenido del mismo e incluso ya había decidido cómo iba a emplearlo, pero eso no representaba ninguna urgencia para él. Lo inmediato era volver a sentir los labios de Erika y lo importante, que Otto regresara con buenas nuevas de Berlín Occidental. Se disponía a apagar la luz cuando se fijó en una foto mal colocada sobre la repisa. De un primer vistazo dedujo que se trataba de los propietarios de los instrumentos y que la instantánea se había tomado allí mismo, lugar que debían de aprovechar como improvisado local de ensayo. Identificó enseguida a Rudi, algo más joven, con el pelo más largo y prometedor facha de estrella del rock. Lo que no esperaba era reconocer a otro de los miembros de la banda, concretamente al batería.

—Qué hijo de puta —masculló en ruso—. ¡Pero qué maldito hijo de la gran puta!

Dejó la foto en su sitio y trató sin éxito de sosegarlo mientras subía las escaleras. Por suerte, dispuso de algunos minutos más para tragar inquina esperando su turno para que Rudi le atendiera.

—Lo tengo, gracias —le informó golpeándose el bolsillo—. Ahora sí, pon esa ronda.

—¿Dos o tres? Lo digo por el invitado que se ha sentado con esa belleza

que te acompaña.

El del KGB se giró para comprobar que ni siquiera se había percatado de que Otto había llegado durante su ausencia. Verlo le ayudó a apaciguar casi definitivamente su alterado estado de nervios.

—Tres entonces.

Desde la distancia se podía percibir el cansancio en el rostro del inspector jefe, aun mitigado por la sonrisa que sostenía mientras escuchaba lo que fuera que Erika le estuviera contando. Haciendo malabares para transportar las tres jarras hasta la mesa, se aproximó con el colmillo asomando por la comisura de los labios.

—¡No te imaginas cuánto me alegro de verte! —dijo repartiendo la mercancía—. Ya pensábamos que habías engrosado la lista de desertores a la patria.

—Yo no sé si puedo decir lo mismo, pero no sabes cuánto te agradezco que me invites a una cerveza, Viktor.

—¿Invitar? Esa es una palabra que no ha podido salir de mi boca, porque no sé ni pronunciarla, querido. Cuéntanos cómo te ha ido.

Otto torció el gesto.

—Ah, sí, claro, no te lo he dicho —se anticipó el ruso interpretando la expresión del policía—. Erika está al corriente de todo. Yo no tengo secretos para la persona con la que pienso envejecer y tú deberías tomar ejemplo.

—No le hagas caso, es un idiota o está borracho, o ambas —intervino ella—. Si queréis que os deje un rato a solas, me siento con esos dos rubios de allí, que seguro que me hacen un sitio en su mesa.

—Por mí no hay problema —zanjó el inspector jefe—. Os lo resumo en cinco minutos y os dejo que sigáis disfrutando de la noche.

Dos cigarrillos después, Otto terminaba de relatar cómo se había arrugado bajo la ducha, enjabonado tres veces y terminado metiendo la ropa que le había prestado Max en la bañera con agua caliente.

—Hemos dado un paso importantísimo —juzgó el del KGB—. A no ser que ese amigo tuyo no sea de fiar...

—Va a hacer lo que esté en sus manos, que no te quepa duda. Me fío más de él que de cualquiera.

—Pronto lo sabremos. No creo que estando en la posición que ocupa le cueste mucho encontrar algo.

—Si es que no estamos equivocados y realmente hay algo que encontrar —

dudó el de la Kriminalpolizei.

—Te aseguro que no lo estamos.

—Hay algo más. Birgit, mi hermanastra, que también es Vopo —le aclaró a Erika—, ha encontrado un testimonio de un hombre que asegura que Mirta Schäfer no murió, pero no sé hasta qué punto es creíble.

Viktor aplaudió juntando las muñecas y desplegando la mejor de sus sonrisas.

—¿Me encanta! ¿Tenemos el nombre?! ¿Lo ha localizado?

—El nombre me lo dijo, sí, pero en este instante no lo recuerdo y no sé si lo ha localizado o no.

—Bueno, con tu permiso me encargaré yo de exprimir ese limón. Tú ocúpate de seguir acosando a tu amigo imperialista. Y ahora déjame que te pregunte por qué tienes esa cara de perrito abandonado cuando estamos avanzando en varios frentes.

Otto se arrellanó en la silla y elevó la mirada hacia el techo.

—Cuando regresé a casa, Heinrich no estaba.

—Esa parte no se la había contado a Erika. No obstante, supongo que ya habrá deducido que Heinrich no es tu hermano.

—Sí, lo he pillado, gracias. Lo siento mucho, Otto.

—Puede que lo mejor sea que no volvamos a vernos —comentó él antes de soltar el humo despacio, como si le apenara que este abandonara sus pulmones.

—En el amor y en la guerra nunca hay victorias ni derrotas definitivas, solo batallas ganadas o perdidas. ¿Y cómo estás tan seguro de que no va a volver?

—Supongo que me lo explica todo en esta carta —elucubró sacando un sobre del bolsillo interior de su cazadora de cuero.

—¿Supones? ¿No lo has abierto? —preguntó extrañado.

—No, lo cierto es que no me he atrevido.

—¡Trae, anda, trae!

Este le arrebató el sobre ante la pasividad de Otto.

—Pero ¿tú eres bobo o qué te pasa?! —le detuvo Erika—. Es algo personal.

—No, en realidad..., casi prefiero que me lo cuente otra persona que leer lo que dice. Voy a pedir la última.

—Eres un tipo muy raro, Otto, jodidamente raro —calificó el ruso.

Cuando regresó con las manos llenas, Otto Bauer buscó un adelanto en la

mirada de Erika.

Commisericación.

—Será mejor que te vayas a casa —resolvió ella—, él debe de haber regresado ya de Werneuchen, donde ha ido a visitar a unos parientes. Además, deberías leer lo que te dice, creo que te gustará.

Viktor Lavrov se incorporó y le dio un par de palmaditas cariñosas en la mejilla.

—La vida está llena de sorpresas y hay veces, no muchas ni tampoco pocas, que son buenas. Hablamos el lunes, disfruta al máximo del domingo, amigo mío.

No mucho más tarde, el frío que había conquistado silenciosa y pacíficamente las calles berlinesas les hizo apretar el paso en dirección hacia el lugar donde había aparcado.

—Creo que, después de todo, Otto es un tipo afortunado. No es fácil tener a alguien a tu lado que te quiera pese al dolor que ello provoca —observó él.

—Y yo creo que es lo más acertado que has dicho en toda la noche. Es más, posiblemente lo más bonito que ha salido de tu boca desde que te conozco.

—Si algún día consigo que tú estés tan enamorada de mí...

—¿Qué? ¡Termina la frase!

—Mi frase termina ahí.

—¡No! Una frase condicional no puede quedar inconclusa.

—Esta sí.

—Cabrón.

—Muchas gracias. Por favor, acomódese —le dijo abriéndole gentilmente la puerta.

—Cabrón —insistió.

No cruzaron una sola palabra hasta que, pasando el bosque urbano de Wuhlheide, giró a la derecha y rompió el pacífico hechizo.

—Tengo que hacer una llamada.

—¿Una llamada? ¿A las dos y veinte de la madrugada de un sábado?

—Mis pacientes no duermen jamás —alegó él en tono humorístico—. Aquí cerca hay una cabina; no serán más de dos minutos, te lo prometo.

Erika subió el volumen de la radio y se recostó en el asiento. El ruso estacionó y marcó las cifras que se sabía de memoria. Sabía que a Boris Kliuka no le iba a hacer ninguna gracia que le sonara el teléfono a esa hora, pero tal circunstancia estaba incluida dentro de los gajes del oficio; sobre todo

si tu oficio consiste en dirigir el equipo encargado de dar soporte operativo inmediato a los activos del KGB en Berlín.

—Me moriría de miedo —completó en cuanto volvió al coche.

—¿Cómo?

—Si algún día consigo que tú estés tan enamorada de mí, me moriría de miedo.

Erika lo miró con ojos cautivos y pensó en decir algo.

Pero solo lo pensó.

*En algún lugar del distrito de Marzahn. Berlín Oriental (RDA)*

La metálica voz del locutor de la Rundfunk der DDR encargado de ofrecer al país el primer parte de noticias de la mañana rebotaba en las frías y desnudas paredes del almacén. Tras una contraofensiva del ejército iraní que había provocado cerca de cuatrocientas bajas en las filas enemigas cerca de Jorramchar, el jefe de Gobierno, Alí Rajai, instaba a sus compatriotas a derramar hasta la última gota de su sangre para expulsar a sus vecinos iraquíes.

—Realmente lo hizo solo —dictaminó Kliuka frotándose las manos para entrar en calor—. No trabaja para nadie más. Y no es que Rudi lo haya confesado, pero yo diría que no comulga con las ideas del comunismo.

—Pero sí con su dinero, créeme —alegó Viktor. Bajo sus abultados ojos dos manchas negras evidenciaban que su cuerpo no había descansado lo suficiente.

—El dinero no tiene conciencia política. Así que le encargó el trabajo al tal Jürgen porque, según sus palabras: «Sabía cómo usar un arma».

—Tenía que haber elegido a otro que además de saber usarla tuviera buena puntería.

—Por quinientos marcos tampoco se puede pedir mucho.

—¿Quinientos? Puto miserable...

—Por resumir: un día que pasaste por la taberna avisó a Jürgen para que te esperaran fuera. Del otro tipo, el que conducía, no sabe nada y yo creo que dice la verdad. Cuando se enteró de que...

—Ya, por cómo le habéis dejado la cara, no creo que le hayan quedado muchas ganas de engañarte.

—Se lo he dejado a Pavel. Desde hace un tiempo vengo observando que trabajar a deshoras le viene mal.

—¿Y por qué no se lo has encargado a Sasha?

—Porque le viene peor.

—Ya. Bueno. ¿Ha dicho algo más?

—Ha pedido que no le matemos, lloriqueado y bla, bla, bla.

—Jodido imbécil.

—No te ofendas, pero, para ser tu informante, muy listo no me ha parecido.

—No, no lo es. Es posible que me haya equivocado al captarlo.

—Todos nos equivocamos. ¿Vas a querer hablar con él?

—No. No tengo nada que decirle.

—¿Qué quieres que hagamos, Viktor?

—Que sea rápido y que no lo encuentren.

Boris Kliuka asintió, metódico, y luego añadió:

—En el parte de la mañana han dicho que las temperaturas van a subir hoy hasta los quince grados, pero que a partir del lunes descienden estrepitosamente. No parece una mala idea tratar de aprovechar el domingo.

—Ahora mismo no estoy pensando en otra cosa —corroboró.

## EDIFICAR LA REALIDAD

*Floristería Niemann  
Distrito de Friedrichshain. Berlín Oriental (RDA)  
6 de octubre de 1980*

Llegas tarde —le recordó Frau Niemann en un tono nada admonitorio según entró por la puerta. Ni siquiera la avalancha olorosa floral que le dio la bienvenida era motivo suficiente para que germinara una sonrisa en los labios de Annike Popp.

—Lo sé, le pido mil disculpas —se excusó al tiempo que se despojaba del abrigo dispuesta a cumplir con las primeras tareas del día—. Mi madre ha llegado tarde a casa y ya sabe que no tengo a nadie más con quien dejar a Nadine.

—Ya. Lo comprendo. Te está esperando ahí dentro —susurró. El descenso del tono de voz era inversamente proporcional al ímpetu con el que gesticulaba, como si ambas fueran suertes complementarias por necesidad.

—¿Quién me está esperando dentro? —preguntó adecuando el volumen a la misteriosa situación.

—Un hombre.

La descripción física que hizo ayudándose de la mímica dibujó de forma prodigiosa los rasgos físicos de Víctor Lavrov.

Ella tomó aire, se estiró el vestido y fue a su encuentro.

—Buenos días.

El ruso se puso el dedo índice en los labios y se aproximó a Annike mostrándole un cilindro metálico conectado con un cable a una caja con varios botones y pilotos luminosos. Lo pasó por todo su contorno comprobando que

ninguna de las luces pasaba del rojo al verde.

—Buenos días —contestó al fin.

Resultaba difícil de entender cómo se habían ido diluyendo aquellos rasgos genuinos de belleza teutónica que tanto habrían hecho salivar a Joseph Goebbels. En realidad, lo único que mantenía era la palidez de la tez y no precisamente como signo de buena salud.

—¿Recibiste mi mensaje? —quiso saber ella, ansiosa.

—Antes de nada, no culpes a tu madre por la tardanza. Teníamos que asegurarnos de que tú, pero sobre todo tu escolta, llegarais minutos después de la hora de apertura. En cuanto a lo que me preguntas: sí, he escuchado tu mensaje.

—¿Y?

—¿De verdad crees que lo que me pides se gestiona así? Desconozco cómo funciona el BND, pero supongo que tampoco rellenaste ningún formulario o similar. Además, estás pidiendo algo que no te has ganado. Te recuerdo que lo que has hecho por nosotros hasta el momento y bajo coacción —remarcó— no ha sido más que señalar con el dedo a tu antiguo controlador. ¿Piensas que en el Centro te van a invitar a la suite nupcial con solo haberles guiñado el ojo? Hace falta más, mucho más que eso.

Ella dejó caer la mirada al suelo, suspiró y se desabrochó el primer botón de la camisa.

—Claro, ya entiendo. Estoy dispuesta a eso también.

El ruso la detuvo.

—De eso vengo bien servido, gracias. No has entendido el sentido de la frase.

Anniké se cubrió el rostro con ambas manos.

—Siéntate, por favor —le pidió agarrándola por el hombro—. Y mantén la calma, no disponemos de mucho tiempo.

Ella se sonó la nariz y asintió varias veces, gesto que repitió incesantemente durante la concreta explicación del hombre que tenía su futuro en las manos.

—Si todo sale bien, tendré un argumento de peso para defender tu petición en Moscú —remató.

—Supongo que no puedo negarme.

—Supones bien. Anniké, no correrás ningún riesgo, lo tenemos todo bajo control.

—¿Por qué él? —quiso saber.

Este carraspeó como si la pregunta se le hubiera atragantado.

—Podría contestarte que entiendo que nos han señalado su nombre porque, en algún momento que desconozco, ha provocado el empeoramiento de la úlcera de estómago de alguien que ocupa un despacho importante en el Kremlin o en Lubyanka. O también podría decirte que el mero hecho de que algún ciudadano de la República Democrática Alemana se plantee la idea de acercarse a Occidente ya justificaría la operación, pero, si este ocupa el cargo de ministro..., digamos que no vale con solo quitarle su cartera. Pero, en realidad, querida, lo único que nos debe importar a ti y a mí en estos momentos es servir a nuestros propios intereses y, créeme, nos interesa que esto salga bien. En resumidas cuentas, mi gente quiere que el *Bruderkuss* — como se conocía al famoso beso protagonizado por Leonid Brézhnev y Erich Honecker pocos meses atrás— sea eterno. No sé si he resuelto tus dudas al respecto.

—Sí, creo que sí.

—Perfecto. El único problema con el que tenemos que lidiar tiene que ver con tus inseparables amigos de la Stasi. Digamos que a esta fiesta no están ni van a estar invitados, cuestión que has de tener siempre presente.

—¿No podrías deshacerte de ellos?

—No, además nos conviene que estén ahí, porque las fotografías que hagamos y los informes que aporte Raimond se presentarán con una fecha anterior al presente. Por ello, y no quiero que te ofendas, te tengo que pedir que trates de cuidarte físicamente.

—He perdido un par de kilos, puedo recuperarlos.

—¡Esa es la actitud!

—¿Cómo sabré que ha llegado el momento?

—Eso es cosa mía, no te preocupes demasiado por ello. Solo te pido que no te salgas de tu rutina habitual. La orden puede llegar mañana o dentro de dos semanas, no depende de nosotros. Ahora tengo que marcharme, pero, ya que estoy aquí, anota este nombre y esta dirección y envía, por favor, un ramo de doce rosas rojas.

Annike no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—Supongo que con esto alcanza —dijo entregándole un billete de cincuenta marcos.

—Más que de sobra.

—Y esto es para ti. Cómprate algo de ropa, cosméticos y esas cosas que

hacen resaltar la belleza femenina.

—Gracias, Viktor.

Él se ajustó el sombrero Trilby antes de alargar el brazo para acariciarle la mejilla.

—Confía en mí, muy pronto habrá acabado todo y Nadine y tú podréis alejaros de esta mierda. Saldré por aquí atrás, despídeme de Frau Niemann y, cuando te pregunte, dile que soy un actor famoso, un poeta o similar y que somos amantes. Cuanto más lo exageres más creíble será. Cuídate.

*Comisaría de Karlshorst. Berlín Oriental (RDA)*

—¿Tienes comprometida la hora del almuerzo? —le preguntó por teléfono a Birgit.

—Sí, Otto, sí, con Dean Reed, concretamente. Desde que llegó a la RDA me ha estado acosando y justo hoy, que había cedido a sus encantos, se te ocurre invitarme a almorzar.

—Menudo «comemierda» el tal «Elvis Rojo» ese. Por cierto, dicen que es colaborador informal de la Stasi.

—Mejor me lo pones, más morbo todavía.

—Tú misma, hermanita. Solo quería cumplir con mi compromiso de llevarte al Der schwarze Spatz, pero si ya tienes planes me olvido.

—Te espero a la una y media, y te aviso de que no he probado bocado desde el desayuno.

—Si te comes todo lo que te sirvan, te pongo un monumento.

—Te tomo la palabra. Por cierto, Karl vino encantado cuando lo trajiste a casa, pero me dijo que no te pusiste ni una sola vez de portero.

—Estoy muy mayor para revolcarme por el suelo.

—Vino con la ropa para tirar, pero nada, ya te paso la factura de la tintorería o, mejor aún, de los pantalones que le tengo que comprar.

—Ponle unas rodilleras como hacen todas las madres y yo te las pago.

—Rata.

—Otra cosa más: trae la información que tengas sobre el tipo ese del que me hablaste.

—Ya sabía yo que había un motivo...

—Siempre hay un motivo, ya deberías saberlo. ¿Has averiguado algo más

aparte de lo que me contaste el viernes?

—Pues, mira, no. El fin de semana se lo dedico a mi familia y hoy apenas me ha dado tiempo a quitarme toda la basura que me ha encargado mi sargento.

—No te alteres, a ver si se te va a quitar el hambre. Recuérdame su nombre y última dirección, que se lo quiero pasar a Viktor, a ver qué consigue agitando su varita mágica.

—Dame un segundo, lo tengo por aquí anotado. Sí, esta es. Anota: Helmut Wegener. Muskauer Strasse, 33, cuarta planta.

—Eso está cerca de Mariannenplatz, ¿verdad?

—Sí. Acaban de terminar de rehabilitarlo.

—No es mala zona para vivir —comentó—, ya me gustaría a mí. Nos vemos en un rato donde siempre.

Pasado ese rato, el inspector jefe Bauer aguardaba en la puerta lateral de la comisaría con las manos metidas dentro de los bolsillos de la cazadora y un cigarro prendido en la comisura de la boca.

—Con esas gafas pareces un narcotraficante de los que salen en las películas norteamericanas —dijo ella nada más llegar.

—Gracias por el cumplido. Vamos a tener que ir donde Agnus, de camino te cuento por qué.

Ella consultó su reloj.

—Olvídalo, todavía estoy a tiempo de recuperar mi cita con Dean Reed.

Otto le explicó que no había tenido en cuenta el Der schwarze Spatz entre los sitios donde Max podría encontrarle y aprovechó para relatarle su aventura al otro lado del Muro.

—Es para abofetearte, pero parece que el riesgo podría terminar mereciendo la pena —valoró ella.

—Eso espero. Antes de que empieces a comer como un animal, dime cómo están las cosas con Heinrich.

—Ya sabía yo que me lo ibas a preguntar.

—Eres el único medio hermano que tengo, necesito algún chisme para compartir con mi madre.

—Ayer hablamos largo y tendido sobre nosotros. De los errores del pasado y del presente. De disfrutar el presente —especificó.

—No es mala fórmula, la verdad.

—De momento es la que hemos elegido y ayer, por lo menos ayer, dio resultado —dijo configurando un gesto tan fugaz como delatador.

—¿Lo de siempre? —interrumpió el camarero afortunadamente para el inspector jefe.

—Para mí sí. ¿Birgit?

—¿Seguís preparando el asado de ganso con col verde y puré de guisantes?

—Por supuesto.

—Pues, ale, ya lo tienes.

—¿Cerveza, vino, agua?

—Yo agua —pidió ella.

—Cerveza para mí.

—Cómo no.

—Como no podría ser de otra manera, querrás decir —completó él, agudo.

Finalmente Birgit supo imponer su deseo de tratar más los asuntos personales que los avances profesionales, ante lo cual poco pudo hacer Otto por evitarlo. Se disponían a pedir el postre cuando Agnus le gritó desde la barra agitando el teléfono.

Al regresar, su expresión contenía euforia contenida.

—Era Max. Tiene algo. Nos vamos a ver esta noche.

—Pero... ¿es posible? ¿Tan pronto?

—Eso parece y por su tono de voz parecía..., no sé, preocupado. No, preocupado no, alterado. Eso es, parecía alterado.

### *Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

—Camarada comandante Lavrov, el expediente que solicitó —le informó el sargento Kunkel, diligente, alcanzándole una carpeta con las tapas de color salmón—. Si necesita cursar una citación, avíseme.

—Gracias.

Por el grosor, supo de inmediato que Helmut Wegener le iba a proporcionar la primera alegría de la semana. Semana que no se presentaba muy halagüeña después de que la mayor general Strauss —responsable de la Administración Central de Coordinación— le ordenara elaborar un informe sobre su actividad desde que llegara a Berlín. Según sus palabras, se trataba de una tarea rutinaria, pero, ya fuera rutinaria o extraordinaria —cuestión que le importaba muy poco—, lo innegable era que le iba a robar bastante tiempo. Y si había algo que no le sobraba al ruso era tiempo. Se prometió a sí mismo que solo

ojearía el expediente, pero leyendo la jugosa ficha personal se vio en la necesidad de leer las otras ocho páginas. Conforme avanzaba, su expresión se iba pareciendo cada vez más a la de un colegial leyendo su primera carta de amor. Al finalizar, ya sabía que iba a disfrutar muchísimo hablando con aquel aristócrata con querencia a la perversión.

Seguidamente se dispuso a teclear las primeras líneas del informe de la mayor general Strauss, pero aún no había aparecido la primera letra en el folio cuando le invadió una alternativa; una posibilidad remota; un dilema que resolver. Valoró ambas opciones con el detenimiento y la pausa que requería durante más o menos un par de segundos antes de incorporarse y enfilarse en el pasillo que desembocaba en el ascensor. Recorrió los más de tres kilómetros de la Frankfurter Allee —en un tiempo que ni Nelson Piquet habría mejorado— hasta doblar a la izquierda en Andreasstrasse, cruzar las vías, el Spree por el puente de Schilling y callejear hasta encontrar un estacionamiento en Mariannenplatz. No tenía ninguna necesidad de correr, solo era una proyección natural de un acelerado estado anímico que no le capacitaba para pisar el freno.

Ni bien localizó el número de Muskauer Strasse, elevó la mirada para observar que se trataba del edificio más señorial de la calle, con una fachada de corte neoclásico perfectamente cuidada y adecuada. Una de las seis ventanas estaba abierta y ambas terrazas estaban plagadas de tiestos que parecían empeñarse en asomar sus flores por encima de la baranda, como si se negaran a permanecer en el anonimato. En cuanto empujó la puerta, el encargado del edificio —probablemente informante de la Stasi, como la mayor parte de los de su gremio en Berlín— salió a su encuentro.

—Buenas tardes, ciudadano... —se anticipó Viktor sin necesidad de mostrar identificación alguna.

—Cierpinski. Y no, no soy familiar ni tengo nada que ver con el atleta.

El ruso no sabía de quién hablaba, a pesar de que lo había visto ganar el oro en la especialidad de maratón en los Juegos Olímpicos de Moscú.

—Busco a Herr Wegener.

—¿Qué ha hecho esta vez? Sí, ya sé, no es asunto mío. Está en casa, los lunes no suele salir para recuperarse de los excesos del fin de semana.

—¿Excesos? ¿Qué clase de excesos?

—Pues ya sabe, de esos.

—Ah, entiendo. ¿De esos que tanto nos escandalizan, pero que nos

encantaría poder permitirnos?

—De esos, sí, de esos.

—Ha sido usted de gran ayuda, ciudadano Cierpinski.

Subió por las escaleras, presionó el timbre y compuso su mejor cara. El sonido de la mirilla anticipó al ruido del picaporte e, inmediatamente después, medio rostro asomaba por el espacio que consentía la holgura de la cadena de seguridad. La placa identificativa de la Stasi le sirvió al visitante de silenciosa presentación.

En efecto, el hombre de edad avanzada que tenía delante pedía a gritos unos cuantos lustros de descanso: alargadas y ennegrecidas ojeras; profundas arrugas que surcaban una piel cenicienta; cabello cano y arracimado en algunos sectores, apelmazado en otros, ausente en los demás. Lo único que no casaba con su desidioso aspecto era la barba, perfectamente recortada, atildada, como si el tercio inferior de su cara perteneciera al zar Nicolás II y los otros dos a Rasputín.

—No se cumplen tres meses desde la última revisión —fue lo primero que dijo.

—Herr Wegener, no he venido a verle por nada que tenga que ver con esto —le informó sacando el expediente—. Mirta Schäfer.

Cabían muchos tipos de reacciones, pero que se le iluminara el rostro como si hubiera mentado a su madre no estaba dentro del abanico esperado.

—Mirta, qué mujer... ¿Por fin la han encontrado?!

—Me temo que no.

—¿Entonces? ¿Han vuelto a reabrir el caso? ¿Es por eso?

—Algo así.

—Algo es algo. Adelante, por favor. Al final del pasillo a la derecha, la puerta de enfrente —le indicó.

El salón captó su atención durante unos segundos. Estaba decorado con un gusto sublime y dos de las cuatro paredes estaban tapizadas completamente por estanterías repletas de libros.

—Yo ahora estaba con otra mujer —le oyó decir a su espalda señalando el libro que descansaba sobre un butacón de terciopelo color Burdeos—. *Vom Leben des Geistes*, de Hannah Arendt, ¿la conoce?

—Me temo que no.

—Una de esas mujeres brillantes con las que uno sueña poder mantener una conversación, aunque solo fueran cinco minutos. En fin, mujeres, mujeres,

mujeres.

—Vamos a centrarnos solo en una, si le parece.

—Por supuesto, pero, si me lo permite, antes me voy a servir un poco de vino blanco, creo que lo voy a necesitar. ¿Me acompaña?

—Con mucho gusto.

—Disculpe, sin gafas no reconocí su nombre en la identificación. ¿Cómo debo dirigirme a usted? —le preguntó entregándole la copa y tomando asiento en el butacón.

—Viktor.

—Y solo por satisfacer mi curiosidad, ¿de qué parte de Moscú es ese acento?

—Nací en Sókol, en el Ókrug Administrativo del Norte, pero he vivido en Sévernoye Izmáilovo, Nizhegorodsky y Filimonkovskoye, así que no sabría decirle. Probablemente la culpa de mi acento la tenga mi padre. Era vasco y se empeñó en hablarme en castellano toda la vida.

—Interesante. Si pudiera, me gustaría vivir mis últimos días en España, pero me temo que eso va a ser bastante complicado.

—Yo siempre he tenido la intuición de que algún día mis raíces me devolverán allí, así que igual en el futuro nos encontramos.

—Dudo mucho que la palabra «futuro» sea compatible con mi devenir, camarada.

—La vida es cruel, incluso cuando se disfraza de benevolencia y nos consiente cumplir nuestros sueños.

El hombre sometió la cita a su jurado neuronal y cuando llegó a un veredicto favorable asintió.

—Me gusta su forma de pensar.

—Gracias. Ahora, si le parece...

—Dígame qué desea saber, aunque, si le digo la verdad, no sé qué más puedo añadir a lo que conté en su día. Y no me malinterprete, se lo ruego, pero permítame la licencia de juzgar que no creo que los de la Kripo que investigaron el caso hicieran un buen trabajo.

—¿Qué le parece si empieza por contarme cómo conoció a Mirta Schäfer?

Helmut Wegener removió el vino, cerró los ojos y lo olfateó como si estuviera aspirando los recuerdos. Luego posó la copa sobre la mesita en la que había dejado el libro y adoptó una postura cómoda a la par que elegante.

—En aquellos años, hablo de principios de los sesenta, yo estaba

convencido de estar a punto de alcanzar el acmé de mi carrera. Por ello andaba buscando experiencias que proporcionaran el alma que le faltaba a mis textos. Ingenuo de mí —reflexionó—. Como ya sabrá, mi principal ocupación tiene que ver con el noble oficio de la escritura, a pesar de que tengo que reconocer que jamás he ganado un solo marco con ello. Digamos que no lo necesito, pero de eso también está al corriente, ¿me equivoco?

—No se equivoca.

—Siempre me ha gustado compartir mi vida con los demás, pero, al mismo tiempo, mantener mi independencia. Por eso he vivido y viviré siempre solo. Podría parecer una contradicción o una incongruencia, pero no lo es, créame. Mi objetivo es ayudar a otros a entender que la existencia no se reduce a eso que se empeñan en contarnos los que acaparan el poder. Y lo hago de manera empírica, exponiendo mis vivencias en los versos que escribo casi a diario. Por ello necesito experimentar emociones distintas a las, digámoslo así, convencionales. He probado todas las sustancias habidas y por haber, me he acostado con hombres y mujeres, en pareja o en grupo, he leído todo lo que ha caído en mis manos y he recorrido zonas del planeta que ni siquiera vienen en los mapas.

—Hasta aquí, y perdone la interrupción, lo único que puedo decir es que se ha ganado mi más sincera admiración y respeto. Continúe, por favor.

—Es usted muy amable. Escuché hablar de aquel grupo en el invierno de 1967 a través de un buen amigo con el que solía compartir alguna de estas aficiones. Lo tengo grabado en la memoria porque aquel año nevó como nunca. La primera vez que asistí a una de sus reuniones estuvo a punto de ser la última, porque me pareció una pantomima insulsa, muy alejada de las expectativas que me había creado. Recuerdo que se limitaron a hablar de las distintas emociones que les generaba la atracción por la sangre. Unos era por el olor, otros por el color, algunos por el tacto o la densidad y los menos por el sabor. No me pareció nada que justificara una sola estrofa, pero, cuando me iba a marchar, alguien me dijo que si de verdad quería formar parte del grupo tenía que participar en alguna de las Veladas Rojas y que estuviera atento a un programa de radio que se emitía de madrugada el último jueves de cada mes y que se llamaba *Compartir la soledad*.

El ruso anotó el nombre mentalmente.

—En algún momento, camuflada entre otros anuncios de publicidad, se oía una voz femenina que desvelaba dónde iba a producirse la siguiente Velada

Roja. Y como habrá podido imaginar, acudí, por supuesto. Yo no sentía ningún tipo de atracción por la sangre; sin embargo, lo compensaba con la excitación de indagar en lo desconocido aliñada con el sexo en grupo, práctica en la que, todo hay que decirlo, en aquel entonces yo ya era un veterano. Me inventé que lo mío era lo visual, es decir, lo más aséptico y quizá lo más generalizado también, aunque era obvio que allí todos escondían algo. Por no entrar en detalles, le diré que fue una de las mejores experiencias colectivas en las que he tenido el gusto de participar y ahora, visto en perspectiva, soy consciente de que el principal atractivo era tener la oportunidad de compartirlo con esa a la que todos conocíamos como la Dama.

—La Dama —repitió el ruso.

—Oh, sí, la Dama era muy distinta a cualquier otra mujer que haya conocido jamás —reflexionó—. Fascinante hasta la demencia; intensa pero sosegada, dulce y a la vez agreste; podía mostrarse dócil o tremendamente belicosa. A veces un mar en calma, otras un maremoto; a veces ciclón, otras brisa —remató haciendo alarde de bagaje poético.

Su voz sonaba limpia, su tono firme, las pausas correctas y todos sus movimientos faciales estaban en sintonía con la veracidad contenida en aquella descripción.

—Puedo hacerme una idea.

—No, no lo creo. No se ofenda, pero no hay combinación de palabras que defina a la Dama, a Mirta.

—¿Estaba enamorado de ella?

Helmut Wegener consultó la respuesta en el fondo de la copa.

—Si el deseo y la necesidad de estar con una persona definen el enamoramiento, entonces... sí, estaba perdidamente enamorado de ella. Mirta decía que yo también era especial, me consideraba un ser de los que ella calificaba como «singulares».

—Explíquese, por favor.

—Personas con las que decía mantener una conexión más allá de la química, una especie de simbiosis energética o algo parecido.

—Y eso le atraía.

—¿A quién no le atrae sentirse especial? ¿No se trata de eso el amor? Hacer que tu pareja se sienta especial.

—Puede ser, esos enigmas todavía están muy fuera de mi entendimiento. ¿Diría que el suyo era un amor correspondido?

—Sí, absolutamente, pero solo durante las Veladas, porque nunca la vi en otro contexto. Miento, una vez. Aunque..., para ser honesto, he de decirle que era un sentimiento ineluctable y desigual, dado que yo solo la buscaba a ella, pero ella no solo me buscaba a mí. No sé si me explico.

—Sí, creo que sí.

—Con el paso de los meses me di cuenta de que Mirta, además, tenía pareja estable.

En la mente de Viktor Lavrov se dibujó el desafortunado rostro de Wolfgang Fraatz. Las siguientes palabras contenían la confirmación de su sospecha.

—Se trataba de un medio hombre que me generaba muchísimo rechazo. Retraído en sí mismo, huidizo, deplorable y ruin, que, aunque lo había visto muchas veces en las Veladas, nunca me llamó la atención. Quizá fuera porque no participaba activamente y se limitaba a contemplar a los demás.

Su tono de voz, hasta el momento firme pero a la vez melifluido, se tornó voluble y fragoso.

—Es decir, que no era el único.

—No, pero este se masturbaba como un primate, de modo compulsivo, con los ojos a punto de salirse de las cuencas, como por obligación, lo cual me generaba mucho asco. Sí, eso es: asco. Por eso, cuando me elegía, me empeñaba en convencer a Mirta de que lo enviara con otros grupos. No siempre lo lograba —aclaró con pesar—. Llegué a creer que consentirle mirar era una especie de gesto misericordioso hacia él.

—No pretendo ser morboso, pero... ¿podría detallar en qué consistía el acto? —definió.

—Sí, no hay problema. En realidad, no era más que un intercambio recíproco de placeres. Digamos que se trataba de sexo convencional, pero con más intervinientes e infinitas posibilidades. Todos sabíamos lo que le gustaba a cada uno; de hecho, para eso eran las reuniones previas, para acertar en la diana. Con Mirta, por ejemplo, solo había que tener en cuenta dos cosas: que te iba a practicar una pequeña incisión en el hombro, brazo, torso..., ya sabe, lugares en los que no se pone en riesgo la vida de nadie, y que no podías eyacular durante la penetración.

El ruso arrugó el entrecejo.

—¿No?

—No. Ella odiaba mezclar fluidos. Decía que el olor del semen era demasiado fuerte y que restaba propiedades a la energía que le proporcionaba

la sangre. Esas eran las normas con Mirta, si querías jugabas y, si no, buscabas otro grupo donde sí estaba admitido eyacular. De hecho, normalmente, cuando terminaba con Mirta me incorporaba a otro grupo, uno cualquiera, solo para vaciar mis testículos.

—Bien hecho. Sin embargo, antes ha dicho que su pareja se masturbaba de manera compulsiva.

—Así es, pero desde una distancia más que prudencial, casi a escondidas para no importunarla. Tampoco le permitía hablar ni emitir ningún tipo de sonido, simplemente estaba allí, mirando cómo Mirta disfrutaba con otros hombres.

—Para gustos las flores —apostilló—. Ahora, si le parece, hábleme de lo que pasó aquel día.

—Aquel día, claro...

Por primera vez Helmut hizo un leve gesto de desaprobación con la boca y bajó la mirada como si le hubiera invadido la culpabilidad.

—Fue a principios del verano de 1968. Hacía tres Veladas que no había podido coincidir con Mirta; es más, llegué a pensar que no volvería a disfrutar de ella jamás, pero esa noche me eligió a mí. Solo a mí —aclaró con la voz tomada por la emoción—. Imagínese mi sorpresa y mi grado de nerviosismo. Parecía mi primera vez con una mujer y, sin embargo, ella logró calmarme enseguida. Me hizo el corte aquí —dijo señalándose en la terminación de la clavícula— y se sentó sobre mis piernas. Mientras disfrutaba con el lento discurrir de la sangre, se deshacía en caricias conmigo. Nunca me había sentido tan amado como en aquella sesión. Luego empezó a lamer mi brazo hasta encontrarse con el hilo vital, momento en el que entraba en una suerte de trance, de excitación plena, que se prolongó más de lo que era habitual. Entonces, hizo algo que nunca había hecho: me agarró el miembro y se lo introdujo en la boca. Me han hecho muchas felaciones, créame, pero aquella..., aquella fue distinta. Quería exprimirme y, aunque era plenamente conocedor de las normas, supe entender lo que quería y se lo di. Fue algo inexorable.

El hombre asió la copa con el pulso tembloroso y bebió el contenido de un trago para combatir la aridez que notaba en la garganta.

—Todavía hoy pienso que se trató del acto más generoso que he tenido en mi vida hacia otra persona —definió—. En cuanto acabamos me miró fijamente y me dijo que aquella había sido nuestra última vez juntos. Fue como si todo el peso del firmamento cayera sobre mí. Abatido, me lavé y me vestí;

sin embargo, no podía marcharme sin verla una vez más. No podía. Volví a entrar en la habitación y fue entonces cuando lo vi a él, de rodillas, masturbándose sobre el cuerpo de Mirta, que se retorció en el suelo, en silencio, con ambas manos agarrándose el cuello. Al principio, la escasez de luz no me permitió darme cuenta de lo que había hecho aquel malnacido, pero al aproximarme y ver toda aquella sangre...

—Tranquilo, Helmut. Ya está, no hace falta que continúe —intervino al ver que se estaba descomponiendo.

—No, estoy bien, necesito que sepa lo que ocurrió —dijo abortando con el índice y el pulgar el nacimiento de unas nada deseadas lágrimas—. Empecé a gritar pidiendo auxilio al tiempo que trataba de parar la hemorragia con la sábana. Él, ajeno a todo, seguía obcecado en correrse encima de ella incluso cuando la habitación empezó a llenarse de gente. Lo recuerdo con los dientes apretados, sudando su podredumbre, emitiendo un quejido lastimero que todavía puedo escuchar al revivir aquellos instantes. Por suerte, alguien que dijo ser médico se hizo cargo de ella y se la llevaron no sé dónde junto con otras personas que se ofrecieron a ayudarla. Yo permanecí allí durante horas en estado de shock, debatiéndome entre aplastar a aquel mequetrefe u olvidarme de todo y marcharme a mi casa. No reuní el coraje suficiente. Ni siquiera para denunciarlo. En aquellos años había que ser muy valiente para darse cuenta de la magnitud que alcanzaba la cobardía generalizada. Y yo, por desgracia, no lo era.

—Entonces, ¿usted cree que fue él quien le hizo el corte en el cuello?

—No me cabe ninguna duda. ¡Ninguna! —certificó elevando el tono—. Él sostuvo hasta la saciedad que se la había encontrado así y que ella le rogó que la dejara desangrarse para que él disfrutara con ello. ¡Mentira! Mirta amaba la vida por encima de todas las cosas, jamás habría dicho semejante estupidez.

—¿Y después?

—Pasé los siguientes días borracho o drogado, no sé —prosiguió con notable esplín—. Los recuerdos de aquellos días los conservo francamente distorsionados. Una mañana aparecieron dos oficiales de la Kriminalpolizei y me trasladaron al centro de detención preventiva de Keibelstrasse. Al poco de empezar el interrogatorio, se presentaron dos hombres de la Stasi y me dijeron que a partir de entonces se encargaban ellos.

—Un momento, un momento. ¿Está seguro de que eran de la Stasi?

—Por completo.

—Un caso de desaparición, por muy escabroso que resulte, no lo investigaría la división criminal de la Stasi. A no ser que se trate de un asunto que comprometa al partido, claro.

—En ese punto no puedo ayudarle, lo lamento. Allí ellos hacían las preguntas y solo pude enterarme de su verdadero nombre y de que estaban investigando una denuncia de un familiar. Nada más.

—¿Tiene alguna idea de cómo llegaron hasta usted?

Helmut se encogió de hombros.

—Supongo que las Veladas Rojas no eran tan secretas como pensábamos. Les conté todo con el convencimiento de que me iba a pasar el resto de mi vida en una celda; sin embargo, para mi sorpresa, me soltaron con la única condición de que jamás mencionara el incidente con nadie. El incidente —recalcó con sorna.

—¿Y por qué piensa que lo dejaron libre?

—Por lo mismo que usted: había varios implicados o simplemente asistentes habituales a aquellas Veladas con el poder suficiente como para enterrar el asunto.

—¿Nunca reconoció a ninguno?

—No, pero eso no quiere decir que no fueran conocidos. Como verá, no tengo televisión y tampoco leo esos panfletos cargados de mentiras que llaman periódicos. Discúlpeme si he dicho algo que pueda ofenderle, pero mi realidad la edifico yo, no dejo que otros lo hagan por mí.

Aquella frase le hizo reflexionar.

—Ya estoy terminando.

—Estoy bien, por mi parte puede seguir preguntándome lo que necesite saber, está siendo usted muy considerado conmigo.

El del KGB lo miró con dilección y le pagó el comentario con una sonrisa.

—¿Sabe si había alguna Araña entre los habituales?

Helmut Wegener elevó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo conoce...? Sí, está bien, no es asunto mío —se contestó—. No lo sé. Allí había de todo; tenga en cuenta que estuve asistiendo a las Veladas durante más de un año tres o cuatro veces al mes, haga usted los números. Normalmente nos juntábamos entre ocho y quince personas, a veces menos, a veces más, pero no siempre éramos los mismos. Los había recurrentes como yo, como Mirta y ese insecto, y algunos más cuyos rostros reconocía de ocasiones anteriores. Nunca tuve contacto con ninguno fuera de aquel

micromundo de sangrienta perversión —definió—. Dicho esto, no puedo poner la mano en el fuego por ninguno y, si algo resulta evidente, es que, si de verdad existían las Arañas, cosa que tampoco pongo en duda, aquellas reuniones serían un atractivo demasiado fuerte como para no asistir.

—Ya, una Araña sin necesidad de tejer su tela.

—Buen símil.

—Solo una cosa más, Herr Wegener. Antes ha dicho usted que nunca volvió a ver a Mirta, pero, inmediatamente después ha rectificado.

Helmut volvió a repetir la misma mueca de extrañeza y cambió de postura.

—Claro, pensaba que usted estaba aquí por eso.

—No entiendo; por favor, explíquese.

—A principios de mayo, y recuerdo bien las fechas porque estaban engalanando las calles por el Día de la Liberación, me crucé con ella en las escaleras mecánicas del metropolitano, en la estación de Tierpark. Fueron tres o cuatro segundos, suficientes para estar completamente seguro de que era ella. Yo subía y ella bajaba. Quise alcanzarla, pero había mucha gente, entonces grité su nombre y ella se volvió. Era ella.

—Del cero al cien, ¿en qué porcentaje diría que está seguro?

—Ya se lo he dicho: al cien por cien. Es más, acto seguido me personé en la comisaría de Friedrichshain y di parte del hecho. Por eso pensé que había venido usted, porque habían retomado esa línea de investigación.

—No, en el informe de la Kriminalpolizei no figura ese dato y todo lo que tiene la Stasi con su nombre está en esa carpeta —señaló.

—¿Entonces? —preguntó desconcertado.

—Entonces hay alguien con mucho poder que está de mierda hasta el cuello.

## MANIFIESTO A LA TRISTEZA

*Hotel Stadt Berlín  
Distrito de Mitte. Berlín Oriental (RDA)  
6 de octubre de 1980*

En cuanto salió a la superficie por la boca del metropolitano de Alexanderplatz elevó la mirada tratando de abarcar las dimensiones de esa mole de ciento veinticinco metros de altura. Se acababa de cumplir una década desde la fecha de su inauguración y todavía no había tenido la ocasión de conocer las entrañas del edificio más alto de Berlín. Las malas lenguas decían que lo habían levantado para que el partido sacara la cabeza por encima del Muro, pero, por norma, a Otto Bauer los dimes y diretes le resbalaban, mucho más cuando su mente estaba engrasada por completo con la cuestión que le había llevado hasta allí. Max Pekeler se alojaba en el hotel y, por comodidad —o al menos eso alegaba—, había reservado una mesa en el restaurante de la planta superior, donde las vistas estaban a la altura del precio por cubierto. La ansiedad le había estado atosigando desde que colgó el teléfono hasta que salió de la comisaría con casi una hora de margen para no llegar tarde a la cita. En ese plazo no había sido capaz de encontrar un antídoto contra los cientos de cábalas que había formulado acerca de la información que Max estaba a punto de desvelarle, pero se había conjurado para sujetar sus emociones fuera cual fuese el alcance y cariz del hallazgo.

El brazo levantado del comisario de la Bundespolizei atrajo su atención hacia las cristalerías sin darle apenas oportunidad de hacerse una composición de lugar. Las luces artificiales, deliberadamente pretenciosas, llamaban la atención sobre el oscuro y difuminado manto que era el paisaje urbano, y provocaban que el exterior pareciera un decorado de millones de luciérnagas

estáticas.

—¡Amigo mío! —le recibió Max—. Ya veo que has solucionado tu problema con la impuntualidad. ¿Recuerdas las rabietas que me agarraba cuando llegabas tarde?

—Por supuesto que lo recuerdo. Y habría llegado antes de no haber hecho más paradas durante el trayecto del maldito ascensor del hotel que en la línea U5 del metropolitano.

—Hay que reconocer que el edificio es impresionante. Y las habitaciones son muy funcionales. Muy vuestras.

—No sé cómo tomarme eso. Hablando de tomar, ¿qué es eso que estás tomando?

—Un cóctel que supuestamente lleva whisky, pero solo supuestamente.

—A mí estos cabrones no me la pegan —aseguró llamando la atención de la camarera—. Una Radeberger, por favor.

—Bueno, tú dirás qué prefieres: ¿empezamos por la parte gruesa y dejamos lo personal para el final o seguimos alargando el momento?

—Si no me lo cuentas de inmediato, me va a explotar la cabeza. Por cierto, muchas gracias por venir.

—Para mí es más fácil.

—Sí, pero que estés aquí cuarenta y ocho horas después de que te haya ido a ver a tu casa para implicarte en toda esta mierda significa mucho para mí. Gracias, Max.

Este asintió y seguidamente extrajo varias carpetas verdes de un maletín negro de corte diplomático cuya oficialidad certificaba el anagrama del águila con las alas desplegadas de la República Federal.

—No sé ni por dónde empezar —comentó para sí—. El domingo por la mañana según me levanté hice acto de presencia en el puesto que me habían asignado. Algo más tarde, poniendo como excusa un asunto familiar y aprovechando la tesitura de las elecciones a la Cancillería, me planté en la central y bajé al archivo. No esperaba encontrar a nadie, pero había tres técnicos de guardia unificando la documentación de la Bundespolizei y la Landespolizei. No me costó convencerles de que cambiaran de tarea y, encantados, me ayudaron a filtrar los casos de menores desaparecidos sin resolver desde 1965. Elegí esa fecha porque vuestro primer caso estaba fechado en 1969 y tampoco quería remontarme mucho más atrás.

—Te sigo.

—Obtuvimos sesenta y tres resultados. Luego acotamos la búsqueda por edades para ir descartando los que no encajaban en el rango y nos quedamos con veintidós expedientes. Los revisé uno por uno. Uno por uno, Otto —recalcó—. No soy forense, pero creo que podría asegurar que ninguno de ellos corresponde a los cuerpos que tú tienes. Aquí tengo las copias para que lo compruebes tú mismo, si así te quedas más tranquilo —añadió dando varios golpecitos a la primera carpeta.

Otto resopló conformando un semblante que se acercaba bastante a la definición académica del abatimiento.

—Espera, espera, déjame terminar. Aprovechando que estaba allí y que uno de los técnicos no estaba muy dispuesto a volver a sumergirse en el archivo, nos pusimos a enredar entre los crímenes violentos de menores sin resolver en el mismo horizonte temporal. Solo hallamos diecinueve y cuando incluimos el criterio de víctimas sin identificar nos quedamos con siete. Entonces volví al archivo y..., joder, Otto, mira estos tres —dijo entregándole una de las carpetas.

El de la Kriminalpolizei se tomó su tiempo.

—Me cago en mi mala vida —susurró—. Los cortes son idénticos.

—De los tres —certificó adelantándose a la comprobación de Otto—. Y mira esto. Causa de la muerte: parada cardiorrespiratoria por exanguinación. Dos niñas de nueve y once años y un niño de diez. Años 1971, 1974 y 1979 —citó de memoria—. Encontrados todos en cauces fluviales o cerca, y este con bolsa incluida.

—Tiene que ser el mismo.

—Por supuesto que sí. O los mismos. Porque podría tratarse de una organización, secta o algún grupo de degenerados que se dedican a secuestrar niños y chuparles la sangre. ¡No creo que se trate de una sola persona, Otto!, ¡no puede ser!

—No lo sabemos, Max. Lo único que tenemos claro es que lleva operando más de diez años con total impunidad a ambos lados del Muro.

—Pero... ¿cómo es posible que no se hayan relacionado los casos? ¡No me entra en la cabeza!

—Eso mismo pensaba yo al principio, pero, si lo piensas bien, es absolutamente comprensible. Aparece un cadáver que nunca llegamos a identificar, que nadie reclama y cuya investigación le cae a la brigada de la Kriminalpolizei que le toque según su demarcación. En nuestro caso, solo dos

cayeron en la misma, la del año sesenta y nueve y la del setenta y ocho. Nueve años después. Vete tú a saber si el que llevó la primera seguía en el cuerpo o no. Mira las fechas de los tuyos y ahora dime si fueron encontrados en el mismo distrito.

—No, eso ya lo comprobé yo. Pero... no sé, Otto, no sé. ¿Cómo es posible que no hayamos podido identificar a ninguno? No dejo de hacerme esa maldita pregunta.

—Yo también, aunque creo que hay otra aún más importante que esa.

Max se frotó la cara como si quisiera higienizar sus ojos antes de encontrarse con los de su amigo.

—Tenemos ocho cuerpos. ¿Son todos los que son o son solo los que hemos encontrado?

*Apartamento de Erika Eisemberg. Berlín Oriental (RDA)*

—Deja, friego yo —se ofreció él.

—¿Estás haciendo méritos?

—¿Me hacen falta?

—No, además, con la charla que hemos tenido durante la cena..., no sé si avergonzarme por ello, pero tengo que reconocer que escuchando tu relato me he puesto bastante caliente.

—Es muy normal que nos sintamos atraídos por las prácticas sexuales que nos resultan desconocidas, al margen de que estemos dispuestos o no a practicarlas —explicó él usando un tono de corte académico.

—Vamos, que a ti también te ha pasado.

—Puedes estar segura de ello.

—Pues me quitas un peso de encima. Independientemente, quiero agradecerte que lo hayas compartido conmigo. De algún modo me hace sentirme partícipe de tu misteriosa existencia. Y eso me gusta.

Viktor Lavrov dejó que ella lo abrazara por la espalda y giró la cabeza para encontrarse con sus labios.

—¡Qué bien que mañana sea el Día de la República! —dijo ella.

—Sí, sobre todo porque va a llover y a hacer frío, por lo que el Consejo de Estado y el Consejo de Ministros se han puesto de acuerdo por primera vez para aconsejar a la ciudadanía que permanezca en sus domicilios durante toda

la jornada.

—Buen intento —juzgó forzando la ya forzada posición de su pareja.

—Vas a terminar partiéndome las cervicales —advirtió él.

—Friega y calla —le ordenó ella, cómica—. Volviendo a la conversación anterior: a veces pecamos de creer que estamos seguros de que conocemos a las personas, pero cada vez estoy más convencida de que es imposible llegar al alma de nadie.

—No sé si tengo que aportar algo al respecto...

—Yo sí —acortó ella—. Y te voy a poner un ejemplo muy reciente. Antes de que llegaras me ha llamado mi amiga Steffi, destrozada, para contarme que el novio con quien planeaba casarse la ha dejado después de nueve años juntos. Así, sin más explicaciones. Estaba rota. ¡Mira que me resulta extraño! —prosiguió airada—. ¡Yo conocía a Dieter desde hace años y jamás hubiera pensado que se iba a comportar de ese modo! ¡Cobarde asqueroso! De hecho estaba preparando con él una fiesta sorpresa por el cumpleaños de Steffi y diría que estaba completamente enamorado de ella. No lo entiendo, de verdad que no hay quien lo comprenda. Y tú ¿qué? ¿Es que no tienes nada que decir?

—Sigo tus órdenes: fregar y callar, fregar y callar —improvisó para terminar de salir del cenagal en el que se estaba hundiendo. Se había olvidado por completo de Dieter y de su breve pero eficaz encuentro en el cine Babylon—. ¿Permiso para hablar?

—Permiso concedido.

—Sucede que se nos olvida que el ser humano no deja de ser un mamífero, por muy domesticado que esté. ¿Qué son siete mil años de civilización en la impronta genética de una especie que tiene más de doscientos mil años de bagaje? El instinto sigue estando por encima de las leyes que fueron escritas para poder convivir en sociedad y, sin embargo, no solemos tenerlo presente.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Que el cabrón de Dieter ha olfateado a otra hembra que se la pone más dura y por ello ha tirado al traste los planes de futuro con mi amiga Steffi?

—No tengo modo de saberlo, pero si tú quieres curso una orden de arresto contra él y lo encierro una temporada hasta que se avenga a razones.

—¿Harías eso por mí?

—Solo tienes que pedírmelo.

—¡Serías capaz!

—De eso y de mucho menos.

—¡Mierda! Todavía no sé cuándo hablas en serio y cuándo no.  
—Punto para mí.  
—Vamos a dejar el tema, contigo no hay forma de ponerse de acuerdo.  
—Yo no diría tanto. Te propongo que sirvas dos copas de vino, que pongas algo de música tranquila y me esperes en el salón a que termine de secar los platos.  
Erika murmuró algo antes de agarrar las copas y la botella.  
—¿Ves como sí hay forma de ponernos de acuerdo?  
El manotazo en el cogote sonó como una palmada seca y solitaria.  
Del todo tajante.  
Concluyente.

*Restaurante del hotel Stadt Berlín. Berlín Oriental (RDA)*

—¿Hasta dónde crees que puedes llegar? —quiso saber Otto.  
—La clave es encontrar la manera de involucrar a Horst Herold, nuestro director, lo cual no va a ser fácil, porque todos sus esfuerzos se centran en seguir combatiendo a la Fracción del Ejército Rojo. No sabe cuánto le queda al frente del Bundeskriminalamt y quiere que su nombre aparezca ligado a la desarticulación definitiva de estos indeseables, mérito que se ha ganado con creces.  
—¿Cómo es tu relación con él?  
—Sé que a nivel profesional tiene una buena opinión sobre mí. He sido un gran valedor de sus políticas reformistas dentro de los métodos de investigación criminal; ahora bien, digamos que no se lleva muy bien con Baum y eso va a dificultar bastante las cosas.  
—¿Y Baum es?  
—Gerhart Baum es el ministro del Interior, nada más y nada menos, y por él tendría que pasar cualquier intento de abrir una investigación conjunta entre el Este y el Oeste o, al menos, de incentivar la colaboración de ambos cuerpos de policía.  
—Pues estamos jodidos, amigo, porque no veo a nuestro camarada ministro Dickel sumando apoyos para la causa. No nos va a quedar otra que avanzar cada uno por nuestra cuenta.  
—Eso creo yo también —convino Max.

—¿Tienes pensado cuál será tu siguiente paso?

Este esperó a que la camarera terminara de recoger el servicio para contestar.

—Tengo que inventarme una bonita historia que justifique el hecho de haber conectado los tres casos. Eso como punto de partida. Si tengo suerte, me asignarán un equipo para poder avanzar en la investigación, pero no desecho la idea de que me hagan devolver los expedientes al archivo, donde no molestan a nadie.

—Eso no me ha detenido a mí.

—Ya, pero cada uno tiene sus formas de hacer, Otto, y las mías no contemplan trabajar a espaldas de la organización a la que me debo.

—Entonces no permitas que eso suceda. Tú, que tanto has estudiado sobre los procesos de investigación criminal —dijo sin ninguna acritud—, sabes mejor que nadie que la parcialidad solo lleva al fracaso. Necesitamos tener una visión global de los hechos y, para ello, tú y yo tenemos que estar en continua comunicación. No se trata de remover el pasado o de resolver un caso ya prescrito, estamos hablando de atrapar a alguien que podría tener retenido en este puto momento a uno o más niños y estar cometiendo vete a saber qué atrocidades.

—Lo tengo muy presente, no es necesario que dramatices la situación. ¿Por qué te crees que estoy aquí?

—Lo sé, lo sé, perdona —dijo tirándose de las patillas como autoimponiéndose un castigo—. Es un defecto que tengo de fábrica: empatizo demasiado con el dolor ajeno, con el sufrimiento de los niños y de sus familias.

—Bueno, de sus familias, de sus familias... ¿hasta qué punto? Porque no parece que estas criaturas tengan seres queridos que las echen mucho de menos.

Otto iba a decir algo, pero se quedó con la boca abierta y sus cuerdas vocales produjeron otras palabras distintas a las originales.

—*Verdammt, verdammt, verdammt!* —gritó sincronizando cada «¡joder!» con un golpe en la mesa—. ¡Pero cómo he podido ser tan idiota! —se preguntó huyendo con la mirada a través de los ventanales.

—¿Qué pasa?!

—Pasa que lo hemos tenido delante y no lo hemos sabido ver. ¿Por qué nadie denuncia las desapariciones? Porque no tienen a nadie que lo haga. ¿Y

qué niños no tienen a nadie? Los huérfanos.

—Para, Otto, para. Ayer bebimos algo, pero no tanto como para olvidar que esa hipótesis ya la sopesamos y me contaste que, tanto en tu lado como en el mío, apenas hay niños que vivan en la indigencia. También me dijiste que el forense al que consultaste descartó que presentaran síntomas de desnutrición severos. Pero, además, tú mismo comprobaste en los libros de registro que no faltaba ningún niño en los hospicios de Berlín Este.

Otto esperó sibilinamente a que terminara su argumentación.

—¿Y si ha encontrado el modo de sacar a los niños de los orfanatos y que nunca lleguen a las familias de adopción?

—No sé cuál será el procedimiento en vuestro caso, pero en el nuestro te aseguro que es muy estricto. Mucho.

—En el nuestro también —certificó—. Pero resulta que el hijo de puta que buscamos, o hijos de puta, ya veremos, es alguien con patente de corso para cruzar de un lado a otro sin someterse a los registros.

Max Pekeler entornó los ojos y se pasó los dedos por la comisura de la boca.

—Es muy sencillo, mira cómo lo hago. Voy a un orfanato de Berlín Oeste, saco a un niño, me lo llevo al Este, lo encierro, me sirvo de él y, cuando se me muere, lo meto en una bolsa repleta de piedras y lo arrojo al río. Y en el momento que necesito otro invierto el orden. ¿Quién cursa la denuncia por desaparición? Nadie, porque no tiene a nadie que lo eche de menos. Y si algún día aparece el cuerpo..., ¿cómo lo van a identificar si es ciudadano de otro país? De ninguna manera.

Max se limitó a asentir con la cabeza.

—Ahora bien, tenemos que averiguar qué proceso sigue para conseguir las adopciones.

—Porque son varios, Otto. Una sola persona no podría, pero... ¿Y si son un grupo cuyos integrantes viven a ambos lados y cumplen las condiciones para adoptar uno o varios menores?

—No, así no puede ser. Así no —certificó como si hiciera falta—. El Estado hace controles aleatorios de las adopciones para comprobar que el menor se adapta y evoluciona de forma favorable. ¿Y si están involucrados los propios orfanatos? ¿O uno de ellos? No sé, quizá haya algún director o directora sin escrúpulos que venda niños por unos cuantos marcos sin saber cuál va a ser su final —elucubró el de la Volkspolizei—. Con no registrar esas

entradas lo tendría resuelto, ¿no?

—Sí, aunque lo veo francamente complicado.

—No tengo ni idea de cómo lo consigue; sin embargo, cada vez tengo más claro que los niños salen de los hospicios y orfanatos de uno y otro lado. No puede ser de otra forma.

—Puede que tengas razón.

—Ahora bien, yo no puedo pedir otra autorización para investigar otra vez los de mi lado. Tienes que encargarte tú, Max.

—Veré lo que puedo hacer y hasta dónde me dejan llegar.

—Hasta la cocina. Tienes que llegar hasta la puta cocina y ponerla patas arriba.

—Ya te he dicho que lo voy a intentar.

—¡No basta con intentarlo! —insistió endureciendo notablemente el tono—. Los sacan de ahí, estoy seguro, los sacan de ahí.

—Otto, tranquilízate, por favor.

Pero no parecía que Otto estuviera por la labor.

*Apartamento de Erika Eisemberg. Berlín Oriental (RDA)*

—¿Me lo estás pidiendo en serio? —se quejó él.

—Venga, no te hagas de rogar. Si te pongo estos ojitos, ¿lo harás de buen talante, como si la idea hubiera salido de ti?

—La Santa Inquisición quemó vivas a mujeres por menos que eso —apuntó antes de destaparse de mala gana.

Completamente desnudo, atravesó el salón de puntillas hasta el tocadiscos y buscó entre los vinilos apilados el que le había pedido Erika.

—¡Mierda, no lo encuentro y se me están congelando las pelotas! —protestó el ruso.

—Venga, que no es para tanto. Que va a parecer que hubiera ordenado tu deportación a un gulag. Por cierto, ¿sabes de qué me acabo de dar cuenta?

—Pues no.

—Que no me había fijado bien en tu trasero hasta ahora y diría que es la parte mejor formada de tu cuerpo.

—Gracias, me lo dicen todas. ¡Aquí está!

Estaba de regreso en el sofá bajo el calor de la manta y en contacto con la

piel de Erika cuando empezaron a sonar los primeros compases de *Madama Butterfly*, de Giacomo Puccini.

—Muchas gracias —dijo ella en voz queda, como si estuvieran sentados en el patio de butacas de la Ópera de París—. El primer acto es una delicia.

—¿Decías en serio lo de mi culo? —quiso saber pasados unos minutos.

—Muy en serio.

—Vaya, entonces creo que ha merecido la pena el esfuerzo —añadió apretujándose contra su espalda.

—Escucha esta parte, por favor.

Era una forma gentil de pedirle que se callara y le dejara disfrutar del dúo entre Pinkerton y Sharpless, «Dovunque al mondo». Él así lo entendió, cerró los ojos y se hundió en aquel inusual abismo de calma. No despertó hasta el aria final de *Madama Butterfly*, «Con onor muore».

—Maravilloso —calificó ella al finalizar.

—Lo es —convino—. ¡Ah! ¡Me acabo de acordar de algo! —añadió aún susurrando al tiempo que pasaba de posición horizontal a otra sedente—. ¿Puedes alargar el brazo y alcanzar mis pantalones?

Erika lo hizo y se acurrucó junto a él.

—Cuando me marchaba de casa de Herr Wegener, me ha regalado el poema que había escrito durante la noche anterior. Me gustaría leértelo.

—Por favor.

—Se titula «Manifiesto a la tristeza»: A veces todo brilla. A veces tan poco, o tan pocas veces, que sin parecerlo aparece. Y te das cuenta de que existes por obligación. Que resistes por imitación. Que, por no ser, no eres santo de tu devoción. Es entonces cuando tomas conciencia de que estás triste. Y no comprendes por qué. ¿Los sentimientos no los trata la ciencia? Es la tristeza que siempre te acompaña, tan del todo intangible, tan de nada indivisible, que todo lo empaña. Y yo, mientras tanto, empeñado en no despeñarte. Desesperado por amarrarte a ese clavo que ya no arde. Con la esperanza de que aún sea más pronto que tarde. ¿Otra vuelta de tuerca? ¡Qué vida esta! A veces brillante, a veces tan puerca.

—Me gusta.

—Me ha hecho acordarme de mi padre.

—¿Por qué?

—La tristeza es una enfermedad que te va devorando lentamente hasta que termina por consumirte. Mi padre la padeció y te puedo asegurar que no tiene

tratamiento posible.

—¿Entonces?

—Solo hay que huir de ella.

—¿Y eso cómo se consigue?

—Así, como lo estamos haciendo.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

La aguja de reverdín penetró en la piel por última vez. Solo entonces se dispuso a realizar el nudo para concluir la sutura. Habitualmente usaba el punto simple continuo, que para ese tipo de corte era el que mejor se adecuaba, pero esta vez, sin saber muy bien por qué, utilizó el simple discontinuo. Examinó la herida con suma escrupulosidad y cuando se aseguró de que había realizado un trabajo perfecto la recorrió lentamente con la lengua, como el niño que lame la superficie del plato después del postre. Podía sentir la energía renovada recorriendo su organismo a través de las venas, contagiando sus órganos de vitalidad, rejuveneciendo sus células en un proceso sanador casi mágico.

Sí. Estrenar un nuevo oferente siempre era una experiencia única. A partir de ahí, como ocurría con las frutas exóticas, el vigor se iba debilitando hasta que se agotaba y desaparecía. Pero resultaba que, además, había notado algo extraño en esa niña de piel morena, pelo rizado y ojos oscuros. Algo muy especial.

Extraordinario.

En su día ella le habló de esos que llamaba «singulares» y que dar con uno era un regalo del cielo, un ser precioso que había que mimar al máximo para alargar su durabilidad. Quizá por ello, inconscientemente, le había practicado aquella otra técnica de sutura.

Le acarició el pelo y la besó en la frente antes de recostarse junto a ella.

Y así, recostada junto a su captura más preciada, la Araña no fue capaz de contener la emoción que se manifestaba a través de sus lacrimales.

## UNA VOZ AMIGA

*Karl-Marx-Allee  
Distrito de Friedrichshain. Berlín Oriental (RDA)  
7 de octubre de 1980*

La expresión de Annike Popp era una nota disonante en aquella partitura de rostros jubilosos que aplaudían y vitoreaban la aparición de los estandartes de los *Kampfgruppen der Arbeiterklasse*, sin duda los más jaleados entre cuantos habían desfilado por el bulevar más socialista de Berlín Oriental.

—¡Así se pudra tu difunta madre en su tumba repleta de gusanos! —chilló Franka haciendo de sus manos un altavoz.

Annike especuló sobre si aquel deseo de su madre iría dirigido a Honecker o a Mielke, porque después de casi dos horas de desfile ya no le quedaban muchos más cargos públicos por piroppear. No parecía que fuera a aguantar mucho más sin llover y, aunque habían traído paraguas, esperaba no tener que correr a refugiarse empujando el carrito de Nadine y tirando del brazo de su septuagenaria madre.

El plan de celebración del Día de la República se repetía año tras año desde que le comunicaron que la enfermedad no tenía curación. Sabiendo que su final estaba cerca, decidió no perderse los actos que conmemoraban la formación de la República Democrática Alemana para poder increpar e insultar a la cara a los principales dirigentes del Partido Socialista Unificado —improperios que quedaban solapados, claro está, por el griterío popular—. Annike Popp no compartía su humor negro, pero se comprometió a acompañarla solo por verla despacharse a gusto mientras agitaba enfervorecida la banderita de la nación. Así pues, como dictaba la tradición, se habían levantado temprano para coger sitio en primera fila frente a la

tribuna en la que se sentaba la flor y nata del Estado: representantes de la Cámara Popular, del Comité de Defensa Nacional, del Consejo de Estado, del Ministerio para la Seguridad del Estado, del Comité Central y del Consejo de Ministros. Estando a la vanguardia de los asistentes era la única forma de asegurarse de que no tenía delante ningún oído que pudiera comprometerla.

—¡Rezo a diario para que el Señor me conceda un día más y poder vivir hasta ver el día en que te mueras, Stoph!

Ese era uno de los clásicos, siempre dirigido al presidente del Consejo de Ministros, Willi Stoph.

—Mamá, espera a que pasen los siguientes, que te van a oír —la reprendió Annike sin dejar de mover el carrito en el que Nadine dormía ajena al bullicio exterior.

—Ojalá, mira, si para lo que me queda...

—Llevas diciendo eso tres años y aquí sigues repartiendo mierda a diestro y siniestro.

—Y lo bien que me sienta. Deberías probar.

—Ni se me ocurre. No me apetece pasar el resto de mi vida encerrada, gracias.

—Bueno, tranquila, que enseguida termina y nos vamos a comer.

—A ver si es verdad, que ya voy notando el boquete en el estómago.

—Ya te dije que desayunaras más fuerte. ¡Pero mira que tienes pinta de lameculos y chupapollas, Fischer!

Esa vez Annike Popp tuvo que callarse, dado que compartía al cien por cien la observación contra el titular de la cartera de Exteriores. Sacó un poco la cabeza para tratar de averiguar cuántas agrupaciones patrióticas quedaban por pasar, pero la multitud apenas le permitió mejorar su campo de visión. El vacío intento debió de provocarle un tirón en el gemelo, porque de forma involuntaria echó la mano a la zona afectada para aliviar el dolor justo en el instante en el que la niña se despertó protestando. Aún le dio tiempo a su madre a dedicar dos imprecaciones más antes de abandonar su privilegiada posición y perderse por las calles aledañas del bulevar berlinés.

*Hospital St. Joseph-Krankenhaus. Berlín Occidental (RFA)*

Lo más difícil era discernir entre lo que era producto de su mente y lo que

estaba ocurriendo de verdad. Sospechaba que la conversación que acababa de escuchar entre un hombre y una mujer había sido real o, mejor dicho, que no podía ser producto de sus sueños. Y lo sabía porque él no conocía, y por ende no podría inventarse, muchas de las palabras que habían usado. A pesar de ello sí que había comprendido el contexto general de la charla y todo lo dicho bien podría reducirse a una frase que el hombre repitió varias veces: «Va todo según lo previsto». Niclas no lograba entender por qué los mayores siempre utilizaban tantas palabras para contar algo que podría resumirse en cuatro o cinco. Otra razón más para pensar que ese episodio, por muy fantasioso que pudiera parecer, pertenecía a la realidad.

Antes de empezar a percibir lo que estaba ocurriendo fuera, las imágenes que se proyectaban en su cabeza eran las que habían ido conformando su mundo anterior. La mayoría pertenecían al pasado lejano, recuerdos acumulados en algún cuadrante recóndito de su cerebro; sin embargo, eran otros más recientes los que le hacían sudar, los que le secaban el paladar y le paralizaban los músculos. La monstruosa mirada de Mofletudo, blanquecina, carente de brillo; las heridas que le aparecían en los brazos y las piernas; el cuartucho oscuro, silencioso y húmedo; Uñitas; el boquete en la pared... Pero las peores, sin duda, eran aquellas en las que aparecía aquella bestia, sus fauces, sus pequeños y malvados ojos, sus ladridos enrabiados, su cuerpo musculoso y la presión de sus mandíbulas en cada mordisco. De estas escenas trataba de huir con todas sus fuerzas, aunque no siempre lo conseguía. Por último, había otros recuerdos que no tenía claro dónde colocar y menos aún cómo etiquetar. Parecían fabricados en su memoria y, sin embargo, tenía la sensación de que estaban ocurriendo de verdad. Estaban asociados a una voz que venía escuchando dentro de su cabeza.

Una voz a la que no era capaz de asociar una cara, pero que a la vez le sonaba muy cercana.

Una voz que le encantaba escuchar, porque comprendía todo lo que decía.

Una voz amiga.

La que estaba escuchando en ese preciso instante.

Quizá había llegado el momento de averiguar a quién pertenecía. Y, para ello, lo único que tenía que hacer era ordenar a su cerebro que abriera los párpados.

# PASTEL DE CARNE O SCHNITZEL HOLSTEIN

*Comisaría de Karlshorst  
Distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)  
8 de octubre de 1980*

Era un clásico. Los excesos de los ciudadanos tras los actos de celebración del Día de la República solían traducirse en un aumento considerable de la actividad de las comisarías de Berlín Oriental. Disturbios callejeros de toda clase y condición que iban desde las clásicas y espontáneas batallas campales entre detractores y defensores del régimen hasta los consensuados enfrentamientos entre tribus urbanas o, simplemente, disputas familiares que acababan mal. Pero, en todos o en la mayor parte de los casos, aparecía el alcohol como catalizador.

Esta vez, para desgracia de Otto Bauer, le había tocado el premio gordo: un neonazi muerto a navajazos a manos de varios punkis durante una pelea ocurrida en un parque no muy lejos de comisaría. Por suerte, el hecho se produjo sobre las siete de la mañana, lo cual le había evitado el suplicio de madrugar para llegar antes que el juez. El cuerpo de uno de los implicados, un chaval de diecinueve años, presentaba seis heridas de arma blanca, dos de ellas en el hígado, lo cual había terminado provocándole la muerte. El inspector jefe de la Kriminalpolizei aplicó el método estándar y repartió las primeras labores entre los miembros con menos carga de trabajo de la brigada, a quienes había dejado recogiendo testimonios entre los vecinos de la zona. Entretanto, él estaba inmerso en la tarea de revisar la documentación que le había entregado Max Pekeler, dado que la jornada festiva anterior la había dedicado por completo a disfrutar del presente, tal y como había pactado con Heinrich. Afortunadamente, la sombra que se cernía sobre su conciencia en

torno a la muerte del falso doble del cantante de Kiss cada vez le atormentaba menos, lo cual le permitía pensar con mayor claridad.

Ni bien terminó de leer la última línea, levantó el teléfono y marcó la extensión de Birgit.

—Buenos días, hermanita —la saludó.

—¡Qué gusto escuchar ese tono! Por cierto, que ayer no me dio tiempo a decírtelo: de esta semana no pasa.

—¿El qué?

—Que os vengáis a casa a cenar Heinrich y tú.

Otto tapó el auricular antes de resoplar con hastío como forma de protesta contra esa fuerza demiúrgica fraternal empeñada en sembrar el caos en su universo.

—Me da lo mismo que te apetezca o no, venís y punto.

—Deja que me lo piense, ¿vale? Tengo que hablar contigo, ¿tienes un rato para bajar a tomar café donde Agnus?

—En media hora más o menos.

—Te veo allí.

En media hora más o menos aparecía Birgit tapada con la bufanda hasta la nariz y con el gorro encasquetado hasta las cejas.

—¡Qué asco de frío! Parece invierno —protestó.

—Pues acostúmbrate, porque dicen que la primera nevada podría caer en breve. Este es tu café, vamos a sentarnos.

—Tengo quince minutos, Otto, no te alargues demasiado.

Empleó siete en resumir su reunión con Max y dos en contarle que Viktor le había llamado para decirle que estaba avanzando en la pista que ella les había proporcionado sobre Helmut Wegener, pero que no le podía ofrecer más detalles porque el ruso se lo quería explicar en persona.

—Me alegro de haber sido útil a la causa —intervino ella.

—Y más que lo vas a ser —aprovechó él—. Toma, este es el listado de las personas que dirigen los orfanatos de Berlín Este que investigué al principio, ¿recuerdas?

—Sí.

—Yo no puedo seguir metiendo la nariz ahí, pero se me ha ocurrido que hables con el Vopo ese que babeaba por ti cuando estabas en la comisaría de Falkenberg. ¿Sabes a quién me refiero? Ese al que luego destinaron al Departamento de Registros. ¿Cómo se llamaba? ¿Uwe?

Birgit chasqueó los dedos.

—Ulf. Ulf Henn.

—¡Ese! ¿Sigue metido en la división esa que investiga delitos económicos?

—Eso me dijo la última vez que hablamos.

—Perfecto. Necesito que le pidas que busque cosas extrañas en sus cuentas —dijo golpeando el listado con los dedos— y mierdas de esas.

—¿Mierdas de esas?

—Sí, ya sabes, esa clase de mierdas que hacen que los tipos listos como Uwe les agarren trayendo divisas desde el extranjero o con incrementos injustificados de patrimonio, o comprándose un televisor a color. O lo que sea —concretó.

—Ulf.

—Eso, Ulf.

—Entendido, ¿algo más? —preguntó dando el último sorbo al café y guardándose el listado.

—No, por el momento no.

—Estupendo. El viernes a las ocho. No hace falta que te pongas de punta en blanco, con que no te presentes con la camiseta negra esa de la calavera me conformo. Nos vemos, hermanito.

Otto terminó el suyo y se embutió en la cazadora de cuero imitación de la marca Perfecto que tan de moda estaba en el lado Oeste. Se la había regalado Heinrich, pero no se la había vuelto a poner desde que él decidiera regresar a Leipzig. Ahora la había rescatado del fondo del armario y, aunque le encantaba, tenía que reconocer que no había escogido el mejor día para cambiarla por el abrigo de piel vuelta. Estaba prendiendo un cigarro cuando Agnus apareció por la puerta.

—Hombre, Otto, a ti te andaba buscando yo. Nos hemos debido de cruzar en el camino, porque vengo de comisaría.

—¿Qué pasa?

—Pues no sé, pero ha llamado el amigo tuyo ese, Max, un tanto alterado. Que necesitaba hablar contigo urgentemente. Le dije que te volviera a llamar entre las diez y media y las once, pero como no llegabas he salido a buscarte.

—Sí, hoy he venido un poco más tarde de lo habitual —dijo consultando la hora—. Perdona el jaleo de llamadas, pero es un asunto que no puedo tratar desde mi puesto.

—No hay problema, así voy restando de las que te debo.

—La próxima vez que tengas que avisarme, llámame a comisaría y te ahorras el paseo.

—No me viene mal mover las piernas, pero te haré caso. ¿Otro café?

—Gracias.

No lo había probado cuando sonó el teléfono.

—Sí, aquí lo tengo —contestó Agnus.

—Max.

—Hola, Otto. Escucha, creo que ha llegado ese golpe de suerte que necesitábamos.

Al de la Kriminalpolizei se le aceleró el corazón.

—¿Recuerdas el técnico que me ayudó en el archivo? Pues buscando, no me ha dicho cómo, ha encontrado un caso que encaja con los nuestros.

—Uno más —comentó algo decepcionado.

—No es uno más. Se trata de un niño que han encontrado muy malherido cerca del río y está hospitalizado en el St. Joseph-Krankenhaus. Presenta los mismos cortes que los otros niños.

—¿Y cómo está? ¿Se va a salvar?

—Esta mañana he hablado con el médico que lo atiende y me ha dicho que precisamente hoy le están retirando la sedación. Aún tendrá que permanecer unos cuantos días ingresado en cuidados intensivos, pero lo tienen controlado.

—¡Sí! —gritó—. ¿Cuándo vas a poder hablar con él?

—Hoy me va a resultar imposible, estoy hasta arriba, pero mañana a lo largo del día pasaré sin falta.

—Podría ser la clave para dar con ese o esos hijos de puta.

—Eso espero. Ahora te tengo que dejar. Te llamo en cuanto sepa algo nuevo.

—Gracias, Max. Muchas gracias.

—¿Buenas noticias? —quiso saber Agnus en cuanto colgó.

—Mejor que buenas.

### *Complejo hospitalario Beelitz-Heilstätten. Berlín Oriental (RDA)*

—¡Sabía que volvería, doctor! Estaba convencido de ello —fue lo primero que dijo Wolfgang Fraatz. Su caminar le seguía pareciendo robótico y su expresión desabrida; sin embargo, sus diminutos ojos ya no los seguía viendo

como dos esferas renegridas carentes de brillo. Muy al contrario, le transmitieron vivacidad e inteligencia, como los de un ave rapaz que conoce y se anticipa al movimiento de su víctima.

—Por supuesto, camarada, claro que sí.

—¿Qué noticias me trae? —quiso saber Fraatz.

—¿Noticias?

En ese momento, Viktor hizo una breve desconexión, efímera como efímero es el proceso mental que se encarga de emitir una petición de búsqueda y producir una respuesta. Durante esas décimas de segundo navegó entre las imágenes más recientes, donde se vio pasando la jornada festiva con Erika reclusos por devoción en su apartamento, acudiendo a su puesto muy temprano para avanzar en el maldito informe que le había solicitado la mayor general Strauss, hablando brevemente con Otto y repasando las notas de la conversación que mantuvo con el hombre que tenía delante.

Tras el pestañeo neuronal, el ruso se metió de nuevo en la piel de Viktor Lavrov para afrontar el objetivo que le había llevado de nuevo hasta allí.

—Claro, doctor. Doy por hecho que si ha regresado es porque ha avanzado en su investigación, ¿me equivoco?

—Está usted en lo cierto. Precisamente le quiero preguntar si le suena de algo el nombre de Helmut Wegener.

—No —contestó de inmediato.

—Ni siquiera ha hecho el esfuerzo de rebuscar en su memoria. Inténtelo otra vez.

Wolfgang Fraatz tomó aire y elevó la mirada.

—Nada.

—Bueno, quizá no le venga nada con ese nombre. No obstante..., si le digo que se trata de la última persona con la que estuvo Mirta antes de que se produjera su accidente, ¿le viene algo?

—Vagamente —contestó de manera mecánica—. Ya le dije que aquellos momentos fueron muy confusos para mí.

—Sí, es cierto, me lo dijo. El caso es que Helmut Wegener no tiene ese problema y conserva recuerdos muy nítidos entre los que aparece usted, en concreto, de rodillas junto al cuerpo de su pareja, masturbándose mientras ella se desangraba.

El hombre no modificó un ápice su expresión neutra, forzosamente aséptica.

—No lo voy a negar, aunque no me acuerdo de haberlo hecho.

—En cambio sí se acuerda de que Mirta había perdido mucha sangre, tanta que no le parecía posible que hubiera podido sobrevivir.

—De hecho, es el único recuerdo que conservo de aquella tragedia.

—Pero de otros días sí, ¿cierto?

—Sí.

—¿Entonces sabe de qué persona le estoy hablando?

—No, ahora no caigo.

No había titubeo en su tono, pero sí demasiada firmeza, polos extremos de una misma realidad: la mentira.

—Bueno, no se preocupe, porque él y yo nos hemos hecho muy amigos y ha tenido la amabilidad de prestarme una foto suya de la época —le informó metiendo la mano en el interior de su gabardina. Un plano medio en el que Helmut aparecía sentado tras un escritorio, sonriendo orgulloso y altivo. Wolfgang la examinó con aparente interés.

—Me suena, sí, pero no podría asegurar que fuera uno de los participantes en las Veladas Rojas.

—Entiendo. Por suerte no es crucial que usted lo ubique o no. Lo relevante es que él —lo señaló en la foto— conserve su buena memoria. Y él asegura que estuvo esa noche con ella, que usted también y, lo más importante: que Mirta logró sobrevivir. De hecho, esto le va a encantar: Helmut Wegener afirma, y yo le creo, que la ha vuelto a ver recientemente.

A Wolfgang Fraatz le faltó bizquear para hacer más llamativo su estupor.

—¿Recientemente? ¿Dónde? —quiso saber.

—Vaya, qué curioso.

—¿El qué?! ¿Qué le parece curioso?

—Que le llame más la atención lo circunstancial del hecho que el hecho en sí. Es decir, que no le extraña que esté viva, sino que la haya visto hace poco. ¿Quiere decir algo al respecto?

El desconcierto se hizo patente en su quebradizo tono de voz.

—Sí, creo que ya no me divierte hablar con usted y que voy a pedir que se marche.

—¿Divertirse? ¡¿Y quién le dijo a usted que esto se trataba de un entretenimiento?! Ni siquiera es algo voluntario, maldito estúpido. Escúcheme bien: le he dado la oportunidad de rectificar su anterior declaración para ver si podíamos ahorrarnos los trámites y el viaje. Allí ya están a bajo cero y le aseguro que lo último que me apetece ahora es pasar frío.

—Allí, ¿dónde?

—En Moscú, ¿dónde va a ser?

Y como si de repente ese descenso de temperatura se produjera dramáticamente en la sala, su rostro se congeló en una mueca que contenía más miedo que sorpresa.

—No puede hacer eso, no puede trasladarme sin mi consentimiento.

—Se equivoca. Mire, ¿ve esta hoja? —le mostró acercándole un folio escrito en ruso—. Lea.

Viktor sabía que Wolfgang Fraatz no entendía una sola palabra, pero sí que era capaz de reconocer el sello con el escudo y la espada que certificaba el documento.

—*Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti* —pronunció todo lo lento que fue capaz—. En efecto, como usted ya advirtió en nuestra primera entrevista, no soy un psicólogo al uso y esta es la orden de traslado firmada por el camarada director Kuzminski —improvisó— autorizando su traslado inmediato al centro de internamiento estatal de Levoberezhny para enfermos mentales. Aquí tienen métodos diferentes para refrescar la memoria, métodos, por cierto, que yo no comparto, pero que le aseguro que son altamente eficaces.

—Pero mi médico, el doctor Kuziáyev, no...

—El camarada capitán Kuziáyev, como todos los que trabajan en este complejo hospitalario, pertenece al Ejército Rojo y se limita a cumplir órdenes. Además, no goza usted de su favor, que le quede claro. Usted no está colaborando en una investigación que afecta a altos cargos del partido y, ante eso, no hay escapatoria posible. Tiene veinte minutos para empacar sus pertenencias; le estaré esperando fuera del edificio, no se demore —zanjó.

—¡Aguarde!

—Me temo que ya le he dado su oportunidad, todo lo que recuerde guárdese para cuando le estén aplicando las corrientes.

—¡Había pocas personas esa noche! Ocho o nueve, y todos éramos de los habituales. ¡Y sí! ¡Recuerdo a ese hombre! —reconoció furioso—. Cómo olvidarlo.

El del KGB apoyó los puños en la mesa y recortó la distancia con él.

—Continúe.

Este tragó saliva y se humedeció los labios como remedio para superar la afasia transitoria en la que se veía sumido.

—Fue el favorito de Mirta por un tiempo. Siempre elegía a uno con quien conectaba mejor —añadió antes de liberar un suspiro como si se hubiera quitado un peso de encima—. Los denominaba «singulares». Aunque le cueste creerlo, yo nunca me sentí celoso ni nada parecido, pero con él..., con él mantuvo una relación especial que sí llegó a incomodarme. Mucho —precisó—. El día que me contó que estaba pensando en permitirle que se corriera en su boca sentí algo que jamás había experimentado. Ni siquiera durante la guerra llegué a odiar a alguien de esa manera. Enloquecí. Quería matarlo y estaba decidido a ello, pero sabía que si lo hacía perdería a Mirta para siempre.

—Entiendo. Prosiga —le ordenó.

—En la siguiente velada le pedí que me dejara presenciar su encuentro argumentando que iba a ser un momento tan especial que no podía ser ajeno. Sin embargo, él no se sentía cómodo cuando yo estaba presente y, ante mi insistencia, aceptó con la condición de que permaneciera oculto hasta que terminaran. Y así lo hice. Fue tan bonito, tan real... ¡Tan real! —repitió con la voz quebrada—. Yo nunca había disfrutado de ese modo con ella y esa rabia, envidia o lo que fuera me nubló el juicio. Esperé a que él se metiera en el baño y antes de que Mirta pudiera reaccionar le hice un corte en el cuello con una cuchilla. Le juro que no tenía intención de matarla, solo quería tomar lo mío, lo que me pertenecía por derecho. ¡Tiene que creerme! ¡Yo la amaba! Solo quería demostrarle que conmigo también podía alcanzar esa intensidad. De hecho, no me di cuenta de que sangraba tanto hasta que él regresó y empezó a gritar. Enseguida apareció más gente alertada por los gritos. Eso fue lo que pasó.

—¿Qué gente?

—El resto, los que estaban en las habitaciones contiguas.

—Sus nombres.

—Ya le he dicho que no sé ningún nombre. Ninguno. El anonimato era la primera norma y a todo el mundo le convenía que se respetara. ¿O acaso ese hombre ha identificado a alguno de los asistentes? No, ¿verdad?

—¿Quiénes se la llevaron?

—Creo que el marido de los Hohenzollern-Sigmaringen era médico, o eso dijo, aunque Napoleón y Cleopatra también entraron en la habitación acompañados del Muñeco y de la Duquesa, otros dos habituales. Pero le juro que ya no sé qué sucedió fuera, porque yo me quedé allí dentro.

—Sí, por supuesto, no iba a quedarse a medias... ¿Quiénes eran todos esos?

—A los Hohenzollern-Sigmaringen los bautizaron de esa manera porque eran muy pulcros ellos. Como si pertenecieran a la realeza. Nunca se separaban. Admitían invitados, sí, pero sin pasarse de la raya. A Mirta le gustaba participar con ellos, aunque no sé muy bien por qué. Napoleón y Cleopatra eran otra de las parejas; sin embargo, estaban en el polo opuesto, es decir, muy sucios y siempre por separado. Al Muñeco no tengo ni idea del motivo por el que lo llamaban así, supongo que era porque se parecía a un muñeco de cera, y a la Duquesa porque se decía que de verdad tenía el título de duquesa. Eso es todo lo que sé sobre ellos.

—¿Es posible que alguno de ellos fuera una Araña?

Wolfgang Fraatz se concedió unos segundos antes de contestar.

—Es posible, pero, se lo repito, nadie hablaba sobre su pasado ni nada que tuviera que ver con su vida fuera de las Veladas Rojas.

—Entonces, afirma que no sabe dónde la llevaron.

—No tengo la menor idea.

—¿Y nunca se interesó por saber si había sobrevivido?

—Jamás —confirmó tajante—. En lo que a mí respecta, Mirta murió esa noche, independientemente de que la hubieran salvado. Me daba igual. Me marché de la ciudad y estuve unos meses vagabundeando por ahí. Borrón y cuenta nueva.

—Sin embargo, no fue así.

—Lo intenté, puede estar seguro de que lo intenté, pero no pude arrancarme este mal de dentro y por eso decidí internarme aquí voluntariamente.

—¿Nunca volvió a saber de ninguno de ellos?

Este negó con notable vehemencia, como si le estuvieran acusando de herejía frente al Tribunal de la Santa Inquisición.

—No, el grupo se disolvió.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—Porque sin Dama no hay Veladas Rojas y sin Veladas Rojas no hay grupo.

—Pero eso no quiere decir que, una vez recuperada, no haya podido reorganizar el grupo o crear uno desde cero.

Wolfgang Fraatz elevó las cejas y desvió la mirada hacia arriba y hacia la derecha, evidenciando que su cerebro estaba procesando datos.

—Si de verdad ella está viva, le aseguro que el último jueves de cada mes, en algún punto de esta maldita ciudad, se estará celebrando una Velada Roja.

—Pues ese es el plazo que tenemos.

—No le comprendo.

Sus facciones, que se habían ido relajando progresivamente a medida que le fue revelando información, se petrificaron al ser testigos de cómo crecía una malévola sonrisa en la cara picada de viruela que tenía delante.

—Prepárese para escuchar la radio mañana, tarde y noche.

*Floristería Niemann. Berlín Oriental (RDA)*

Era la cuarta vez que vomitaba, si bien ya no le quedaba nada sólido que expulsar. Annike lo achacaba a que le debía de haber caído mal el hígado asado que comió tras el desfile. Los primeros síntomas los notó a última hora de la tarde: náuseas, pinchazos en el vientre y cansancio generalizado, por lo que se metió en la cama minutos después que Nadine. Tras haber dormido casi once horas, se había levantado como si le hubieran molido todos y cada uno de los huesos. Cuando le llevó la niña a su madre, esta le dijo literalmente: «He visto animales disecados con mejor aspecto que tú» y trató de convencerla para que fuera al médico, aunque, con todo lo que había sucedido las últimas semanas, faltar al trabajo no era lo que más le convenía si pretendía conservarlo.

—¿Te encuentras bien, hija? —preguntó Frau Niemann a través de la puerta.

No supo qué responder.

A duras penas logró incorporarse para lavarse la boca y mojarse la cara. Se asustó al ver la imagen que le devolvía el espejo: pálida, con la frente perlada de sudor y unas abisales manchas negras que crecían bajo sus párpados inferiores. Le costaba respirar con normalidad. Estaba justo en las antípodas de lo que le había pedido Viktor Lavrov. Cuando por fin se decidió a salir del cuarto de baño, Frau Niemann se echó la mano al corazón antes de tenderle los brazos.

—¡Por todos los santos! Siéntate aquí y no te muevas, que voy a llamar al doctor Scheidemann.

Algo más tarde, al médico de cabecera solo le hizo falta tomarle la temperatura y la tensión para emitir un veredicto que ya no pudo escuchar Annike Popp.

—Hay que ingresarla de inmediato en el hospital.

*Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

Antes de que el ordenanza de Erich Mielke anunciara su presencia, Viktor Lavrov trató de calcular exactamente los días que habían transcurrido desde aquel en el que, allí mismo, escuchó decir al número uno de la Stasi que en la República Democrática Alemana no existían los asesinos en serie. Trece días. Demasiado poco para lo mucho que había acontecido en tan corto espacio de tiempo.

—Camarada comandante, tome asiento, haga usted el favor —le invitó en un conato de amabilidad impropio del alemán.

Le extrañó la ausencia de Markus Wolf, lo cual —le anticipó Mielke— respondía a que aquel encuentro nada tenía que ver con una mera reunión de seguimiento, como le habían comunicado media hora antes.

—Aprovechando que estamos usted y yo solos, y si no le parece mal, voy a desempolvar mi ruso, que lo tengo un tanto olvidado.

—Será un honor.

Con respecto a la vez anterior, la única diferencia que apreció en su atuendo, conformado por traje negro, camisa beige, zapatos claros y corbata oscura, era que esta última, oscura igualmente, presentaba formas de ameba, o similar.

—Llevo todo el día de un humor excelente —comentó el ministro.

—Espero no ser yo quien le agrie el día.

—El sábado golemos al Dresde. Muy mal se nos tiene que dar este año para no revalidar el título. Con la edad, uno aprende a sacar provecho de las buenas noticias, ¿verdad?

El también presidente del Dynamo de Berlín, el club de fútbol del régimen, no hizo mención alguna acerca de los rumores que circulaban sobre los jugadores que la Stasi tenía en nómina, pertenecientes a su rival directo en la disputa de la Oberliga.

—Me alegro de que el equipo haya superado lo de Eigendorf.

Se refería al caso que un año atrás había escandalizado a la opinión pública del país y abochornado al propio Mielke. El estandarte del equipo y de la selección nacional de la RDA había aprovechado un desplazamiento a Kaiserslautern para fugarse de la concentración y pedir asilo en la República

Federal Alemana.

Al alemán se le congeló la sonrisa.

—Más pronto que tarde ese traidor recibirá su merecido, que no le quepa duda —afirmo, contundente.

—Es un mal endémico. Víktor Korchnói nos hizo lo mismo a nosotros.

—Un ajedrecista —completó con desdén.

—En nuestro país el ajedrez es mucho más que un deporte, pero Kárpov ya le ha puesto en su sitio y volverá a hacerlo cuando se vuelvan a ver las caras en el Campeonato Mundial.

Erich Mielke se aflojó el nudo de la corbata y adoptó una postura más cómoda.

—Es usted muy osado, mucho. Y lo digo como un cumplido. En tiempos de guerra, la vida es para los vivos y los triunfos para los osados. Y en tiempos de paz también.

Víktor se mantuvo prudentemente a la expectativa.

—Le he llamado para que me ponga al día de sus progresos. Aunque el camarada Wolf me va informando de manera puntual, me gustaría escucharlo por boca del responsable de la operación.

El resumen fue conciso, poniendo énfasis en el hecho de tener bajo vigilancia y seguimiento permanente a un activo del BND que, a buen seguro, les terminaría conduciendo al nombre que buscaban.

—Es un proceso lento, lo sé —intervino Mielke—, pero ¿hasta qué punto cree usted que ese tal Raimond va a ceder a nuestras presiones?

—Esa es la parte que a mí me toca. Por ahora seguimos recopilando información sobre sus hábitos y su entorno con el fin de encontrar alguna falla por la que yo pueda entrar. Como usted dice, es un proceso lento.

—Lo es, aunque también depende de la prisa que tengamos, ¿no cree? He leído de forma minuciosa y puntual los reportes del equipo y no creo que de aquí a..., pongamos, una semana la cosa vaya a cambiar. Por ello, he ordenado que lo detengan de inmediato, sea trasladado a Hohenschönhausen y lo preparen para que usted empiece con el interrogatorio en, calculo, cuarenta y ocho horas. ¿Algún inconveniente?

Aquello no se lo esperaba. Era demasiado precipitado y él contaba con poder verse clandestinamente con Raimond para hacerle saber al detalle lo que el KGB quería de él. En esta nueva tesitura, tendría que ingeniárselas durante el interrogatorio para trasladarle lo que debía declarar una vez

comenzado el proceso.

—No, ninguno, aunque he de decir que yo lo habría dejado más tiempo volar tranquilo para conocerlo mejor.

—Comprendo, pero el Comité Central del Partido no dispone de tanta paciencia. Me han pedido resultados y resultados es lo que aún no tenemos. Espero que sea capaz de demostrar el talento que dicen que tiene. Y ahora que menciono el asunto de su valía —añadió como si fuera algo improvisado—, tengo que confesarle que he hecho algunas averiguaciones sobre usted.

Una mueca tan fugaz como retorcida que el psicólogo supo interpretar con acierto le hizo levantar la guardia.

—Soy, somos —corrigió regresando a su lengua materna, señal de que quería que el contenido del mensaje le quedara muy claro a su interlocutor— muy conscientes de que usted y el resto de agentes que tan amablemente nos cede su Gobierno son muy importantes para fortalecer y engrasar nuestra maquinaria de inteligencia. Del mismo modo, sabemos y admitimos que esto conlleva la apertura de nuestras puertas a los ojos y los oídos de quienes pretenden controlar los designios de los países firmantes del Pacto de Varsovia desde sus cómodos despachos de Lubianka. Insisto, lo admitimos. Ahora bien, en su caso, camarada comandante, usted ha venido con una misión muy concreta que todavía —recalcó sacando brillo a su carácter ceñudo— no he logrado desentramar, pero de la que, y de esto no le debería caber la menor duda, me enteraré antes o después. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Al ruso le dio tiempo a elaborar una respuesta mientras su interlocutor tejía su redundante discurso.

—Nuestro Gobierno quiere y necesita estar al tanto de lo que ocurre con su principal aliado, es cierto. Dicho esto, yo no lo veo como un inconveniente, más bien lo contrario, ya que es el único modo de seguir luchando codo con codo contra el avance del capitalismo. En cuanto a la misión a la que hace referencia, ministro Mielke, no difiere en absoluto de la que usted me encomendó en persona hace trece días. En ese período he avanzado firme y decidido a pesar de..., permítame que sea tan directo, de las piedras que me he ido encontrando en el camino.

—Concrete, por favor.

—Me refiero, por poner un ejemplo, al tedioso informe que me ha encargado recientemente la mayor general Strauss para la Administración Central de Coordinación, tarea que me roba un tiempo precioso que podría

emplear en realizar otras tareas más orientadas a la consecución de mis objetivos. O al hecho de que no se me consulte mi opinión a la hora de tomar una decisión tan importante como proceder a la detención de nuestra principal baza en este juego y que ni siquiera me hagan partícipe del arresto.

—No es lo habitual ni tampoco lo estimo necesario.

—No, no lo es, pero a mí me ayuda a construir desde el principio una figura que será muy valiosa de cara al detenido.

—¿Y qué figura es esa?

—La que le haga llegar a la conclusión de que la persona que va a tener delante cuenta con el respaldo suficiente. Le tengo que hacer ver que no soy solo el funcionario al que le ha tocado interrogarle para sacarle información. Soy el que ha llegado hasta él, el que le ha estado siguiendo desde una fecha que él desconoce, el que maneja datos que él no sabe, el que ha ordenado su detención y el que le ha detenido. Esa debe ser mi figura.

—¿Me está pidiendo que le permita participar en la detención? ¿Eso es lo que quiere?

—Eso y que permita que aplace el informe de la mayor general Strauss hasta que resuelva este asunto.

Mielke lo miró detenidamente con sus ojos pequeños y escudriñadores antes de ponerse las gafas y levantar el teléfono.

—Ya tiene lo que quería —anunció al colgar—. Espero resultados.

—Los tendrá.

—Una cosa más antes de que se me olvide. Lo verá reflejado en el reporte de seguimiento de Annike Popp, pero le adelanto que hace unas horas ha sido ingresada en La Charité. Un equipo médico de nuestra absoluta confianza la está tratando en estos momentos. En cuanto dispongamos de más información se lo haremos saber.

Viktor Lavrov, estafermo, tardó en procesar la noticia.

—Gracias por la información.

No se percató de que tenía los puños apretados hasta que llegó a las dependencias de la Administración 12 y se encerró en su despacho.

*Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

La brillantez con la que resolvía los infinitos problemas que iban surgiendo

superaba con creces las limitaciones físicas que se habían cebado con su cuerpo de cintura para abajo desde que se presentaran los primeros indicios de sus futuros problemas vasculares. Para Martin Köller no existía nada que le llenara de más felicidad que ver a su mujer en ese estado: pletórica, confiada, rebosante de energía. Sin amilanarse ante nada.

Su manera de enfrentarse a la vida era una lección diaria para él.

—¿Puedes llevar las invitaciones a la oficina de correos a primera hora de la mañana? —le preguntó sin levantar la cabeza de una libreta en la que iba tachando tareas pendientes.

—Sí, cariño, te lo dije anoche y esta mañana también.

—Es cierto, perdóname, si la tenía ya marcada... Esta cabeza mía. Todavía no me he puesto a trabajar con el menú, no termino de decidirme con los segundos. ¿Qué opinas? ¿Pastel de carne o Schnitzel Holstein?

—El pastel de carne gusta a todo el mundo, pero con el Schnitzel Holstein luce más el menú.

—¿Entonces?

—Schnitzel Holstein.

—¿Y qué le ofrecemos de acompañamiento a la gente que no le guste el pescado frito?

El timbre del teléfono interrumpió el debate.

—Atiendo yo —se libró Martin, momentáneamente—. Residencia de los Köller.

Su risueña expresión se tornó sombría.

—Entiendo, sí. —Silencio—. No sé, tendría que hacer memoria, pero yo diría que tres o cuatro semanas por lo menos. —Silencio—. Sí, vive sola. —Silencio—. No, yo no tengo llaves de la casa.

—Aparte, a los comensales que les sirvan los últimos les van a llegar fríos los huevos —prosiguió Doris.

—Se me ocurre que cuando acudieron ustedes a su casa ella hubiera salido a pasear. Le gusta caminar todos los días a pesar de su edad. —Silencio—. Ah, claro, a esa hora es menos probable. ¿Han buscado por los alrededores? Podría haber sufrido algún tipo de accidente y no haber regresado. Otra cosa no le puedo decir.

—Fíjate, yo creo que al final me voy a decantar por el pastel de carne.

—Entiendo. —Pausa—. Sí, de acuerdo, mañana me acerco a la comisaría de Köpenick a cursar la denuncia. Les agradezco su llamada. Buenas noches.

—Definitivamente me quedo con pastel de carne con puré de patata y verduras frescas. ¿Quién era?

Martin tragó saliva antes de contestar.

—La policía. Parece ser que un vecino de mi tía Bernadette ha llamado para avisar de que hace diez días que no la ve. Una patrulla ha ido a verificarlo a la casa y no les ha abierto la puerta. Han llamado por teléfono en distintos horarios y tampoco les ha atendido. Necesitan que vaya a comisaría a denunciar la desaparición para que puedan forzar la entrada y organizar una búsqueda en el caso de que no se encuentre en casa.

—¿Esa es la tía que te llamaba ratoncito?

—Sí, esa es.

—Pues nada, cuando termines en correos te pasas por allí y listo.

—Eso haré, sí.

—Bueno, entonces hemos dicho que el pastel de carne con puré de patata y verduras frescas. Ahora, ¿crees que será mucho pedir que preparen una salsa de champiñones de acompañamiento?

### *Barrio de Heinersdorf. Berlín Oriental (RDA)*

La furgoneta Barkas estaba estacionada a diez metros de la esquina y a otros veinte del bloque de viviendas en el que residía Walter Krumm, alias «Raimond», el ciudadano contra quien pesaba la orden de detención que se disponían a ejecutar. Por fuera estaba rotulada con la imagen de una empresa de reparto de pescado, pero en su interior no había congeladores frigoríficos, sino seis compartimentos diminutos, pésimamente acondicionados aunque del todo preparados para el traslado de la mercancía humana. En el otro lado de la acera, en un Wartburg de color incatalogable, Viktor Lavrov aguardaba en el asiento del copiloto a escuchar el aviso de los agentes encargados del seguimiento. El procedimiento era sencillo: esperar a que pasara por allí camino de su domicilio, abordarlo y meterlo dentro de la Barkas para trasladarlo al centro de detención que correspondiera.

—Tiene que estar al caer —auguró el conductor—. Como mucho le doy diez minutos.

—¿No se puede subir la calefacción de este cacharro? —quiso saber el del KGB al tiempo que se frotaba las piernas.

—Está a tope, camarada comandante Lavrov. Este modelo es de 1961.

—¿Ese año no hacía frío en Berlín?

El agente tardó en pillar la broma, pero le hizo gracia o al menos eso pareció.

—Llevo escuchando que van a cambiar la flota de vehículos desde que me aceptaron en la Compañía y de eso va a hacer quince años. La gente se sabe las matrículas de memoria —se quejó el de la Stasi.

—Atención Amarillo y Rojo. El objetivo va a entrar en la calle por la acera de la izquierda —oyeron por el equipo de transmisión.

—Recibido. Amarillo, os toca a vosotros —respondió Viktor.

—Prevenidos, lo estamos viendo por el retrovisor.

—Quédate aquí —le ordenó al agente.

Este frunció el ceño, extrañado, al ver que descendía del Wartburg, reacción que no estaba contemplada en el manual.

Se abotonó la gabardina y espero a que pasaran dos coches para cruzar sin quitar la vista del objetivo. En cuanto sobrepasó las puertas laterales, estas se abrieron de golpe y un agente salió del interior. Este lo inmovilizó mediante un rápido movimiento y con la ayuda de su compañero le vaciaron los bolsillos y lo forzaron a subir sin darle siquiera la oportunidad de revolverse.

—Voy yo dentro con él —informó el ruso de inmediato.

—Pero, camarada comandante, el procedimiento establece que...

—El procedimiento lo establezco yo en este momento. Reúnase con Rojo de inmediato.

El agente estuvo a punto de decir algo, pero finalmente bajó la cabeza y cruzó la calle a la carrera sorteando los pocos vehículos que circulaban a esa hora. El del KGB golpeó dos veces la chapa con la palma de la mano para que la furgoneta se pusiera en marcha antes de dirigirse al prisionero, todavía conmocionado, hecho un ovillo en el suelo metálico de esos cubículos separados por barrotes.

—¡En pie! —le gritó.

Raimond, atemorizado, tardó en reconocerlo un par de segundos, los mismos que en incorporarse.

—Ha llegado el momento —le anunció en voz queda—. Te trasladan a Hohenschönhausen, por lo que prepárate para estar unas cuantas horas sin dormir. No te lo pienso repetir: ¡en pie! —teatralizó—. Pasado mañana te someteré a un interrogatorio duro, como corresponde, y al tercer día, cuando

no aguantes más el dolor de estómago, pide que te vea un médico. Ponte esto bajo la lengua, te hará efecto casi de inmediato.

Raimond dudó unos instantes antes de coger la píldora con el índice y el pulgar e introducírsela en la boca.

—En la enfermería, fuera del alcance de las cámaras de vigilancia y los micrófonos te daré instrucciones de lo que tienes que declarar. ¿Entendido?

El hombre asintió resignado.

—Cumple con tu parte y yo cumpliré con la mía. Cualquier otra opción que pienses o hayas pensado te aseguro que no os convendrá ni a ti ni a tu hijo Walter, que podrá seguir disfrutando de su mujer y sus dos hijas en Rostock. Si haces lo que yo te diga, pasarás una temporada en un centro de internamiento y cuando salgas todavía dispondrás de unos cuantos años para olvidar que un día quisiste jugar a un juego y perdiste.

—Espero que seas un hombre de palabra —musitó Raimond.

—Aférrate a esa esperanza, te vendrá bien.

## CULPABILIDAD

*Hospital St. Joseph-Krankenhaus  
Berlín Occidental (RFA)  
9 de octubre de 1980*

La aversión le venía desde los ocho años. Y lo sabía con exactitud, porque a ningún niño se le olvida el hecho de ser espectador en la muerte lenta de un ser querido. Por aquel entonces, Max Pekeler todavía vivía en Berlín Este, pero los hospitales no eran muy distintos a ambos lados del Muro y el que le tocó visitar casi a diario durante varias semanas tampoco se diferenciaba en exceso del que estaba recorriendo en aquel instante. Sobre todo el olor. Esa fragancia aséptica que parecía exudar de las paredes y que terminaba adhiriéndose a la ropa, impregnándose el cabello, escondiéndose bajo las uñas. Ese olor era el que permanecía por siempre asociado a la muerte de su abuelo. Por ello, si algo tenía meridianamente claro el comisario de la Bundeskriminalamt en aquella fría mañana de otoño era que no iba a pasar demasiado tiempo entre aquellos muros pintados de verde infortunio.

Se equivocaba.

—Buenos días, soy el comisario Pekeler —se identificó a la señorita que aguardaba sonriente tras el mostrador—. Estoy buscando al doctor Weiss.

—Ya le aviso; aguarde ahí, por favor —le indicó.

Max prefirió esperar de pie, como si así los minutos fueran a transcurrir más rápido. Poco después, un hombre de bata blanca, pelo y sonrisa a juego le extendía la mano.

—Buenos días, soy Oliver Weiss. Es por aquí, acompáñeme, por favor.

—Gracias, ¿cómo está el niño?

—Ha pasado buena noche, lo cual es muy buena señal después de que le

hayamos retirado la sedación.

—Estupendo.

—Bueno, tenemos que ser muy prudentes. Hemos hallado restos de fenciclidina en su orina, un potente anestésico disociativo que produce efectos alucinógenos si se administra en grandes dosis. Todavía no sabemos hasta qué punto le habrá afectado, porque es un neurotóxico muy peligroso y más en un niño de su edad.

—¿Cree que podría tener daños cerebrales?

—No podemos descartarlo. De momento sigue con un tratamiento de antibióticos y alimentación intravenosa, y pensamos que va a estar así por lo menos hasta que termine esta semana. A partir de ahí, si sigue evolucionando favorablemente, empezaremos a evaluar los daños en la laringe, faringe, cuerdas vocales y tejidos del cuello. Por último abordaremos la reconstrucción del gemelo izquierdo, que es la parte que presenta daños más severos como consecuencia de las mordeduras.

—Sí, leí el parte médico. Terrible —calificó—. ¿Sigue sin contestar a ninguna pregunta?

—Es del todo consciente de lo que ocurre a su alrededor y responde bien a los estímulos externos, aunque, como le decía antes, todavía es pronto para evaluar posibles daños neurológicos. Tampoco sabemos el alcance real de las lesiones del cuello ni si está o no facultado para hablar. De cualquier forma, que hable o deje de hablar no es, entiéndalo, algo prioritario, por lo que hemos dejado de insistir.

—Comprendo. Y el resto de heridas que presenta por todo el cuerpo ¿qué opinión le merecen?

El doctor Weiss se detuvo y tomó aire.

—Mi valoración personal me la guardo. Lo que sí puedo decirle es que están practicadas con un elemento cortante de alta precisión, tipo escalpelo o cuchilla, localizadas en el circuito venoso periférico y suturadas con precisión por una mano diestra. Ah, y en distintas fases de cicatrización, lo cual..., lo cual ya sabe lo que indica —resumió.

—Sí, ¿conoce algún caso similar?

—De mordeduras de perro sí, por supuesto, pero la flebotomía como tratamiento fue abandonada hace más de un siglo.

—¿Perdón?

—Es el nombre técnico que se le da a la práctica quirúrgica que implica la

extracción de sangre a través del tejido periférico —definió con aire académico—. Supongo que sabe que la medicina consideraba la sangría como un método óptimo para limpiar la sangre del paciente.

—Sí.

—La exanguinación como procedimiento provoca el efecto contrario al buscado por reducción drástica de la concentración de glóbulos blancos, que son las defensas naturales del organismo contra las agresiones externas. Al margen de las heridas producidas por el perro, fueron las que le produjo otro animal con forma de persona las que le habrían llevado a la tumba si no llega a escaparse. Por cierto, ¿todavía no han averiguado nada sobre su identidad? —quiso saber el doctor Weiss.

—No, aún no, pero estamos trabajando en ello.

—¿Y no es un tanto extraño que nadie...? Ya me entiende.

—Sí, por supuesto que sí. Tiene que existir una razón de peso y le aseguro que daremos con ella.

—Ojalá sea pronto. Esta es la habitación, comisario. No permanezca más de media hora, por favor. Dentro le acompañará una enfermera por si necesita algo, pero principalmente para que el niño no se sienta amenazado por su presencia. También le hemos dejado una pizarra, por si consigue que escriba algún dato que les ayude a identificarlo.

—Gracias, doctor. Le mantenemos informado.

Max se estiró el traje como parte de un ritual adquirido antes de abrir la puerta. Se presentó en voz baja a la enfermera, una mujer de mediana edad y de aspecto cordial, y se aproximó a la cama. El muchacho estaba tumbado boca arriba con la cabeza girada hacia la ventana, por la que entraba una luz grisácea encargada de consolidar la atmósfera deprimente que reinaba en la habitación. Agarró una de las dos sillas que estaban en la pared opuesta al aparataje médico y la colocó en el costado izquierdo de la cama para no obstaculizar su huidiza mirada. Lo hizo con sumo cuidado, como si las patas estuvieran fabricadas con algún tipo de explosivo plástico.

—Hola, amiguito. Soy el comisario Max Pekeler. ¿Cómo te encuentras? ¿Te puedo ayudar en algo?

El niño no se movió. Tenía el pelo negro, arremolinado en la coronilla y, aunque no alcanzaba a verle la cara, intuyó su aspecto debilitado por lo marcado que tenía el pómulo.

—Solo te voy a molestar un ratito, ¿vale? Estamos tratando de averiguar

cosas sobre ti. Es muy importante que sepamos quién eres para que podamos avisar a algún familiar tuyo. ¿Te imaginas lo preocupados que estarán ahora por ti? ¿No crees que sería bueno que avisáramos a tu papá o tu mamá?

Silencio.

—¿Sabes qué? Hoy me conformo con que me digas cómo te llamas y si te acuerdas de la dirección en la que vivías, no te imaginas qué contento me pongo. Además, si te cuesta hablar, hemos traído una pizarra para que puedas escribir. O pintar, lo que prefieras. Venga, ¿te animas a decirme cómo te llamas?

Max alargó el brazo y se lo puso sobre el hombro sin ejercer prácticamente ninguna presión, solo por abrir una nueva vía de contacto, pero el niño se agitó y él supo interpretar el gesto con buen tino. Buscó con la mirada a la enfermera y esta frunció los labios a la vez que se encogía de hombros aconsejando la inmediata capitulación.

—¿Prefieres que venga en otro momento? ¿Qué te parece si me acerco otra vez por la tarde?

Max se incorporó cariacontecido y cuando estaba barajando distintas fórmulas de despedida, oyó a su espalda una voz infantil pero sobria y cargada de energía.

—¡Hola, hola, hola! En cuanto me he enterado de que estabas despierto he venido corriendo. Mamá —detrás de él— me ha dejado saltarme la última clase ¡¿A que es genial?!

El comisario de la Bundeskriminalamt se giró y acto seguido inclinó la cabeza como para enviar la perplejidad a una zona del cerebro donde pudiera ser convenientemente administrada.

—¿Y tú eres? —quiso saber.

—Pues Lucas, su mejor amigo. —Le señaló por si le extrañara que no estuviera al corriente de ello—. ¿Y usted?

Max iba a contestar cuando vio que la enfermera le alertaba con el brazo de lo que estaba ocurriendo a su espalda: el muchacho se había dado la vuelta e incluso podría decirse que estaba sonriendo.

*Hospital La Charité. Berlín Oriental (RDA)*

No sabía muy bien si se debía a que la información que le habían

proporcionado no era del todo correcta o que era algo imprecisa, porque, si no respondía a ninguna de las hipótesis anteriores, el hecho solo podría explicarse reconociendo que era un auténtico inútil orientándose en complejos hospitalarios.

—Planta decimotercera, bloque 2, sección de toxicología, habitación dieciocho —repitió Viktor Lavrov entre dientes.

Esa última parte del mapa era la culpable de que se le hubiera contraído el estómago y agriado el magnífico humor con el que se había levantado tras el eximio despertar que había compartido con Erika y de la conversación que había mantenido por teléfono con Otto Bauer. Su incursión en el lado occidental estaba cosechando excelentes resultados. La confirmación de que la Araña operaba en ambos lados de la ciudad significaba un avance notorio en la investigación, pero que hubiera sobrevivido una de sus víctimas y la tuvieran localizada podría ser casi definitivo. En cuanto a la misión que le habían encomendado, muy lamentablemente, la cosa no pintaba tan bien. A Erich Mielke le habían podido las prisas por ponerse otra medalla delante de los prebostes del Politburó, detalle que le obligaba a retocar por completo la planificación. No obstante, lo que de verdad le preocupaba era la incógnita que se cernía en torno al estado de salud de Annike Popp, quien estaba llamada a representar uno de los papeles más delicados del proceso. Con el fin de despejarla se había aventurado en aquel mastodóntico hospital, puede que uno de los más grandes de Europa y con absoluta certeza el más caótico del mundo.

Asumiendo que no iba a ser capaz de descifrar el itinerario, el del KGB fue al encuentro de un hombre con bata verde y mascarilla al cuello que venía en dirección opuesta.

—Disculpe: estoy buscando la sección de toxicología, porque doy por hecho que estoy en el bloque 2 de la planta decimotercera, lo cual he comprobado cinco veces —añadió.

—Sí, no es usted el primero que se pierde en este hospital —respondió para su descargo—. El bloque 2 tiene dos alas y toxicología, que está al otro lado, no tiene acceso desde este piso. Tiene que bajar al décimo, buscar el ala norte y subir por las escaleras del bloque 2. Toxicología está en el pasillo de la izquierda al fondo, si no recuerdo mal.

Durante el trayecto se le envenenó tanto la sangre que valoró pedir el ingreso voluntario. Bajo el rótulo que marcaba su destino, un hombre con una

sola ceja, que le tapizaba de parte a parte el arco supraciliar, dio un paso al frente en cuanto le vio acercarse.

—¿Adónde va?

El ruso chasqueó la lengua antes de mostrarle su identificación.

—Lo siento, camarada comandante Lavrov, pero tengo orden de no dejar pasar a nadie.

—Identifíquese, por favor.

—Cabo Heinevetter, de la Hauptverwaltung Aufklärung.

—No querría contravenir sus órdenes, cabo Heinevetter; no obstante, le sugiero que haga lo siguiente: en el rellano de la escalera hay un teléfono, llame usted a su inmediato superior y que este consulte con su inmediato superior y así sucesivamente hasta que alguien logre comunicarse con el camarada teniente general Wolf para que este confirme con el ministro Mielke si estoy o no autorizado para ver a la paciente de la habitación dieciocho.

El agente del HVA parecía dispuesto a decir algo, pero el ruso se encargó de aplastar la oportunidad de que lo hiciera.

—Pero antes de eso, vaya usted a buscar al responsable del cuerpo médico que esté tratando a la paciente y que se persone de inmediato en la habitación para informarme personalmente de su estado. Gracias, puede retirarse.

El hombre se rascó la lija que tenía por barba, esbozó un saludo militar y se puso en marcha.

Al entrar en la habitación y comprobar el depauperado estado físico en el que se encontraba, tuvo que esforzarse al máximo por no exteriorizar sus emociones. El color gris azulado de la tez, la notable hinchazón localizada en los labios y los párpados le hicieron dudar de si se trataba realmente de la mujer de marcados rasgos germánicos que él conocía. Enseguida entendió que no iba a ser muy necesario escuchar el diagnóstico del médico para saber que su estado era crítico. Trató de reponerse mientras se quitaba el sombrero y la gabardina, más en señal de duelo que buscando su comodidad. Annike estaba despierta, lo cual le animó a acercarse a la cama, aunque con cierto reparo por si aquello que se estaba comiendo su vitalidad pudiera ser contagioso. En algún momento ella reparó en su presencia y movió ligeramente la cabeza. Sus ojos, recubiertos por una fina capa de barniz mate, se asemejaban a los de un muñeco de cera mal rematado.

—Viktor —pronunció con un hilo de voz casi inaudible.

—Annike.

En ese momento, un impulso compasivo le empujó a sentarse en la cama y a tomar su mano, ardiente y sudorosa.

—Tenías razón: muy pronto habrá acabado todo —dijo ella repitiendo la promesa que él le hizo en la floristería.

—Lo siento mucho; muchísimo. No tengo la menor idea de quién te ha podido hacer esto, pero te aseguro que lo voy a averiguar. Sean quienes sean, les haré pagar por ello.

Annike cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Eso me da igual.

—Igual, igual... no es, pero se parece bastante al original, ¿a que sí? —valoró Lucas.

Había sido muy previsor. Sabiendo que el domingo le iban a quitar los tubos esos que le hacían permanecer dormido todo el tiempo, metió en la mochila una selección de sus juguetes para regalarle; entre ellos, un par de soldados en miniatura y un carro de combate. Este último era el que estaba toqueteando Niclas sin apenas poder contener su excitación.

—Me lo trajo papá de..., ¿de dónde? —le preguntó a su madre, que estaba en un segundo plano junto al comisario Pekeler, quien había decidido permanecer unos minutos en la habitación.

—De Francia.

—Eso, de Francia. Es un tanque norteamericano, se sabe por la estrella que llevaban pintada en la torreta, ¿ves? Se llamaba... ¡Ay, mierda, ahora no me sale!

—Esa boca, Lucas —le reprendió su madre.

Max vio la oportunidad de intervenir en la conversación.

—Es un Sherman.

—Eso, eso, un Sherman.

—Estaba pensado para moverse muy rápido por distintos tipos de superficie, pero en un enfrentamiento directo con un Tiger alemán no tenía nada que hacer —añadió el policía.

En ese momento se ganó la atención de Niclas.

—Ya, pero los tanques rusos disparaban bombas más grandes y más lejos —compitió Lucas.

—Tienes razón —afirmó Max haciéndole una carantoña a Lucas, algo

celoso—. Los T-34 rusos eran considerados los mejores blindados de la Segunda Guerra Mundial por el equilibrio que mantenían entre la movilidad y la potencia de fuego. Además, los fabricaban como salchichas. Le has hecho un regalo estupendo, Lucas, mira qué contento está tu amigo. ¿Qué más cosas te gustan? ¿Quieres escribirlo aquí para que te las podamos traer? —le preguntó a Niclas.

—¡No! —respondió ella casi enérgica ante la insistencia de Viktor en encontrar a los responsables de, como acababa de contarle Annike, haber ordenado su muerte inyectándole algún tipo de tóxico letal durante el desfile del Día de la República—. Lo único que quiero es que me des tu palabra de que a Nadine no le faltará de nada.

Annike tuvo que hacer una pausa para tomar aire por la boca.

—Y que cuando mi madre no pueda hacerse cargo de ella te encargarás tú de encontrarle un sitio seguro donde pueda crecer.

Por la cabeza del ruso se cruzaron pensamientos que no podía compartir con una madre desesperada.

—Tranquilízate, por favor. Seguro que encuentran el modo de que salgas de esta.

—Dame tu palabra, maldita sea —susurró.

—Te doy mi palabra de que a Nadine no le faltará de nada nunca. ¿Ya estás más tranquila?

—Tú has arruinado mi vida, por tanto te hago responsable de la de mi hija. Y si no cumples tu palabra, espero que te pudras en lo más profundo del infierno.

—Lo cual sucederá de cualquier manera, cumpla o no con mi palabra.

—¡Eso sería estupendo, así podemos jugar él y yo más tranquilos! —celebraba Lucas que el policía entrometido acabara de anunciar que tenía que marcharse.

—Espero que volvamos a vernos, Lucas, ha sido un placer conocerte —le dijo este pasando por alto el comentario—. Y a ti te veo más tarde, ¿de acuerdo? —se despidió de Niclas amistosamente.

—Hijo, ¿acompañas al comisario hasta el ascensor? —intervino la madre,

cómplice—. Me ha dicho que no recuerda cómo se llega y yo, la verdad, tampoco.

—¡Pero si está chupado! Ahora vuelvo, ¿vale?

Una vez fuera, Max Pekeler se arrodilló para ponerse a la altura de los ojos del menor.

—Mira, Lucas, lo del ascensor ha sido un truco para que tu amigo no nos oyera. Necesito que me ayudes a conseguir algo. Es muy, pero que muy importante, ¿entiendes?

El niño compuso un adusto semblante propio de un adulto y asintió.

—Verás. Tenemos que averiguar cómo se llama y, si puede ser, dónde vivía. Pero aún está algo asustado y no se atreve a decírmelo.

—Ya. ¿Y por qué?

—Porque a mí no me conoce y...

—Es que todavía está muy asustado —le excusó haciendo suyo el argumento anterior.

—Es lógico. Aún no le ha dado tiempo a olvidar lo que le pasó y seguro que fue muy duro para él. Nos vendría muy bien saber quién es y de dónde viene.

—¿Para qué? Nosotros le vamos a cuidar muy bien.

—De eso estoy seguro, Lucas, pero... ponte en su lugar. Si te pasara a ti algo malo, ¿no te gustaría que tu papá y tu mamá estuvieran contigo?

Lucas caviló unos breves instantes y agitó afirmativamente la cabeza.

—Claro que sí. Entonces, ¿quieres convertirte en mi ayudante por un tiempo?

—Vale.

—Muchas gracias, detective Scheidemann. Le he dado mi número de teléfono a tu madre. Si logras algo, por favor, dile que me llame, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Vaya a cumplir con su misión, detective.

—A la orden, mi capitán.

Lucas regresó a la habitación caminando erguido, los brazos arqueados y el pecho henchido.

—Ya estoy aquí. Oye, ¿sabes qué? El comisario me ha nombrado su ayudante y me ha pedido que averigüe cómo te llamas. Es por tu bien.

El niño lo miraba con atención mientras Lucas le entregaba la pizarra.

—¿Puedes anotar aquí tu nombre y apellido?

—No le hace ninguna falta, créame —argumentó el del KGB.

El ruso agarró amablemente del brazo al doctor para interrogarlo fuera de la habitación. Este, reticente a contestar sus preguntas, insistía en que le entregara una orden, autorización o similar para cubrirse las espaldas.

—Sin embargo, si persevera en ocultarme la información que le he solicitado tres veces —especificó—, usted va a necesitar buscar otro empleo. Y ahora dígame de una maldita vez qué le está pasando.

El especialista se agarró las manos por detrás de la espalda y enderezó la espalda.

—Lo que le está pasando a esa mujer es que se está muriendo —expuso a modo de resumen fatalista—. Y no hay nada que podamos hacer para detener el proceso más allá de intentar que no sufra demasiado.

—Tiene que existir alguna forma, es una mujer joven y tiene a su cargo una recién nacida —agregó suavizando el tono de modo considerable.

—El tóxico que le han inyectado no entiende de parentescos. Todavía no tenemos los resultados de los análisis, pero, por la rapidez con la que se ha transmitido, apostaría a que se trata de ricino en una proporción considerable. La marca del agujonazo que presenta en la pantorrilla así nos lo indica. Ya le ha afectado al hígado, los riñones y el bazo, y en breve atacará al sistema digestivo provocando una hemorragia interna primero y el colapso orgánico generalizado inmediatamente después.

Conforme el doctor iba hablando, a Viktor Lavrov le empezó a invadir una sensación que nació siendo incómoda pero que fue creciendo en algún lugar oculto de su pecho hasta hacerse insoportable.

—Lo lamento, pero, como le dije antes, no hay nada que hacer. Y, por favor, en el futuro ahórrese sus amenazas conmigo, le aseguro que no funcionan.

Este se tomó unos segundos antes de regresar junto a Annike Popp, si bien era cierto que no sabía muy bien por qué ni para qué.

—No hace falta que me cuentes nada, lo puedo leer en tu cara.

—Me ocuparé de Nadine, te lo prometo.

Ella trató de sonreír; sin embargo, los músculos faciales encargados de ello apenas si se movieron.

—¿Podrías empezar por conseguir que me dejaran ver a mi madre y a mi hija? No sé cuánto tiempo me queda.

Fue justo en ese instante cuando notó que algo se quebraba en su interior y no pudo soportarlo más. Agarró la gabardina, el sombrero y salió huyendo de allí lo más rápido que pudo con la única intención de poner distancia con su culpabilidad.

*Apartamento de Otto Bauer. Berlín Oriental (RDA)*

Se le había pasado por la cabeza varias veces desde que Max se lo había contado, pero tentar a la suerte sabiendo lo caprichosa y esquiva que era no le pareció buena idea. Sin embargo, mientras subía las escaleras de su edificio tras una larga y no menos provechosa jornada, la idea de utilizar de nuevo el túnel para hablar con el muchacho que había logrado escapar de la Araña le seguía pareciendo más que sugerente.

Pero menos que otra propuesta de distinto jaez que implicaba la intervención necesaria de su pareja.

Como si de un rey mago se tratara, se dejó guiar por la luz del baño para encontrarse con Heinrich y entregarle el oro, el incienso y la mirra. Verlo sentado en la taza, con la cabeza reclinada hacia atrás y taponándose la nariz con un pañuelo distaba mucho de lo que Otto esperaba.

—¡Mierda! ¡¿Estás bien?! —preguntó azorado con la atención puesta en la sangre que tintaba el lavabo—. ¡¿Qué te ha pasado?!

El inspector jefe se puso de rodillas frente a él y le agarró la cara con ambas manos.

—He conseguido parar la hemorragia de la nariz, que era lo más engorroso. Lo demás son heridas sin importancia.

Todas localizadas en la parte derecha: un corte en la ceja, el pómulo amoratado y el labio inflamado.

Otto empezó a respirar de forma arrítmica y acelerada.

—La nariz no está rota y este corte no necesita puntos, pero ¿quieres que te vea un médico?

—No, estoy bien.

—¿En el resto del cuerpo tienes algo?

—Algunas patadas en las costillas y... en el culo. Me duele el culo bastante, por eso me he sentado aquí.

El aire empezó a escasear.

—¿Cómo ha sido?

—Como la otra vez, ya sabes: maricón de mierda, pum, pum; maricona, plam, hasta que se han cansado.

Notar que se le humedecían los ojos le hizo desviar la mirada hacia el suelo.

—¿Cuántos?

—Tres.

—¿Dónde?

—Otto, déjalo, no merece la pena.

—¿Dónde? —volvió a preguntar con la voz tomada.

—En serio, Otto, olvídalo, por favor —le pidió acariciándole la parte posterior de la cabeza.

—¿Dónde?!

Heinrich resopló. Lo había intentado, pero conocía muy bien a la persona que tenía a sus pies como para saber que no había nada que pudiera hacer para detenerle.

—Frente a la parada del bus, en el solar de...

—Los he visto bebiendo cerveza —le interrumpió—. Cazadoras negras, botas militares, hay uno gordo y otro con un gorro de lana.

—Sí, esos.

—Bajo a por hielo, ahora subo —masculló.

Heinrich sabía cuándo le estaba mintiendo porque no era capaz de mirarlo a los ojos y bajaba el tono de voz, como si no quisiera escucharse. El de la Kriminalpolizei caminó hasta el mueble del recibidor, abrió el primer cajón y metió dentro la placa y la pistola. En el segundo halló lo que necesitaba: un puño americano para la mano izquierda y una porra de madera de veinte centímetros. Bajó las escaleras haciendo alarde de un juego de pies que ya quisieran muchos boxeadores en activo. Prendió un cigarro, le dio tres caladas antes de arrojarlo contra el suelo y ensañarse con él ahogándolo con la suela de sus botas. El descampado estaba a menos de cien metros, distancia que recorrió con la cabeza gacha, la capucha de la sudadera puesta y las manos en los bolsillos. Cuando los tuvo a la vista bajó el ritmo de zancada hasta alcanzar un nivel casi artrítico con el fin de examinar al grupo convenientemente. Tenía que decidir el orden. En circunstancias normales el primero en recibir un golpe habría sido el gordo, que, a cada paso que recortaba, parecía aumentar de talla. Sin embargo, ver fumar con la mano

izquierda al del gorro de lana le hizo cambiar la secuencia. El tercero en discordia, el que llevaba una bonita cazadora con el logotipo de The Clash, le daba la espalda y sostenía la botella de cerveza de litro en la derecha. A escasos diez metros el gordo se percató de que algo no iba bien, pero apenas si le dio tiempo a dar la alarma justo en el momento que Otto sacaba la porra y hacía añicos la botella de un golpe. Lo siguiente fue quitarse de encima al seguidor de The Clash con una patada frontal en la zona lumbar que lo lanzó un par de metros hacia delante y le hizo caer de bruces contra el pavimento. Hasta ahí el factor sorpresa. Su primer objetivo era el fumador zurdo, a quien había adjudicado la autoría de los puñetazos que Heinrich presentaba en el rostro. Amagó con la porra buscando que subiera la guardia y le lanzó un gancho de izquierda en la boca del estómago que le hizo doblarse por la mitad. Dos rodillazos en la cara liquidaron el asunto. El gordo gritó algo mientras retrocedía dos pasos con las manos proyectadas hacia delante. El estoque con la porra iba dirigido al tabique nasal, pero impactó en la boca llevándose dos piezas dentales. Una patada en los testículos y un porrazo en las costillas fueron suficientes para él.

—¡Para ya! —vociferó todavía desde el suelo el seguidor de The Clash.

—¿Quién ha sido?! ¿Quién de los tres le ha pateado en el culo?!

No hubo respuesta.

Otto se agachó para agarrar de la pechera al único que había salido indemne y le arrastró un par de metros para no perder de vista a los otros dos, a pesar de que ya no representaban ninguna amenaza.

—¡Me vas a decir quién cojones le ha pateado el culo o te juro que te arranco los dientes!

—¡Ha sido él! —le acusó el gordo.

—Premio —fue lo último que le oyeron decir.

### *Vestíbulo del hospital La Charité. Berlín Oriental (RDA)*

Lo único que le había dicho era que lo esperara allí sobre las nueve y que no tenía que preocuparse por él. Erika estaba preparando la cena cuando recibió la llamada. Al principio se asustó, pero enseguida se dejó contagiar por su tono atemperado. Terminó de preparar el guiso, tomó un taxi y cinco minutos antes de la hora estaba buscando al ruso de ojos saltones y cara picada de

viruela del que se estaba enamorando peligrosamente como una quinceañera.

No podía seguir negando la evidencia. Era la primera vez que se sentía superada por la necesidad de compartirlo todo con alguien. Lo venía sospechando algunos días atrás; no obstante, la confirmación había llegado esa misma mañana tras experimentar en sus carnes aquel intenso despertar. Tras despedirse con un solitario beso hasta la noche notó un vacío irritante y pegajoso que la obligó a sentarse a reflexionar durante unos instantes. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no era capaz de pensar con claridad? ¿Quién era realmente ese hombre y quién era ella? La palabra «intensidad» aparecía en todas las respuestas: estaba disfrutando de su vida con una intensidad tal que no le permitía ser la mujer analítica y calculadora con un programa preestablecido por cumplir. Y ese tipo que proyectaba más sombras que luces era la fuente de la que manaba esa intensidad de la que quería, deseaba y necesitaba seguir bebiendo. Siendo eso un hecho innegable, ¿qué obligación tenía de valorarlo todo antes de actuar? Ninguna. Solo actuar, experimentar, dejarse llevar por la intensidad. La paradoja era que esa sinrazón era la razón que la había llevado hasta allí sin hacer preguntas, convencida de que si estaba allí era por algún motivo de peso que no iba a tardar en averiguar.

Y, en efecto, no tardó en resolverlo, aunque pesar, pesar..., no pesaba mucho. Apareció sobre cuatro ruedas empujado por el ruso de ojos saltones y cara picada de viruela del que se estaba enamorando peligrosamente como una quinceañera.

—Se llama Nadine —la presentó después del beso—. Tiene nueve meses y en breve le toca comer. ¿Has visto cómo te mira? ¿A que es preciosa?

Erika lo miró de los pies a la cabeza, pero enseguida la ocupante del carrito se ganó toda su atención.

—Me lo cuentas de camino —zanjó ella.

## PERLA NEGRA

*Cafetería Klüger  
Distrito de Marzahn. Berlín Oriental (RDA)  
10 de octubre de 1980*

Había muchos días en pleno invierno bastante más apacibles que ese. Pero no solo se debía a la drástica caída de la temperatura y a las fuertes ráfagas de viento gélido y húmedo que le zurcían la cara; era, en realidad, la escasez de luz la causante directa de que cualquier actividad distinta a permanecer encerrado en casa se hiciera tan cuesta arriba. Otto Bauer, sin embargo, tenía un buen motivo para enfrentarse a tales inclemencias meteorológicas.

Birgit —su rayo de luz particular atravesando esa tormenta perfecta— se había plantado en su casa a las siete menos cuarto de la mañana con los resultados de la investigación que le había encomendado hacía poco más de cuarenta y ocho horas. Él era consciente de lo resuelta que podía llegar a mostrarse, pero debía reconocer que se estaba revelando como una investigadora más que brillante. Cuando terminó de mostrarle el fruto que le había sacado a la relación con su antiguo pretendiente y ahora responsable de grupo en el Departamento de Registros, Ulf Henn, Otto se vio en la obligación de contarle el altercado de la noche anterior y soportar sus reproches y agravios, como «animal de bellota», «gorila en celo» o «cavernícola del siglo XX». El intenso dolor localizado en el empeine del pie derecho del aludido indicaba que las descalificaciones podrían estar más que fundadas. Todo ello antes de que Heinrich hiciera acto de presencia y se compungiera al ver el lamentable estado en el que había quedado su rostro. O la mitad derecha, para ser más exactos. Después de eso sus ataques se centraron en los agresores para terminar recriminando a Otto que no les hubiera metido la porra por el

culo, mango incluido. Allí la dejó deshaciéndose en cuidados y mimos hacia Heinrich, no sin antes escuchar dos veces más que los esperaba a cenar a las ocho y que no faltaran por nada del mundo.

La cita con el director del orfanato Hoffnung la había gestionado Birgit a última hora de la tarde en la cafetería más cercana al puesto de trabajo de Konrad Linder. El funcionario aceptó en el acto, claro, ya que la alternativa que le ofreció consistía en que un inspector jefe de la Kripo fuera a buscarlo a su oficina para invitarlo al centro de detención más cercano. Allí podría dar las explicaciones pertinentes sobre esos giros bancarios que recibía periódicamente desde el extranjero. No le resultó necesario sacar la fotografía del informe para saber que el hombre que ocupaba la mesa de la esquina parapetado tras el humo de una infusión era Konrad Linder.

—Buenos días, soy el inspector jefe Bauer. Gracias por su puntualidad —le dijo tendiéndole la mano. No supo qué le causó más impresión, si lo fría que estaba o la cantidad de sudor que acumulaba.

—De nada, de nada. Yo..., yo, verá —arrancó tras aclararse la garganta—, le agradecería que, para empezar, me explicara por qué la Kriminalpolizei está investigando mi situación financiera. Yo no he matado a nadie ni nada parecido.

—Ni nada parecido —repitió con sorna—. ¿Y qué hay parecido a matar? Disponer de la vida de otros para sacar un beneficio de ello, por ejemplo.

—¿Cómo dice? No entiendo qué...

—Olvídelo, ciudadano Linder, solo présteme atención. En efecto, sus posibles irregularidades financieras me interesan una mierda. Dicho esto, lo que verdaderamente importa es que a usted sí. Sí le importen —aclaró—. Porque apuesto a que conoce más de dos casos y de veinte de personas que por mucho menos que esto —señaló— están arrugándose en una cárcel patrocinada por el ministerio. No le voy a preguntar sobre quién le hace esos giros desde un banco de Budapest ni por el motivo que le ha empujado a no declarar esas cantidades, ni siquiera, fíjese, pretendo averiguar qué ha hecho con el dinero. Sin embargo, le quiero advertir que utilizaré esa documentación si detecto que me está mintiendo u ocultando información acerca de su trabajo como director del orfanato.

—¿Mi trabajo?

—Eso he dicho, sí.

El desasosiego en aumento se hizo patente cuando trató de sacar de la taza

la bolsita de té verde que terminó cayendo sobre el pantalón de Konrad Linder.

—Un café solo y un cenicero, por favor —le pidió Otto a la camarera—. Le pongo en situación —prosiguió, obviando la torpeza de su interlocutor—. Imagínese que quiero adoptar a uno de los niños de su orfanato sin pasar por los libros de registro y dispongo del dinero o el poder para lograrlo, ¿cómo lo haría?

—En el nuestro eso sería totalmente imposible. Tenemos una política muy estricta en ese sentido y...

Otto golpeó con los nudillos en la mesa abortando el alumbramiento del alegato.

—No le he dicho que se esté haciendo, le he preguntado sobre la forma de hacerlo, porque ambos sabemos que es posible.

—No en mi orfanato, inspector —insistió.

—¿En cuál?

Konrad Linder se mordió el labio, aunque lo que de verdad le habría gustado era haberse mordido la lengua un par de segundos antes.

—No sé... Puede que solo sean rumores que uno oye después de casi ya catorce años dirigiendo una institución dedicada al cuidado de...

—Le estoy preguntando cuál —le cortó prendiendo el Karo sin filtro.

—Santa Eduvigis.

Nombre que tenía muy presente, dado que era uno de los que había investigado a conciencia.

—Muy bien. Supongamos que Santa Eduvigis concede adopciones sin seguir escrupulosamente la regulación al respecto, ¿de acuerdo? ¿Cómo haría para borrar el rastro de esas irregularidades?

Mientras Konrad Linder tomaba aire como para hacer acopio de docilidad, Otto se quemaba los labios al probar el café.

—Verá, yo no sé cómo lo hacen, si es que lo hacen, pero le puedo decir cómo lo haría yo. Pero que quede claro que...

—Me ha quedado suficientemente claro, ciudadano. Continúe, por favor.

—El Ministerio de Asuntos Sociales nos obliga a enviar copia de todas las altas que realizamos; de hecho, la ayuda por parte del Estado depende del número total de niños que auspiciamos. Además, ha de saber que se realizan inspecciones periódicas para comprobar que la información que les hacemos llegar es buena. Y pobre del que le baile un número, créame —añadió—. En

la ficha de ingreso aparecen todos los datos del menor, morfológicos, médicos y familiares..., todo —resumió—; y esos datos están asociados de manera indisoluble a un número de expediente. Si quisiera entregar un niño, tendría, forzosamente, que borrar su ficha de alta para que no saltara en el control al compararlas con las de salida y el censo de la institución. ¿Me sigue?

—Muy de cerca.

La nuez de Konrad Linder hizo un viaje al primero para descender enseguida a la planta baja.

—El caso es que no se pueden eliminar fichas de alta así como así desde que el ministerio empezó a asignar un rango de números que son correlativos. Números que están, como le decía antes, asociados a su expediente. Sin embargo, y aquí viene la artimaña, si necesitamos ampliar el historial de ese menor y no disponemos de más espacio en el documento, podemos solicitar una ampliación, que consiste en un expediente nuevo en blanco en cuya primera página vienen reflejados los datos personales del niño. ¿Ve por dónde va el engaño?

—Pues no, la verdad.

Linder resopló decepcionado.

—Es tan fácil como pedir una ampliación de expediente del muchacho que voy a dar en adopción, eliminar su ficha anterior del registro y rellenar la nueva con los datos de la siguiente alta que recibamos, eso sí, cambiando la fecha de entrada en el orfanato. Es como si jamás hubiera pasado por allí. Ahora bien, ese ingreso nunca debería registrarse como un alta nueva, solo hay que adjudicarle una fecha anterior que encaje con el expediente eliminado, porque no tienen forma de comprobar si es o no es la fecha correcta.

—Entiendo. Pero... ¿desde el Estado no controlan las ampliaciones de expediente que se envían a los hospicios?

—Eso sería un trabajo de chinos, inspector. Para que se haga una idea, yo solicito como dos o tres al mes y el nuestro no es de los más grandes, precisamente.

—¿En qué casos solicita esas ampliaciones? —preguntó Otto dando la última calada al cigarro.

—Tenemos niños de dieciocho años que ingresaron a los seis o siete. Imagínese: reconocimientos médicos, procesos de adopción fallidos, actas por mal comportamiento... Hay infinidad de posibilidades.

—Ya veo. ¿Y cree que podrían rastrearse de algún modo?

—Eso ya no lo sé a ciencia cierta, inspector, pero yo diría que no.

—Ahora, dígame: ¿quién podría estar interesado en adoptar un niño saltándose la normativa legal?

Konrad Linder compuso un gesto cómico.

—Venga, por favor, no me haga decirlo a mí...

—¿Familias que no quieren que se sepa que ese niño es adoptado?

—Familias con la influencia política y el dinero suficiente como para que nunca salga a la luz.

—Pero esos casos se circunscribirían a los niños más pequeños, ¿no?

—Se sorprendería. Hay muchas familias que adoptan niños de seis a diez años porque, digámoslo así, se ahorran la fase de biberones, pañales, vacunaciones...

—Bien. Pero si nos ponemos en el caso de una familia que quiere ocultar el origen de la criatura, ¿no adoptarían niños de dos o tres años?

—Sí o no —corrigió—. Si empiezan una nueva vida en otro lugar del país donde nadie los conoce... Quizá sean pocos los casos, pero existen, por supuesto que existen.

—Ya —admitió masajeándose las sienas con las palmas de las manos—. Y a usted, en sus casi ya catorce años de permanencia en el cargo, ¿nunca se le ha presentado la oportunidad?

—No, nunca, pero si se hubiera dado la circunstancia le aseguro que...

—Le creo, ciudadano Linder, de verdad que le creo —le cortó abortando un nuevo y contumaz intento de lavar su imagen—. No obstante, si sigue defendiendo su honestidad y pulcritud, le aseguro que voy a empezar a pensar que tiene manchadas las manos. Ya estoy terminando.

El hombre suspiró aliviado.

—Si no me falla la memoria, la persona que dirige el orfanato de Santa Eduvigis era una mujer.

—Frau Steinbach.

—Eso es, Clara Steinbach. Rubia, alta, gruesa, ojos claros, de unos cincuenta y cinco...

—Esa es —confirmó.

—Fue muy amable y colaboradora conmigo.

—Sí, colaboradora sí que es —agregó con sucinta ironía dando a entender que cooperaba con la Stasi.

—Lo mismo tengo que volver a hacerle una visita —pensó en voz alta.

—Si quiere hablar con ella, yo se lo pongo fácil. Consiga que le inviten a la Gala Benéfica por la Infancia que organiza todos los años Frau Köller. Allí podrá codearse con los auténticos protectores de los más desvalidos —definió en el mismo tono—. Políticos, militares, políticos, funcionarios, políticos y algún que otro director de orfanato. No es mi caso, conmigo nunca han contado.

—¿Cuándo y dónde es esa gala? —se interesó el inspector jefe.

—Es este domingo día 12, pero el dónde lo tendrá que averiguar usted, porque a mí no me lo han comunicado.

—Lo haré.

—No sé hasta dónde alcanzan sus influencias, inspector, porque, si de verdad hay algo sucio relacionado con las adopciones de menores, le aseguro que los intervinientes necesarios para llevarlo a cabo van a estar presentes en esa fiesta.

—Eso pienso yo también. Ha sido usted de gran ayuda.

—Le deseo mucha suerte, pero de corazón le digo que confío en no tener que volver a verle nunca más —dijo antes de levantarse.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Eran esos, los días grises, en los que más la echaba de menos.

Había salido a pasear con Athos saltándose las espinosas y reiteradas recomendaciones de Doris que le recordaban que, a su edad, cualquier resfriado podría hacer germinar el criadero de malvas que todos llevamos dentro. Era cierto: hacía un día tremendamente desapacible, pero, así y todo, necesitaba respirar aire limpio para ventilar las preocupaciones que pululaban en su cabeza. Y de todas ellas, la que ahora más le pesaba era la investigación abierta por la desaparición de Bernadette. Martin era consciente de que, por muy arpia que fuera, algún día alguien la echaría de menos. Sin embargo, ni en el más pésimo de los escenarios planteados había esperar que ocurriera tan pronto. Le consolaba imaginarse el avance de la putrefacción consumiendo su organismo dentro de aquella vieja maleta que arrojó en el estercolero de la carretera de Wilhelmshorst. Para encontrarla tendrían que conjurarse todos los astros contra él, habida cuenta de lo bien oculta que quedó bajo tamaño montón de mierda. No obstante, el mero hecho de haber tenido que denunciar

su desaparición en comisaría y de responder a las rutinarias preguntas del agente que le llamó por teléfono habían horadado su ya maltrecho equilibrio anímico por la omnipresente incógnita que giraba en torno a la suerte que habría corrido Niclas. La condenada incertidumbre, ese ente invisible que acechaba las más firmes voluntades con el objeto de caer sobre ellas y devorarlas. Si bien la hipótesis de que Athos hubiera solucionado el problema por su cuenta ganaba enteros conforme pasaban los días, le consumía no tener la certeza absoluta de que el lance hubiera terminado así. Y ahí no acababan sus cuitas. La celebración de la gala benéfica siempre le generaba un plus de ansiedad. Solo pensar en la cantidad de asistentes a los que tenía que poner buena cara —cuando lo que le pedía el cuerpo era partírsela en dos— hacía que los jugos gástricos se pusieran a punto de nieve.

Martin Köller tomó aire y se conjuró para no caer en el oscuro pozo de los recuerdos, aquel lugar de su mente donde había arrojado una etapa de su pasado reciente que ya no regresaría jamás. Una época dorada donde la incertidumbre y la ansiedad, pérfidas aliadas del presente, no eran más que leves contratiempos, adversidades perentorias que ella solía resolver con eficacia o, en el peor de los casos, esquivar. ¡Cómo no echarla de menos! Su guía espiritual, su balanza. El epicentro de su existencia. El combustible, el remedio, la clave. La cerradura y la llave. Todo.

Esa era Mirta.

Apretó con fuerza los párpados para desterrar muy lejos unas lágrimas empeñadas en dotar de un sentido metafórico a las cataratas que nublaban su vista. Se secó las mejillas y llamó a Athos, entretenido en la contumaz persecución de algún ratón de campo. Al pasar por delante del cobertizo consultó la hora. Todavía era temprano para llevarle la comida, pero necesitaba ver a su perla negra. Su bálsamo.

—Buenos días, mi cielo, ¿cómo has dormido hoy? —le preguntó desde la puerta.

Imelda estaba sentada en el colchón con las piernas cruzadas, retándole con una mirada efervescente aunque a la vez serena.

—En un rato te traigo la comida. Tienes que alimentarte y recuperar energías. Pronto te llevaré con los tuyos.

—Eres un mentiroso —le recriminó ella—. Y un cerdo. Lo detecto en tus ojos, igual que lo veía en los del tío Zoltan. Sé lo que quieres, pero antes de dártelo me aplastaré la cabeza contra la pared.

—Pero, mi niña, ¿cómo puedes pensar eso?! Tienes toda la vida por delante. Anda, tonta, descansa un poco, que enseguida te traigo la comida — añadió antes de escabullirse.

—¡Me aplastaré la cabeza contra la pared! —oyó ya detrás de la puerta.

Una sonrisa creció en su cara al tiempo que notaba, vanidoso, cómo aquello ganaba en volumen al llenarse de sangre.

—Mi perla negra —susurró—. Única y singular.

*Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

Cruzaba el adusto pero monumental vestíbulo del edificio central esquivando funcionarios como si estuviera persiguiendo a alguien, aunque, más bien, era él quien huía de algo. Las ganas de descargar su ira habían ido en aumento desde que el llanto de Nadine le despertara a eso de las cinco y media de la madrugada, momento desde el cual ya no había sido capaz de pegar ojo, embarrado en ese sentimiento de culpabilidad del que no conseguía despojarse. Por suerte, Erika no solo había admitido la situación, la había hecho suya sin emitir juicios ni sentencias, sin reproches ni protestas. Únicamente le había pedido que la hiciera partícipe de los hechos y, a esas alturas, a Viktor no le quedaba ninguna duda de que ella era lo mejor que le había sucedido desde que saliera de Moscú con un empeño que cumplir.

Sobre su cabeza revoloteaba una bandada de asuntos pendientes. Aves de mal agüero que había empezado a cazar pasando a primera hora de la mañana por la tienda de repuestos con el fin de reportar a Lubianka el estado actual de la operación en curso. Le habría gustado decir que lo tenía todo bajo control, pero aquel edificio que le habían encargado levantar estaba proyectado sobre dos pilares y, con Annike resquebrajándose por dentro, el riesgo de derrumbamiento se hacía cada vez más tangible. Tenía que apuntalar el otro — Raimond— y buscar una solución inmediata y fiable para sustituir el que estaba a punto de colapsar sobre la cama de un hospital. Por otra parte, necesitaba ver a Otto Bauer, aunque fuera solo unos instantes, e intercambiar impresiones. Intuía que se estaban realizando progresos importantes, pero el hecho de tener a sus obreros mentales trabajando como esclavos en dos proyectos arquitectónicos de esa envergadura y de forma simultánea se estaba cobrando demasiadas bajas por depresión. Intuía que de seguir así pronto se

quedaría sin mano de obra.

—¡Camarada comandante Lavrov! —escuchó a su izquierda.

Markus Wolf le tendió la mano. Era el sumun del encanto concentrado en una expresión confiable, en apariencia amistosa. Viktor no tuvo otra opción que dejarse llevar por aquella corriente de excelsa jovialidad.

—Precisamente me disponía a ordenar que fueran a buscarle a su despacho —prosiguió el jefe del servicio de espionaje exterior de la Stasi—. ¿Dispone de cinco minutos?

—Por supuesto, camarada teniente general.

—Mis amigos me llaman Misha —le confesó con una palmadita en el hombro—. ¿Le apetece acompañarme a la cafetería? Hoy he salido de casa sin probar bocado y a esta hora necesito algo sólido y contundente para seguir funcionando.

La decoración del lugar, fría, gris y aséptica, era una extensión escenográfica del régimen que con tanto empeño defendía el hombre que tenía delante. Los asuntos triviales ocuparon los primeros minutos de conversación hasta que el psicólogo sugirió un cambio de tercio.

—Y bien..., ¿de qué era eso de lo que quería hablarme?

—Yo no he dicho que quisiera hablarle de nada —contestó Wolf sin modificar un ápice su semblante—. Más bien querría que me contara usted sobre cómo va a enfocar el interrogatorio y cuándo espera obtener resultados.

—El interrogatorio, por supuesto. Verá, camarada, yo no me marco ningún objetivo *a priori* antes de evaluar a la otra parte de forma pormenorizada. Pocos mejor que usted saben que hay mil caminos para llegar al cerebro de una persona, pero solo uno es el correcto para descifrarlo. Y eso no lo sabré hasta que no esté sentado delante de él dentro de unas horas.

—Venga..., no se salga por la tangente. Quiero estar vestido con mi mejor traje para cuando empiece a sonar la música. No le estoy pidiendo que me saque a bailar ni que me diga quién va a ser la reina del baile, solo cuándo.

El ruso, sorprendido, miró en derredor. La mesa la había elegido él y dedujo que si hubiera querido grabar la conversación habría sido más sencillo citarle en su despacho.

—Dos, máximo tres días —contestó.

—¿Y cómo tiene pensado verificar la información que le proporcione? No, déjelo, es mejor no saberlo.

—Efectivamente, por eso no debe preocuparse, está todo dispuesto. Sin

embargo, tengo que pedirle algo que no será del todo definitivo, pero sí me ayudará a respaldar la acusación.

—Usted dirá.

—Necesito un listado de las personas que cuenten con el permiso del partido para pasar al lado occidental sin someterse a los registros de las Tropas de Frontera.

Wolf frunció los labios.

—Eso que me pide es extremadamente delicado.

—Lo sé, por eso se lo estoy pidiendo a usted. Al margen, me serviría para justificar en el informe que lean en el Kremlin la razón por la cual decidí tenerle al corriente de la operación.

Markus Wolf lo señaló con el dedo y sonrió.

—Deje que me lo piense.

—Claro, camarada teniente general, valórelo —dijo dando por terminada la charla.

—Un segundo, por favor. Hay otro tema que necesito comentar con usted, aunque le confieso que es más por curiosidad que por el recelo que me despierta. Ayer recibí una llamada para alertarme sobre su presencia en el hospital La Charité y su actitud con el agente encargado de la seguridad de Annike Popp. Qué tragedia, por cierto —añadió casi como si lo sintiera de verdad—. ¿Qué me tiene que decir al respecto?

El del KGB tiró de las riendas para controlar sus instintos.

—No mucho. Que va a morir, si es que no lo ha hecho ya, y que deja huérfana a una niña que no ha cumplido el año. Y que ello es culpa de la negligencia del equipo encargado de su vigilancia, que no vio que alguien le inyectaba un tóxico letal en la calle.

—Ambos sabemos que a los profesionales encargados de ejecutar estos encargos no les detiene un equipo de vigilancia, ni dos ni dos mil.

—Y, basándose en su experiencia, ¿quién diría usted que está detrás?

—Esa es una pregunta muy comprometida e incómoda, pero, tratándose de usted, le diré que nosotros no hemos tenido nada que ver. El BND podría haberse encargado de ella para evitar futuros males mayores, hipótesis que supongo que usted también maneja, sin embargo...

Markus Wolf cebó la pausa para engordar el suspense.

—No creo que hayan sido nuestros hermanos del oeste, no es su estilo. No. Es más el suyo —le acusó señalándole de nuevo con el índice.

—¿El nuestro?!

—El paraguas búlgaro, no se haga el sorprendido y menos el indignado. Sabemos que cuentan con un equipo de campo dirigido por Boris Kliuka, un especialista que, casualmente, ya ha utilizado este método con Georgi Markov, el disidente búlgaro. No me diga que no lo recuerda.

Viktor no contestó. Su maquinaria cerebral estaba trabajando sobre la teoría de Markus Wolf. En principio no tenía ningún sentido, dado que ella era parte del plan, pero podrían estar escapándosele multitud de variables que no hubiera considerado.

—Por su reacción, veo que, si hubiera sido cosa suya, usted no estaba al corriente, lo cual tampoco es de extrañar. Fíjese, cuando me han dicho esta mañana que terminó llevándose a la criatura con usted y con esa funcionaria alemana con la que vive, pensé que lo hacía por puro remordimiento. Ahora me doy cuenta de que no.

—Tengo que marcharme.

—Claro, claro, ya le he entretenido bastante. Solo me queda desearle suerte en el interrogatorio.

—Gracias —pronunció mecánicamente.

—Ah, una última cosa. Esta sí es la última, lo prometo. —Markus Wolf estaba disfrutando con la situación—. ¿Sabía que el camarero de la taberna esa, y disculpe que no recuerde los nombres..., esa en la que desenmascaró a Annike y a su compañero, lleva desaparecido unos días? En el trabajo no saben nada y su familia tampoco. ¿Estaba al corriente?

—Sí, por supuesto, yo mismo le metí una bala en la cabeza a Rudi. Rudi Töpfer, por si quiere anotarlo. No hace tanto tiempo de ello como para haberlo olvidado. Gracias por el café.

Viktor Lavrov ya no pudo asistir al proceso mediante el cual desaparecía todo vestigio risueño del semblante de Markus Wolf. El hombre sin rostro mostraba su peor cara.

Su verdadera cara.

*Comisaría de Karlshorst. Berlín Oriental (RDA)*

Sobre su mesa la ficha del individuo que dos testigos habían identificado como uno de los participantes en la reyerta que se zanjó con un muerto. La

cresta de color verde facilitó la tarea. Dieciocho años recién cumplidos, hijo de un obrero de la construcción y una ama de casa a los que acababa de destrozar la vida.

—Jodido imbécil —le dijo a la foto.

Iba a agarrar el teléfono para ordenar su detención cuando este se le adelantó.

—Bauer.

—Agnus Rosenzweig pregunta por usted.

—Pásamelo.

—Buenos días. Su amigo le está esperando.

—¿Dónde?

—Aquí, ¿dónde demonios va a ser?

—Cinco minutos.

Recorrer al trote los cuatrocientos sesenta metros que había de puerta a puerta le hicieron pensar que lo mismo estaba fumando en exceso o, cuando menos, que quizá debería empezar a consumir cigarrillos con filtro.

En la barra, Max conversaba de manera muy amistosa con Agnus.

—¡Otto! —lo saludó—. ¿Sabes que Agnus y mi padre se conocían? Dice que se acuerda de mí en pantalones cortos, pero esa parte no me la he tragado.

—Agnus conoce a medio Berlín, el otro medio es el que todavía no ha pasado por aquí, ¿verdad?

—Todavía —refrendó—. ¿Café?

—Por favor. Joder, ¡qué sorpresa! —dijo golpeando la espalda de Max—. Dime que traes buenas noticias.

—Mejor que buenas —respondió este agarrándole la cara con ambas manos—. Vamos a sentarnos.

Otto pospuso cualquier alteración en su rutina de fumador, sacó la cajetilla de Karo del interior de la cazadora imitación de Perfecto y rebuscó con los dedos en su interior sin quitar la mirada de la de su amigo.

—Niclas Frei.

El de la Kriminalpolizei se encendió el cigarro.

—¿El niño?

Max asintió.

—Voy primero con lo que hemos averiguado nosotros. Sus padres murieron en un incendio en Seelingstrasse, Berlín Oeste, en 1974, cuando él tenía tres años.

—Berlín Oeste —meditó.

—Lo cual nos favorece, luego te cuento por qué. Por suerte, o quién sabe si por desgracia teniendo en cuenta la mierda de vida que ha tenido el chaval, esa noche Niclas se encontraba en casa de su abuela, que se hizo cargo de él hasta que falleció dos años más tarde. Y a partir de entonces anduvo de hospicio en hospicio hasta que se le pierde la pista en mayo de 1978. Lo último que sabemos de él es que lo expulsan del lugar en el que estaba, tengo anotado el nombre por ahí, y supuestamente lo trasladan de institución.

—Pero no consta el alta en ninguna otra, ¿verdad?

—Así es.

—Sé cómo lo hacen.

Cuando terminó de explicarle lo que Konrad Linder le había desvelado hacía unas horas, Max seguía asintiendo con la cabeza.

—Me parece demasiado sencillo —evaluó.

—Lo sencillo funciona, amigo. ¿Qué más te ha contado Niclas?

—En realidad, él no me ha dicho nada. Todavía no puede hablar; de hecho, no saben si volverá a hacerlo, pero tengo un colaborador que se está encargando de obtener información en estos instantes. Lucas se llama. Es el chico que lo encontró medio muerto en Düppeler Forst.

—¿El chico?

—Eso he dicho. Según parece, han hecho buenas migas y poco a poco le va contando cosas. No sabe dónde lo encerraron, pero sí lo ha sabido describir: un gran cobertizo o una pequeña cabaña con dos habitaciones y muchas herramientas donde lo tenían confinado a él y..., atención a esto, a otra niña.

—¿Otra niña? ¿Y qué fue de ella?

—No sabe, simplemente dejó de oírla. Al chico le cuesta mucho regresar a esos momentos, no queremos forzarlo.

—¿Vio a alguien?

—Lucas cree que sí, pero aún no le ha querido preguntar. Lo único que ha averiguado es que un día le dijeron que una familia lo había adoptado, alguien fue a buscarlo en un coche negro muy grande y cómodo, y que en el trayecto se quedó dormido. Cuando despertó estaba en el cuchitril ese.

—Vale. Antes de que continúes..., hay algo que no entiendo. Pongamos que no consta el alta del niño en la última institución porque lo borraron de los libros de registro, pero él debería saber dónde estaba, ¿no? ¿O me he perdido algo?

—Lo sabe, claro que sí. No obstante, tiene miedo de que lo vuelvan a enviar allí y por eso no quiere decirlo. Esa es la teoría de Lucas, lo cual es plausible.

—Joder con Lucas.

—Es un prodigio, deberías conocerlo.

—Bien. ¿Y qué más?

—De momento es todo lo que sabemos. No ha hecho referencia a nada que tenga que ver con las heridas de los brazos y las piernas, solo que escapó de allí a través de un hueco que había en la pared o algo así. No es mucho, lo sé, pero a mí me ha servido.

Max levantó las cejas varias veces.

—Suéltalo de una puta vez.

—Esta mañana a primera hora le he presentado el caso a mi superior con la documentación que obtuve de los archivos. Por ahora no le he hablado de la conexión con el Este para evitar trabas diplomáticas.

—Bien hecho.

—Ha autorizado que abra una investigación y me ha otorgado recursos humanos y económicos como para llegar hasta el fondo de toda esta mierda. En cuanto Lucas consiga que nos diga el nombre del hospicio del que lo sacaron, lo pienso poner todo patas arriba.

Otto golpeó la mesa de pura euforia. Acto seguido se levantó y se fundió con él en un abrazo.

—Sean quienes sean, los vamos a agarrar y los vamos a joder, amigo —se conjuró Max.

—Que no te quepa ninguna duda.

—Antes de que se me olvide: yo sí tengo un nombre de un hospicio que podría estar metido en esta mierda. Santa Eduvigis. Es solo una sospecha del hombre con el que me he entrevistado, pero no voy a dejar pasar la oportunidad de meter la nariz en la gala benéfica de este domingo.

—Explícate.

Y Otto le explicó.

—¿Y cómo demonios crees que vas a conseguir una invitación?

—¿Yo? Ya sabes que yo no soy muy amigo de pedir favores y menos teniendo un amigo ruso con una varita mágica.

Max le sonrió.

—¿Cuándo te marchas? ¿Te quedas a comer?

—En realidad, le he dicho a mi mujer que no me espere a cenar.

—¿Te quedas a cenar?

Otto liberó una carcajada que atrajo la atención de los seis clientes que se contaban en el bar de Agnus.

—¿De qué coño te ríes ahora?

## SU OBJETO MÁS PRECIADO

*Vulkanstrasse  
Distrito de Hohenschönhausen. Berlín Oriental (RDA)  
10 de octubre de 1980*

Algunos brochazos anaranjados se resistían a ser engullidos por la negra voracidad del firmamento. El alumbrado público de las calles principales marcaba el itinerario de los casi cuatro kilómetros de distancia que separaban la sede del Ministerio para la Seguridad del Estado del complejo penitenciario de Hohenschönhausen, donde ya lo estaba esperando Walter Krumm para someterse a la primera sesión del interrogatorio. Se veían pocos vehículos y menos transeúntes, pero Viktor Lavrov había preferido recorrerlo a pie por si de camino se topaba con una solución que pudiera resolver un problema con el que habría preferido no enfrentarse. Solo el hecho de pensar en ello le parecía una falta de respeto hacia la moribunda que consumía sus últimas horas en una habitación de hospital. Lo último que sabía de Annike Popp era lo que le había contado Erika por teléfono unas horas antes, cuando fue a entregar a Nadine a su desconsolada abuela y se encontró con un cuerpo en estado comatoso y una mujer muy metida en años con poca capacidad para afrontar lo que se le venía encima. Él había valorado si pasar o no a verla, pero la necesidad de mantener cierto equilibrio mental terminó por imponerse a ese sentimiento de culpabilidad que seguía tratando de arrinconar.

Una secuencia acústica que venía de su izquierda le devolvió a la realidad. El copiloto de un coche negro con los cristales tintados que circulaba en paralelo estaba llamando su atención golpeando la chapa de la puerta con la palma de la mano. Cuando este se aseguró de que había establecido contacto, se detuvo unos metros más adelante y se bajó para abrirle la puerta trasera. No

le hacía falta entrar para saber que dentro le aguardaba el general Nikolai Kokorin, su mando directo en el KGB y máximo responsable de las Oficinas S de la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Polonia y Hungría. Un hombre de la vieja escuela, de los que todavía pensaban que ni un gorrión podía posarse en territorio de la Unión Soviética sin que el KGB estuviera al corriente de ello.

—Camarada comandante Lavrov, permítame que le libre de este frío —le saludó.

—Es usted muy amable. Me alegro de verlo, camarada general —dijo este estrechándole la mano al tiempo que se ponían en marcha.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

No tuvo que esforzarse demasiado, dado que esa ocasión a la que se refería fue la única vez que trató con él en persona.

—En marzo del año pasado.

El encuentro tuvo lugar en su despacho de la quinta planta de Lubianka, donde se localizaban las oficinas del Primer Alto Directorio del KGB —sección encargada del contraespionaje y las operaciones en el extranjero—, cuya labor principal se centraba en combatir el sabotaje ideológico de su adversario imperialista. Para ello debían cortar de raíz las influencias que pudieran horadar la doctrina comunista que se impartía desde el Kremlin y de este modo proteger los territorios hermanos que conformaban el Bloque del Este. Y si había uno que interesaba por encima del resto, ese era la República Democrática de Alemania. En noviembre de 1978, un informe elaborado por el Octavo Alto Directorio —responsable de la vigilancia de comunicaciones extranjeras— había señalado al ministro de Exteriores de la RDA, Oskar Fischer, como un político de mentalidad abierta y por ende permeable al veneno occidental. La importancia de la cartera que representaba exigía que fuera apartado de inmediato del ejecutivo y sustituido por otra persona afin a los dictámenes de Moscú. Tal encargo le había caído a Nikolai Kokorin, que tres semanas más tarde presentaba su proyecto ante al mismísimo Yuri Andrópov, el hombre más fuerte de la Unión Soviética, quien había afirmado públicamente que emplearía todos los recursos necesarios de sus servicios secretos para aniquilar cualquier forma de disidencia.

Oskar Fischer entraba dentro de la definición jamás concretada de «cualquier forma de disidencia».

El plan consistía en destruir la credibilidad del ministro Fischer

involucrándolo en una trama de compraventa de secretos de Estado con su homónimo de la RFA, Hans-Dietrich Genscher, cuyo principal objetivo declarado era lograr la reunificación alemana. No habían sido pocas las veces que Genscher había tendido la mano a Fischer con el fin de construir una nueva Alemania unida, circunstancia de la que se iban a valer para engrasar el artificio. Al mismo tiempo tenían que calibrar al candidato sustituto que iban a imponer desde Moscú, exigencia a la que el presidente Honecker no podría negarse si quería seguir recibiendo las ayudas económicas de su hermano mayor. El elegido era Alfred Weidemann, un comunista con abolengo, representante de la Cámara Popular desde 1967 y miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores, lo cual justificaba sobradamente su nombramiento de cara a la galería. No obstante, para el KGB no había sido su intachable carrera política la que había hecho que su nombre encabezara la lista para sustituir a Fischer. Eran sus hábitos sexuales, demasiado libertarios y hasta peligrosos teniendo en cuenta que llevaba casado veintiún años con la hija del expresidente del Comité de Defensa Nacional. Tal «pormenor» suponía el elemento de la ecuación que lo convertía en el candidato ideal para ser manejado desde el Kremlin. Así, el KGB había arreglado con el servicio de citas que atendía las necesidades de Alfred Weidemann que les avisara la siguiente vez que el parlamentario los llamara. En la RDA la prostitución estaba prohibida por ley, hecho que les había facilitado enormemente la tarea de extorsionar al gerente de la empresa. En este punto era donde debía intervenir Annike Popp, su cita, facilitando las pruebas gráficas con las que poder asegurarse la lealtad del nuevo ministro de Exteriores ni bien jurara el cargo.

En cuanto obtuvo luz verde, Nikolai Kokorin empezó a pensar en la persona que debía llevarla a cabo desde el terreno y, tras varias semanas evaluando a los candidatos que le propusieron desde Lubianka, fue un joven talento con excelentes calificaciones y apellido español —pero sobre todo un apellido que no figuraba en ninguno de los prolijos informes del HVA dirigido por Markus Wolf— el que se ganó el privilegio de llevar aquel barco a buen puerto.

Precisamente a ese joven comandante con excelentes calificaciones y apellido español le resultaba extraño no ver a Nikolai Kokorin con su uniforme militar plagado de condecoraciones y medallas, aunque el hecho de que estuviera vestido de paisano no era óbice para que su sola presencia le

impusiera un profundo respeto y, por qué no, admiración.

—Disculpe que no haya encontrado otra vía para reunirme con usted, pero no quería marcharme de Berlín sin mantener una charla con mi activo más activo —le elogió con el juego de palabras. Sus labios finos y femeninos dibujaron una línea curva en disonancia con el perfil rectangular de su rostro, marcado por la prominente quijada que sobresalía del plano vertical casi de un modo dramático.

—Muchas gracias, camarada general —dijo adaptando su incomodidad a la confortabilidad del asiento.

—Estoy al corriente de sus satisfactorios progresos, pero ayer me llegó el comunicado de la oficina y le mentiría si le dijera que no estoy preocupado por el inesperado giro que han tomado los acontecimientos.

Giro que tenía nombre y apellidos: Annike Popp.

—Todavía no he tenido la oportunidad de averiguar quién ha ordenado asesinarla; sin embargo, no creo que...

—Lo importante no es quién, lo que debe preocuparle es el porqué. Es decir, ¿quien haya sido estaba al corriente de su cometido? Esa es la única cuestión que debe resolver, camarada comandante.

—Ni siquiera ella lo sabía.

—Me alegra saberlo. Entonces, ¿cuáles son las hipótesis que baraja?

Las palabras de Markus Wolf resonaron en su cabeza.

—Que tras la detención de Raimond, el BND haya decidido eliminar esa célula al completo para sellar futuras filtraciones.

—Podría ser, pero no tenemos constancia de precedentes, lo cual, de llegar a confirmarse, significaría un cambio radical en su política de actuación. ¿La Stasi?

Viktor Lavrov valoró si liberar o no la frase que se estaba fabricando en sus cuerdas vocales.

—Markus Wolf apunta en otra dirección, en concreto a Boris Kliuka, basándose en el método utilizado.

Nikolai Kokorin giró la cabeza muy despacio y su semblante, hasta el momento laxo, se crispó.

—No me interesa la opinión del maldito Markus Wolf, me interesa la suya.

El psicólogo criminalista tragó saliva para combatir la sequedad de garganta.

—Si la Stasi está al corriente de nuestros planes, estamos abocados al

fracaso; por ello me niego a pensar que hayan sido ellos. ¿Podría existir la posibilidad, por ridícula que sea, de que alguien en el Centro no estuviera alineado con...?

—No, no existe —le cortó—. De existir, usted estaría muerto y yo en alguna parte de Siberia. Las directrices no han cambiado: detectar y eliminar cualquier corriente que pueda corromper los compromisos adquiridos con las naciones hermanas del Pacto de Varsovia.

—Entiendo, camarada general. Por tanto, no tenemos nada que temer. Si ha sido el BND, ya habrán dado por zanjado el asunto y podremos operar con normalidad y si, por contra, la responsable ha sido la Stasi, también nos dejarán operar a nuestras anchas para saber hasta dónde queremos llegar.

—Coincido en el diagnóstico. Sigamos como teníamos planeado en ambos frentes. Ya está dispuesta la documentación que hallarán en el domicilio del agente Raimond incriminando al ministro Fischer. Al margen de las transacciones he conseguido que me autoricen a incluir información sobre nuestro acuerdo comercial con China y el emplazamiento de tres de nuestras bases en Oriente Medio que ya descubrió la CIA. Así ganará en credibilidad, aunque..., sinceramente, cuando encuentren los ochenta mil marcos en efectivo no creo que les haga falta mucho más. En resumidas cuentas, camarada comandante, que yo esperaré un par de días o tres para destapararlo todo y que resulte creíble.

Nikolai Kokorin hizo una pausa que aprovechó para deshacerse de un molesto picor localizado en la entrepierna.

—En lo concerniente a la operación con Alfred Weidemann —prosiguió—, el grupo operativo acondicionó el nidito de amor que tiene alquilado en Jägerstrasse la semana pasada. Solo estamos esperando a que haga la llamada al servicio de citas. Tratarán de avisarle con la mayor antelación posible, pero también podría producirse en el día, téngalo presente. Es una verdadera lástima que le haya fallado esa chica, cumplía a la perfección con el arquetipo de mujer que le gusta al futuro ministro. Podría enviarle a alguna de nuestras agentes en la zona, pero no tengo la garantía de que la Stasi no las tenga controladas y prefiero no arriesgarme. Es esencial obtener esas fotografías comprometedoras para que en Moscú se califique nuestro cometido aquí de manera positiva.

—Ya lo tengo solucionado, camarada general —mintió.

—Le elegí por sus muchas virtudes, pero muy en particular por su marcada

orientación al logro. Ya veo que no me equivoqué. Sin embargo, me va a consentir que le regale un consejo que es fruto de mi experiencia: esta guerra, por muy fría que sea, también se cobra vidas. No permita que las emociones terminen costándole la suya.

—Gracias.

Ahora hableme de esa mujer alemana con la que convive. Tengo entendido que es funcionaria del Estado.

—Correcto. La conocí durante los Juegos Olímpicos. Trabaja en el Comité para el Desarrollo del Deporte, pero no guarda ninguna relación con la Stasi —contestó escueto.

—Somos conscientes de ello.

—No sabía que mi vida personal fuera del interés del Centro.

—Todo es del interés del Centro, eso ya debería saberlo. Pero si se trata de un asunto relacionado con uno de mis agentes de campo, su vida deja de ser algo personal. También llegó a mis oídos que tuvo un desencuentro con uno de sus informadores.

—Así es, pero ya está solucionado.

—También me consta. No hay misericordia con los perros que se atreven a morder la mano que les alimenta; no obstante, le aconsejo que elija con más cuidado de ahora en adelante.

—Lo haré.

—¿Necesita algo más?

—No, camarada general.

—Estupendo.

Nikolai Kokorin le hizo un gesto al conductor a través del espejo retrovisor.

—No le deseo suerte, porque no la necesita. Remate la faena como se espera de usted.

El vehículo se detuvo prácticamente en el mismo punto en el que se había subido. Un leve movimiento de la cabeza sirvió de despedida.

Antes de reemprender la marcha, Viktor Lavrov elevó la mirada. Ya no quedaba ni rastro de esos brochazos anaranjados que se resistían a ser engullidos por la negra voracidad del firmamento.

*Apartamento de Birgit Bauer. Berlín Oriental (RDA)*

Heinrich no era capaz de recordar la última vez que lo había visto así: plenamente feliz. Ello no se debía a la cantidad de alcohol que Otto había bebido; de hecho, lo había visto beber bastante más que esa noche y no sonreír una sola vez. Estaba alegre, pletórico y hasta se había mostrado cariñoso con él en no pocas ocasiones durante la cena, lo cual era más que extraño. Quería pensar que su regreso tenía algo que ver con ese cambio de humor, aunque era más que evidente que la presencia de su amigo Max representaba un papel de desencadenante. De igual modo, era consciente de que se traían algo entre manos relacionado con una investigación en la que también participaba Birgit; o, por lo menos, de la que estaba al corriente, porque antes de sentarse a la mesa habían aprovechado para hablar en la cocina de sus temas. Luego, mientras disfrutaban de las habilidades culinarias de la anfitriona, habían salido a relucir algunos hechos del pasado de los cuales no tenía conocimiento, pero que, lejos de causarle algún tipo de malestar, le había encantado escuchar, porque dotaban a su pareja de un lado humano, que no podría decirse que fuera su faceta más destacada.

—Lo vas a terminar derritiendo con la mirada —le susurró Birgit al oído.

—No puedo evitarlo. Quiero retener esos momentos para cuando vuelva a afilar las garras —argumentó Heinrich sin poder evitar que el rubor colorease sus mejillas.

—En realidad, es un cacho de pan —prosiguió ella—, lo que pasa es que disfraza su inseguridad tras esa máscara de tipo duro e inquebrantable.

—¿Qué cuchicheáis por ahí? —quiso saber Otto.

—Tú métete en tus asuntos y bajad un poco la voz, que vais a terminar despertando a los niños y entonces sí que sí os pongo a todos de patitas en la calle.

—Ya veo que el descanso de tus hijos es sagrado, no tanto el de tu marido.

—Para despertar a Hans hace falta un terremoto con sus réplicas incluidas. Esa suerte tienen algunos.

—Sí, ahora que lo dices, si guardamos un poco de silencio se oye cómo ruge la tierra al otro lado del salón —aportó Max.

—Mira el rubito qué gracioso es. Por cierto, si no quieres dormir en el sofá de mi hermanastro, aquí tienes una cama libre en la habitación de invitados. De este modo mañana no te levantas con dolor de espalda además del de cabeza, porque como sigáis bebiendo ese aguardiente vas a desear no haber nacido.

—Te lo agradezco. Sin embargo, tengo el coche cerca de la comisaría y en cuanto me levante debo ponerme en marcha para llegar a una reunión que yo mismo he convocado a las diez de la mañana.

—Siendo así, podría ser un buen momento para levantar el campamento —intervino Heinrich.

—Puede que tengas razón —convino Otto.

—Dadme un minuto, que paso por el servicio y nos vamos.

Birgit esperó a escuchar la puerta del baño para dar una palmada con la que captar la atención de ambos.

—Antes de que os vayáis. ¿Os acordáis de que cuando has mencionado antes lo de la gala benéfica y a Frau Köller os dije que me sonaba de algo? Pues me he acordado hace un rato, pero no quería..., ya sabes. Contárselo o no es cosa tuya —le dijo a Otto—. Al grano. No recuerdo dónde, aunque hace poco leí un artículo sobre ellos, sobre el matrimonio, elogiando su faceta como ciudadanos. Ella por su labor social relacionada con la beneficencia y por haber superado una enfermedad degenerativa que la dejó abocada a una silla de ruedas hace unos años. En cuanto a él, y aquí viene lo interesante, lo encumbraban como uno de los mejores abogados del Estado, ya sabéis, de esos que están licitados para tratar asuntos, ¿cómo decían? Sí: «asuntos delicados» con la República Federal.

—¿Asuntos delicados? —repitió Max.

—Negociaciones que nunca salen a la luz porque no interesa que la gente lo sepa. Vosotros lo sabéis bien, que sois los que decís que nuestro Gobierno se embolsa unas cantidades ingentes de marcos a través de la venta de disidentes.

—Te puedo asegurar que eso es rigurosamente cierto, Otto, lo quieras creer o no. Birgit, ¿estás segura de eso?

—Segura de que lo señalaban como un destacado abogado del Estado encargado de tratar asuntos delicados, sí; de lo otro..., pues no. Lo que no consigo recordar es su maldito nombre.

—Y no sería de extrañar que dispusiera de un permiso especial para cruzar al Oeste —meditó Otto.

—¡Lo raro sería que no lo tuviera! ¡Además, el muy cabrón tendría las puertas abiertas, como marido de una de las mayores benefactoras del país, de cualquier orfanato! Tanto aquí como allá.

—Mierda, Max, tengo que averiguar cómo se llama ese cabronazo.

—¿Ahora?

—¡Ahora!

Cuando Heinrich regresó de vaciar su vejiga, se encontró a Max y a Otto abrazados a Birgit en completo silencio.

—¿Me he perdido algo?

*Complejo penitenciario de Hohenschönhausen. Berlín Oriental (RDA)*

Era como si un convoy cargado con años lo hubiera pasado por encima. La tez de Raimond tenía un tono enfermizo, por paños más grisácea o más amarillenta, flácida, aparentemente sin sujeción alguna a los huesos. El enrojecimiento de la esclerótica era la forma de expresión que utilizaba el cerebro para exteriorizar su profundo malestar por la privación de descanso a la que lo estaban sometiendo, protesta que no parecía que fuera a surtir efecto. Así era la vida en el Submarino, un sitio pensado para impedir que la mente desconectara. Por si fuera poco, los efectos del potente laxante que le había proporcionado estaban empezando a notarse en la pérdida de líquidos, ya que los sólidos habían desaparecido de su intestino grueso a las pocas horas de entrar en aquella sucursal del infierno en la tierra.

Se iba a cumplir la segunda hora de interrogatorio y el reo acababa de regresar tras un breve receso para ir al baño y beber agua.

—Interrogatorio del prisionero 5A-122344, Walter Krumm, alias «Raimond». Primera sesión, día 10 de octubre de 1980, a las veintitrés horas y cuarenta y dos minutos —enunció Viktor Lavrov para que quedara constancia en la grabación—. La planta de los pies completamente apoyada en el suelo y las manos bajo los muslos con las palmas hacia abajo. Gracias. Ahora, repítame lo que hizo el 2 de octubre desde las dieciséis horas hasta las doce de la noche.

Esa había sido la única pregunta que le había formulado, pero no porque el interrogador tuviera interés en saber qué hizo o qué dejó de hacer, era una fórmula de desgaste más con la que se buscaba forzar al interrogado a rebuscar entre sus recuerdos y repetir exactamente la misma secuencia que contestó la primera vez. Raimond tomó aire antes de responder.

—Salí de casa sobre las cinco y media de la tarde; me subí en el tranvía en la parada de Am Steinberg en dirección al centro; bajé en Alexanderplatz y...

—Un momento, un momento.

Raimond apretó con fuerza los párpados, como si estuviera aprovechando para descansar durante los contadísimos segundos en los que no debía hablar ni pensar.

—Antes declaró que se trataba del tranvía de la línea M2, pero ahora no lo ha citado, ¿no lo recordaba o es que simplemente lo ha olvidado? ¿Quiere modificar su declaración?

Raimond tardó en responder.

—Lo he olvidado, disculpe.

—Entiendo. Comience de nuevo.

—Salí de casa a las cinco y media de la tarde; me subí en el tranvía...

—Un segundo, por favor. Antes declaró que salió de casa sobre las cinco y media y ahora a las cinco y media, ¿en qué quedamos?

—En que fue sobre las cinco y media.

—Desde el principio.

—Salí de casa sobre las cinco y media de la tarde; me subí en el tranvía en la parada de Am Steinberg en dirección al centro; bajé en Alexanderplatz y caminé hasta Volkspark. Primero di un largo paseo y luego me senté a descansar en un banco junto a la entrada del Märchenbrunnen.

—¿Ese banco está situado a la derecha o a la izquierda de la entrada?

Raimond desvió la vista hacia su derecha.

—A la izquierda según se entra.

—Ha tenido que pensarlo.

—Es por el cansancio, Herr Lavrov, no porque no lo recuerde.

—Continúe.

—Después, sobre las ocho fui de nuevo a Alexanderplatz; me subí a la línea M2; me bajé en la parada Am Steinberg y caminé hasta casa. Cené dos *Currywurst* con un vaso de vino mientras escuchaba la radio y me fui a dormir.

—Perfecto. Gracias. Ahora, repita la secuencia pero al revés, empezando desde el momento que se fue a dormir.

Aquella técnica se utilizaba para comprobar la veracidad de los hechos. Si se trataba de un relato inventado, le resultaría muy complicado repetirlo correctamente en sentido contrario a como se lo había aprendido, puesto que no tenía recuerdos reales a los que recurrir. En este caso la finalidad no consistía en averiguar si mentía o no, era seguir desgastando al interrogado.

El detenido se pasó la lengua por los labios y asintió varias veces.

—Me fui a dormir, me preparé dos *Currywurst* con un vaso de vino mientras escuchaba la radio...

—¿Dio usted la orden de asesinar a Annike Popp?

Raimond frunció el ceño, luego elevó las cejas y abrió los párpados al máximo.

—¿Cómo dice?

—Le he preguntado si dio usted la orden de asesinar a Annike Popp.

Sus músculos faciales se arrugaron y fijó su atención en algún punto por encima de la cabeza del ruso antes de volver a enfrentarse a aquellos ojos saltones.

—No —contestó bajando ostensiblemente el tono de voz.

—¿Afirma conocer a Annike Popp?

—¿Annike está muerta?

—Limítese a responder la pregunta.

—Sí, la conocía.

—Interrogatorio del prisionero 5A-122334, Walter Krumm, alias «Raimond». Primera sesión, día 10 de octubre de 1980, concluida a las veintitrés horas y cincuenta y ocho minutos. Acompáñenlo a su celda.

El ruso se incorporó habiendo obtenido la respuesta que buscaba: Raimond no había ordenado la muerte de su agente. La extrañeza inicial y espontánea, seguida de una expresión cargada de incredulidad y tristeza que no dejaban espacio a la duda.

Eran casi las dos de la madrugada cuando empujaba la puerta entreabierta del cuarto donde Nadine dormía plácidamente. Ajena a todo lo que estaba sucediendo, como si un ente benefactor la estuviera protegiendo de toda la maldad que la rodeaba. Viktor resopló y cerró la puerta procurando no hacer ruido. Acto seguido fue a la habitación de Erika, se quitó la ropa como si le estuviera corroyendo la piel y la amontonó a los pies de la cama. Buscaba el calor humano o puede que solo necesitara el contacto físico, pero se acopló en su espalda y la abrazó como si se tratara de un objeto codiciado por toda la humanidad.

El objeto más precioso.

Su objeto máspreciado.

## UNA IDEA OBSCENA

*Residencia de Erika Eisemberg  
Distrito de Mitte. Berlín Oriental (RDA)  
11 de octubre de 1980*

Erika miró el reloj de la mesilla más enfurecida que extrañada. No era la primera vez que su madre la llamaba un sábado antes de las ocho de la mañana para recordarle que tenía un compromiso familiar o porque su padre había preguntado por ella y quería verla. O porque sí. Deseó que esa vez se tratara de la empresa esa que trabajaba para el Gobierno y que se dedicaba a hacer preguntas para medir el nivel de satisfacción de la ciudadanía. Se iba a despachar a gusto. Salió de la cama con cuidado para no despertar a su acompañante. Lo había sentido llegar de madrugada, por lo que cerró la puerta de la habitación para evitar que le llegaran las voces.

Despegó el auricular con fuerza, como si estuviera pegado con alguna clase de adhesivo.

—¡Dígame!

—¿Erika? —preguntó una voz que no supo reconocer.

—Sí, soy yo.

—Otto Bauer. Disculpa que llame un sábado a estas horas, pero necesito localizar urgentemente a Viktor. ¿Está ahí contigo?

—Sí, aquí está, aunque ayer llegó muy tarde y sigue dormido.

—Estupendo. ¿Tu dirección es la que figura en el listín telefónico? —le dictó.

—Sí, esa es.

—Pues tiene media hora más para dormir, que es lo que tardo en llegar a tu casa.

—¿Es necesario?

—Absolutamente. Prometo compensaros de alguna manera.

—Media hora —dijo ella resignada.

El olor del café huyendo de la cocina había dejado su rastro aromático por toda la casa. Unos *Krapfen* recién horneados fueron la mejor forma de pedir disculpas que encontró el inspector jefe de la Kripo.

—Pasa, está en la ducha —le informó Erika.

—Siento la molestia, de verdad.

—Tranquilo, diez minutos después de hablar contigo se ha despertado esta preciosidad con hambre. Pero a ella se lo perdono, que conste.

Otto tenía puesta su atención en la pequeña, que, sentada en el suelo, se entretenía con un par de pinzas de tender la ropa.

—No es mía —se anticipó Erika—. Es de una conocida que está ingresada en el hospital o eso es lo que tu amiguito del alma me ha pedido que cuente.

—¡Ohhh! —saludó el ruso—. Ya veo que has conocido a Nadine. Mira qué bonitas son de pequeñas y en lo que se convierten cuando crecen —bromeó antes de dar un beso a Erika en el cuello—. Me alegro mucho de volver a verte; no obstante, ya puedes tener una razón de peso para haberme robado un par de horas de sueño.

—Son varias, pero primero te voy a dejar disfrutar de la repostería berlinesa. Los hay de crema y mermelada de arándano. Te aseguro que no has probado nada igual.

Desaparecieron.

—Nosotras nos vamos, que tenemos cosas que hacer —anunció Erika agarrando a la niña por las axilas.

—Otro día te explico esto con calma —se adelantó el ruso—. Tu turno.

Otto intentó ser conciso, pero eran muchos e importantes los progresos que se habían producido y la explicación se dilató dos cigarros y un café.

—El fulano se llama Martin Köller —remató—. Puede que solo sea fruto de mi deseo de atraparlo de una vez por todas, pero mi intuición me dice que podría tratarse de la maldita Araña.

—Te felicito. Os felicito —corrigió—. Estoy francamente impresionado. Yo, por mi parte, lo único nuevo que tengo que contarte tras la segunda visita que le hice a Wolfgang Fraatz es que terminó reconociendo que Mirta Schäfer podría estar viva.

—Bien. No lo perdamos de vista; sin embargo, por ahora, la prioridad es

otra.

—Te escucho.

—He tratado de conseguir una foto de él por todos los medios, pero me ha resultado imposible. Tampoco he encontrado ninguna dirección, lo cual me hace pensar que tiene que ver con el nivel de protección que le ofrece el Estado gracias a la tarea que realiza. No cuenta con ningún antecedente policial y si he logrado dar con su identidad ha sido consultando el archivo del Registro Civil a partir del de su mujer, cuyo nombre de soltera es Doris Feinmann. Resumiendo, necesito poder entrar en esa gala benéfica de mañana, Viktor. Tengo que hacerle algunas preguntas a Frau Steinbach, a ver si se muestra tan amable y colaboradora como la vez anterior, pero, principalmente, quiero hacerle una foto para que Max se la muestre a Niclas, el niño que sobrevivió.

—Te vas a meter en un lío del que te va a costar salir. Si te equivocas y ese hombre no es quien dice, tu instinto puede costarte muy caro.

—¡El premio es lo suficientemente importante como para correr el riesgo! Si lo reconoce, te juro que conseguiré una orden de detención cueste lo que cueste y, en el peor de los casos, Max podría acusarlo ante su Gobierno apoyándose en el testimonio del menor, que es a todos los efectos ciudadano de la RFA.

El ruso posó la mano en el hombro de Otto, visiblemente alterado.

—No va a ser fácil. Tendría que pasar por Normannenstrasse para hacer algunas llamadas, pero antes debo ir al hospital a ver a la madre de Nadine. Además, hoy tengo un asunto entre manos que me va a llevar casi todo el día.

—¡Necesitamos esa foto, Viktor! —insistió—. Estamos muy cerca. De otra forma tendría que tratar de hacérsela a la salida, pero va a acudir la flor y nata del régimen y estoy seguro de que el lugar estará plagado de personal de seguridad. Además, si ni siquiera sé qué aspecto tiene... No podemos arrugarnos ahora. ¡Ahora no!

—De acuerdo, Otto, supongo que tienes razón. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano, de eso puedes estar seguro. Dame toda la información que tengas sobre el evento y el modo de localizarte si consigo la invitación.

—Gracias, amigo, muchas gracias.

—Agradécemelo largándote de aquí, mi chica acaba de entrar en la ducha y tengo una cuenta pendiente que saldar.

*Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Desde que Imelda despertó no había logrado quitar la vista del ventanuco. Quizá se debiera a que se notaba sin fuerza para moverse, pero, en realidad, era la vía que había encontrado de escapar de allí, aunque solo fuera con su imaginación. Así, acababa de estar jugando en el bosque con Kriska, Zsa, Anuska, Ferenc y Kuna, a ver quién encontraba más setas de esas que tenían las manchitas rojas en el sombrero. Luego se habían bañado en el río en ropa interior y habían organizado una batalla usando el lodo de la orilla como munición. Ahora se estaban secando al sol y hablando de lo que iban a hacer después de comer. ¿Qué estaría preparando mamá de comida? Ojalá fuera el guiso ese que olía tan mal al principio, pero que sabía tan bien. O, mejor aún, que su hermano Zoltan hubiera cazado un par de conejos o tres y los hiciera a la brasa, muy despacio. ¡Eso sí estaba bueno de verdad!

La niña se relamía pensando en el sabor a chamuscado de una pata, pero enseguida otras cuestiones que invadieron su mente provocaron que se le demudara el rostro.

¿La estarían buscando? ¿Y si se habían cambiado de sitio y cuando regresara no los encontraba? No, no llevaban tanto tiempo allí asentados como para que los hubieran echado tan pronto. ¿Y si pensaban que ella se había escapado como tantas veces había amenazado con hacer y ni siquiera la estuvieran esperando? No, tampoco, Zoltan nunca la dejaría atrás. A no ser que finalmente decidiera casarse con esa metomentodo de Zdenka y tuviera que irse con ella a formar su familia. De pronto, sus grandes ojos oscuros empezaron a anegarse de lágrimas y todo se tornó borroso. No entendía qué le estaba pasando. Ella no lloraba jamás. No recordaba haberlo hecho desde que Zoltan le dijo que eso era de debiluchos y renacuajos. Sin embargo, no era dolor lo que sentía, era miedo. Como aquella vez que se perdió en las montañas al intentar atrapar un saltamontes y cuando se quiso dar cuenta estaba sola. Rompió a llorar, aunque en realidad no le dolía nada.

Lloraba de puro miedo.

Como ahora.

Miedo a no volver a ver a sus amigos, a sus padres y a su hermano.

Entonces, Imelda empezó a gritar y a patalear. Estaba enfadada. Principalmente con ella, por llorona, por no ser capaz de hacer nada para

volver a casa. ¿Qué podía hacer? Tenía que pensar. Se detuvo en seco y fijó su atención en la pared de enfrente. No se lo pensó ni un segundo. Se quitó las mantas de encima, se incorporó del colchón y empezó a correr.

Logró cerrar los ojos unos instantes antes del brutal impacto.

*Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

Su paso por el hospital, breve pero intenso, le había provocado un profundo malestar. Annike estaba inconsciente, demacrada hasta el extremo, y necesitaba la ayuda de una máquina para respirar. Su madre convino que era mejor que Nadine no la viera y les rogó que se hicieran cargo de ella solo un día más, que era el plazo que el doctor auguraba para que terminara el suplicio. Erika accedió sin remilgos y se despidió cariñosamente de él hasta la noche.

Todavía no había tenido la oportunidad de sentarse en su despacho cuando un uniformado se le plantó enfrente y carraspeó. Su cara le resultaba familiar, aunque no supo encuadrar el momento ni el lugar.

—El camarada teniente general Wolf me ha encargado que le entregue esto en persona.

Un sobre.

—Gracias, cabo segundo Hebert —leyó en su identificación.

Ni bien le dio la espalda, este rompió la parte superior y examinó el contenido. Un folio con un listado de personas escrito por ambas caras.

Un listado no. El listado.

No se lo esperaba y mucho menos en tan corto espacio de tiempo.

El corazón le latía con fuerza y, sin embargo, un chispazo neuronal le hizo apartar la mirada del papel y salir al pasillo instantes después en busca del mensajero.

—¡Cabo segundo Hebert! —lo llamó.

Este se detuvo y dio media vuelta como si hubiera sido programado únicamente para completar dicha función.

—Verá, me estaba preguntando dónde y cuándo hemos coincidido usted y yo.

—Hará quince días, en el centro de detención preventiva de Marx-Engels-Platz.

—¡Ah, sí, claro! Teutones y eslavos, sí. Ya recuerdo.

—Me interesé por la batalla de Tannenberg, por cierto. Quince de julio de 1410, el Gran Ducado de Lituania y el reino de Polonia se enfrentaron a la Orden de los Caballeros Teutónicos en una de las más sangrientas batallas de la historia medieval, que terminó con la victoria de los primeros y la casi desaparición de los segundos.

—¡Bravo! —aplaudió el del KGB—. Vamos a dejar de lado los formulismos, ¿le parece?

El cabo segundo Hebert hizo un gesto más dubitativo que afirmativo.

—¡Estupendo! ¿Puedo preguntarle su nombre de pila?

—Gustav.

—Apuntas muy alto, Gustav, sigue así. Escúchame con atención: espero no generarte un problema con el camarada teniente general Wolf, pero creo que no estaría siendo honesto si esperara al lunes para presentar una queja formal.

—¿Una queja? —repitió buscando sin éxito una postura cómoda tras la que ocultar su nerviosismo.

—En el sobre que me acabas de entregar debían venir dos invitaciones para una gala benéfica a la que tengo que asistir junto con otra persona.

—Yo no sé nada de ninguna gala benéfica, camarada comandante.

—Llámeme Viktor.

—Yo no sé nada de ninguna gala benéfica, Viktor —insistió con el rostro blanquecino.

—Ya me supongo, aunque no sé si eso le valdrá a Misha; al camarada teniente general Wolf —corrigió de inmediato—. ¿Sabes, Gustav? Él me pidió personalmente que asistiera en su representación, ya que él no iba a poder acudir al encontrarse este fin de semana fuera de Berlín. Y no dudo de que se le haya olvidado encargártelo, de verdad que no, pero... digamos que admitir sus propios errores no es su principal virtud.

Antes de concluir la argumentación, la tez del cabo segundo Hebert ya era translúcida.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Conseguir esas dos invitaciones. Tú eres el ordenanza personal del camarada teniente general Wolf, ¿no?

—No, para nada. Yo solo soy el que asume las funciones del ordenanza personal del camarada teniente general Wolf durante sus días de permiso.

—¿Y esas funciones son?

—Dejar la correspondencia sobre su mesa del despacho, encargarme de abrir al servicio de limpieza, de estar presente cuando hacen su tarea y de cerrar cuando se marchan y, en ocasiones, ayudo al ordenanza titular a poner en orden el archivo personal del camarada te...

—Sí, sí, sí —le cortó—. Gustav, desconozco si el error ha sido del ordenanza suplente o del titular, pero míralo de esta forma: se te presenta la oportunidad de traducirlo en un acierto y convertirte en su factótum.

—¿Su qué?

—La persona de máxima confianza del camarada teniente general Wolf.

—Ah.

—Averigua quién organiza el evento y ponte en contacto con ellos. Muéstrate muy indignado, áspero, como si fueras el ordenanza titular, y reclama que no han llegado las invitaciones a la Hauptverwaltung Aufklärung y que lo solucionen de inmediato.

—Pero...

—Lo haría yo mismo; sin embargo, no me gustaría nada llegar tarde a un interrogatorio en curso que estoy llevando a cabo en Hohenschönhausen y tener que explicar el motivo. ¿Puedo o no puedo contar contigo?!

El militar se cuadró con la vista al frente y sacó pecho adoptando la apariencia de un atlante vigoroso que se quedó en eso, en apariencia.

—Por supuesto que puede, camarada comandante.

—¡Esa es la actitud! —le felicitó dándole una fuerte palmada en la espalda—. Acompáñame a mi despacho, te facilitaré los datos que necesitas. Ah, y que esto quede entre nosotros, Gustav, no vaya a ser que algún día se nos vuelva en contra.

El cabo segundo Hebert se marchaba presuroso dispuesto a cumplir con la misión más complicada que jamás le habían encomendado mientras él regresaba al listado que tenía sobre su escritorio.

El orden alfabético le facilitó la tarea: Köller.

### *Comisaría de Karlshorst. Berlín Oriental (RDA)*

Era la cuarta llamada que hacía a las comisarías de distrito. De las anteriores, solo en la de Prenzlauer Berg tenían registrada una denuncia por desaparición de un menor durante las últimas dos semanas, situación que había quedado

resuelta felizmente veinticuatro horas después.

La idea se le había ocurrido unos cuantos días atrás, cuando Max le contó que Niclas había mencionado la presencia de otra niña encerrada en la habitación contigua. Ello le había llevado a pensar en que la Araña necesitaba tener dos presas para asegurarse el consumo y que tras la fuga del niño se había quedado sin ninguna. Tal circunstancia podría haberle empujado a cambiar su *modus operandi*, dado que, aunque tuviera las puertas abiertas en los orfanatos, el proceso, por muy controlado que lo tuviera, implicaba necesariamente disponer de algo de tiempo, variable que jugaba en su contra. Era una posibilidad remota, sí, pero no perdía nada por intentarlo. Sin embargo, no era algo que se planteara hacer durante la semana por miedo a terminar en el despacho del comisario principal Schoenberg explicándole por qué había hecho oídos sordos a la orden de apartarse de ese asunto de los cadáveres de niños sin identificar. Siendo sábado la cosa cambiaba bastante, sobre todo desde el punto de vista cuantitativo, ya que no llegaban a la decena los funcionarios que estaban de guardia en las dependencias policiales.

—Comisaría de Pankow —contestó una mujer.

—Buenos días. Soy el inspector jefe Bauer, de la brigada de la Kriminalpolizei de Karlshorst —repitió una vez más—. Estoy investigando un homicidio y necesito saber si tienen alguna denuncia reciente por desaparición de un menor.

—Aguarde en línea, por favor.

—Aguardo —murmuró enganchando el teléfono entre el hombro y la mejilla mientras exploraba con los dedos dentro del paquete de Karo en busca del último superviviente.

—Tenemos uno, inspector jefe Bauer.

A Otto se le cayó el cigarrillo.

—¿Sí?

—Así es. ¿Qué necesita?

—Que me envíe por telefax la denuncia, por favor.

—Para eso necesitaría la autorización del comisario y hoy no se encuentra en comisaría, lo siento.

—Verá, agente...

—Strauss.

—Agente Strauss, se trata de un asunto de suma importancia, necesito que haga usted una excepción. No puedo esperar al lunes bajo ningún concepto.

—Me pone usted en un compromiso...

—Escúcheme. Tenemos un hijo de puta secuestrando niños y asesinándolos. Ese menor podría estar ahora mismo en peligro. Si el lunes encuentran el cadáver, ¿le explica usted a la familia que no quiso saltarse el protocolo?

Otto Bauer creyó oír cómo tragaba saliva.

—No puedo enviárselo sin una autorización, pero nada me prohíbe que le dicte los datos, ¿verdad? ¿Le serviría así?

—Me serviría. Le escucho.

—Imelda Jamali, doce años, de etnia gitana. Proveniente de Hungría. Un metro cuarenta y treinta y cinco kilos aproximadamente. Ojos castaños, pelo largo y negro, y de tez morena. Desapareció el pasado día 3 de octubre entre las seis y las siete de la tarde en un pequeño bosque cerca del cauce del Lietzengraben, que es donde tienen el asentamiento.

—¿Y eso dónde queda?

—A pocos kilómetros del municipio de Buch.

—Al norte de Pankow.

—Exacto.

—¿Algo más?

—Sí. Algunos niños dicen que esa tarde vieron un coche negro muy grande merodeando cerca del bosque.

—¿Negro y grande? ¿Ninguna marca, modelo o matrícula?

—Nada. Solo figura que era muy grande y de color negro.

—Menuda mierda —comentó para sí en voz alta—. Disculpe. ¿Sabe si hay algún avance en la investigación?

—No, eso no tengo forma de saberlo, pero si quiere puede volver a llamar el lunes y preguntar por la inspectora Holbein.

—Gracias, ha sido usted de mucha ayuda. Llamaré el lunes. Que tenga buen día.

Otto prendió el cigarro y revisó sus notas. Niclas había aparecido el día 2 y la denuncia de Imelda era inmediatamente posterior. Podría ser fruto de la casualidad, sí, aunque también podría avalar su teoría: la voracidad de la Araña la habría empujado a modificar el método tejiendo su tela en un lugar marginado. Mediante los informes forenses se podía establecer que los niños sobrevivían en cautividad entre seis y ocho semanas, pero no era menos cierto que había otros casos cuyas víctimas solo habían aguantado dos. Imelda ya llevaba una desaparecida.

El escalofrío que le recorrió la columna y estalló en la base del cráneo hizo las veces de pistoletazo de salida.

*Complejo penitenciario de Hohenschönhausen. Berlín Oriental (RDA)*

Solo se escuchaba el sonido de sus pasos mientras avanzaba por los pasillos del Submarino. Podría parecer que una suerte de conjuro había absorbido todos los ruidos, pero el sortilegio se explicaba de un modo absolutamente mundano: la política de no comunicación entre los presos, una de las normas principales. Los reclusos no podían hablar con otro bajo ningún concepto ni circunstancia y tampoco podían dirigirse a los guardias a no ser que fueran preguntados. Saltarse el precepto significaba pasar una temporada en una de las celdas de aislamiento de la Sala de Torpedos, donde, por no haber, no había ni ventana y los únicos enseres eran un colchón viejo y un cubo para las heces. Una intensa luz encendida de manera permanente y un agudo pitido intermitente eran los complementos ideales para alcanzar la alienación total. Se decía que pasar tres días confinado en una de ellas suponía como tres semanas de encierro en condiciones normales, y tres semanas como tres años.

Nadie volvía a ser alguien tras sufrir una experiencia así.

Y todo ello con el propósito de que se establecieran vínculos afectivos de confianza con sus interrogadores, dado que eran los únicos con los que les estaba permitido comunicarse.

—Vengo a ver al prisionero 5A-122344 —informó al agente del servicio penitenciario, un grupo especial dentro del ministerio que actuaba bajo las órdenes directas de Erich Mielke.

—Sí. Espere un segundo, por favor.

El uniformado, que no tendría más de veinte años, levantó el teléfono y pulso una tecla.

—Espero.

—Ha sido trasladado hace unas horas a la enfermería aquejado de un problema estomacal. Me dicen que regrese dentro de un par de horas o tres.

—No.

—¿No?

—No. ¿Con quién ha hablado? Es decir, ¿quién le ha licitado a usted a darme órdenes?

—Mi superior.

—Le estoy pidiendo el nombre.

—El sargento Wunderlich.

—Comuníqueme inmediatamente con él.

Las injurias, amenazas, vituperios y denuestos hicieron que, por unos segundos, el ambiente pasara de ser monacal a otro más propio de un prostíbulo. El del KGB, al margen de liberar la tensión acumulada, se sorprendió a sí mismo por la riqueza de vocabulario que fue capaz de manejar en alemán.

—Mi compañero le acompañará a enfermería —claudicó.

—Muy amable.

Conforme subía las escaleras, trataba de hallar una solución de urgencia para sustituir a Annike. Y apenas disponía de unas horas. La noticia se la acababa de encontrar en el compartimento camuflado bajo el asiento del copiloto del Trabi convertido en buzón de uso recurrente para Bernhard Weber. Este, que disponía de una copia de las llaves, le hacía saber que tenía correspondencia dejándole propaganda de la tienda de repuestos bajo uno de los limpiaparabrisas. La nota solo informaba del día y la hora que reportaba el servicio de citas: lunes 13 a las 19 horas.

Enfilando un amplio corredor pintado de un verde cenagoso, Viktor Lavrov tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para aislar aquel problema sin resolver y centrarse en el asunto que le había traído hasta allí. El agente del servicio penitenciario que le guiaba se detuvo y abrió una puerta blanca que, igual que las otras que habían dejado atrás, carecía de rotulación alguna.

—Después de usted, camarada —le invitó.

La atmósfera de la enfermería, invadida por un fuerte olor a desinfectante, le hizo contener la respiración durante unos instantes. Dentro había dos mujeres y tres hombres, ellas con bata blanca, ellos de un verde decolorado que parecía haber sido escogido para no destacar del entorno.

—Cortina ocho.

El espacio estaba distribuido en pequeños módulos individuales separados por cortinas opacas. Solo tuvo que seguir la numeración para llegar a la camilla a la que estaba esposado el prisionero 5A-122334, Walter Krumm, alias «Raimond», aparentemente dormido.

Uno de los hombres de verde decolorado se colocó a su izquierda.

—Se trata de una fuerte diarrea, creemos que de origen bacteriano. Es

frecuente que los nuevos sufran una descomposición intestinal, pero es verdad que la suya ha debido de ser muy severa, puesto que cuando lo trajeron presentaba signos evidentes de deshidratación y un pico de fiebre elevado. Le hemos administrado subsalicilato de bismuto y loperamida para cortar la diarrea, pero todavía tiene que recibir más suero para reponer nutrientes y electrolitos. Pasará aquí la noche y mañana por la mañana lo devolveremos al módulo que le corresponda.

—¿Está sedado?

—No, solo dormido.

—Despiértenlo.

La mirada del galeno contenía tanta repudia como reprobación, pero entre ambas no pesaban tanto como el miedo a contradecir una orden directa.

—De inmediato.

El método de las palmaditas en la cara fue suficiente.

—Gracias, doctor. Ahora déjenme a solas unos minutos con él, necesito hablar con el prisionero.

Raimond alargó el brazo buscando el vaso de plástico que tenía en la mesilla portátil.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó en voz baja inclinándose sobre la camilla.

Este compuso un gesto de resignación por respuesta antes de mojarse los labios.

—Escúchame con atención. En algún momento de la sesión de mañana te voy a proponer traer a tu hijo desde Rostock para que te haga compañía. Eso será lo que te haga claudicar y, entonces, empezarás a negociar conmigo. Yo te diré que todo depende de lo que nos quieras contar y a partir de ahí vas soltando lo que hablamos: que el BND tiene en nómina a una persona importante, un alto cargo del partido, alguien muy en contacto con el poder y las altas esferas..., ya sabes.

El agente del Bundesnachrichtendienst se limitó a mantener una expresión de aséptica indiferencia.

—Y la persona a la que vas a implicar es el ministro Fischer —le desveló.

—Estaba entre mis apuestas —susurró con aire lacónico.

—Cuando yo te pida pruebas dirás que dispones de ellas y que a cambio quieres una condena de menos de cinco años y el traslado a otra prisión, pero, sobre todo, debes insistir en que garanticemos la seguridad de tu hijo.

—Cinco años.

—Menos es imposible, aunque puedo intentar que, transcurrido un tiempo, te incluyan en algún intercambio de prisioneros. No pretendas obtener nada firmado, eso no va a suceder porque no vas a salir impune, quítatelo de tu cabeza.

Walter Krumm asintió.

—La documentación y el dinero están en un sobre plastificado, enterrado en la jardinera que tienes en la terraza que da a la calle. Esto no lo dirás hasta el final. ¿Alguna duda?

—Lo que dijiste ayer de Annike... ¿es cierto?

El ruso se engalló como si la pregunta le hubiera golpeado en el pecho.

—Sí. Alguien la envenenó inyectándole ricina y está muy grave en el hospital. No creen que pase de hoy.

—Animales —musitó—. Tiene una criatura de meses a su cargo.

—Lo sé. Voy a averiguar quién es el responsable y, de una forma u otra, se lo haré pagar. Y por eliminar candidatos te lo tengo que preguntar: ¿qué posibilidades existen de que haya sido el BND?

—Ninguna —respondió tácitamente—. Ninguna en absoluto. Esas prácticas no están admitidas por el Gobierno de la RFA y menos con un activo propio, por mucho que estuviera comprometido. Busca en otra parte.

No se entretuvo más en la enfermería y antes de abandonar el Submarino su cerebro le ofreció una alternativa para afrontar el compromiso del lunes, idea que rechazó de inmediato por obscena.

Minutos después, al volante del Trabant, ya no le parecía tan indecente.

## LOS DESCENDIENTES DE SATANÁS

*Palacio de Sanssouci  
Potsdam (RDA)  
12 de octubre de 1980*

Con muy buen criterio, el inspector jefe Otto Bauer había estacionado fuera su vetusto Wartburg 313. Este, por muy deportivo que fuera o pretendiera ser, parecía una vetusta tostadora con ruedas al lado de los modelos que estaban pasando el control externo de acceso al palacio.

Las invitaciones se las había entregado en mano el propio Viktor sobre las seis de la tarde del día anterior, cuando, estando todavía en comisaría, había consumido casi todas sus esperanzas de colarse en la gala benéfica. No le preguntó cómo las había conseguido, pero quiso agradecerse lo invitándole a una cerveza en la taberna de Agnus. Encontró al ruso algo taciturno, alicaído, como si una mano invisible le estuviera asfixiando y no le permitiera desplegar esa mordaz locuacidad a la que casi se estaba acostumbrando. Allí le puso al corriente del asunto de la desaparición de la niña gitana y este le confirmó que Martin Köller figuraba entre los ciento treinta y dos nombres cuyo pasaporte contaba con el sello especial que lo distinguía como ciudadano emérito de la República Democrática Alemana. Un reconocimiento que, al margen del prestigio social que conllevaba, lo facultaba para salir y entrar del país sin tener que someterse a los exhaustivos controles de las Tropas de Frontera.

Todo encajaba.

—Haz lo que tengas que hacer, Otto. Solo te pido que no hagas ninguna estupidez que yo no haría —se había despedido Viktor.

Pero resultaba que para el de la Kriminalpolizei lo estúpido era priorizar la

integridad personal cuando estaba rozando con las yemas de los dedos atrapar a un brutal asesino de niños. Todavía no se había planteado cómo enfocar su detención en el caso de que Niclas lo reconociera en alguna de las fotografías que tenía pensado hacerle con la minicámara que había tomado prestada del laboratorio. El prodigio de la marca Minox cabía en la palma de la mano, pero no era ahí donde Otto Bauer la llevaba escondida en ese instante, a punto de llegar al puesto de control de invitados que habían improvisado en el acceso principal de la insigne villa. Ahora entendía el motivo por el que habían mantenido en secreto el emplazamiento donde iba a tener lugar el evento. Si la intención era impresionar y agasajar a los asistentes, la organización no podía haber elegido mejor escenario que el palacio de verano de Federico II el Grande.

También impresionado —pero por el atuendo que lucía el tipo de patillas largas y pobladas que le estaba sonriendo con la acreditación en la mano— estaba el hombre del equipo de seguridad contratado para la fiesta. Otto no había tenido la oportunidad de buscar otra alternativa más decorosa que el traje azul marino que lució en la boda de la mujer que ahora hacía las veces de su acompañante.

—Ya le dije que le quedaba un tanto estrecho —intervino ella—, pero es un cabezota y se ha empeñado en ponerse este teniendo el armario lleno.

Birgit, sin embargo, se había mostrado mucho más resuelta a la hora de solucionar el problema y esa misma mañana había cruzado la ciudad para visitar a una vieja amiga cuyo nuevo marido, potentado él, le costaba sus constantes caprichos.

—Tiene un significado especial para mí, qué le vamos a hacer —se justificó Otto—. Qué suerte que hoy no hace tanto frío como estos días atrás, ¿verdad?

Era cierto, ese día la temperatura había alcanzado un grado más de máxima.

—Bienvenidos. Todo recto, pasando la fuente verán una gran escalinata que desemboca en el cuerpo central del palacio. En cuanto crucen el vestíbulo verán las columnatas que enmarcan la cour d'honneur donde van a servir el aperitivo —les indicó el de seguridad de manera tan mecánica como innecesaria, habida cuenta de la procesión que, delante de ellos, ya se encaminaba hacia allí.

—Si pretendías llamar la atención, te certifico que lo has conseguido. Encima eres el único que no lleva abrigo. Mira, si te hubieras puesto el de piel vuelta, ese que usas a diario, podrías pasar por alguien del personal de

jardinería. Además, te haría juego con las botas. ¿No tenías unos miserables zapatos para ponerte?

—Pues no y es una pena, porque los que llevé en tu boda los tiré hace poco.

—¡Por favor! Llevo casada doce años, Otto, doce.

—¿Tanto ya? Hans debe de ser la reencarnación del santo Job. Por cierto, ¿qué te ha dicho de todo este lío en el que te he metido?

—Nada, ¿qué va a decir? Ya sabe que no serviría de mucho, por lo que tiende a economizar palabras.

—Santo y jodidamente listo —apuntaló él.

—El palacio no puede ser más bonito —evaluó Birgit tras contemplar la señorial fachada norte levantada en una única planta.

—Pues, fíjate, a mí el rococó no me va, me parece muy cargante.

—Claro, claro. No es un estilo que encaje con la decoración de tu salón, que es de un estilo más... ¿mierdoso? ¿Podría definirse así? Mierdoso tardío.

—Podría. Por lo menos mis cortinas no parecen manteles de campo. Mira, allí están sirviendo bebidas.

—Otto: ya sé que cuando estás tenso tiendes a beber más de la cuenta, pero estaría bien que no te emborracharas. No demasiado —acotó Birgit.

—Tranquila, sé muy bien a lo que hemos venido.

—¿Vino, cerveza, algún cóctel? —les preguntó la camarera.

—¿Qué cócteles tienen? —curioseó Otto.

### *Restaurante Max und Moritz. Berlín Oriental (RDA)*

—No sé si hoy era el día más indicado para venir aquí —cuestionó Erika.

—No hace falta que sea Nochebuena para tener una buena noche —respondió él.

—¡Vaya! Es el primer comentario jocoso que haces desde ayer por la noche. ¿Debo interpretarlo como una buena señal?

—Estos días pasados han sido muy duros para mí y supongo que para ti tampoco han sido fáciles. Solo quería agradecerte que te hayas prestado a cuidar de Nadine.

—O sea, ¿que es una cena de compensación por los servicios prestados?

—Algo similar, sí.

—Creo que voy a echar de menos a la pequeña. Cuando me llamó Franka

desde el hospital para decirme que Annike acababa de morir, tenía a Nadine en brazos. Se me puso un nudo en la garganta y a duras penas pude contener las ganas de llorar. Es terrible. Esa mujer es muy dura, espero que la vida la compense y pueda educar a Nadine durante muchos años.

—Ojalá. Si te parece, Erika, me gustaría cambiar de tema. No es que quiera olvidarme de ello, pero...

—Sí, tranquilo, lo entiendo.

—Necesito despejarme un poco antes de volver a ese maldito infierno.

—Todavía me cuesta creer que exista un sitio así.

En efecto, la noche anterior, Viktor Lavrov se había sincerado con ella parcialmente. La muerte de Annike, acaecida a última hora de la tarde del sábado, fue el desencadenante. De algún modo necesitaba compartir con alguien sus miserias o, más bien, repartir la basura para que oliera menos en su interior. Así, le confesó el tipo de relación que mantenía con Annike y, también, aunque de forma somera, le habló de la operación que le habían encomendado desde Moscú. Ella se mostró comprensiva e incluso le ofreció su ayuda, ahora bien, «en la medida de mis posibilidades», precisó. Discernir esa cuestión era el motivo principal por el que había reservado mesa en el restaurante donde retomaron su relación sentimental.

—Esta noche es crucial para mí, pero no estoy demasiado preocupado por ello. Elige tú el vino —le ofreció entregándole la carta.

—Entonces, ¿qué es eso que tanto te preocupa y que todavía no te has atrevido a contarme? ¿Cuál tomamos la otra vez?

—Uno del Palatinado, si no recuerdo mal.

—Ah, sí, este —identificó al tiempo que llamaba la atención del camarero que les había tomado nota de la comida.

—En este mismo sitio, pero en esa mesa de ahí —señaló él—, te pedí que admitieras el hecho de que no pueda hablarte sobre mi trabajo y, aunque tú accediste, al final ha sido una premisa que yo mismo me he encargado de romper.

—Las circunstancias te han forzado a ello. No te sientas culpable por ser humano. Este, por favor —le hizo saber al camarero.

—Yo debo imponerme a las circunstancias, no al revés. Pero, en fin..., creo ya es tarde para lamentarse. Ahora lo que tengo que hacer es encontrar a la persona que sustituya a Annike en el cometido que tenía que hacer para nosotros.

Erika recortó la distancia con él.

—¿Para nosotros el KGB o para nosotros la Stasi? —preguntó, capciosa.

—Para nosotros el KGB.

—¿Y qué es lo que tenía que hacer exactamente?

El ruso hizo como si valorara responder o no a la pregunta.

—Tomar unas fotos, digamos..., comprometidas de una persona con cierto peso en el partido.

—¿Con qué fin?

—Para que no se desvíe del camino.

—Ah, una oveja descarriada que tiene que volver al redil del Kremlin. Entiendo, entiendo —aseguró con sorna.

—Podría definirse así, sí.

—Vale, dejémonos de juegucitos infantiles. ¿Por qué no me lo cuentas todo de una vez y valoro si puedo o no puedo, si quiero o no quiero, jugarme el cuello por ti?

*Palacio de Sanssouci. Potsdam (RDA)*

No prestó demasiada atención a la explicación de la camarera cuando le habló de los ingredientes del cóctel que sostenía en su mano, aunque, para ser precisos, ese no era el primero que se había bebido Otto Bauer. Básicamente tenía un gusto a cítrico azucarado, pero algo de alcohol sí debía de llevar, porque se notaba con muchas ganas de fumarse otro cigarro.

—Ese de allí, si no me equivoco, es Manfred Ewald, el ministro de Deportes. Sí, seguro que es el —identificó Birgit con disimulo mientras se movía al ritmo del vals que estaba sonando.

—¿Quién de los dos? ¿El que tiene cara de pan sin cocer o el de la corbata amarilla que hace juego con la fachada del edificio y con los dientes?

—El de la cara de pan sin cocer.

—¿Lo apunto entonces?

Esa era la razón principal por la que se había llevado a Birgit de acompañante. Quería identificar al mayor número de invitados posible y él, al margen de Honecker, Mielke, Lenin y Stalin, no sabría decir quién era quién. Ya llevaba nueve nombres anotados en la libreta y eso que aún no había empezado a mezclarse con el resto de personas. Tampoco había aparecido el

matrimonio anfitrión y los primeros signos de ansiedad se manifestaron en la forma con la que Otto daba las caladas.

—Sí, sí, es él. Lo vi la semana pasada en televisión entregando los premios al deportista del año. Creo que lo ganó un atleta, no recuerdo cómo se llamaba.

—Mal síntoma si te acuerdas del «comemierda» que entrega el galardón y no del galardonado.

—Mira, tienes razón. Creo que ha sido lo único con sentido que has dicho en toda la noche. ¿Esa no es la mujer del director de cine? Ay, ¡¿cómo se llamaba?!

—Si no te viene el nombre, tampoco pasa nada. A los artistas los invitan por poner un poco de sabor cultural a la fiesta, pero el tipo que buscamos no creo que pertenezca al gremio —enjuició.

—Bueno, si me viene te lo digo y lo apuntas.

—Creo que ya nos mandan para dentro. Vamos. No sé si podría acostumbrarme a vivir así —reflexionó el de la Kripo—, viendo la vida pasar sin más aliciente que dar largos paseos por el jardín.

—¡No seas ingenuo! La gente que puede permitirse estos palacios puede tener el aliciente que les dé la real gana. Solo tienen que pagarlo. Lo que sucede es que todo termina aburriendo.

—Mira, por ahí te doy la razón, porque este cóctel ya me ha aburrido. ¡Ufff! No me digas que no marea tanto dorado y tanto lamparón. La gente se está sentando.

—Sí, yo diría que ahora viene la parte de los discursos.

—Vamos a las primeras filas, que, como surja la oportunidad, le hago una foto de cuerpo entero. Tengo que sacarme la cámara de los calzoncillos, cúbreme.

—Pregunta dónde están los baños, no seas garrulo. Yo me voy a acercar a ese periodista a ver qué le saco. Vigíleme el bolso y no prepares ninguna.

Los asistentes fueron ocupando las sillas entre saludos discretos y esporádicas y escandalosas carcajadas. Otto miró en derredor, cruzó las piernas y con un rápido movimiento introdujo el antebrazo dentro del pantalón. Al sacarlo con la presa dentro del puño el botón terminó cediendo a la presión y saltó por los aires.

—¡Mierda! —musitó entre dientes.

Guardó la Minox en el bolsillo de la chaqueta y trató de recomponerse

ocultando el desperfecto con la camisa. Atareado en esas lides, no se percató de que una mujer en silla de ruedas se había ganado la atención y los aplausos de los invitados, tímidos, eso sí, pero en intensidad creciente. Cuando por fin levantó la cabeza sus ojos se posaron en el hombre que, vestido de frac y luciendo una orgullosa sonrisa, la acompañaba hasta el centro del estrado.

En su fuero interno se celebró un juicio sumarísimo en el que se dictó sentencia inmediata de culpabilidad.

*Restaurante Max und Moritz. Berlín Oriental (RDA)*

Estaban sirviendo los primeros justo en el momento que él terminaba de detallar la operación ante la atenta mirada de Erika.

—¿Por qué Fischer? —preguntó.

—Esa pregunta te la tendrían que contestar otros. Quiero pensar que han considerado que representa un elemento nocivo, una manzana podrida que podría estropear todo el cesto. Y el cesto de la RDA es la primera línea defensiva, no podemos permitir que caiga.

—Sí, eso lo puedo comprender, pero si encuentran esos documentos falsos que le acusan de colaborar con el..., no recuerdo las siglas.

—El BND, Servicio Federal de Inteligencia.

—Eso, con el BND. Como poco se pasará una temporada en prisión, ¿no?

—Hace unos años pasaban a mejor vida, así que... De cualquier modo, Oskar Fischer sabía a lo que se arriesgaba cuando decidió apostar por su política de acercamiento con el imperialismo.

—¿Y el otro hombre? El de la Cámara del Pueblo.

—Alfred Weidemann —citó llevándose a la boca un trozo de *Frikadellen* de ternera.

—Si han valorado que es la persona indicada para sustituirlo, ¿para qué necesitan tener ese material? ¿Para poder extorsionarlo solo por si acaso se sale del tiesto?

—No, es al revés: para asegurarse de que no se sale del tiesto y no tener que extorsionarlo. De cualquier forma, querida, yo ahí no entro. No me corresponde a mí tomar las decisiones, sino ejecutarlas. Yo, y los millones de personas que luchan como nosotros por un mundo más justo, estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para no convertirnos en esclavos del

capitalismo. ¿Dónde está el problema?

Erika se mordió el labio inferior, pensativa.

—Supongo que es parte de la batalla que estamos librando entre dos conceptos, dos formas de entender la vida.

—Exacto. Del resultado de esa batalla depende cómo van a vivir las generaciones venideras. Y solo hay dos posturas posibles: implicarse o no implicarse. Cada uno decide libremente.

—Yo siempre he estado implicada, aunque no hasta ese punto. ¿Y si algo sale mal?

—Las consecuencias las tendré que asumir yo, no tú. Pero si sale bien..., ¿quién sabe?, quizá trabajemos juntos en el futuro. No seríamos la primera pareja ni la última que trabaja para el Centro. Eso se va a quedar frío.

Erika se llevó una de las hamburguesas a su plato y la partió en cuatro porciones.

—No pienso dejar que ese tipo me roce —advirtió.

—Ya te he dicho que es un hombre sumiso. Solo tienes que conseguir que haga lo que tú quieras. Le ordenas que se desnude, lo atas bien a la cama, le haces las fotos y te marchas sin despedirte. Al margen, nosotros estaremos escuchándolo todo desde muy cerca. Si algo se tuerce, intervenimos de inmediato. No voy a consentir que te ponga las manos encima.

Ella agarró la copa y dejó que su mirada se fuera hundiendo progresivamente en el contenido.

—Debo de haberme vuelto loca —dictaminó.

*Palacio de Sanssouci. Potsdam (RDA)*

Por suerte, los discursos y prédicas de los intervinientes se prolongaron solo durante algo más de media hora. La última frase pronunciada por Frau Köller todavía resonaba en los oídos de Otto Bauer: «Que nunca se nos olvide que una vez todos fuimos niños». Le resultaba difícil de creer, aunque tenía que reconocer que las palabras escogidas por esa frágil mujer de voz cándida pero firme habían calado muy dentro de él, hecho que no hacía sino incrementar la animadversión que sentía hacia su marido: un despiadado depredador que había sabido aprovechar la altruista iniciativa de su esposa para convertirla en su particular coto de caza.

—Otto, te recuerdo que aún no sabemos si se trata de él.

—Es solo cuestión de tiempo.

—Por eso. Si estás tan seguro de ello, trata de conseguir esas fotos antes de que nos sienten a cenar y olvídate de él hasta que el niño lo reconozca.

El inspector jefe soltó un gruñido que a Birgit le sirvió de confirmación.

—Mira, ahora se están moviendo.

El matrimonio Köller, cual nómadas anfitriones, iban dispensando sonrisas y agradecimientos entre los grupos sedentarios de invitados que esperaban su turno de forma paciente, por lo menos en apariencia. En uno de estos itinerarios, un inspector jefe de la Kriminalpolizei planeaba interceptarlos armado con la minicámara.

Caminando con el brazo extendido en paralelo al cuerpo, Otto calculaba el ángulo adecuado para ajustar el encuadre antes de dejar pulsado el botón de disparo y lanzar la primera ráfaga.

—¿Inspector? —oyó a su derecha.

Reconocer las facciones de Clara Steinbach a pesar de que se ocultaban tras una gruesa capa de maquillaje le hizo abortar momentáneamente la misión.

—Frau Steinbach —reaccionó devolviendo el artilugio al bolsillo—. ¡Qué sorpresa!

—Vaya, eso mismo iba a decir yo. Disculpe, pero soy nefasta para retener nombres.

La mujer, generosa en carnes, tiró hacia arriba del escote para tratar de domar unos pechos rebeldes que se negaban a permanecer dentro del vestido. Durante la maniobra, el *pendentif* de oro con incrustaciones de aguamarina en forma de corazón no se salvó de ser engullido por tanta voluptuosidad.

—Inspector jefe Bauer.

—Eso es. Disculpe la pregunta, pero... ¿qué hace un inspector jefe de la Kripo en una gala benéfica? ¿Conoce a los Köller?

La locuacidad de Otto se vio interrumpida en el proceso de elaboración de la mentira, arte para el que estaba poco cualificado por falta de costumbre.

—¡Buenas noches! —irrumpió Birgit portando dos cervezas—. Me presento, soy Birgit Bauer, su hermana. ¿Y usted es?

—Es Clara Steinbach, directora del hospicio de Santa Eduvigis. Me preguntaba por el motivo que nos ha traído hasta aquí.

—El agradecimiento, nada más ni nada menos que el agradecimiento más sincero hacia la labor de Frau Köller. No sé si Otto se lo ha contado, no es

algo que le guste ir diciendo por ahí, pero ambos fuimos niños adoptados y llevábamos años tratando de asistir a este evento para poder compartir nuestra gratitud con las personas que posibilitan que los huérfanos tengan una oportunidad.

—¡No me diga! ¿De qué instituciones salieron?

—Yo de Santa Justina y él..., él pasó por todos los que había en aquella época, diría yo.

—Digamos que fui un niño travieso —intervino él.

—¡Y lo sigue siendo, si lo sabré yo! —apostilló Birgit reacondicionando las solapas del traje—. Travieso pero con buenos contactos, que son los que nos han facilitado las invitaciones.

—Ya veo, ya.

—Y ya que estoy delante de una eminencia en la gestión de centros de beneficencia, no quiero pasar la oportunidad de preguntarle qué opina sobre los rumores que circulan por ahí de la compra de niños —disparó Birgit.

Clara Steinbach dio un paso atrás y cruzó los brazos a la altura del pecho. El inspector jefe mantuvo la compostura y se limitó a asentir con la cabeza, como si estuviera al corriente de lo que decía.

—¿De qué rumores habla?

—Lo acabo de escuchar en el servicio, pensé que era *vox populi*. Parece ser que han descubierto que algunos desalmados están vendiendo niños al mejor postor falsificando no sé qué papel. ¡Ah, si te lo acabo de decir a ti, Otto!

—¿Ampliaciones de expedientes?

—Eso.

La mujer pestañeó dos veces y frunció los labios. Luego se tocó la nariz con el índice y desvió la vista hacia el suelo.

—¿Mencionaron de qué orfanatos se trataba?

—Si lo hicieron, debió de ser antes de que yo llegara.

—Ajá —pronunció aliviada.

—Cuando salí ya no estaban, lástima, podríamos preguntárselo si tanto interés tiene.

—No, bueno, seguramente se trate de un rumor infundado. Aunque parezca mentira, hay mucha gente que no quiere que sigamos cumpliendo con nuestro cometido social para que esos fondos que recibimos del Estado y de estas personas de corazón dadivoso se destinen para otros fines.

—¡Qué mundo este! —prosiguió Birgit.

—Si yo le contara... Ahora tengo que dejarles, no quisiera dejar a mi marido más tiempo, que por aquí hay mucha lagarta —bromeó—. Disfruten del convite —se despidió recuperando el rubor que la había abandonado hacía unos segundos.

Otto esperó a que desapareciera entre la gente y se bebió media cerveza de un trago.

—Hermanita, tengo que confesártelo: me das miedo.

—Ha estado a punto de desmayarse. Esa perra en celo es más culpable que los que se sentaron en el banquillo de Núremberg.

—Me he dado cuenta. Eres brillante.

—Gracias. ¿Pudiste hacer las fotos?

—No, iba a hacerlo y justo entonces apareció ella. Salgo a fumar fuera y lo vuelvo a intentar.

—Yo te espero por aquí, identificando al personal. Ya tengo otros cuatro, luego te los paso.

Otto la besó en la mejilla.

—Me das mucho miedo, pero mira que te quiero.

*Landsberger Allee. Berlín Oriental (RDA)*

Todavía le ardían los labios. Tras la cena la había llevado a casa y, cuando se detuvo frente al portal y le preguntó si estaba segura de la decisión que había tomado, ella le contestó sin pronunciar una sola palabra.

Realmente Erika era una mujer especial, única, recortada de algún patrón que, con total seguridad, se habría perdido en la noche de los tiempos. El comentario que había hecho en el restaurante más como una broma que como una posibilidad se había tornado ahora en una alternativa nada remota. ¿Y si la proponía como agente de apoyo? O, mejor aún, después de la misión, podría solicitar el regreso a Moscú e incluirla en el programa de formación. Luego utilizaría su influencia para que pudiera entrar en alguno de los directorios de la Stasi y, una vez dentro, crecer juntos en el plano personal y profesional. Puede que estuviera dejando volar su imaginación demasiado alto o demasiado lejos, pero, con el sabor de aquel beso todavía en los labios, nada parecía inalcanzable.

La noche del domingo parecía haberse tragado a todos los vecinos del barrio de Hohenschönhausen y los vehículos que aún circulaban por sus calles se contaban con los dedos de una mano. Llegando al muro exterior del complejo penitenciario, Viktor Lavrov intuía que aquella iba a ser una noche larga, pero que la recompensa, sin ningún género de duda, merecería la pena.

O eso creía.

*Palacio de Sanssouci. Potsdam (RDA)*

El pastel de carne con puré de patata y verduras frescas se había ganado el elogio unánime de los comensales. Estaban terminando de servir los postres cuando Birgit se percató de que Otto llevaba un buen rato sin hablar y tenía la mirada errática, difusa. Le preocupaba el hecho de que no hubiera dejado de servirse vino durante la comida y, habiendo sido testigo en incontables ocasiones de su manera de actuar impulsiva —impulsado por el alcohol—, trató de calmarlo.

—Relájate, estoy segura de que en algún momento aparecerá la oportunidad —le dijo al oído.

No contestó, concentrado en contener su ansiedad y ofuscación tamborileando con la cucharilla sobre el mantel de hilo.

—Los Köller serán los últimos que se marchen —prosiguió ella—. Y si es necesario nos acercamos a despedirnos y mientras yo...

No terminó la frase. De improviso, Otto dejó el cubierto, se incorporó y caminó ligero como si alguien estuviera persiguiéndolo. No se percató de que el perseguidor era su hermanastro hasta que lo vio entrar en el baño de caballeros detrás del anfitrión.

Birgit notó cómo el vestido disminuía de talla.

—¡Herr Köller!

Otto extendió el brazo en cuanto este se giró, del todo sorprendido primero, algo molesto después.

—¡Todo un honor saludarle en persona! —prosiguió mientras le estrechaba la mano manteniendo una extraña distancia. Extraña, sí, pero necesaria para conseguir el ángulo que necesitaba antes de presionar el botón, por suerte silencioso.

El hombre elevó la barbilla y la ceja izquierda como si hubiera detectado

algún peligro.

—Gracias —dijo soltándose—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Otto Bauer, inspector jefe al cargo de la brigada de la Kriminalpolizei de la comisaría de Karlshorst. Sé que usted es un depravado hijo de puta que secuestra niños de los orfanatos aprovechándose del buen nombre de su esposa para beber su sangre hasta que terminan muriendo y he venido a decirle que disfrute de sus últimos días de libertad, porque le voy a encerrar el resto de su miserable vida.

Eso es lo que le habría gustado decirle, aunque lo que le contestó en realidad fue un calco de lo que había improvisado Birgit delante de Clara Steinbach.

—He de decir que estoy francamente sorprendido, Herr Bauer. Conseguir una invitación no es tarea sencilla, pero, vaya, me alegro de haberle conocido. Ahora, si me disculpa...

—Claro. Por supuesto. Ya nos veremos —añadió antes de marcharse.

De regreso en la mesa, Otto agarró la botella de vino y se rellenó la copa.

—Lo cacé. Lo cacé bien cazado, Birgit. Ya es nuestro. Ese hijo de puta es nuestro.

### *Complejo penitenciario de Hohenschönhausen. Berlín Oriental (RDA)*

—¡Fischer, se trata del ministro Fischer! —reveló Raimond al fin, ajustándose al guion, tras aguantar una nueva sesión de interrogatorio.

—¿Oskar Fischer?

—¿Conoce otro Fischer que sea ministro de Exteriores?

—¡Ni se le ocurra faltarme al respeto! —le advirtió el del KGB apuntándole con el índice—. Espero que tenga pruebas consistentes para probar una acusación de esa envergadura.

—Las tengo.

—Dígame cuáles.

—Puedo mostrárselas, si así lo desea, pero no les va a salir gratis.

—No está en condiciones de pedir nada, Herr Krumm.

—Ya lo creo que sí —afirmó con rotundidad, a pesar de que su voz sonaba del todo extenuada.

—¿Tengo que volver a mentar a tu hijo Wilhelm?

—Ustedes sabrán si es más valioso lo que puedo entregarles que encerrar a un inocente más. No solamente puedo probar la relación entre Oskar Fischer y Hans-Dietrich Genscher detallando dónde han tenido lugar los encuentros entre las partes, sitios y fechas, también podría entregarles el dinero en efectivo que iba a acabar en los bolsillos del ministro.

El ruso entrelazó los dedos y adoptó una postura cómoda.

—Como pago por...

—No me tome por estúpido.

—Necesito que lo verbalice para que quede registrado en la grabación.

—Información.

—¿De qué tipo?

—Del tipo por la que un Gobierno pagaría, pero no pienso decir ni una palabra más hasta que me asegure mi futuro.

Viktor le enseñó el colmillo.

—Dígame qué pretende conseguir.

—Una condena mínima fuera de estos muros y que permitan a mi hijo salir del país.

El ruso mantuvo el rictus, a pesar de que al escuchar la segunda condición se le removieron las tripas.

—¿Y por qué querría Wilhelm salir del país? ¿Acaso es un activo del BND como su padre?

—Si lo fuera, ya estaría aquí. Esas son mis condiciones, tómelas o déjelas.

Raimond se la estaba jugando. Aquello no era lo pactado con él, pero resultaba evidente que había encontrado una falla en el plan del KGB.

—La primera parte de sus exigencias podría llegar a ser negociable, la segunda no.

—Solo desvelaré la información cuando mi hijo esté fuera de las fronteras de la República Democrática Alemana. Piénselo, hable con quien tenga que hablar y decidan. Y ya no tengo más que decirle —finiquitó haciendo alarde de una ataraxia tan imprevista como irritante.

Viktor Lavrov ladeó la cabeza y forzó una mueca tras la que intentó ocultar la frustración que le pudría por dentro.

—Muy bien. De momento pasará lo que queda de noche en una celda de aislamiento, por si se le aclaran las ideas. Mañana a primera hora volveremos a vernos, Herr Krumm.

Dicho eso, abandonó la sala mordiéndose el interior de los carrillos,

bloqueado, eligiendo el dolor físico como vía de escape.

*Palacio de Sanssouci. Potsdam (RDA)*

Podría decirse que el coñac no le estaba cayendo bien a Otto, pero no era el licor que tenía en la copa, sino el que circulaba por sus venas el que le iba a provocar la primera arcada. Por fortuna para él y desgracia para los zapatos de Birgit, el vómito no hizo acto de presencia hasta que estuvieron en los jardines. Minutos atrás, tirando de talento y talante, Birgit lo había convencido para poner punto final a la velada.

—Joder, creo que me he pasado bebiendo —evaluó tras restregarse la boca con la manga del traje.

—Sí, Otto, sí, yo también lo creo —convino ella—. Anda, vamos hacia el coche.

—Con este aire fresco en la cara seguro que se me pasa.

—Como si viene un tornado, hermanito. Voy a conducir yo.

El comentario le hizo soltar una carcajada tan estridente como desproporcionada.

—Mañana, en cuanto me despierte voy a llevar esta joya donde Thomas y no me pienso marchar hasta que me entregue las fotos.

—Me parece muy bien, pero ahora dame la cámara, que todavía la pierdes por ahí y, entonces sí, te mato como nunca te han matado antes. Suerte que no quedaba ya casi nadie, en algún momento pensé que ibas a sacar a bailar a la señora del vestido rojo.

—Era muy simpática.

—Lo que quieras, pero si no tenía cumplidos los setenta estaba a punto. Cuidado con esas piedras.

—Tranquila, que voy mejor de lo que parece. ¿Setenta? ¿Tanto aparentaba?

—No los aparentaba, los tenía.

De nuevo la risa floja.

—Ahí está el aparcamiento. No me parece a mí que muchos de esos coches se hayan fabricado con mano de obra socialista —observó con sorna—. ¿Nunca te he dicho en qué se diferencia el capitalismo del comunismo?

—Sorpréndeme.

—En que en el capitalismo el hombre es explotado por el hombre y en el

comunismo es justo al contrario.

—Joder, Otto, joder.

—Ahí tienes la prueba. La mayoría de esos cochazos los importan directamente desde Rusia, Polonia o Checoslovaquia y con la mierda de moneda que tenemos les obligan a pagarlos en dólares... ¿No es para morir de la risa? Nuestro alto funcionariado pagando en dólares americanos. ¡Mierda!

—¿Qué te pasa ahora?

—Ese es el matrimonio Köller, ¿verdad?

—¿Lo dices porque la señora en silla de ruedas a la que están ayudando a subir a su coche podría parecerse a la anfitriona de la gala benéfica? —se mofó.

—Un coche negro muy grande —rememoró—. Negro y muy grande.

—Sí, lo es. Como ese otro de ahí.

—No, ese es azul oscuro y no es tan grande. El bastardo hijo de puta se llevó a Imelda en ese coche —señaló—. ¡Es una niña, maldita sea! —gritó.

—Vale ya, Otto.

El inspector jefe se irguió.

—No, no vale —fue lo último que dijo.

Birgit ni siquiera se esforzó en preguntarle dónde iba corriendo como un poseso, mucho menos en tratar de detenerlo.

—Maldito loco.

*Taberna Wirtsgarten. Berlín Oriental (RDA)*

—Ponme otro.

El nuevo barman era tan frío y tan distante que Viktor Lavrov llegó a pensar que se trataba de uno de esos autómatas que se decía que estaban diseñando los norteamericanos para limar las imperfecciones humanas de los soldados de carne y hueso en una futurible Tercera Guerra Mundial. Para colmo era pelirrojo y tenía los ojos azules. Y pocas cosas le generaban tanta grima como los pelirrojos de ojos azules. Y si tenía pecas, significaba el acabose. Quizá la fobia se debiera a que en el lugar donde se crio había uno que no había cumplido los trece años y acarreaba más delitos de sangre a sus espaldas que Hitler y Stalin juntos; o puede que fuera porque, siendo niño, su vecina, la

señora Chmyrova, le había contado que Dios marcó a los descendientes de Satanás con el pelo rojo para que el resto de los hombres los pudieran distinguir. También cabía la posibilidad de que la animadversión que sentía por ese pelirrojo frío y distante tuviera que ver con que le hacía pensar en el tipo al que había sustituido, ese al que él había ordenado matar.

La realidad era que en ese momento detestaba a todo el mundo, pelirrojo o no —principalmente a Walter Krumm—; pero, por encima de todo y de todos, se odiaba a sí mismo. Era esa la razón que le había llevado a aquel tugurio y le retenía frente a aquel mudo vaso de vodka. No quería que Erika lo viera así, enfurecido por la derrota, enrabiado como un niño al que le han reñido sin razón, impotente por no haber sido capaz de prever una situación bastante previsible que ahora le tenía atado de pies y manos.

Y a todo ello habría que sumar el todavía latente y lacerante lastre de culpabilidad por la reciente muerte de Annike Popp.

De camino le había dado tiempo a diseccionar la coyuntura en la que se encontraba y la única opción viable pasaba por convencer a Erich Mielke de aceptar las condiciones impuestas por Raimond. Ello le iba a restar mucho crédito, pero en menos de veinticuatro horas Erika tenía que intervenir y eso no podía aplazarlo. Era de suponer que, en cuanto saltara la noticia de la destitución de Fischer, Alfred Weidemann vería la posibilidad de ocupar el cargo y llegaría a la conclusión de que le convenía contener sus impulsos sexuales. Al menos por un tiempo. No. Ambas acciones debían llevarse a cabo prácticamente de forma simultánea, por lo que no le quedaba otra que ceder a sus peticiones.

Sin resolver el dilema, el ruso tragó el vodka y le hizo una señal al pelirrojo para que le pusiera otro.

—Lo siento, camarada, pero tengo que cerrar —le anunció encendiendo las luces del local.

El psicólogo criminalista elevó la mirada y entonces lo comprendió todo.

Aquel descendiente de Satanás tenía pecas.

*Carretera B2 a 2 km de Potsdam (RDA)*

No recordaba la última vez que había tenido que conducir agarrando el volante con ambas manos o, lo que venía siendo lo mismo, no recordaba la

última vez que había conducido borracho.

Tan borracho.

Afortunadamente, había tan poco tráfico que tenía muchas más probabilidades de salirse de la carretera que de perder de vista esas dos luces que tenía a unos treinta metros de distancia.

El plan, si es que a dejarse guiar por un arrebató podía considerarse como tal, consistía en seguir el vehículo de los Köller hasta su vivienda. Una vez allí, echaría un vistazo a la propiedad y, si no encontraba a la niña, como cabía esperar, tenía decidido detenerlo y presionarlo hasta donde hiciera falta para que le confesara el paradero de Imelda. Bajo los efectos del alcohol, aquello era el plan perfecto, lícito además, habida cuenta de las muchas pruebas circunstanciales que, multiplicadas por su instinto y elevadas a la máxima potencia de la necesidad de hallar un culpable, señalaban a Martin Köller como la Araña.

En cuanto cruzaron el Havel, Otto Bauer apostó a que se dirigían hacia el sur, considerada la zona noble dentro de la ya de por sí linajuda Potsdam. No tardó en comprobar que estaba en lo cierto, haciendo que se dispararan las acciones avaladas por su intuición. Su perseguido redujo considerablemente la velocidad al entrar en la carretera que se adentraba en una zona boscosa circulando en paralelo al lago Templiner, momento que aprovechó para fijar su atención en la marca y el modelo del coche.

«ZIL-117», leyó.

La luz de la luna brillaba por su ausencia. Así las cosas, la escasa visibilidad unida a la reducción de sus facultades cognitivas le motivaron a soltar la mano derecha del volante y propinarse dos buenos tortazos en la mejilla que le ayudaran a combatir la somnolencia. Poco más tarde, las luces se detuvieron primero y desaparecieron en la oscuridad inmediatamente después. O al menos eso interpretó su cerebro. El de la Kripo dedujo que los Köller habían llegado a su propiedad y arrimó su coche todo lo que pudo a la linde del bosque. Agarró su Walther PPK y la linterna de la guantera antes de descender atropelladamente para recorrer a pie la distancia que le separaba del punto exacto donde dejó de ver los faros traseros que le habían guiado hasta allí. A unos treinta metros se abrió un camino de tierra a la derecha. Se agachó y comprobó que había huellas de neumáticos recientes. Al incorporarse, un vahído le hizo trastabillarse y valorar fugazmente que quizá no se encontraba en las mejores condiciones —ni con el atuendo más

apropiado— para llevar a buen término su prodigioso plan. Un destello lejano que apareció de la nada en medio de esa espesura terminó con el debate.

Había dado con la casa.

Aunque, en realidad, era la casa la que había dado con él.

Enfocando al suelo, avanzó despacio hacia la claridad. No tardó en divisar la entrada: una puerta de doble hoja incrustada en un muro de mampostería que, dio por hecho, rodeaba la propiedad. Apagó la linterna y, protegido por la vegetación, recorrió el perímetro hasta que se percató de que necesitaba evaluar la situación desde una perspectiva más favorable. El sonido de las ramas mecidas por la brisa nocturna era lo único que se escuchaba y quizá fuera eso lo que le empujó a buscar un árbol al que pudiera encaramarse. A pesar de la dificultad que entrañaba la escalada embutido en aquel traje dos tallas por debajo de su presente morfológico, alcanzó la altura que necesitaba. La casa no era de las más lujosas que había visto en su vida, pero sin duda era de esas que estaban al alcance de muy pocos en la RDA. También distinguió una pequeña huerta, un jardín y, algo más alejado, lo que parecía un gran cobertizo o una pequeña cabaña. Su cerebro procesó el hallazgo como la prueba irrefutable que faltaba, si es que aún había algún miembro de su jurado que no estuviera del todo convencido de la culpabilidad de Martin Köller.

Agitado, la siguiente etapa le llevó a repetir la suerte de la escalada, esta vez del muro, que, en honor a la verdad, no llegaba a ser ni disuasorio. En cuanto puso los pies en la propiedad que estaba allanando por iniciativa propia —alentado, eso sí, por las voces del coro conformado por el cóctel con sabor a cítrico, la cerveza, el vino y el coñac—, notó que el corazón le latía más rápido y con mayor intensidad. Empuñó con denuedo la pistola y encendió de nuevo la linterna decidido a averiguar qué había tras esa puerta de madera del cobertizo. El candado le forzó a buscar una alternativa y tras rodear la construcción resolvió que no existía otra que hacerlo a través de una de las dos ventanas divididas en cuatro por un marco. Algo le llamó la atención. Todos los cuadrantes estaban cubiertos por una fina capa de polvo, pero uno de ellos, el inferior derecho, presentaba las marcas de haber sido limpiado. Pasó la yema de los dedos por la superficie para confirmar que había sido desde dentro y una emoción muy primaria le hizo apretar los dientes. Acto seguido, tras un breve reconocimiento de la estructura, eligió el cuadrante inferior izquierdo, se metió el arma por dentro del pantalón antes de despojarse de la chaqueta para protegerse la mano y, sin pensárselo dos veces,

lanzó el rechazazo. El ruido que hizo el cristal al quebrarse no le pareció demasiado escandaloso como para alertar a los ocupantes de la casa, a los que imaginó dormidos tras la azarosa jornada.

Y en ese punto no se equivocaba, dado que Athos no ocupaba la casa, sino el porche trasero.

Otto alumbró el interior y descubrió herramientas varias y otros objetos cuya naturaleza no fue capaz de calibrar. Se disponía a meter la mano para alcanzar el pestillo cuando su sistema auditivo le alertó de que algo estaba aconteciendo a su espalda. Se giró para tratar de identificar la amenaza con el haz de luz, mas lo único que vio fue una mancha negra abalanzándose hacia él. Un automatismo le hizo dar un paso atrás e interponer el antebrazo izquierdo entre el agresor y su cuello, justo ahí donde amenazaban con cerrarse las fauces del dóberman. El dolor salió por su boca en forma de alarido al tiempo que caía hacia atrás superado por la fuerza de la embestida y lo sorprendente del ataque. En el intento de mejorar su tracción y con ello aumentar el rendimiento de sus músculos masticadores, Athos intentaba fijar sus patas traseras en la tierra, pero al no conseguirlo se conformó con clavar sus uñas en los muslos de su presa. Otto casi no distinguía el hocico del perro; no obstante, para saber que su vida corría serio peligro le bastaba con notar la presión ejercida por sus premolares, de más de cien kilogramos, triturándole la carne y la de sus colmillos desgarrando el tejido en cada feroz cabeceo del animal. La angustia y el suplicio físico avivaron su instinto de supervivencia lo suficiente como para arquear la espalda y meter la mano debajo hasta tomar contacto con la culata de la Walther PPK. A duras penas consiguió apoyar el cañón contra la garganta antes de quitar el seguro y apretar el gatillo. El gañido, tan agudo como efímero, precedió a la absoluta relajación de su prodigiosa musculatura y, por consiguiente, de la mordedura. En las milésimas de segundo que empleó el proyectil en encontrar la salida por la parte posterior del cráneo, Athos pasó de ser una bestia prodigiosa a un vulgar trapo sanguinolento de cuarenta y cuatro kilos.

Tras unos instantes necesarios para recuperar el aliento, Otto lo apartó con notable desdén y, todavía sentado, examinó su antebrazo. Expulsó todas las maldiciones que pudo recordar hasta que se dio cuenta de que tenía que priorizar el hecho de parar la hemorragia por encima de su alivio emocional. De haber tenido un cinturón, no se habría visto en la obligación de arrancar uno de los jirones a los que había quedado reducido el pantalón del traje y

anudárselo con fuerza a la altura del codo ayudándose de los dientes. Estaba tan enfurecido que se incorporó valorando seriamente si entrar en la maldita cabaña o ir directamente en busca del propietario y mandarlo al mismo sitio que a su diabólico perro.

La disyuntiva se volatilizó en cuanto recibió el golpe en la base del cráneo.

La siguiente incógnita se le planteaba a Martin Köller: ¿cómo hacer desaparecer el cuerpo de un inspector jefe de la Kripo?

## MALA HIERBA NUNCA MUERE

*Apartamento de Otto Bauer  
Barrio de Karlshorst. Berlín Oriental (RDA)  
13 de octubre de 1980*

La respuesta estaba escrita en el rostro de Heinrich.

—No ha pasado por casa.

Por comisaría tampoco. Era lo primero que Birgit había hecho al levantarse. En realidad, no. Lo primero había consistido en despotricar contra su hermanastro sin moverse de la cama durante el tiempo que necesitó para escapar de las sábanas. Finalmente se había acostado a las cuatro de la madrugada después de invertir casi una hora en encontrar un alma caritativa que la acercara hasta Berlín. La dejaron en el distrito de Treptow pensando en parar un taxi que la llevara hasta Rummelsburg; sin embargo, tras veinticinco minutos de gélida espera, resolvió ir andando, soportando un dolor de pies tan monumental como el cabreo que tenía por la repentina e imprevista reacción de Otto.

Ahora el enfado acababa de volatilizarse como si quisiera dejar espacio, más espacio aún, a la preocupación, sentimiento que se afanaba en ocultar al hombre que tenía delante.

—Si le ha pasado algo, quiero saberlo, Birgit.

—No lo sé, no estoy segura.

—Entra, no te quedes ahí.

Lo siguiente fue narrarle lo sucedido en versión reducida.

—¿Y no puedes cursar una orden de búsqueda o algo parecido?

—No, las cosas no funcionan así. Además, a Otto no le conviene que arme mucho revuelo con esto.

—A lo mejor está con Viktor. Sé que el otro día estuvo buscando el número de la mujer con la que vive, porque le escuché hablar con ella.

Heinrich fue al salón, abrió el cajón de la mesita sobre la que descansaba el teléfono y sacó una libreta.

—¿Puede ser este? «Erika Eisemberg» —leyó.

—Ese es. Dime.

Birgit marcó el número y aguardó.

—¿Erika? Soy Birgit, la hermana de Otto. Disculpa que te moleste, pero necesito hablar con Viktor. —Silencio—. Ah, entiendo. ¿Sabes si ha contactado con él? —Pausa—. Ya. Si tienes noticias..., ¿podrías contactarme en este número? —Pausa—. Gracias y disculpa de nuevo.

Chasqueó la lengua justo después de colgar.

—Dice que se ha marchado muy temprano al ministerio y que no sabe si han hablado o si se han visto.

—Me estoy empezando a poner nervioso.

—Seguro que hay una explicación, ya sabes cómo es. Tengo que ir a trabajar; no obstante, te prometo que en cuanto sepa algo te aviso. Y, por favor, si aparece por aquí, llámame de inmediato a comisaría. Si no estoy, pregunta por Franz y deja el recado.

—Sí, claro, claro.

Birgit se despidió fugazmente para tratar de esconder la desazón que estaba empezando a arraigar en sus entrañas. Antes de subirse en su coche ya había inventado dos historias por las cuales ese día iba a llegar tarde a su puesto de trabajo. Y justo después de pisar el embrague y meter la primera ya tenía trazado en su plano mental el itinerario más conveniente para llegar lo antes posible a Normannenstrasse.

*Despacho de Erich Mielke. Berlín Oriental (RDA)*

Por suerte, el máximo exponente de la Stasi había accedido a atenderle de inmediato. Había descansado poco y mal, pero se marchó sin despedirse para no verse en la necesidad de tener que mentirle u ocultarle la verdad en un día tan crucial para Erika.

Y para él.

Había experimentado algo inquietante al llegar a casa perjudicado por el

vodka y odiándose a sí mismo como odiaba al barman pelirrojo de ojos azules y tez pecosa. Erika dormía profunda y plácidamente a pesar de que restaban apenas unas horas para afrontar una situación de alto riesgo. Porque, por mucho que él hubiera tratado de quitarle hierro a lo largo de la cena, la casuística, infinita e imprevisible en casos así, conllevaba cierto peligro y que estuviera tan tranquila no dejaba de ser algo prodigioso.

En cuanto se sentó en su silla se puso en contacto con Mielke, sabiendo que él llegaba siempre a las siete de la mañana.

—Estaba esperando su llamada —le había dicho confirmando su sospecha de que ya estaría al corriente de las revelaciones de Raimond durante el interrogatorio—. Venga de inmediato.

No detectó irritación en el tono de voz y ello le ayudó a apuntalar la estrategia que había decidido seguir para lograr su desesperado propósito.

Su ordenanza le saludó con frialdad antes de hacerle pasar.

—El ministro le está esperando.

Tras una pose ensayada de macho alfa, el hombre que dirigía con rumbo firme el Ministerio para la Seguridad del Estado lo recibió con su mirada de morsa, en apariencia abúlica pero en constante estado de alerta.

—Oskar Fischer —pronunció a modo de conciso resumen.

—Eso parece, ¿puedo? —preguntó agarrando la silla por el respaldo.

El alemán asintió, hosco.

—Tengo que reconocer que, de confirmarse, la noticia no va a caer nada bien en el seno del Comité Central del partido. Su trayectoria ha sido intachable, a pesar de que hay que reconocer que viene sosteniendo una postura no tan conservadora como a algunos nos gustaría. Yo mismo le impuse la Orden del Mérito Patriótico hace seis o siete años... —añadió con aire acendrado, como si aquel episodio pudiera llegar a ensuciar su immaculada hoja de servicio.

—Por eso quería verle con tanta premura. Doy por hecho que ha leído el informe del último interrogatorio, en el que figuran las exigencias de Walter Krumm.

—Así es.

El ruso dejó pasar unos segundos por si Mielke tenía alguna valoración.

—¿Ya ha renunciado a obtener la documentación que menciona sin que tengamos que pagar ese elevadísimo —enfaticó— precio?

—Lo he llevado al límite, y estoy del todo convencido de que no voy a ser

capaz de que nos proporcione esa información si no nos plegamos a sus exigencias. Pero, además, en mi opinión debemos actuar con absoluta inmediatez, ya que con el paso de las horas podrían ocurrir dos cosas: que se retracte y decida no traicionar a los suyos o que fuerce la situación ampliando las condiciones. Creo, por tanto, y por eso he recurrido directamente a usted, que si queremos que nos entregue esa supuesta documentación que prueba que Oskar Fischer ha estado colaborando con su homónimo de la RFA, hay que hacerlo hoy mismo.

—Eso no es posible —dictaminó.

El ruso se armó de paciencia.

—Soy consciente de que los trámites para sacar a su hijo del país podrían llevar cinco o seis días; no obstante, se me ha ocurrido una posibilidad que consiste en ofrecerle una garantía.

—¿Se refiere a un papel firmado por mí?

—No. Mi idea es no comprometerle. ¿Ha oído hablar de Edwin Acker?

El ministro desvió la mirada con notable desdén. El aludido era un abogado que había sido detenido por conspirar contra los intereses del Estado. Por ello había pasado cinco años en prisión hasta que fue liberado gracias al interés que suscitó su caso fuera de las fronteras de la RDA. Desde entonces se había dedicado a denunciar la situación carcelaria de los disidentes políticos.

—Ese hombre está muy cerca de pasarse otra larga temporada en la cárcel.

—Lo sé, pero esa faceta suya de reconocido opositor nos puede servir de provecho. Quiero contactar con él y que levante acta del acuerdo con la condición de que se destruya al cumplir con nuestro compromiso. Al pie de ese documento figurará mi nombre y mi cargo dentro de la Stasi.

Erich Mielke se acarició la papada.

—¿Y usted cree que Walter Krumm lo aceptará?

—Sí, así lo creo.

—Póngalo en marcha —sentenció.

—Gracias por su confianza.

—Espero en que no se trate de ningún jueguito por parte de ese bastardo, porque de no ser ciertas las acusaciones su hijo habrá salido del país, pero él va a desear estar muerto. Y usted también —añadió.

—Cuento con ello. Una cosa más. ¿Informo al teniente general Wolf?

—No creo que pueda. No regresará hasta el miércoles y allí donde está no se le puede localizar, porque él no quiere ser localizado. Manténgame

informado de cualquier novedad y, por favor, asegúrese de que Edwin Acker no diga ni haga nada que pueda llegar a importunarme. Espero haber sido claro.

Viktor Lavrov entraba aliviado en las dependencias de la Administración 12, cuando la sargento Kunkel llamó su atención.

—Camarada comandante, Birgit Bauer, que dice ser amiga suya, ha preguntado por usted.

—Efectivamente, es una amiga. ¿Y qué ha dicho?

—Está abajo esperando.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Los rastros de sangre se hicieron visibles a la luz del día allí donde había caído Athos unas horas antes. La tristeza por la pérdida no le distrajo lo más mínimo del cometido al que debía enfrentarse y en el que había invertido casi todas sus horas de sueño.

Martin Köller había detectado su presencia incluso antes de cruzar el río Havel. A través del espejo retrovisor le llamaron la atención unos faros que oscilaban de un lado al otro de la carretera de manera casi pendular. Redujo la velocidad para comprobar que aquel vehículo lo estaba siguiendo. Y no fue necesario torturar sus neuronas para que estas le confesaran que el ocupante no podía ser otro que el inspector de la Kripo que de forma tan impropia le había abordado en el baño. De hecho, había acelerado su partida de la gala benéfica en cuanto Clara Steinbach le contó que aquella extraña pareja de hermanos había realizado unos inoportunos comentarios sobre los procesos de adopción que le hicieron saltar las alarmas. Demasiadas coincidencias solo podían indicar que algo no marchaba bien. Lo más conveniente era regresar a casa para valorar qué pasos le convenía dar. Sin embargo, mientras conducía tratando de que Doris no se diera cuenta de la situación, se le ocurrió que quizá podría sacar partido de aquella comprometida coyuntura. Así, actuó con total normalidad: acostó a su mujer y le dijo que él tardaría aún un buen rato, puesto que tenía que revisar una documentación que le habían hecho llegar desde el Ministerio del Interior, tarea que había pospuesto por anteponer la organización de la gala benéfica sobre sus quehaceres. Ella le agradeció cariñosamente su ayuda y se despidió hasta el día siguiente, sabedora de que

todo había resultado a pedir de boca. Poco más tarde, vigilando la entrada principal desde la ventana de su despacho lo descubrió saltando el muro con la torpeza propia de su ebrio estado. Era la oportunidad que estaba esperando. Se dio toda la prisa que pudo en llegar al porche y soltar a Athos, cuya rigidez muscular evidenciaba que ya había detectado al intruso. No tuvo que azuzarlo para que saliera disparado hacia el punto de luz que se movía en las inmediaciones del cobertizo. Lo perdió de vista cuando lo engulló la oscuridad que reinaba en el jardín, pero instantes después oyó un alarido que le invitó a recorrer la distancia armado con un grueso palo de madera que solía usar para jugar con Athos. Trotando a la velocidad que le permitía su avejentada condición física, alcanzó el lugar donde se estaba produciendo la refriega con la idea de rematar la tarea justo en el momento en el que sonó el disparo. Su sistema nervioso se paralizó al ver cómo aquel indeseable se quitaba de encima el cuerpo sin vida de su mascota; sin embargo, enseguida la perplejidad dio paso a la ira y arremetió contra él golpeándole en la cabeza tan violentamente como pudo. Habría apostado todo su capital a que lo había dejado seco, pero tras un breve examen ocular comprobó que el policía todavía respiraba. Solo la necesidad de averiguar qué información poseía y cómo había llegado hasta él evitó que diera rienda suelta a las ganas de destrozarle el cráneo. No le quedó otro remedio que arrastrarlo hasta una de las habitaciones del cobertizo, maniatarlo y amordazarlo. Aún tuvo fuerzas para enterrar a Athos cerca del huerto, donde la tierra estaba más suelta para excavar, pero, extenuado, tuvo que dejar pendiente de resolver el asunto de encontrar y deshacerse del vehículo en el que le había seguido. Así, se duchó y se metió en la cama pensando en cómo afrontar una tesitura cada vez más desfavorable, aunque no del todo insalvable.

Se conjuró para dormir algunas horas y, como si la crueldad quisiera cebarse con él, volvió a soñar que era enterrado vivo después de mucho tiempo. Empleó muchos minutos en reponerse del trauma evitando alterar a Doris, pero, cuando por fin lo logró, una idea cruel que planeaba en su subconsciente se lanzó en picado sobre él haciendo presa de su voluntad.

*Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

—¡Mierda! —calificó Viktor Lavrov tras escuchar en el vestíbulo del edificio

la explicación de Birgit. No la había invitado a subir a su despacho para evitar los trámites burocráticos y las preguntas incómodas que a buen seguro acrecentarían su ya de por sí comprometida situación.

—¿Cómo demonios se le ocurre salir detrás de él?! ¿Dónde se supone que tiene la cabeza?

—Tienes que ayudarme a averiguar la dirección de los Köller.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a presentar allí y vas a preguntar por Otto?

Ella frunció los labios y bajó la cabeza.

—Lo siento, pero resulta que justo ahora me pillas de mierda hasta el cuello y no puedo pensar con claridad. Necesito cerrar puertas antes de abrir otras.

—No disponemos de demasiado tiempo. Tengo un mal presentimiento, Viktor, sé que le ha pasado algo. Algo malo —precisó Birgit mostrando su cara más humana—. Tú solo consígueme la dirección y yo me encargo del resto.

Este murmuró algo en su idioma.

—Está bien. Haré lo pueda, aunque no va a resultar sencillo. Nada sencillo.

—Otto dice que tienes una varita mágica.

El ruso sonrió con tibieza.

—Eso dice, ¿eh? Dime cómo te puedo localizar, si es que obtengo algún resultado.

—Este es el teléfono del bar de Agnus —le anotó—. Yo ahora tengo que ir a revelar las fotos y luego...

—¿Qué fotos? —se interesó el del KGB.

—Perdona, con todo este lío se me ha pasado decírtelo: Otto logró hacerle algunas durante la gala de anoche.

—¿A Martin Köller?

Ella asintió, orgullosa.

—¿Tienes contigo el carrete?

—Sí, aquí tengo la cámara —confirmó introduciendo la mano en el bolso.

—Ponte cómoda —la invitó señalando los sofás del vestíbulo antes de extender la palma de la mano.

*Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Le vació encima el cubo de agua, disfrutó unos segundos de su reacción y se

volvió a sentar. Martin Köller llevaba un buen rato observándolo mientras visualizaba en su cabeza la negociación que iba a producirse en unos instantes con aquel entrometido. Presentaba un aspecto tan lamentable que incluso llegó a sentir lástima por él; fugazmente. La tez había perdido varios tonos por la pérdida de sangre, tiritaba y estaba tan debilitado que apenas si lograba mantener la espalda apoyada contra la pared. Las heridas del antebrazo izquierdo habían dejado de sangrar gracias al vendaje compresivo que él mismo le había aplicado, pero el destrozo producido por Athos hacía que el policía no pudiera borrar de su cara esa expresión de dolor tan angustiosa. Dejó que transcurrieran unos minutos más hasta que consideró que su contrincante había tomado contacto con la realidad y que había procesado la situación en la que se encontraba.

—Inspector jefe Otto Bauer.

Otto levantó la mirada evidenciando que el odio y el miedo son dos hermanos gemelos que, sin ser del todo idénticos, cuesta horrores distinguir. Tenía las manos fuertemente atadas por las muñecas con una soga que se tensaba entre sus piernas para hacer lo propio con los tobillos. Una mordaza le apretaba en la parte posterior de la cabeza, allí donde había recibido el golpe que lo dejó inconsciente.

—Le quitaré eso para que pueda beber, pero si se le ocurre hacer alguna estupidez le dejaré tieso con esto —dijo a título informativo mostrándole su pistola— del mismo modo que usted hizo con Athos. Se llamaba así: Athos y para mí era mucho más que un perro.

La deshidratación provocada por la ingesta de alcohol hizo que Otto bebiera de la botella hasta saciarse.

—Supongo que se estará preguntando por qué sigue vivo. Doy por hecho que es conocedor de mi dedicación profesional y, como experto en el arte de la negociación, tengo algo que ofrecerle a cambio de que me ayude a despejar algunas incógnitas que no me permiten conciliar el sueño. Pero antes de que se pronuncie, lo más justo es que sea consciente de lo que tengo pensado para usted en el caso de que se niegue a colaborar conmigo. ¿Ha oído hablar alguna vez de la tapefobia?

Otto no contestó.

—Lo entiendo, no es muy habitual. Es el término con el que se define el miedo irracional a ser enterrado en vida. Yo lo padezco desde niño, desconozco el motivo, pero aún hoy día sigo despertándome por la noche

empapado en sudor, casi sin poder respirar, angustiado por la sensación de estar encerrado en un ataúd a varios metros bajo tierra. Es una sensación tan horrible que no soy capaz de describirla con palabras. Es muy frustrante, créame. Siempre he deseado poder compartir esta aflicción con otra persona; sin embargo, nunca he odiado tanto a alguien como para hacerle pasar por ello.

Martin Köller sonrió.

—Hasta ayer —completó.

—Vete a cagar, jodido «comemierda» —musitó.

—Supuse que no iba a crearme, por eso lo he traído conmigo para que pudiera verlo —le indicó alargando el brazo—. Lo acercaré un poco más a la luz.

El de la Kriminalpolizei amusgó los ojos.

—Es un viejo baúl de madera de nogal que perteneció a mi suegra. Lo teníamos tirado en el fondo de un armario para guardar un montón de sombreros que ni siquiera recuerdo haber visto lucir a mi esposa. Diría que tiene más de cincuenta años, pero ya lleva incorporadas ruedas para facilitar el transporte. ¿Y ve los correajes? Excelentes —calificó—. El armazón es muy firme y los materiales de primerísima calidad. Es una pena que no pueda tocarlo. Ahora quiero que preste atención a esto —dijo indicándole con el dedo—. Es un agujero de ocho centímetros de diámetro en el que encaja a la perfección este tubo —le demostró—. Gracias a él, el aire del interior se renovará y podrá respirar durante los días que permanezca dentro, aunque a usted le parecerán semanas, puede estar seguro. Mide medio metro, que es la profundidad a la que voy a enterrar el baúl en mi huerto, justo al lado de donde enterré anoche a Athos, para que le haga compañía. Me temo que, además, no estará muy cómodo. Tendrá que encoger las piernas para entrar, pero se acostumbrará. Pasado un tiempo lo sacaré para que comparta conmigo su experiencia, lo alimentaré con suero solo con el fin de asegurarme de que no muera y le volveré a enterrar hasta que un día me aburra o se me olvide, o... vaya usted a saber. ¿Qué le parece?

—Me parece que de un momento a otro su jardín va a estar plagado de policías.

—He pensado en ello, pero, dadas las circunstancias, no estoy seguro de que eso vaya a producirse. No, no lo creo y le explico por qué. Hace aproximadamente diez horas que nadie lo ha visto y su acompañante en la gala

de ayer ya debe de haber denunciado su desaparición, tiempo suficiente como para que, si supieran cómo o dónde encontrarlo, ya lo hubieran hecho. Si está pensando en que alguien verá su Wartburg 313 abandonado en la carretera, ya puede ir tachando esa posibilidad, porque le certifico que nadie lo va a encontrar donde lo he hundido a primera hora de la mañana.

—La mujer que me acompañaba anoche también es policía y muy buena. La mejor —calificó con sinceridad—. Ella sabrá qué hacer para dar conmigo.

—Así que policía, ¿eh? No sé por qué, pero le creo. De todos modos, por muy buena que sea, le va a resultar poco menos que imposible averiguar mi dirección, ¿sabe por qué?

Otto bebió.

—Porque el partido me considera un ciudadano a quien hay que proteger, habida cuenta de la importante labor que realizo para el Estado socialista. Ni el ministro del Interior tiene acceso a esa información, así que tache también esa opción. ¿Empezamos? ¡Oh, pero qué tonto soy! Le he contado lo que le pasará si no colabora conmigo y no le he dicho lo que ganará en caso contrario.

—No me hace ninguna falta.

—Una muerte rápida y digna, ese es su premio. ¿Y bien? ¿Por cuál de las dos opciones se decanta?

*Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)*

—¡No puede ser! ¿Esto es todo lo que hay? —le preguntó Viktor al técnico del laboratorio.

—Sí, camarada comandante Lavrov, es todo lo que hay.

Eran cuatro fotos, de las cuales dos no podrían considerarse como tales por la indefinición de la imagen. En otra podría distinguirse parte de lo que parecía una boca y en la última aparecía un ojo gigante, parte de la ceja y el pómulo.

—Este modelo de Minox se usa para captar imágenes del exterior y está calibrada para abarcar grandes espacios, no para retratar personas —argumentó el técnico.

—Sí, ya veo, gracias —dijo antes de marcharse.

Birgit caminaba en círculos, visiblemente agitada y a la deriva en el enorme

vestíbulo del edificio.

—Esto es lo que hemos sacado en claro —le mostró.

—Pero...

—Pero sí, una basura —calificó—. Ahora tengo que dejarte. Prometo buscar la forma de dar con la dirección, aunque no te aseguro nada, esta gente sabe muy bien cómo protegerse. Lo siento, Birgit, me gustaría poder decirte otra cosa.

—Está bien, de acuerdo, está bien —repitió confusa guardando las fotos en el bolso—. Llámame si averiguas algo.

—Lo mismo te digo. Y no pierdas la esperanza de que aparezca de un momento a otro con una resaca descomunal.

—Ojalá fuera así, ojalá —deseó antes de dar media vuelta y enfilarse la salida arrastrando los pies y con los hombros caídos.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

—Una muerte rápida y digna, ese es su premio. ¿Y bien? ¿Por cuál de las dos opciones se decanta?

La única opción que Otto valoraba era ganar tiempo colocando todas sus fichas a un solo número: la pericia de Birgit.

—¿Quiere saber cómo hemos llegado hasta usted? Siguiendo el rastro de los cadáveres de niños que ha ido dejando a lo largo de su condenada existencia. Lleva secuestrando menores desde hace más dos décadas para chuparles la sangre hasta que terminan muriendo o decide matarlos. Es un jodido enfermo mental, una abominación, un maldito monstruo que está muy cerca de encontrar su merecido.

—Vaya, vaya... ¿Y cómo se supone que van a vincularme con esos hechos tan escabrosos?

—Conocemos el tinglado que tiene montado con algunos orfanatos, el sistema que emplea para borrar los registros de los niños que saca mediante engaños, con supuestas adopciones de clientes a los que usted dice representar y que no quieren dar a conocer su identidad. Lo sabemos todo.

Martin Köller se mantuvo impertérrito. En su semblante no había una sola señal de descomposición.

—Siendo así, me pregunto por qué no estoy entre rejas. ¿Será que no puede

probar lo que dice y que por ello anoche actuó de forma desesperada por su cuenta y riesgo? ¿Cree que soy tan estúpido de retener a los niños aquí, en mi propiedad?

—Sí, lo creo. Pero no por estupidez, lo hace auspiciado por la impunidad que le otorga su condición especial como ciudadano emérito de la República Democrática Alemana.

El de la Kriminalpolizei se vio tentado a citar el nombre de Niclas y la información que les había proporcionado, pero enseguida resolvió que podría venirle bien guardarse esa carta.

—Además —prosiguió—, contamos con los testimonios de algunas personas con las que compartió esas orgías demenciales a las que llaman Veladas Rojas.

—Fíjese que me extraña..., ni yo conocía sus nombres ni ellos conocían el mío. Sigue sin convencerme, inspector.

—Inspector jefe —le corrigió—. ¿Así que no conoce ningún nombre? ¿El de Mirta Schäfer no le dice nada?

Y, por primera vez, un movimiento leve aunque repetitivo localizado en su párpado derecho le hizo saber a Otto que había encontrado una falla por la que adentrarse en aquel complejo laberinto. Aprovechó los segundos de desconcierto para zambullirse en la conversación que mantuvo con Viktor sobre ella después de que el ruso se entrevistara con su expareja y un antiguo compañero de juegos.

—¿La ha visto? —quiso saber Martin Köller.

—No, yo no, pero mi compañera ha mantenido varios encuentros con la Dama y nos ha proporcionado detalles muy jugosos sobre los rituales y algunos de los participantes. También hemos hablado con su antigua pareja para completar y contrastar la información. ¿Cómo se llamaba?

A su interlocutor se le ensombreció la mirada.

—Sí, ya recuerdo: Wolfgang Fraatz.

—¿Todavía sigue viva esa maldita rata?

—Muy viva, puede estar seguro. Puede que sea un ser despreciable, sí, pero hasta donde yo sé no ha asesinado a nadie...

—¿Intentó matar a Mirta! —saltó Martin de forma tan repentina como exagerada—. ¡Y si no hubiera sido por mi esposa habría muerto desangrada! Pero eso seguro que no se lo confesó, ¿verdad?

—Se equivoca. Al principio omitió ese detalle, porque la había dado por

muerta. Sin embargo, cuando supo que estaba viva, nos detalló cómo había ocurrido todo aquella noche trágica, aunque no fue del todo necesario, porque Mirta ya nos lo había contado.

El hombre se incorporó de la silla haciendo alarde de una movilidad que no parecía corresponder a su edad ni a su aspecto físico.

—Mirta... —susurró.

—Una mujer muy especial, según me ha dicho mi compañera.

—Única. Una mujer única —definió con la voz tomada por la emoción—. Durante el tiempo que convivió con nosotros nos enseñó a sacar provecho de la existencia. Era como si hasta entonces hubiéramos estado muertos y, de repente, ella... Ella nos abrió los ojos.

Los siguientes minutos los dedicó a exponer las bondades de Mirta Schäfer como si hubiera sido el faro que hubiera guiado su vida hasta el puerto de la felicidad plena. Sin embargo, la pregunta que esperaba Otto Bauer tardó en llegar más de lo esperado.

—¿Está aquí, en Berlín?

El inspector jefe se limitó a sostenerle la mirada, desbocada, ansiosa.

—Así es —contestó.

Por fin tenía algo con qué negociar.

### *Bar de Agnus. Berlín Oriental (RDA)*

Birgit entró completamente azorada y se dirigió al teléfono. Sabedora de la vía de comunicación que tenían abierta Max y Otto, había tenido el acierto de pasar por allí y pedirle a Agnus que le avisara de manera inminente en el caso de recibir alguna llamada preguntando por su hermanastro.

—Sí, Max, soy Birgit —contestó.

—¿Sucede algo? —se anticipó él.

Ella invirtió menos de dos minutos en explicarle al detalle la situación.

—Bueno. Vamos a mantener la calma. Si Otto está en peligro, no arreglamos nada dejándonos consumir por el pánico. Supongo que has llamado a los hospitales por si hubiera tenido un accidente.

—Sí, a primera hora, y nada. También he llamado a las comisarías de la zona por si lo hubieran detenido por conducir borracho, pero tampoco. Sinceramente, no sé dónde más buscar. Bueno, ¿y tú para qué llamabas?

—Para darle una buena noticia; no obstante, con esto que me acabas de contar...

—¿Qué noticia?

—La pasada noche Niclas le confesó a Lucas de qué orfanato proviene y esta mañana he enviado a un grupo de agentes con una orden para registrar y requisar sus archivos. Cada vez estamos más cerca, pero ahora vamos a centrarnos en encontrar a Otto. En un par de horas estaré por allí, ¿de acuerdo?

—¿De verdad? Gracias, Max. Gracias de corazón.

La voz temblorosa de Birgit se descompuso aún más a través de la línea telefónica.

—Tranquila. Otto es mala hierba y ya sabes lo que dicen de la mala hierba, ¿no?

—Que nunca muere.

## NIDO DE VÍBORAS

*Ministerio para la Seguridad del Estado  
Distrito de Lichtenberg. Berlín Oriental (RDA)  
13 de octubre de 1980*

Se estrujaba las sienes con las palmas de las manos como si quisiera extraer ese zumo pernicioso que palpitaba dentro de su cabeza.

En lo que llevaba de una mañana que podría calificar como intensa, su mayor logro había sido avanzar en la negociación con Edwin Acker. Si bien no había obtenido la confirmación definitiva, el abogado disidente parecía dispuesto a prestar asistencia al detenido a cambio de una serie de garantías institucionales y una buena suma en efectivo, cantidad que, supuestamente, invertiría en otras causas que su organización tenía abiertas contra el Estado, pormenor que poco o nada importaba al del KGB. Más si cabe cuando lo que le estaba provocando la ebullición de sus neuronas era encontrar la manera de averiguar la dirección del matrimonio Köller. Era consciente de que la información personal de los ciudadanos eméritos de la República Democrática Alemana estaba clasificada y, por ende, casi no conformaban plural las personas que tenían acceso a ella. Sin embargo, por muy contadas que fueran, una de esas tendría que ser por fuerza Markus Wolf. En ese instante, un fogonazo le hizo modificar el semblante y, como por arte de magia, apareció dibujado en su mente el de otra persona: el del cabo segundo Hebert.

Instantes más tarde, el suplente del ordenanza personal del número dos de la Stasi se cuadraba frente a su mesa.

- ¿Me ha mandado llamar, camarada comandante Lavrov?
- Así es, pero ya te dije que me trataras por mi nombre.
- Tiene usted razón, aunque, la verdad, no me acostumbro.

—Entonces como tú prefieras, Gustav. Te he mandado llamar para felicitarte en persona por cómo resolviste el asunto de las dos invitaciones para la gala benéfica. Fue algo realmente emotivo para mí.

El cabo segundo Hebert elevó las cejas y liberó una tímida risita.

—Hice lo que usted me aconsejó, me mostré muy indignado y áspero, y dio resultado.

—Apuntas muy alto, ya te lo dije.

—Es usted muy considerado.

Viktor le devolvió la sonrisa.

—En mi país decimos que las palabras de agradecimiento no llenan ninguna despensa, así que... esto es para ti —dijo alargándole un billete de cincuenta marcos.

—Pero, camarada comandante, yo no puedo...

—Sí que puedes, créeme, por supuesto que puedes. Y debes —añadió.

El uniformado hizo la pinza con el índice y el pulgar y se lo introdujo rápidamente en el bolsillo interior de la guerrera.

—Gracias.

—No hay de qué. Ahora, con estos otros veinte, te voy a pedir que envíes al domicilio de la señora Köller un bonito ramo de flores. Te lo encargo a ti porque estoy convencido de que tienes mucha más sensibilidad que yo para elegir el más acertado y conveniente. Y, por favor, que sea hoy mismo. ¿Verdad que no tiene nada que ver recibir un regalo en la fecha indicada que al día siguiente de la fecha indicada?

—Nada que ver. Yo me encargo no solo de enviarlas hoy, sino de que lleguen antes de que termine la jornada. Sin problema, Viktor —se lanzó.

El ruso teatralizó una mueca de complicidad.

—En realidad, Gustav, sí hay un problema. El camarada teniente general Wolf no ha regresado todavía, ¿verdad?

—No, según su agenda no lo hará hasta el miércoles.

—Ya. Resulta que, como a buen seguro ya sabrá, los Köller son ciudadanos eméritos de la República Democrática Alemana y, por tanto, su dirección no es pública. Se lo preguntaría directamente a Misha, pero... qué faena.

—Sí, sí que lo es.

—¿No me dijiste el otro día que en ocasiones ayudabas al ordenanza personal del camarada teniente general Wolf a ordenar sus archivos?

—Sí, creo que lo he hecho tres o cuatro veces.

—Pues entonces eres la persona indicada para encontrar esa dirección, ¿no crees?

—Camarada comandante, yo no sé si...

—Yo sí sé, Gustav, yo sí sé. Eres el ordenanza en funciones y, por tanto, el único que tiene acceso a su despacho. Además, estoy seguro de que con tu talento serás capaz de encontrar lo que te pido en un abrir y cerrar de ojos.

El cabo segundo Hebert se limitaba a eso, a abrir y a cerrar los ojos.

—No perdamos más tiempo. No me moveré de mi despacho hasta la hora del almuerzo, tiempo de sobra para que encuentres lo que necesitamos.

—Pero... si ya son casi las doce.

—¡Ánimo, Gustav! ¡Ánimo!

—Enseguida, camarada comandante.

En cuanto salió de su despacho, la sargento Kunkel tocaba la puerta con los nudillos.

—Adelante.

—Han llamado de parte del abogado Acker. Acepta, pero exige que el dinero se deposite en efectivo esta misma mañana si quiere que esté en Hohenschönhausen a la hora convenida.

—Encárguese personalmente de que así sea, la operación ya está autorizada por el ministro Mielke.

La mujer hizo un movimiento con la cabeza y antes de que desapareciera a Viktor Lavrov no le quedaba ni rastro de aquel incesante palpitar.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

A pesar del agotamiento mental y el dolor físico, Otto no cejaba en su empeño de ganar tiempo alimentando el discurso de Martin Köller. El montón de fichas aumentaba en el casillero de Birgit, pero, sabedor de que iba a necesitar mucho más que eso para que la caprichosa fortuna le sonriera, resolvió manipular aquella ruleta conversacional.

—Si tanto le apetece verla, yo puedo llevarle hasta ella —contestó.

Martin elevó las cejas y se reclinó en la silla.

—¿Haría usted eso por mí?

—Sí, aunque primero quiero ver cómo destruye ese baúl.

—Vaya, así que no le ha gustado mi idea de experimentar qué se siente al

ser enterrado vivo... ¡Qué decepción! Déjeme pensar... A ver, a ver. Tengo un coche con un maletero muy amplio en el que podría viajar cómodamente. Dígame, ¿tendríamos que desplazarnos muy lejos?

—Calculo que entre treinta y cuarenta minutos.

Otto consultó su reloj y frunció el ceño.

—¡Ohhh, maldición! No va a poder ser —valoró—. Dentro de media hora usted ya habrá cedido a los efectos de la ketamina. Y cuando vuelva en sí, amigo mío, estará metido dentro de ese baúl a varios metros de profundidad.

El de la Kripo centró su atención en la botella de agua.

—Jodido «comemierda» —masculló.

—¿En serio me cree tan estúpido como para ir de paseo con usted para ver a Mirta? En primer lugar, no estoy del todo seguro de que sepa dónde encontrarla, pero, de ser así, no creo que me esté esperando ahora mismo en su salón dispuesta a recordar viejos tiempos. Al margen, ya le he sacado la información que necesitaba para saber si estoy o no en peligro.

—No le he contado todo; de hecho, casi no le he contado nada.

—Lo suficiente para estar seguro de que hay muy pocas personas al corriente de los hechos, probablemente solo usted y esa mujer policía; y que saben muchas cosas sobre mi pasado y presente, pero que aún no son capaces de probarlo. Pero le digo más: ahora estoy bastante más tranquilo que cuando empecé esta negociación, porque, ya debería saberlo, su trabajo no concluye con la identificación del culpable, termina en el momento que pueda probar que lo es.

Otto empezó a notar que le picaban los ojos. Tenía que mantenerse despierto como fuera para disparar sus últimas balas.

—Mi compañera tiene las fotos que le saqué ayer en el baño. Fotos en las cuales le reconocerá una persona que está dispuesta a testificar en su contra. Alguien que le ha visto meter a su última víctima en el maletero de su flamante ZIL-117 —improvisó a la desesperada.

Martin Köllerladeó la cabeza y proyectó los labios hacia delante.

—Puedo estar equivocado, inspector; sin embargo..., yo creo que el testimonio de un gitano como única prueba en mi contra va a pesar muy poco en la balanza, si, llegado el caso, tengo que hacer uso de mi agenda.

—¿Dónde está Imelda? —masculló.

—La he tenido que trasladar a otra propiedad que tengo. Este ya no es un sitio seguro. Hace un par de días me la encontré tirada en el suelo, allí mismo

—señaló con cierto desdén—. Al parecer se había golpeado la cabeza contra la pared tan fuerte que perdió el conocimiento. Tengo que limpiar esa sangre —se recordó a sí mismo—. En condiciones normales ya estaría en el fondo del lago junto a los demás, pero esa niña es especial. Me he encaprichado con ella, lo reconozco.

Fue entonces cuando, alimentado por la ira, Otto Bauer juntó la energía que le quedaba para derivarla a sus piernas y abalanzarse sobre el monstruo que tenía delante. La suela del zapato al impactar en su cara le hizo caer de espaldas y quedó boca arriba en una postura tan cómica como comprometida. Lo siguiente que sintió fue un intenso dolor que partía de su antebrazo izquierdo y atravesaba su cuerpo con vergonzosa impunidad hasta explotar en la corteza somatosensorial como un orgasmo lacerante. Un chillido prolongado fue la única forma que encontró para combatirlo hasta que Martin Köller decidió levantar el pie de la zona dañada.

—Grita lo que quieras, aquí dentro nadie puede oírte.

Todavía en el suelo, barrenado mentalmente por su rival y consumido por el suplicio físico, Otto adoptó una posición fetal y se dejó arrastrar por los efectos sedantes de la ketamina hacia un aletargamiento del que deseó no despertar jamás.

### *Bar de Agnus. Berlín Oriental (RDA)*

Las mesas empezaban a ocuparse por los estómagos hambrientos de quienes habían arrancado la jornada mucho antes de que despuntaran las primeras luces del día.

—Max, no sabes lo feliz que me hace poder verte —le recibió Birgit antes de dejarse abrazar.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. No ha pisado la comisaría y hace unos minutos que he vuelto a hablar con Heinrich y tampoco sabe nada de él. Me ha costado convencerle de que se quedara allí por si aparece. El pobre está al borde del colapso, como yo.

—Mantengamos la cabeza fría en la medida de lo posible, tiene que haber una explicación. De momento, necesito un café.

—Yo llevo tres, no creo que el cuarto me haga nada bien.

Agnus tomó nota.

—Sentémonos un segundo —propuso Max Pekeler.

El comisario de la Bundeskriminalamt tejió un resumen de la situación con los retales de información que Birgit le había proporcionado por teléfono. Esta recogió el testigo para valorar las opciones que tenían: una mala y la otra peor.

—Lo que tenemos que decidir es si denunciar o no la desaparición. Hacerlo implica admitir que Otto seguía inmerso en la investigación de los niños desaparecidos que el comisario principal Schoenberg le había ordenado abandonar. Es decir, que le van a sancionar sí o sí. Ahora bien, no denunciarlo supone que entre tú y yo tenemos que buscar la forma de dar con él y no sabemos siquiera por dónde demonios empezar.

—Esa decisión te corresponde tomarla a ti, Birgit; no obstante, si quieres mi opinión, yo agotaría todas las posibilidades durante el día de hoy. Se me ocurre que podríamos salir a buscar su coche. No creo que haya muchos Wartburg 313 Sportwagen por esa zona tan egregia. Quizá alguien lo haya visto, no sé.

—Podría ser. Me encantaría que se hubiera quedado durmiendo la mona por ahí, pero he visto a Otto irse a la cama en peores condiciones y estar a las ocho en punto en comisaría. Bueno, ya está. No perdamos más tiempo, vamos a hacer lo que propones y crucemos los dedos.

No se había terminado de abrochar el abrigo cuando Agnus gritó su nombre.

—¡Es el ruso de la cara taladrada!

—¡Voy! —respondió exaltado.

Y fue.

—¡Viktor! —Pausa—. No, todavía no sabemos nada nuevo, pero ha venido Max a ayudarme y estoy algo más tranquila. —Silencio—. ¿La tienes? ¡¿De verdad?! —Silencio prolongado—. Soy policía, ¿recuerdas? —dijo ella cambiando el tono—. Iremos a echar un vistazo y en función de lo que nos encontremos actuaremos en consecuencia. —Pausa—. Te repito que sé muy bien cómo tengo que actuar. —Silencio—. Gracias, Viktor, no sé cómo agradecerte que... —Pausa—. Sí, te llamo con cualquier novedad. Gracias, Viktor, de verdad, gracias.

En cuanto colgó se dispuso a hacer la siguiente llamada.

—Gustav, soy Viktor de nuevo. Aborta el envío, acabo de recordar que Frau Köller mencionó que era alérgica al polen. Siento la molestia. Quédate con los

veinte.

Acto seguido marcó el número de teléfono del Comité para el Desarrollo del Deporte.

—Buenos días, soy Viktor Lavrov. Con Erika Eisemberg, por favor.

—No cuelgue.

Aquellos segundos se le hicieron eternos.

—Anoche no te sentí llegar ni te oí marcharte, pero sé que has dormido a mi lado.

Al ruso le alivió no detectar reproche alguno en su tono.

—Por eso te llamaba, para darte los buenos días, preciosa. Llegué tarde a casa y me he marchado muy temprano. Hoy es un día complicado.

—¡Qué me vas a contar a mí! Llevo toda la mañana alterada, tratando de no pensar demasiado en... ya sabes.

—Sí, ya sé. Siempre hay una primera vez para todo, es normal que estés nerviosa. Trata de no darle muchas vueltas, todo está bajo control.

—Supongo que tienes razón.

—¡Por supuesto que la tengo! —bromeó—. ¿Tienes alguna duda sobre el procedimiento que debes seguir?

—No, ninguna.

—Bien. Yo estaré a las ocho en punto en mi puesto, observándote en todo momento. Saca guapo a ese cabrón pervertido.

—Nos vemos en casa.

—Nos vemos en casa —repitió.

*A 6 km de Potsdam (RDA)*

—No debería de estar muy lejos ya —estimó Max Pekeler volviendo la cara hacia Birgit, que no había quitado la vista de la ventanilla desde que se subió en aquel Volkswagen Golf que parecía recién salido de la factoría de Wolfsburg.

—Esta tiene que ser la carretera que bordea el lago que nos han dicho; ahora bien, no veo ninguna indicación con los números —dijo ella con la voz tomada por la tensión del momento.

—Por no verse, no se ven ni las casas. Desde luego, si uno no quiere ser molestado, este es el lugar ideal.

—¿Qué dice ese cartel?

El comisario redujo drásticamente la velocidad.

—¡Ahí es! —chilló Birgit con mucho más énfasis del que le habría gustado.

—¿Ves? Ya estamos.

—¡Ya estamos, ya estamos! —repitió como si Otto le estuviera escuchando.

Max estacionó a unos cincuenta metros de la entrada principal de la finca y dio unos golpecitos en el volante.

—Bueno, ¿entonces lo hacemos como te he dicho?

*A priori*, la idea podría parecer estrambótica, pero era la única forma de poder entrar en la casa y que les permitieran revisar cada rincón sin la necesidad de tener una orden de allanamiento. De hecho, Max Pekeler ya había probado su eficacia no hacía demasiado tiempo, cuando tuvo que ingeniárselas para inspeccionar las instalaciones de una fábrica siderúrgica construida en unos terrenos que no estaban dentro de su jurisdicción federal. El atuendo y la falsa acreditación la llevaba siempre en el maletero, ya que le servía de tapadera en el caso en el que las Tropas de Frontera le preguntaran por su ocupación profesional.

Birgit asintió.

—Déjame que yo lleve el peso de la conversación, ¿de acuerdo? Tú céntrate en los detalles. Toma, ponte la bata y métete estos guantes en los bolsillos. Eso es. Que sobresalgan un poco para que los vean. Cuélgate la acreditación del cuello; es genérica, pero da el pego. Esos tarros tienen polvos de talco, agarra uno cualquiera.

—La bata me queda bastante justa.

—A mi compañero Rudolf lo llamamos «Tapón», imagínate por qué. No te abroches los dos botones de arriba y listo. ¿Preparada?

Ella pareció dudar unos instantes.

—Preparada.

Max presionó el timbre y ambos se cuadraron frente a la puerta. Tras esperar un tiempo prudencial, repitió la operación.

—Si no abre nadie, te juro que yo entro igual —le susurró Birgit—. De aquí no me marchó sin revisar la casa palmo a palmo.

—Contaba con ello. Vamos a esperar unos minutos por si acaso.

Pero fueron segundos.

—¿Quién es? —oyeron desde el otro lado del portón.

—Buenas tardes. Somos los del control de plagas. Venimos por lo de las

víboras. Lamentamos el retraso, pero no nos ha resultado sencillo encontrar la casa.

—¿Las víboras? ¿Qué víboras?

—¿No recibió la comunicación? Tenemos una plaga de víboras en la zona y tenemos que localizar los nidos.

—¿Y no pueden esperar a que regrese mi marido?

Max y Birgit cruzaron sus miradas.

—Sentimos importunarla, pero llevamos varios días en la zona y tenemos que terminar hoy, porque mañana nos envían a otra zona.

—Entiendo. Aguarden un segundo.

Una señora en silla de ruedas.

—Le dije a Martin que este picaporte debería estar algo más bajo para que yo pueda alcanzarlo sin correr el riesgo de caerme —valoró en voz alta—, pero... Pasen, pasen, no se queden ahí parados.

—Gracias, Frau...

—Köller.

—Ella es mi compañera Claudia Woidke y yo soy Matthias Jahn. De verdad que lamentamos la molestia, trataremos de hacer nuestro trabajo lo más rápido posible.

—No son ninguna molestia; no obstante, hace un ratito se ha marchado mi esposo a Potsdam a comprar no sé qué me ha dicho y antes de abrir la puerta a nadie prefiero asegurarme de que..., bueno, usted ya me entiende. No solemos recibir muchas visitas por aquí, hace semanas que no viene el cartero.

—Pues quizá por ello no haya recibido la carta —aprovechó—. Hemos recibido varias llamadas de vecinos de la zona avisándonos de que tenían una serpiente en el baño, en la cocina, en el jardín..., estos reptiles se cuelan por cualquier sitio. El asunto es que este tipo de víbora cuando anida tiene entre veinte y treinta crías —improvisó— y pueden resultar muy molestas. Su mordedura no es mortal si se trata a tiempo, pero, por suerte, no hemos tenido ningún caso grave registrado por aquí.

—Vaya, vaya. La verdad es que no nos relacionamos mucho con los vecinos desde que me casé en segundas nupcias con mi novio metálico —bromeó Frau Köller golpeando con la mano la silla de ruedas—. ¿Qué necesitan?

—Mi compañera Claudia revisará el jardín y yo me encargaré de las tuberías. Por precaución vamos a emplear este producto. Es totalmente inocuo para el ser humano, pero a los reptiles los ahuyenta.

—Ustedes hagan lo que tengan que hacer, yo estaré entretenida con mis petunias si necesitan algo. ¡Pero qué desconsiderada soy! No les he ofrecido nada. ¿Café, té, agua?

—Nada, gracias. Es usted muy amable, Frau Köller. La avisamos en cuanto terminemos. Claudia, aplica el TX en la zona perimetral y si detectas algún nido avísame de inmediato.

Birgit oyó lo que dijo, pero su atención estaba puesta en el cobertizo que se erigía en el extremo opuesto del jardín.

*Complejo penitenciario de Hohenschönhausen. Berlín Oriental (RDA)*

Viktor se había marcado el objetivo de despachar aquel trámite en menos de una hora. Porque si había algo de lo que siempre procuraba huir como si se tratara de la cabeza de un tiñoso era de tratar con abogados. Más si cabe con uno que había manifestado su rechazo frontal al sistema comunista. A Edwin Acker solo le faltaba ser pelirrojo de ojos azules y con pecas para hacerse con su galardón particular de persona más indeseable del planeta.

Entró en la sala donde ya tenía que estar esperándolo con el acuerdo revisado y firmado por su parte. Y estar estaba, pero nada más.

—Gracias por venir, abogado. Soy Viktor Lavrov —se presentó ofreciéndole la mano.

Sus globos oculares, agrandados por los cristales de aumento de sus gafas, sumado al corte de la cara, ovalada, le conferían un aspecto de batracio apocado en perpetuo estado de alerta. Una barba rala y canosa combinada con la rebeldía del escaso cabello superviviente en las sienes tampoco jugaba a su favor, taras todas que el letrado parecía querer contrarrestar con cierta elegancia en el vestir.

—No esperaba a alguien tan joven —observó Acker.

—Lo tomaré como un cumplido. ¿Empezamos?

—Verá. En el poco tiempo que hemos tenido para revisar el acuerdo, hemos detectado un par de especificaciones que querría discutir con usted antes de estampar mi firma y la de mi cliente. El acuerdo, básicamente, está supeditado a que Herr Krumm pueda acreditar la declaración que, dicho sea de paso, ustedes han obtenido saltándose la normativa internacional que rige...

—Abogado —le interrumpió—. Respóndame a esta pregunta, se lo ruego.

¿Ha recibido usted la cantidad acordada como pago por actuar como garante del cumplimiento de las condiciones pactadas que figuran en esos papeles?

—Precisamente a eso me refiero, a que las condiciones pactadas no son...

—Respóndame a la pregunta, por favor. ¿Ha recibido usted el pago sí o no? Este frunció los labios exteriorizando su inconformidad.

—Sí, lo he recibido.

—Entonces, firme el documento u ordenaré su inmediata detención por intento de fraude al Gobierno de la República Democrática de Alemania.

Edwin Acker adoptó una pose de dignatario indignado y entrelazó los dedos de las manos sin despegar la mirada de la del ruso.

—Las amenazas no funcionan conmigo, Herr Lavrov.

—Con personas como usted funcionaría mejor un disparo en la cabeza, pero me he comprometido con el ministro Mielke a resolver este asunto de manera civilizada.

El abogado pestañeó dos veces.

—Firme el maldito documento —insistió.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Max Pekeler terminó de revisar el interior de la aristocrática vivienda repartiendo polvos de talco por sumideros y rincones recónditos susceptibles de albergar imaginarios nidos repletos de huevos de víboras. En cuanto salió afuera se encontró con la afable mirada de Frau Köller.

—Ya puede dormir tranquila.

—A mi edad permanecemos más tiempo tumbados en la cama que dormidos, pero se agradece que a una no le despierte el sonido de un cascabel.

El comisario le sonrió.

—Por esas tampoco tiene que preocuparse, viven muy lejos de aquí. ¿Ha visto a mi compañera?

—Hace un rato estaba detrás del cobertizo.

—Voy a ver cómo lleva su parte.

—Está usted en su casa.

—Gracias.

La descubrió dando golpecitos con la parte blanda del puño sobre los gruesos listones de madera.

—Birgit —la llamó.

—Hay sangre en el césped y el cristal de una de las ventanas está roto. Tiene que estar aquí dentro, Max, lo sé. ¡Tenemos que entrar! También me he fijado en que tienen una caseta de perro en el porche trasero y tiene restos de comida en el plato. Aquí ha pasado algo. Estoy segura —certificó con la voz tomada—. ¿Dónde demonios está el perro?

—Vale. Está bien. Quédate aquí y no hagas nada. Encontraré la forma de que nos permita inspeccionarla.

Max caminó sosegado conteniendo la ansiedad de la que acababa de contagiarse.

—Frau Köller, ¿le puedo preguntar qué hay dentro del cobertizo?

—¡Uy! Pues si le digo la verdad, hace años que no tengo que entrar ahí para nada. Es el reducto de mi marido. Creo que guarda herramientas y demás cosas inservibles de la casa que yo le pido que tire a la basura, pero él se niega a desprenderse de ellas.

—Tenemos que revisarlo a fondo. Seguramente haya objetos oxidados y no hay olor que les atraiga más a los reptiles que el del óxido —se inventó.

—¿De veras?

—Créame. Si hay algún nido en esta área, lo cual es bastante probable, estará ahí dentro.

—Entiendo, entiendo. El caso es que yo no tengo la llave de ese candado ni sé dónde está. Me temo que van a tener que esperar a que regrese mi marido.

—Verá. Me he fijado en que hay una ventana rota por la que...

—¿Una ventana rota? —preguntó extrañada—. Martin no me ha dicho nada.

—Podríamos entrar por ahí y así no le hacemos perder más el tiempo. Además —añadió bajando la voz—, no le diga nada, pero Claudia está deseosa de marcharse. Hace dos días que no ve a sus tres hijos y ya sabe cómo son estas cosas.

—¡Ay, pobre! Entren, entren. Terminen cuanto antes y regresen a sus casas.

—Es usted un encanto de mujer. Otra pregunta: ¿tienen perro?

—Claro, Athos. Lo que pasa es que es un aventurero. Entra y sale cuando le viene en gana por esa parte del muro que está en reparación —señaló— y a veces se pasa todo el día fuera hasta que oscurece. Ese veneno que están esparciendo por ahí no le hará ningún daño, ¿verdad?

—Ninguno. El TX solo ahuyenta a animales sin patas que se arrastran por el suelo. Reptiles —concluyó—. Enseguida volvemos.

No mucho más tarde, sentados en el Volkswagen Golf, el semblante de Max era el reflejo de la frustración; el de Birgit, de la desesperación.

—Vámonos de una vez —dijo ella.

Algo después, Martin Köller regresaba a la casa. Cuando se disponía a besar a su mujer en la frente, esta le tendió los brazos. Él se arrodilló, agarró sus piernas y acomodó la cabeza sobre su regazo.

—Acaba de marcharse la policía —le susurró ella mientras le masajeaba la nuca.

# SIMPLIFICAR

*Complejo penitenciario de Hohenschönhausen  
Distrito de Hohenschönhausen. Berlín Oriental (RDA)  
13 de octubre de 1980*

A esas alturas, Viktor Lavrov no sabía con certeza si el paracaídas iba a abrirse o no y, en caso afirmativo, si caería en campo abierto o en un campo de minas. No había opción buena, porque cuando te lanzan tras las líneas enemigas solo existen alternativas menos malas que otras.

Acertar en la toma de decisiones era del todo vital.

Ya había consumido demasiada energía en conseguir que el condenado abogado firmara el documento original sin caer en sus provocaciones. A punto de entrar en la sala de seguridad a la que habían trasladado a Raimond tras pasar la noche en la Sala de Torpedos, confiaba en que el veterano agente del BND no le regalara ninguna otra sorpresa y cumpliera con lo acordado. Podía oler el perfume almibarado de Edwin Acker, quien lo seguía a dos pasos de distancia custodiado en todo momento por dos agentes del Servicio de Inteligencia en el Extranjero de Markus Wolf.

—Camarada comandante Lavrov —le saludó el funcionario del servicio de prisiones de la Stasi—. El prisionero 5A-122334 ha solicitado hablar con usted a solas.

Una fuerte ráfaga de viento. Mala señal.

—Aguarden aquí.

Puede que Walter Krumm pareciera una momia a punto de ser embalsamada, pero su mirada lucía sorprendentemente viva. Antes de abrir la boca esperó a que el ruso de los ojos saltones se sentara.

—¿Conseguiste lo que querías?

—¿Te refieres a tus exigencias?

—No. Doy por hecho que eso lo tienes. Hablo de tus propósitos, ¿lo vas a lograr?

—La vida siempre nos tiene reservadas sorpresas, algunas son agradables y la mayoría no. En breve sabré qué tiene reservado para mí.

—¿Merece la pena?

—Yo solo soy un interviniente más, como tú. Un día decidimos jugar a un juego en el que las reglas las ponen otros.

—Nosotros solo somos las piezas y alguien nos mueve —valoró.

—Puede ser, aunque en algún momento tú elegiste en qué lado del tablero ponerte, Raimond —enfaticó para recordarle el pseudónimo tras el que se había ocultado durante décadas.

Walter Krumm se frotó la cara y negó con la cabeza.

—¿Seguro? ¿Tú estás seguro por completo de qué lado estás?

—No sé si es del todo necesario, la verdad.

—Ya. Eso pensaba yo. ¿Y Annike?

Viktor Lavrov apretó los dientes e inspiró de forma prolongada, como si estuviera aspirando la cuestión antes de masticarla.

—Me encantaría poder mantener esta charla en otro contexto, quizá pueda darse en otra vida, ¿quién sabe? Pero hoy, mi estimado rival y amigo, o camarada y enemigo, tenemos otros compromisos que no puedo aplazar. Así que, si te parece, hago pasar al abogado Acker, comprueba que el acuerdo contiene todo lo pactado y me dices de una puta vez dónde están esos papeles que prueban tus acusaciones contra Oskar Fischer.

Walter Krumm asintió con nulo convencimiento.

Durante el tiempo que invirtió Edwin Acker en demostrar a su cliente que el acuerdo se había firmado según las condiciones requeridas por él, el del KGB hizo un esfuerzo titánico para evitar que la ansiedad devorara las últimas reservas de serenidad que le quedaban. Los rostros de Erika, de Otto y de Annike se alternaban para azuzar un estado de nervios del todo inoportuno.

Un carraspeo avinagrado le trajo al presente.

—De acuerdo —dijo Raimond—. La documentación la van a encontrar en mi apartamento, en la jardinera que está en la terraza que da a la calle.

—En la jardinera —repitió Viktor, teatralizando cierta sorpresa.

—Dentro de un sobre plastificado.

Sin saber por qué, el del KGB le ofreció la mano y este se la estrechó luego

de cavilar unos instantes. Inmediatamente después, se incorporó y se dirigió a los agentes del Servicio de Inteligencia en el Extranjero.

—¡En marcha! —ordenó.

*Apartamento de Otto Bauer. Berlín Oriental (RDA)*

—Siento no poder quedarme, Birgit, lo siento de veras.

—Has hecho mucho más de lo que te correspondía, márchate tranquilo, yo voy a tratar de tranquilizar a Heinrich.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Max.

—Me voy a quedar aquí por si aparece. He hablado con un compañero para que nos avise si pasa por comisaría. Mañana, si nada cambia, denunciaré su desaparición.

—Creo que es lo más prudente.

—No te olvides esto, por si pudiera ayudar de alguna manera —elucubró Birgit entregándole las fotos que con tanto despropósito había tomado Otto.

—Trataré de pasar a última hora por el hospital y, si veo que el niño está en condiciones, se las muestro.

Ella se encogió de hombros, rendida a una evidencia que se negaba a verbalizar.

—Esta noche te llamo a este teléfono. No perdamos la esperanza. ¿Mala hierba?

Esta vez Birgit no completó el dicho. Trató de pagarle el intento con una sonrisa; sin embargo, estando tan devaluada esa moneda, solo pudo ofrecerle un visaje imposible de interpretar. Cuando se cerró la puerta, Birgit remolcó su desamparo hasta el salón para juntarlo con la desesperación que se había adueñado de Heinrich.

*Calles del barrio de Heinersdorf. Berlín Oriental (RDA)*

—¿Por qué no ha subido por... como mierda se llame la avenida principal? — le preguntó al agente del HVA que estaba al volante. A su izquierda, el abogado se había limitado a mirar a través de la ventanilla como si fuera la primera vez que veía esas calles.

—Neumannstrasse se pone imposible a esta hora, camarada comandante Lavrov. Los negocios están cerrando y la gente está deseando llegar a sus casas. Créame, conozco bien esta zona.

—Pues no parece que estemos avanzando demasiado recorriendo el itinerario alternativo —observó liberando tensión por la boca.

—Estamos a menos de quince minutos.

—Que se suman a los veinticinco —concretó mirando su reloj— que ya llevamos metidos en esta tartana.

—Enseguida llegamos —perseveró.

Las blasfemias en ruso fueron las únicas palabras que se escucharon en el habitáculo del Wartburg de color incatalogable hasta que llegaron a su destino media hora más tarde.

Viktor Lavrov subió por las escaleras para quemar el exceso de adrenalina que había producido su organismo y aguardó con impaciencia a que llegara Edwin Acker para abrir la puerta del apartamento. Al ver su expresión victoriosa le dieron ganas de quemar hormonas borrándosela de la cara.

—Aquí estoy. Cuando usted quiera —dijo este.

El desorden consecuencia de los infructuosos registros de la Stasi no fue impedimento para que localizara el camino más corto hasta la terraza que daba al exterior. Al fondo, la codiciada jardinera en cuyo interior debía hallar el anhelado sobre plastificado para conquistar la primera de las metas fijadas en el plan del general Kokorin. Sin miramiento alguno, el del KGB la agarró con ambas manos y la volcó sobre las losetas anaranjadas con la idea de que apareciera el tesoro en la cúspide de aquel montón de tierra negra.

Negra, como el presagio que se adhirió en su pecho al no detectarlo a simple vista. Al tiempo que se dejaba caer de rodillas e introducía las manos en el sustrato esperando tomar contacto con el objeto preciado, notaba cómo el corazón forcejeaba dentro de su pecho como si quisiera escaparse de la caja torácica.

—¿Qué sucede? ¿No lo encuentra? —oyó a su espalda.

No contestó. Sumido como estaba en la más absoluta perplejidad, esparció toda la tierra sobre el pavimento de la terraza negándose a darse por vencido, tratando de hallar la carpeta plastificada bajo la atenta mirada de los del Servicio de Inteligencia en el Extranjero. Algo después, se alzó, colocó ambas manos sobre la barandilla y centró su atención en el paisaje urbano berlinés. Le costaba respirar como si el aire se hubiera enrarecido de forma repentina.

—Esto no me gusta nada —oyó juzgar al abogado—. No tiene sentido.

Al psicólogo criminalista no le hacía falta emprender un proceso deductivo para saber lo que había sucedido. Alguien que tenía acceso a lo que estaba ocurriendo dentro de la sala de interrogatorios de Hohenschönhausen se le había adelantado. Ese alguien debía de estar al corriente de la operación y había sabido leer las intenciones del KGB. Alguien que había ordenado a sus hombres tardar más de la cuenta en llegar para que otros lo hicieran antes y se llevaran los documentos incriminatorios. Alguien que supuestamente estaba fuera de la ciudad para evitar futuras acusaciones.

En ese momento llegó el agente del HVA que conducía.

—¿Todo en orden, camarada comandante Lavrov?

Alguien que bien podría estar al tanto de la segunda parte de la operación y que de ser así estaría dispuesto a hacer lo necesario para frustrarla.

—No.

—¿No?

—No. Deme las llaves —le ordenó.

—¿Cómo dice?

—¡Deme las malditas llaves del Wartburg! —gritó enfurecido.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Involuntariamente rechazaba volver a tener control sobre su voluntad. Razones no le faltaban a Otto Bauer y la primera de ellas —que no la más preocupante— era la falta de espacio. De hecho, se había despertado por el dolor muscular localizado en la zona lumbar, que, como si quisiera competir con el del antebrazo, respondía a la incómoda posición en la que había quedado su tren inferior: con las rodillas dobladas y la cadera revirada hacia la derecha para que sus piernas se adaptaran a las dimensiones del baúl. Aún sin abrir los ojos, trató de encontrar otra posición en la que aliviar el agarrotamiento de los tendones y ligamentos forzados a permanecer en esa postura antinatural. El impedimento estaba en que las rodillas hacían tope con la parte superior y no existía el modo de ganar los centímetros que le faltaban para deshacer el entuerto. A pesar de la incomodidad, un mecanismo de defensa interior le alentaba a lidiar con aquel problema antes que enfrentarse a los que tenían que ver con el hecho de estar maniatado y con un cuerpo extraño dentro de la boca.

Quizá fuera esta última, o la suma de todas, la razón por la que decidió despegar los párpados y tomar contacto con el entorno.

Oscuridad.

Absoluta oscuridad.

Absoluta y espantosa oscuridad.

Absoluta, espantosa e incomprensible oscuridad.

Acto seguido, la pregunta: ¿dónde demonios estaba? Tenía que tratar de ordenar sus pensamientos o, mejor aún, hacer una petición a su memoria para tratar de recordar cómo había llegado hasta allí. La respuesta fue inmediata en forma de reconstrucción de los últimos acontecimientos y, en consecuencia, el pánico hizo acto de presencia. Podía sentir la presión de las cientos de toneladas que conformaban aquella cárcel de tierra fértil; entonces, Otto empezó a retorcerse a la vez que inhalaba aire de manera frenética a través los orificios nasales y trataba de emitir sonidos que quedaban ahogados prematuramente en su garganta. Los golpes llegaron a continuación: con las rodillas, los pies, las muñecas e incluso la cabeza en vanos y absurdos intentos de producir algún ruido, de comunicarse con el mundo exterior para decirle que estaba vivo.

Enterrado vivo.

### *Ayuntamiento Rojo. Berlín Oriental (RDA)*

Parado en el vestíbulo del edificio, Viktor Lavrov trataba de administrar su alteración al tiempo que intentaba localizar el rótulo del Comité para el Desarrollo del Deporte.

La decisión la había tomado tras evaluar los riesgos mientras conducía desde Heinersdorf hasta Mitte saltándose todas las normas vigentes de circulación. Si, tal y como sospechaba, la mano negra que le había reventado la operación era la de Markus Wolf, tenía que abortar de inmediato la que tenían previsto llevar a cabo en una hora y veintiséis minutos. Conforme habían acordado, ella iría directamente a la dirección que les había facilitado el servicio clandestino de citas, donde se encontraría con Alfred Weidemann. Una vez allí, seguiría el protocolo de actuación que tanto le gustaba al parlamentario: un par de tragos antes de adoptar el papel de dominado en una puesta en escena con tintes sadomasoquistas muy centrada en el sexo oral,

aunque, esta vez y para desgracia del político, la función no iba a terminar como él esperaba. No obstante, habida cuenta de cómo se habían precipitado los hechos, lo único que le importaba en aquel momento era encontrar a Erika y llevársela a casa. Por ello había llegado media hora antes de que terminara su horario laboral pensando que ya tendría tiempo de encontrar una explicación que ofrecer al camarada general Kokorin.

«Tercera planta, oficinas ocho, nueve y diez», leyó.

Subió las escaleras con premura y se alegró de que las indicaciones estuvieran colocadas siguiendo el sentido común de las personas. Golpeó la puerta dos veces y abrió sin esperar a que le invitaran a pasar.

—Buenas tardes y disculpen la interrupción.

—El horario de atención al público es de nueve de la mañana a tres de la tarde —se adelantó una mujer teñida de rubio cuya modulación de voz le sonó desagradablemente aguda.

—Lo sé, por eso he pedido disculpas al entrar. Estoy buscando a Erika Eisemberg.

Otra mujer, por suerte más servicial, alzó la vista y le sonrió.

—Se ha marchado hará... ¿una hora?

—Sí, más o menos —corroboró la rubia con cierto aire de ensañamiento viendo el cariz que adquiriría la expresión del visitante.

—Llevaba todo el día con dolor de estómago y la pobre no ha aguantado más. ¿Quiere que le dejemos alguna nota?

—No es necesario, gracias.

Maldiciendo en algún dialecto de enigmática procedencia, deshizo el camino hasta el sitio en el que había dejado tirado el Wartburg de color incatalogable.

—Disculpe, ciudadano —oyó—. ¿Es suyo ese vehículo?

Antes de girarse, el ruso relinchó exasperado adivinando con acierto que aquella tarde iba a ser una de las peores tardes de su vida.

*Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Respirar.

Recobrar el control.

Inspirar por la nariz y soltar el aire cálido y húmedo por la boca.

Simplificar.

Si podía respirar, lo cual era un hecho debidamente contrastado, el resto de penurias pasaban a un segundo plano. La incomodidad derivada de la falta de espacio había sido superada con creces por el dolor proveniente del antebrazo, un suplicio persistente y lacerante, a la altura del peor dolor de muelas. Podía percibir el fétido hedor de la sangre coagulada absorbida por el vendaje compresivo, los matices metálicos que se desprendían de las células en descomposición, que, mezclados con su propio sudor y el amoníaco de la orina, hacían que el aire contenido en el baúl conformara una atmósfera cenagosa. No podía distinguirlo ni alcanzaba a tocarlo con las manos, pero mentalmente había ubicado el tubo por el que entraba el aire del exterior justo en la vertical que caía sobre su cabeza. Martin Köller se lo había mostrado. Quería mantenerlo con vida para que le relatara cómo se vivía la experiencia de ser enterrado vivo. A ese alarde de extrema crueldad se aferraba Otto Bauer. Lo quería vivo durante un tiempo y tiempo era justo lo que necesitaba para que Birgit acudiera al rescate. Él la conocía bien y sabía que nunca se daría por vencida, que movería el cielo y el infierno hasta encontrarlo.

Y al infierno era donde el inspector de la Kriminalpolizei iba a enviar a ese malnacido en cuanto saliera de allí.

Por ello, lo único que tenía que hacer él era respirar.

Recobrar el control.

Inspirar por la nariz y soltar el aire cálido y húmedo por la boca.

Simplificar.

### *Apartamento de Erika Eisemberg. Berlín Oriental (RDA)*

El agente de tráfico lo había entretenido casi media hora. Viktor Lavrov no había querido hacer uso de su credencial de la Compañía para evitar males mayores en el caso en el que el policía hubiera visto la oportunidad de hacer valer la frase a la que Honecker siempre acudía para alardear de la igualdad de clases que preconizaba el ideario comunista: «La misma norma para todos y todos bajo la misma norma». Finalmente, adoptando una postiza conducta acendrada, se identificó con su célula de ciudadano, aceptó la multa y hasta tuvo la sangre fría de pedirle disculpas.

Condujo con cierta calma y precaución la escasa distancia que le separaba

del apartamento de Erika e hizo de tripas corazón cuando pasaban los minutos sin encontrar un lugar en el que estacionar el maldito vehículo que había tomado prestado de la Stasi.

—¡Erika! —vociferó al entrar—. Por lo que más quieras, dime que estás en casa.

Reconocer la fragancia del perfume que solía usar fue el primer indicador. Descubrir que tampoco estaba en el baño, el último.

—¡Maldita sea!

Consultó la hora. Faltaba media hora exacta para las siete, lo cual le hizo deducir que ella habría salido con tiempo de casa para domar su estado de nervios. Calculó que desde ahí hasta Jägerstrasse, donde estaba localizado el piso de Alfred Weidemann, emplearía veinte minutos a pie y que, si fuera ella, recorrería Friedrichstrasse por ser el itinerario más recto.

Tenía que acertar ese disparo con la última bala que le quedaba en la recámara si quería abortar la operación. Con esa única perspectiva, el ruso de ojos saltones salió del apartamento y se lanzó escaleras abajo.

*Hospital St. Joseph-Krankenhaus. Berlín Occidental (RFA)*

—¿Qué novedades tenemos, subinspector? —le preguntó Max Pekeler revolviendo el pelo de Lucas, envarado en el pasillo ante su inmediato superior.

—¿He sido ascendido?! —preguntó él abriendo los ojos tanto como pudo.

—Por supuesto. Estás haciendo una tarea encomiable que merece un reconocimiento.

—¿Qué significa encomiable?

—Merecedora de ser reconocida.

—Ah, vale.

—Pensaba que habías recibido la notificación por escrito del Ministerio del Interior —prosiguió el comisario.

—Uy, es que casi no pisamos por casa, ¿verdad, mamá?

—Verdad —corroboró ella.

—Bueno, ¿y cómo está nuestro amigo Niclas? ¿Has logrado averiguar algo más?

—Cada vez está de mejor humor y el médico ha dicho que en un par de días

va a empezar a poder comer alimento..., ¿cómo ha dicho? ¿Duro?

—Sólido —completó la madre.

—Eso. Debe de ser importante. Hace un rato le he contado unas adivinanzas muy buenas que he sacado de un libro que me regalaron por mi cumpleaños el año pasado y se ha reído mucho. ¿Quieres que te las cuente?

—Mejor en otro momento, hoy ando un poco justo de tiempo. Mira, quería preguntarte algo. Hemos conseguido unas fotos de un posible sospechoso que me gustaría que él revisara por si..., bueno, ya me entiendes. ¿Crees que Niclas...?

—¡Claro que sí! Yo entro ahora y se lo digo. A mí me hace caso, ¿verdad, mamá?

Pero esta vez su madre no sostenía la expresión risueña que él esperaba.

—¿Te pasa algo, mami?

—Es que no sé si Niclas está preparado para enfrentarse a la cara de..., en fin —dejó sin definir.

—Verá, no puedo facilitarle los detalles; sin embargo, es posible que un buen amigo esté en peligro y necesitamos saber si lo reconoce en estas fotos —le mostró—, por muy deficientes que sean.

—Mami —intervino Lucas—, si yo fuera Niclas, me gustaría que atraparan a ese hombre antes de que pudiera hacer daño a otros niños.

—Usted decide —claudicó ella mirando a Max, que, con un movimiento de la cabeza, le dio vía libre a su ayudante.

—Lo mejor será que se lo preguntemos a él. Denos un minuto.

Fueron segundos.

—Que dice que vale —anunció Lucas asomando la cabeza por la puerta.

Max compuso su mejor cara antes de saludar al muchacho, que presentaba un aspecto muy mejorado respecto a la última vez que pasó por allí, momento que no supo encuadrar en su reciente y caótico horizonte temporal de sucesos.

—Hola, Niclas. Soy el comisario Max Pekeler, ¿te acuerdas de mí?

El muchacho se sentó sobre la cama y se acomodó colocándose la almohada en la espalda antes de asentir con la cabeza. El policía apreció algunos signos de desconfianza.

—¿Estás seguro de que quieres ver estas fotografías?

Niclas apretó los labios y volvió a repetir el gesto de afirmación.

—Muchas gracias, es importante para nosotros. La persona que ha conseguido sacarlas es un amigo mío, pero no es un buen fotógrafo, así que no

esperes gran cosa, ¿vale?

El comisario colocó las dos fotografías en las que se distinguía algún rasgo físico de Martin Köller sobre la sábana arrugada.

—Tómate el tiempo que necesites.

Niclas centró su atención sobre la que se apreciaba un ojo gigante, parte de la ceja y el pómulos. Alargó el brazo para asirla y algo tímido se la acercó a la cara.

Max Pekeler no necesitó preguntarle nada más. El temblor que se apoderó del cuerpo del niño hablaba por sí mismo.

## SU REDUCTO

*Calle Friedrichstrasse  
Distrito de Mitte. Berlín Oriental (RDA)  
13 de octubre de 1980*

Era como si las glándulas salivales se hubieran declarado en huelga como protesta por el dilatado estado de nervios en el que estaba sumido su cuerpo. En consecuencia, la boca le sabía mal y le costaba despegar la lengua del paladar conforme iba consumiendo los kilómetros de la céntrica calle berlinesa sin localizar a Erika. En cuanto sobrepasó el edificio de la ópera tomó conciencia de que acababa de agotar la última oportunidad de encontrarla y abortar la operación. Desahogó su frustración aplastándola con el puño cerrado contra el salpicadero.

Al entrar en Jägerstrasse faltaban doce minutos para las siete. No le quedaba otra alternativa que acudir a la cita con el equipo operativo de la Oficina S y actuar como lo habían previsto. La única parte positiva de seguir con el plan era evitar tener que dar explicaciones a Boris Kliuka con tan poco margen, lo cual, a buen seguro, socavaría su capacidad de liderazgo de cara al futuro. Dejó tirado el Wartburg en una de las calles adyacentes confiando en no tener que conducirlo jamás y caminó hasta el punto en el que ya debía de estar la furgoneta estacionada, justo frente al portal del edificio en el que Erika tenía la cita con el parlamentario de la Cámara Popular y futuro ministro de Asuntos Exteriores. A un par de metros para llegar, la puerta lateral se abrió y una mano que le ayudó a subir se encargó de volver a cerrarla.

—Pensé que ibas a llegar tarde —le recibió Kliuka.

—Pensaste mal. ¿Todo en orden?

—Los transmisores están funcionando correctamente y registramos niveles

de audio más que óptimos.

—¿Ya está dentro? —quiso saber interpretando con acierto el último comentario de Boris Kliuka y dirigiendo su mirada hacia el puesto de escucha ocupado por Sasha.

—Desde las seis y diez. Se ha dado un baño y ha puesto música clásica. Pavel dice que es Tchaikovsky, pero Sasha y yo estamos casi convencidos de que se trata de Borodín. Todavía estás a tiempo de participar en la apuesta —le ofreció.

—Ven conmigo delante.

Viktor le hizo un resumen conciso de lo ocurrido con la primera parte de la operación y los papeles de Walter Krumm. Kliuka evitó hacer ninguna valoración, solo una pregunta.

—¿Y qué has decidido?

—Continuamos adelante.

Los siguientes minutos se desgranaron pesarosamente, con la mirada puesta en la acera de enfrente, recorriéndola arriba y abajo, alternado con las insistentes consultas a su reloj mientras escuchaba de fondo la estúpida conversación de sus acompañantes. Su ritmo cardíaco se incrementó conforme la vio aparecer caminando presurosa, la vista al frente, el rictus algo crispado, con una mano metida en el bolsillo del abrigo y la otra sujetando el bolso.

—Está llegando. Todos atentos —avisó—. Cuando entre quiero un activo dentro del portal por si tiene que intervenir.

—Tranquilo, Romeo, todo va a salir bien —le susurró Kliuka al oído—. Pavel, encárgate tú.

Antes de empujar la puerta, Erika miró en derredor confirmando lo que ya había leído en su expresión: no se encontraba ni mucho menos relajada. En cuanto desapareció, Viktor regresó a la parte trasera del vehículo y se colocó los auriculares. Tardó más de lo esperado en escuchar el sonido del timbre, pero mucho menos en arrepentirse de haber involucrado en una situación así a la mujer de quien se había enamorado.

—Adelante, guapa, estás en tu casa —oyó.

*Barrio de Karlshorst. Berlín Oriental (RDA)*

Habían salido a pasear por prescripción facultativa de Birgit dentro del

tratamiento contra la contagiosa espiral de pesimismo en la que Heinrich había quedado atrapado. Se le aceleró el corazón al escuchar el timbre del teléfono desde el descansillo y tuvo que amarrar las ganas de asfixiar a su acompañante, que, sumido en un ataque de nervios, no era capaz de introducir la llave en la cerradura a la primera. Ni a la segunda. Tampoco a la tercera.

Mientras, el teléfono seguía chillando, reclamando la atención de un adulto como hacen los recién nacidos.

—¡Déjame a mí! —le exigió.

—¡Lo siento, lo siento!

Cuando abrió la puerta no dudó ni una décima de segundo en recorrer el pasillo a la carrera y abalanzarse sobre el auricular aun a sabiendas de que no le correspondía a ella.

—¡Sí!

—Birgit, soy Max. ¿Alguna novedad?

No era esa la voz masculina que esperaba escuchar, pero gestionó la decepción pasándose varias veces la mano por el pelo.

—No, ninguna.

—Bueno, escucha, yo sí tengo algo importante que contarte.

De nuevo la aceleración bajo la atenta mirada de Heinrich.

—Niclas, el niño que está ingresado...

—Sí, sí, sé quién es.

—Ha reconocido a Martin Köller en una de las fotos que me diste.

—¿En serio?!

—Muy en serio. ¿Recuerdas ese reflejo de la pupila?

—Ahá.

—No es ningún reflejo, Birgit, son cataratas. Cuando he conseguido que Niclas se tranquilizara, me lo ha descrito a la perfección. Y coincide. Lo tenemos, ya es nuestro.

—Eso es estupendo. Pero dime, Max, ¿cómo vas a lograr una orden de detención contra él? Porque no pretenderás que sea yo quien la consiga, que alguien me haga caso así, de palabra.

Silencio.

—Mañana a primera hora voy a removerlo todo para que nuestro Gobierno sea el que contacte directamente con el vuestro y coordinen una operación.

Otra vez el bajón.

—Y, en el mejor de los casos, ¿en cuánto tiempo estimas que se producirá

eso? —cuestionó ella, sabedora de la respuesta.

—No sabría decirte, yo...

—¿Dos días? ¿Una semana? ¿Meses, quizá?

—No lo sé, Birgit, esto es tan nuevo para ti como para mí.

—Max, solo estoy tratando de ser realista.

—Lo comprendo, pero otra cosa no te puedo decir. Yo también quiero que aparezca Otto.

—Sí, ya lo sé. Gracias por llamar. ¿Hablamos mañana?

—Hablamos mañana. Trata de descansar.

—Lo mismo te digo.

Segundos después de que Birgit colgara, seguía teniendo la mirada perdida en algún punto de la pared mientras su cerebro tejía una idea.

—Birgit, ¿estás bien? —quiso saber Heinrich, asustado.

### *Interior de la furgoneta de seguimiento del KGB*

Se ajustó los auriculares, apretó los párpados y se trasladó mentalmente a la escena que estaban protagonizando Erika y Alfred Weidemann.

—Es un whisky que me traen desde Escocia. Ni siquiera se consigue al otro lado. Siéntate, ponte cómoda.

Ruido de hielos rebotando contra el cristal.

—Yo no puedo considerarme una entendida, así que, si quiere ahorrárselo, me conformo con una copa de vino.

—Precisamente por eso, para que te acuerdes de esta velada, quiero que lo pruebes.

Silencio.

—No sé qué decir.

—Solo si te gusta o no te gusta.

—Me gusta.

La voz de Erika seguía sin convencerle. La notaba agarrotada. Lastrada.

—¿Eres nueva en esto?

—Llevo solo un par de meses.

—Entiendo. Pero... ¿te han dicho en la agencia lo que...?

—Sí, no se preocupe por ello. Lo sé y estoy preparada.

—No lo pongo en duda. Eres una mujer muy bonita, ¿lo sabías?

—Gracias.

Durante el siguiente silencio Viktor Lavrov visualizó un inicio de erección dentro de los pantalones de aquel degenerado, lo cual le hizo apretar los puños con fuerza. El mutismo prolongado se le hizo eterno. Un fuerte carraspeo masculino fue lo siguiente que escuchó.

—¿Sabes qué? Te pareces a alguien que conozco —dijo él en un tono distinto—. Creo que será mejor que te marches.

El del KGB buscó en la mirada de Boris Kliuka una razón que dotara de sentido a lo que acababa de escuchar, pero su ceño fruncido solo era el reflejo de su perplejidad.

—Pero... —intervino Erika.

—¡Nada de peros! Te estoy pidiendo que te vayas. Y no te preocupes por tu dinero —añadió alterado—, le diré a la agencia que completaste el servicio.

—Como usted quiera —claudicó Erika.

—Se acabó la función —comentó Kliuka pleno de acierto.

Lo siguiente que se escuchó fue el sonido de la puerta. El ruso se despojó de los auriculares como si le estuvieran quemando las orejas, salió del vehículo y se alejó unos pasos tratando de comprender lo que había sucedido. Justo después vio salir a Erika del portal, confundida, sin saber muy bien hacia dónde ir. Tras esos instantes de indecisión, tomó el mismo itinerario por el que había llegado y caminó rauda esquivando a los viandantes que se fue encontrando a su paso. Viktor la siguió a cierta distancia hasta que consideró que ya no existía peligro y la abordó.

—Sigue andando —le dijo.

—No sé qué ha pasado, pero, de repente, me ha echado sin más. Lo he estropeado todo, lo siento. ¡Lo siento mucho!

—Tranquila. Lo he estado escuchando todo. No tienes que preocuparte por nada, ¿de acuerdo? Simplemente no ha salido bien. A veces pasa. ¿Tú estás bien?

—Estoy de los nervios. ¡¿Qué he hecho mal?! —quiso saber ella.

—No te detengas. No lo sé. Quizá se ha olido algo raro o puede que fuera cierto que le has recordado a alguien cercano. ¿Qué importa? Ahora te voy a pedir que te marches a casa y te relajes hasta que yo llegue.

—¿Cuánto crees que vas a tardar?

—Un par de horas, creo. Pero si ves que no llego acuéstate.

—De acuerdo —accedió inclinando la cabeza.

—Erika, no pasa nada —insistió—. Este oficio es así, nunca se sabe por dónde se va a romper la cuerda. Trata de descansar.

Quería besarla en los labios; no obstante, apenas la rozó con las yemas de los dedos antes de darse la vuelta y repetir una nueva secuencia de blasfemias y execraciones con las que fue regando el asfalto berlinés.

—Desmontadlo todo en cuanto se marche del apartamento y deja una copia de la grabación en la tienda de repuestos —ordenó a Kliuka, que lo estaba aguardando fuera de la furgoneta.

—Hay algo que se nos está escapando.

—Lo sé, pero no tardaremos demasiado en dar con ello. Estaré pensando en ello en el Wirtsgarten. Eres bienvenido.

—Lo haría encantado, pero tengo una alternativa más sugerente: un metro ochenta de polaca —definió—. Si me considerara tu amigo, te diría que fueras a reunirte con la que te está esperando a ti, que, por mucho que te quiera hacer pagar el mal trago de hoy, el daño será infinitamente menos del que tienes pensado causarte a ti mismo de forma premeditada y absurda.

*Frente al restaurante Papier Palace. Berlín Oriental (RDA)*

De nuevo esa agrídulce sensación, esa a la que no terminaba de acostumbrarse y que era la responsable de que nunca disfrutara con plenitud de sus logros.

Esperó a que el *Ampelmännchen* se pusiera en verde para cruzar la calle y fijó su atención en el hombre que estaba en la puerta del restaurante, confiando, como finalmente hizo, en que se quitara el sombrero y se marchara hacia su izquierda. Entonces sí, entró en el local y se dirigió al reservado donde él le estaba esperando.

Descifrar su seductora mirada era un reto al que tampoco lograba habituarse a pesar de llevar trabajando cinco años ya para el mayor baluarte del espionaje mundial.

—Siéntese, por favor —la invitó Markus Wolf.

—Gracias —respondió ella.

—¿Me acompaña? Es un vino blanco excelente.

Erika no quería que aquel encuentro se dilatara más de lo estrictamente necesario, pero tampoco le pareció conveniente rechazar la invitación del número dos de la Stasi.

—Ha completado un trabajo excelente, a la altura de lo que se esperaba de usted —prosiguió—. Dígame, solo por curiosidad, ¿cómo reaccionó nuestro camarada parlamentario Weidemann cuando le enseñé la nota?

—Se le atragantó el whisky y me miraba perplejo, como si no pudiera entender qué era lo que acababa de leer. Por un momento pensé que iba a perder el conocimiento, pero lo cierto es que supo sobreponerse y actuó al pie de la letra.

—Interpretar forma parte de su idiosincrasia, no nos olvidemos de que es un experimentado político —bromeó—. Supongo que el partido lo apercibirá de alguna forma, aunque no creo que trascienda de ahí. No nos conviene. El que lo va a pasar un poquito peor es Walter Krumm, a quien le espera una larga temporada en Hohenschönhausen. A su pupilo, Thomas Spengler, le han caído ocho años con una acusación menor, así que no creo que, si sale, lo haga antes de los doce. Teniendo en cuenta su edad, quizá habríamos sido más misericordiosos con él si le hubiéramos aplicado la misma solución que a la mujer, ¿cómo se llamaba?

—Annike Popp. Ya que sale su nombre... Sin pretender lanzar una crítica, solo por tratar de comprender mejor, ¿no habría bastado con dejarla fuera de combate?

—Las soluciones a medias nunca surten efecto. Necesitábamos que tú ocuparas su lugar para terminar de encajar las piezas del rompecabezas. De otra manera jamás lo habríamos logrado. ¿Es cruel? Sin duda, pero... ¿qué guerra no lo es? Con esta operación, al margen de impedir que el Kremlin se salga con la suya, hemos asestado un durísimo golpe al BND del que deberían tomar buena nota.

—Comprendo.

—En pocas horas nuestros hermanos orientales se estarán retorciendo en sus sofás de Lubianka pensando en qué demonios fue lo que no supieron ver. Sus principales sospechas recaerán sobre nosotros, por supuesto. Sin embargo, Erich Mielke y yo estamos seguros de que preferirán correr un tupido velo a presentar una queja por haber impedido que triunfara su plan de hundir a uno de nuestros ministros elegido legítimamente por el pueblo alemán. En efecto, podrán intuir que ha sido la Stasi —reiteró—, pero nunca sabrán cómo.

—Esperemos que así sea. Por mi bien —agregó Erika mojándose los labios en el vino.

—Le diré algo: durante mis años como estudiante en la Escuela de Aeronáutica de Moscú, me empeñé, al margen de aprobar las materias por la cuenta que me tenía, en tratar de entender su proceso racional. Esto puede que suene soberbio, pero yo sé cómo van a actuar incluso antes de que ellos lo piensen. Y en este juego, la anticipación es lo que hace inclinar la balanza a un lado o a otro. Solo hay que saber estar donde hay que estar antes de que tu contrincante sepa que vas.

Erika sonrió solo para alimentar su ego.

—Por eso tenemos nuestra red de agentes Romeo. Y Julieta —añadió levantando su copa.

—¡Salud!

—Por la más destacada de mis agentes Julieta.

—Muchas gracias. ¿Puedo preguntarle qué es lo que va a pasar ahora, camarada teniente general?

Markus Wolf se quitó las gafas pausadamente y las depositó sobre la mesa.

—Lo pregunta por él, ¿no es así?

Erika le aguantó la mirada.

—Es más que probable que lo envíen de vuelta a Moscú y, sinceramente, lo que pueda sucederle me importa más bien poco. Ese hombre era el encargado de dirigir una operación con la que buscaban intervenir directamente en el Gobierno de nuestra nación. Hace muchos años que dejamos de necesitar su tutela, mucho menos sus injerencias en nuestros destinos. No obstante, si por algún extraño motivo deciden que permanezca aquí en su puesto, seguiremos sacando provecho a cada gota que dé el fruto de tu excelente trabajo.

—¿No corremos el riesgo de que algún día se dé cuenta y se invierta la balanza?

—¿Quién se acercó a quién en aquel hotel de Moscú?

—Él a mí.

—¿Y quién ha perseguido a quién después de que dejaras de atender sus llamadas?

—Viktor.

Markus Wolf elevó las cejas y asintió varias veces con la cabeza.

—El riesgo existe, por supuesto, pero, en este caso, las probabilidades de que él se despierte son insultantemente escasas. Si no lo creyera así, puedes estar segura de que pondría en marcha las medidas necesarias para salvaguardar tu integridad. Pero, además, me extrañaría mucho que Nikolai

Kokorin no le haga responsable de este rotundo fracaso.

Al degustar el vino Erika notó cierto amargor camuflado entre los matices afrutados del caldo que le hizo arrugar la nariz.

—Si no le gusta le puedo pedir cualquier otra cosa.

—No, gracias. En realidad, debería marcharme ya. No sé cuándo va a regresar a casa y no quiero darle la oportunidad de que ate cabos.

—Bien dicho. Vuelva a su rutina, contactaré con usted pasado un tiempo por el cauce habitual.

—Entendido.

—Solo una cosa más. Tenga siempre presente a quién pertenece su corazón. No permita que nada que no sea su compromiso adquirido con la República Democrática Alemana ocupe un mínimo espacio dentro de ese reducto. Su reducto.

—Lo tengo presente, camarada teniente general.

El día agonizaba cuando Erika salió del restaurante acarreando una sensación asfixiante hasta entonces inédita. Tomó aire y elevó la vista hacia el cielo buscando la manera de salir de sí misma y alejarse lo más rápido posible. Allí arriba, las nubes parecían moverse libremente, pero enseguida llegó a la conclusión de que solo lo parecía.

Era el viento quien las dirigía.

### *Residencia de los Köller. Potsdam (RDA)*

Se repetía una y otra vez que el organismo podía resistir entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas sin beber agua. Sin embargo, la sed, actriz sorda y caprichosa, se negaba a acatar lo escrito en el guion y había hecho acto de presencia antes de lo previsto. Porque, a pesar de que Otto no era capaz de concretar cuánto tiempo llevaba de metraje, sí sabía que no habían transcurrido dos días. ¿O quizá sí? Puede que la percepción del tiempo hubiera cambiado y que las fases durante las cuales había dormido, según él, minutos, hubieran sido de horas. De ser así, aferrándose a la palabra de Martin Köller, pronto lo sacaría de allí. Esa esperanza era la misma que le había llevado a deducir que no debía de estar enterrado a mucha profundidad para evitarse el esfuerzo de mover demasiada tierra cuando llegara el momento, aunque tal hipótesis se contradecía con el inquietante hecho de no escuchar

nada. Tenía que pensar en positivo bajo el convencimiento de que debía, por fuerza, existir alguna razón que explicara por qué no percibía ningún sonido más allá de los que él producía dentro del baúl.

El resto de cábalas versaban sobre el tiempo que tardarían Max y Birgit en conseguir demostrar a través de las fotografías que aquel hombre de aspecto gentil y bondadoso era en realidad un despiadado depredador y si él podría resistir con vida ese plazo. Resistir, esa era la cuestión, y si podía respirar podía resistir. Respirar. Lo que daría por poder llenarse los pulmones con aire fresco, ver la luz del sol, notar la lluvia en la cara.

¡Lluvia!

¿Cómo no se había dado cuenta antes? En cuanto lloviera tendría suministro de agua a través del tubo y, aunque otoño no era la estación con mayor índice de precipitaciones, rara era la semana en la que no caía alguna tormenta. Pero, claro, tenía que asegurarse de tener bien alineada la boca para que el trapo se fuera empapando poco a poco y que el líquido no se terminara perdiendo. Debía averiguar dónde estaba la abertura para estar preparado en cualquier momento. Entonces, abrió los ojos como si ello fuera a facilitar la tarea y se contorsionó con el objeto de ganar espacio para poder reclinar la cabeza hacia atrás. Los músculos de la espalda protestaron como si acabaran de ser violentamente despertados de un prolongado letargo y, acto seguido, un fuerte pinchazo localizado en la cadera le hizo morder con fuerza el trapo que tenía dentro la boca. Se concedió unos segundos antes de emprender la siguiente fase: palpar con la frente la zona donde pensaba que podría estar localizado y comprobar incluso si podría adaptar la boca al diámetro del tubo. Concentró toda su fuerza en los abdominales y en los músculos del cuello con el fin de aguantar lo máximo posible con el torso levantado. Inspiró varias veces para afrontar el primer intento en las mejores condiciones posibles.

No fue necesario ninguno más.

Al elevarse, Otto golpeó el tubo con la cabeza y notó, vaya si lo notó, que lo empujaba hacia arriba hasta expulsarlo.

En primera instancia se paralizó, como un niño que rompe algo sin querer y se queda quieto confiando en que la culpabilidad pasara de largo. Pero, de inmediato, el cerebro le forzó a comprobar qué alcance había tenido su torpeza y la única forma de hacerlo era inspirando y espirando con frenética frecuencia.

No tardó en elaborar el parte de daños: el aire había dejado de entrar.

*Exterior del apartamento de Erika Eisemberg. Berlín Oriental (RDA)*

No había seguido el consejo de Boris Kliuka al pie de la letra, pero hasta cierto punto le había terminado calando. Concretamente hasta el punto en el que dejó la botella de Zhuravli, algo por encima de la mitad. Su principal duda gravitaba sobre las consecuencias que se derivarían del fracaso rotundo cosechado en la misión. El abanico de posibilidades iba desde ser acusado de alta traición y terminar pudriéndose en alguna cárcel de Siberia hasta recibir un disparo en la nuca por parte de alguno de los sicarios que trabajaba para la Stasi. En el escenario más positivo que era capaz de construir en su imaginación se veía regresando a Moscú para ser reubicado en otro puesto. Y era esta última opción, la menos nociva para su integridad física, la que realmente le estaba taladrando la cabeza con más virulencia que el vodka. Rehacer su vida a tanta distancia de Erika era un castigo demasiado severo incluso para su demostrada ineptitud como agente del KGB.

Bajó del Trabi cargando con la amargura de quien se ha visto derrotado peleando en su propio terreno y habiendo elegido las armas. Hasta el rival. Pero, también, con la rabia del que sospecha que la confrontación no se ha desarrollado en buena lid.

—¡Viktor!

El sobresalto estuvo cerca de ahorrar a Nikolai Kokorin tomar una decisión sobre su futuro.

—¡Joder, Birgit, maldita sea!

—Lo siento, no pretendía asustarte.

En cuanto se recuperó y su cerebro recobró su normal aunque ligeramente alcoholizado funcionamiento, se percató de que hacía horas que no se acordaba de que Otto había desaparecido.

—¿Qué sabes de...?

—Nada —se anticipó—. No hemos logrado dar con él. Esta mañana Max y yo nos las hemos ingeniado para registrar la finca de los Köller, pero no hemos hallado ningún indicio que nos haga pensar que esté allí. Puede que haya estado, pero ya no está o, por lo menos, no hemos sido capaces de encontrarlo, a pesar de que ahora sabemos con certeza que Martin Köller es el asesino de niños gracias a Niclas —se enredó.

—Cálmate, ¿quieres? He tenido un día horrible y no estoy capacitado para procesar tanta información. Ve más despacio, te lo ruego.

Birgit se conjuró para encauzar el desbordamiento de su ya de por sí caudalosa facundia.

—No soy capaz de pensar con claridad. Sé que tengo que hacer algo, pero no me atrevo a ir yo sola y por eso llevo esperándote aquí dos horas con la esperanza de que aparecieras en algún momento.

—Bueno, pues aquí me tienes. ¿Ir dónde?

Birgit se tomó unos segundos.

—Niclas ha reconocido a Martin Köller en las fotografías que revelaste esta mañana.

—¿Y cómo es eso posible?

Birgit se lo explicó.

—Sin embargo —prosiguió ella—, Max no puede concretar en qué momento va a poder conseguir una orden, o lo que sea, contra él.

—Eso si llega a lograrlo —apostilló.

—Más a mi favor. Otto lleva un día entero desaparecido y estoy completamente convencida de que ese asesino de niños hijo de mala madre sabe algo. No puedo esperar a que todo siga su curso.

—¿Y qué propones?

—Ir esta noche a su casa y que confiese qué ha hecho con Otto.

El psicólogo se agarró la cabeza con ambas manos y giró trescientos sesenta grados sobre su propio eje.

—¿Me estás diciendo que quieres plantarte en casa de un ciudadano emérito así por las buenas y sacarle a golpes qué ha hecho con él?!

—Sí, eso es justo lo que te estoy diciendo.

—Tú conduces.

## HERALDO DE LA MUERTE

*Residencia de los Köller  
Potsdam (RDA)  
13 de octubre de 1980*

Le repito que baje el arma y que se aleje de mi esposa! —gritó Martin Köller desde el sofá orejero desde donde había afrontado y superado el interrogatorio al que le habían sometido esos indeseables que ahora no sabían cómo reaccionar.

Le temblaba tanto el pulso que la cuchilla le había producido cortes diminutos en el tejido epidérmico del cuello, por el que no dejaba de sangrar. Viktor Lavrov, todavía estupefacto, dio dos pasos hacia atrás, guardó la Makarov y con un gesto le pidió a Birgit que hiciera lo mismo.

—Ven, amor mío —la invitó Martin alargando el brazo izquierdo para entrar en contacto con la piel de Doris. Esta lo agarró de la mano con fuerza y se acercó todo lo que pudo a él—. Te estaré esperando el tiempo que haga falta.

Ella le sonrió.

—¡No! —gritó Birgit—. ¡Tiene que decirnos dónde tiene encerrado a mi hermano!

—¡Cállese! ¡Cállese de una maldita vez!

—¡Su religión no admite el suicidio! —improvisó el ruso a la desesperada—. Arderá en el infierno por toda la eternidad si se quita la vida.

Aquello captó de nuevo su atención.

—Mi vida no le pertenece a ningún dios, le pertenece solo a ella.

El matrimonio intercambió breves miradas repletas de mensajes que solo ellos dos sabían descifrar.

—Tómala, amor mío.

El movimiento fue casi imperceptible. De hecho, si la sangre arterial no hubiera salido proyectada, nadie habría dicho que se acababa de seccionar la carótida externa. Antes de que el segundo latido escupiera otro chorro, el del KGB ya sabía que aquel era su final.

El principio, en cambio, se había producido no mucho antes, cuando se sorprendió por la agilidad con la que Birgit saltó la tapia que protegía la propiedad de los Köller. Durante el trayecto apenas habían intercambiado un puñado de palabras, más preocupado en hacer desaparecer los efectos del vodka sacando la cabeza por fuera de la ventanilla que de planificar el asalto. Rodearon la casa evitando las zonas iluminadas por las farolas instaladas en el jardín hasta llegar al porche trasero, punto elegido por Birgit para acceder al interior de la vivienda.

—Es una puerta de servicio que se abre con solo mirarla —le había dicho.

En realidad, había que forzar la cerradura, problema que él afrontó y resolvió en cuestión de segundos. La siguiente parada los llevó al dormitorio principal, donde irrumpieron encendiendo la luz y apuntando con sus armas al matrimonio. Martin Köller demostró una gran entereza a la hora de calmar a su esposa, notablemente asustada, y sobre todo al ofrecerse a colaborar a cambio de que la dejaran a ella al margen. Ninguno se opuso y, estando la mujer impedida, no tuvieron reparos en dejarla encerrada con llave en la habitación mientras que a él lo trasladaban al salón. Martin se sentó con deslumbrante parsimonia en un sofá orejero tapizado en un verde oliva aterciopelado que, junto al amarillo pastel, conformaba la gama cromática predominante de la estancia.

Habían acordado que él llevaría el peso del interrogatorio y, sin más preámbulos, se sentó frente a él y arrancó pistola en mano.

—Niclas.

Martin se mantuvo firme y en completo silencio.

—Niclas está recuperándose satisfactoriamente en el hospital St. Joseph-Krankenhaus, en Berlín Oeste. Le encantará saber que lo ha reconocido en las fotografías que le hizo Otto Bauer, inspector jefe de la Kriminalpolizei, durante la gala benéfica. Ella es Birgit Bauer, también perteneciente a la Kripo y, además, su hermanastra —le presentó—. El hombre que la ha acompañado esta mañana en la falsa inspección de..., ¿de qué me has dicho que era? —le preguntó sin despegar la mirada de los ojos del interrogado.

—Víboras.

—¿Víboras? —se sorprendió—. Ese hombre se llama Max Pekeler y, al margen de ser amigo personal de Otto y de Birgit, es comisario de la Bundeskriminalamt. Por último, yo me llamo Viktor Lavrov, psicólogo criminalista, y, aunque soy de origen ruso, pertenezco a la Administración 12 del Ministerio para la Defensa del Estado. Mi función, simplificando mucho para que lo entienda bien, consiste en analizar y reconducir las voluntades de los enemigos del comunismo en general y del ser humano en particular. En esa segunda categoría está usted, Martin Köller, afectado por un grado severo de hematodixia que lo ha empujado a cometer al menos —enfaticó— siete asesinatos de niños desde el año 1969 hasta el reciente de Imelda, una niña gitana que secuestró poco después de que Niclas lograra escapar dejándole sin suministro de sangre.

Viktor hizo una pausa obligada para que pudiera administrar tamañas revelaciones.

—Además de la identificación positiva de Niclas contamos con los testimonios de Wolfgang Fraatz y de Helmut Wegener, a quienes yo mismo entrevisté, que lo relacionan con prácticas grupales conocidas como las Veladas Rojas. También tenemos la aportación de Konrad Linder, director de un orfanato cuyo nombre no voy a ser capaz de recordar, que nos ha abierto los ojos en relación al procedimiento de las ampliaciones de expediente para borrar el rastro de las falsas adopciones a través de las cuales usted se nutría de niños, nunca mejor dicho.

El ruso tomó aire.

—Todo esto lo comparto con usted para que se convenza de que va a pagar por sus actos muy a pesar de su condición de ciudadano emérito. Sin embargo, lo que nos ha traído a Birgit y a mí esta noche a su casa no tiene nada que ver con esto, sino con la desaparición de Otto, de quien lo último que sabemos es que salió en su persecución tras la gala benéfica que organizó ayer su mujer.

Nueva pausa; misma postura y actitud neutra del interpelado.

—Estamos convencidos, y por tanto le voy a rogar que no trate de convencernos de lo contrario, de que usted puede completar la historia y lo que le ofrezco es muy sencillo: si nos lo cuenta, le dejamos tranquilo y podrá seguir durmiendo hasta que mañana vengamos a detenerlo; si no colabora, le vamos a hacer pasar una noche muy fea y, antes o después, créame, nos va a decir lo que necesitamos saber. ¿Hasta aquí todo claro?

—Mañana por la mañana lo único que va a suceder es que va a salir el sol como todos los días y que cuando vayan a despertar a Niclas en el hospital St. Joseph-Krankenhaus comprobarán que ha sufrido un empeoramiento repentino y que ha fallecido. Los testimonios de Wolfgang Fraatz y Helmut Wegener no me vinculan con esos terribles asesinatos que menciona, quizá consigan sonrojarme al tratar de implicarme en esas orgías, pero no creo que vaya mucho más allá. La aportación de Konrad Linder es del todo circunstancial, por lo que, en conjunto, mañana por la mañana ustedes dos no tendrán más que un gravísimo problema que resolver: cómo librarse de la larga condena que mis abogados van a pedir por los daños y perjuicios ocasionados hacia mi persona.

Viktor Lavrov asintió y, segundos después, miró a Birgit.

—¿Sabes qué? Esto no va a funcionar como lo había planteado. No. No va a funcionar en absoluto —certificó—. Tráeme a su esposa.

Durante el tiempo que invirtió en hacerlo, el psicólogo pudo leer en sus ojos el efecto que estaba buscando provocar en Martin Köller: miedo. Y quizá fuera ese el motivo que le impulsó a incorporarse súbitamente en cuanto vio aparecer a su esposa con expresión compungida, rostro abuhado y perlado en la frente por diminutas gotas de sudor. El abrazo conyugal duró el tiempo que tardó en agarrarlo por el cuello y devolverlo sin contemplaciones al sofá.

Birgit no se percató de que sujetaba una cuchilla hasta que Martin Köller se irguió y se la colocó en el cuello.

—¡Le repito que baje el arma y que se aleje de mi esposa!

Birgit condujo lo más rápido que pudo, pero con la precaución necesaria como para evitar tener un accidente. A lo largo del trayecto solo pensaba en si sería capaz o no de sobrepasar las líneas rojas que marca la razón para conseguir que aquel monstruo confesara el paradero de Otto. Se alegraba de haber ido a buscar a Viktor. Aquel tipo tan peculiar le provocaba un extraño y contradictorio efecto magnético —repulsión y atracción—, pero lo cierto e innegable era que necesitaba estar acompañada para gobernar aquel bergantín destartalado a bordo del cual pretendía surcar aquellas aguas desconocidas. Estaba asustada y al mismo tiempo decidida a no dejar la suerte de Otto en manos de la burocracia, si es que aún continuaba con vida. Ese pensamiento, a pesar de que se había empeinado en desterrarlo de su mente, la estaba

corroyendo por dentro, motivo por el que prefería enfrentarse de una vez al intenso dolor de la pérdida que dejarse devorar lentamente por la incertidumbre.

Cuando sus pies tocaron el césped se esfumaron todas aquellas dudas y se centró en la tarea de guiar a Viktor hasta la habitación de los Köller. Adoptó un papel secundario hasta que él le pidió que trajera a la mujer. A punto estuvo de oponerse previendo cuál era el propósito del ruso con la cara picada de viruela, pero enseguida encontró la respuesta que había quedado pendiente sobre traspasar o no las líneas rojas de lo racional. Un consistente poso de humanidad le hizo comportarse de forma más que considerada con ella y mucho más cuando la encontró arrastrándose por el suelo en el empeño de llegar a su silla. Birgit trató de tranquilizarla para aminorar la tensión que estaba viviendo por culpa del ser despiadado con el que un día había decidido compartir su vida.

—Tiene que ayudarnos con su marido —le rogó—. Él es la única persona que sabe dónde está Otto y...

—Se equivocan con Martin. Sea lo que sea que piensen que ha hecho, se equivocan de persona. Es un buen hombre, nunca haría daño a nadie. Jamás —subrayó.

En ese instante, Birgit sintió lástima por esa mujer, completamente ajena a la realidad, aturullada, vulnerable. Infirió que de nada iban a servir las palabras con ella, por lo que la llevó hasta el salón como si condujera un cordero al matadero, donde ya la aguardaba el matarife de ojos saltones con los cuchillos bien afilados.

Poco después, Martin Köller se practicaba una incisión en el cuello por la que se le estaba escapando la vida a borbotones, escena a la que se negaba a asistir tapándose la cara con ambas manos. Una serie interminable de blasfemias pronunciadas en ruso la sacaron de su aislamiento y cuando fijó su atención en el lugar del que provenían los gritos vio que Viktor estaba tratando de levantar a la mujer, que, de algún modo, se había arrojado sobre el cuerpo aún con vida de su marido y se aferraba a él con inusitada pasión.

—¡Déjala! —chilló ella—. Permítele que pase con él los últimos instantes de su vida.

Viktor se giró contrariado y se alejó varios metros del sitio en el que Martin había quedado tendido en el suelo.

—Sí, ya no hay nada que podamos hacer. ¡¿Cómo iba yo a saber que tenía

una cuchilla?! ¡Mierda! ¡¿Cómo lo iba yo a saber?!

—Nunca encontraremos a Otto —balbuceó Birgit.

El del KGB se acercó y la agarró de la nuca.

—No perdamos la esperanza de encontrarlo. En este momento no tenemos más remedio que dar parte a la policía, por lo que, de alguna forma u otra, conseguimos precipitar los acontecimientos. Hay que avisar a Max o al hospital para que refuercen la vigilancia de Niclas, pero estoy casi convencido de que lo que ha dicho sobre él ha sido un farol. Si hubiera ordenado su muerte, el desgraciado no se habría rajado el cuello.

Pero Birgit no daba la sensación de estar atenta a su razonamiento.

—Antes —intervino ella—, cuando hemos pasado junto al huerto para evitar la luz de una de las farolas, me he fijado en que había una franja de tierra removida bastante amplia. Se me ha pasado una idea terrible por la cabeza que he desechado de inmediato, pero ahora... Ahora quiero comprobarlo.

—Entiendo. ¿Qué hacemos con ella?

Ambos se volvieron. Parcialmente tapados por los muebles que se interponían en su línea de visión, podían distinguir a Doris en la misma postura, inmóvil, con la cabeza descansando sobre el hombro de su esposo como si le estuviera susurrando unas últimas palabras al oído.

—No me preocupa, no creo que se vaya a marchar muy lejos —observó Viktor.

Martin Köller tenía la mirada puesta en el blanco del techo mientras se dejaba llevar por la placentera aunque fría sensación de desvanecimiento que le estaba acompañando en el tramo final. Lo había visualizado tantas veces que le parecía estar viviendo un *déjà vu*. Era el sueño de Mirta hecho realidad y su dulce Doris le había hecho saber que había llegado el momento de cumplirlo entregándole la cuchilla. Nada más generoso y completo que irse de esa manera, junto a la mujer a la que amó de forma incondicional, sintiendo sus labios sobre la piel, entregándose por completo. Sumido en aquel convencimiento, ya no pudo sentir los últimos estertores que agitaron su cuerpo justo antes de que su corazón dejara de funcionar.

En el jardín, junto a la farola que iluminaba vagamente una porción de tierra removida, ambos se miraban alterados.

—Vamos a necesitar una pala más grande si no queremos que se nos haga de día cavando —sugirió él sosteniendo una de jardinería.

Ella desvió la mirada hacia el cobertizo.

—Yo me encargo.

—Voy empezando.

Birgit accedió al interior empleando el mismo método que había usado hacía solo unas horas. Buscó y halló el interruptor de la luz cerca de la puerta e hizo un barrido visual en busca de la herramienta que necesitaba. Se fijó en que el suelo seguía cubierto con los polvos de talco que habían esparcido como parte de la actuación matutina. De inmediato, algo le hizo fruncir el ceño, pero ignoró la alarma pensando que había saltado al superar su tolerancia al desorden. A la derecha se amontonaban multitud de objetos de decoración antiguos y otros enseres que, supuso, habían sido relegados en su día por los que había visto en el salón. En la pared de la izquierda el caos parecía haberse dado un respiro. Se disponía a inspeccionar esa zona cuando escuchó a Viktor reclamando a gritos su atención. El corazón le asomaba por la boca al llegar al lugar en el que el ruso estaba arrodillado.

—¡Dime que no...!

—No, no se trata de Otto.

Birgit se agachó para observar lo que parecía el cadáver de un perro.

—Estaba enterrado a muy poca profundidad. El sedimento inferior es demasiado compacto para cavar, incluso con una pala de verdad.

—Esta mañana revisé a conciencia todo el jardín y estoy segura de que no hay más tierra removida.

—Buena señal. Es un dóberman —retomó— y diría que es el bicho que estuvo a punto de matar a Niclas cuando escapó del cobertizo. Y mira esto — señaló agarrando por el hocico al animal—. Esto es una herida de bala, ¿ves?

—Lo veo.

—Aquí, en el cráneo —le mostró—, tienes el orificio de salida. Observa cómo se ha astillado el hueso hacia fuera.

—Otto.

—Eso parece. Apostaría a que Otto tuvo un desencuentro con él mientras husmeaba por aquí y terminó mal para este cabrón.

—Al ver vacía la caseta le pregunté por el perro y me dijo que estaría por ahí fuera. Es decir, que o bien no se entera de nada de lo que sucede en su jardín, o la muy puta desvalida nos está mintiendo.

—Vamos a averiguarlo.

Doris, sentada con las piernas completamente estiradas y la espalda

apoyada en el sofá, sostenía la mano inerte de su marido mientras dejaba que su mirada hueca escapara atravesando aquellos muros. Tenía el rostro cubierto de sangre y el pijama era un lienzo de un pintor surrealista obsesionado con el rojo. Los dos sincronizaron gestos de repulsa al verse asediados por las partículas olfativas que se habían apropiado de la estancia. A las trazas metálicas propias del plasma derramado se sumaban otros matices gástricos propios del vómito. Birgit se detuvo al tiempo que se tapaba la boca para tratar de contener el suyo. El ruso, con más tolerancia al hedor o más cuajo, fue quien se aproximó.

—Señora Köller, atiéndame un segundo, se lo ruego.

Que el pecho se hinchara era el único indicativo que la hacía parecer un ser vivo. Se puso en cuclillas interrumpiendo su campo visual y, muy desacertadamente por estéril, posó la mano en su pierna.

—Hemos encontrado el cadáver de su perro en el jardín. ¿Lo sabía?

Ella pestañeo y clavó sus ojos en los de Viktor antes de asentir.

—Murió por un disparo. ¿Sabe cómo sucedió?

De nuevo el mismo movimiento.

—¿Lo sabe? —insistió.

—Atacó a Martin.

—¿Lo mató su marido?

—Sí. Era un buen hombre.

—¿Con qué arma?

Doris se encogió de hombros.

—Era su perro, pero tuvo que matarlo por miedo a que algún día me atacara a mí. Me lo ha contado esta misma tarde. Era un buen hombre.

—Sí, un hombre ejemplar. ¿Estaba al tanto de su obsesión por la sangre?

—Martin no tenía secretos para mí. Lo compartíamos todo, por eso le acompañaba a las Veladas Rojas, a pesar de que yo no padezco su enfermedad.

—¿Me está diciendo que era consciente de que su marido secuestraba menores para satisfacer sus necesidades y que es responsable al menos de la muerte de siete niños?

—Eso es una auténtica patraña, Martin nunca haría daño a nadie.

El del KGB se incorporó visiblemente hastiado.

—Su ejemplar marido lo ha reconocido cuando le hemos contado las pruebas que tenemos contra él. Por eso se ha quitado la vida.

—No se ha quitado la vida. Ustedes lo han asesinado.

—Señora Köller —intervino Birgit luchando contra las náuseas—: estoy convencida de que usted tiene un gran corazón, por ello le ruego que haga memoria por si recuerda algo que su marido hiciera desde la pasada noche que nos lleve a averiguar dónde está Otto. Su mujer murió hace dos años y si algo le sucediera..., en fin. Otto tiene dos niños de tres y cinco años, dos criaturas preciosas que podrían quedarse huérfanas.

Birgit trataba de llegar al corazón de la mujer a través de la autopista de la compasión.

—No sabes cuánto lo siento, querida. Anoche me tomé mis pastillas para dormir y me levanté poco antes de que Martin saliera de casa. Luego vinieron ustedes y cinco minutos después de que se marcharan llegó Martin. Mi Martin —añadió con la voz temblorosa acariciándole la mano—. Tenía una sorpresa para mí. Había organizado una comida con unos viejos amigos, así que nos marchamos y no hemos regresado hasta la noche. Me encantaría poder ayudarte, pero todo esto... Me parece que estoy viviendo una pesadilla. Nada de esto puede estar sucediendo.

El ruso miró a Birgit y negó con la cabeza.

—No creo que ella sepa nada, pero si lo supiera tampoco nos lo diría —le susurró al oído.

Birgit dio media vuelta y caminó hacia la puerta con los hombros caídos y arrastrando los pies.

—Si algún día tengo la más mínima sospecha de que usted estaba al tanto de todo, le prometo que...

El del KGB no terminó la frase al darse cuenta de que aquella mujer volvía a estar desconectada de la realidad. Fuera se encontró a Birgit con los brazos cruzados a la altura del pecho y con la vista clavada en el cobertizo. Tenía los ojos humedecidos y el semblante acorazado.

—Birgit, hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Tenemos que avisar a la policía o la situación se nos volverá en contra. Nos tomarán declaración por separado y debemos ofrecer la misma versión. Idéntica. No puede haber diferencias. ¿Me estás escuchando?

—Diferencias —repitió.

—Eso es, no puede haber diferencias.

—No puede haber diferencias. ¡Claro! ¡Las diferencias!

Inmediatamente, Birgit empezó a caminar en línea recta hacia el cobertizo.

A él no le quedó otro remedio que seguirla.

—Pero ¿qué te pasa ahora? —quiso saber.

—¡No puede haber diferencias!

—Dime de qué demonios estás hablando —exigió agarrándola por el brazo.

Ella chasqueó la lengua.

—Cuando entré en el cobertizo me fijé en que el suelo estaba cubierto por los polvos de talco que esparcimos diciendo que era un producto contra las víboras. No vi ninguna huella, de eso estoy segura, lo cual indica que nadie ha entrado ahí desde que saliéramos Max y yo.

—Continúa.

—Antes, cuando he venido a por la pala, he detectado algo que me ha llamado la atención. Algo que no debería estar ahí simplemente porque antes no estaba. ¿Me sigues?

—En absoluto.

—No puede estar ahí porque si no ha entrado nadie no puede haber diferencias y, sin embargo, las hay. Hay una.

—¿Una?

—Una es suficiente —aseveró antes de entrar nuevamente por la ventana.

Viktor la siguió desconcertado.

—¿Ves eso? —señaló luego de accionar el interruptor.

—¿El qué?

—Ese objeto blanco.

—¿El tubo?

—Exacto, el tubo. Mi memoria visual jamás me engaña. Ese tubo no estaba ahí cuando yo me marché este mañana. Y si nadie ha entrado...

El ruso se aproximó para recogerlo del suelo.

—Un tubo. No me fastidies, Birgit. Es un simple tubo que se ha podido caer de cualquier sitio.

—Así es. Y si se ha caído tiene que deberse por fuerza a un suceso que ha ocurrido aquí dentro —argumentó con la atención puesta en las cajas apiladas en la pared de la izquierda—. Enfrente todo está tirado, desordenado, pero aquí todo ha sido milimétricamente colocado, ¿no te das cuenta?

—Sí, esa diferencia sí la veo, pero me llama más la atención que las cajas estén rodeando un baúl.

—Un baúl.

—¡Mierda!

Sin necesidad de verbalizarlo, ambos empezaron a quitar las cajas apiladas encima.

—Mira eso, joder —señaló él—. ¡Un agujero! ¡El tubo!

—¡Otto! —gritó ella.

El ruso arrojó la última caja al suelo y Birgit se apresuró a levantar la tapa.

Un olor fétido y purulento, heraldo de la muerte, los golpeó en la cara.

Lágrimas.

## TODO LO MEJOR ES LO PEOR

*Frente al apartamento de Erika Eisemberg  
Potsdam (RDA)  
14 de octubre de 1980*

El mérito consistía en haber sido capaz de levantarse. Apenas había dormido un puñado de horas, pero no era la falta de descanso lo que le hacía caminar en dirección a su Trabi cual si fuera un guiñol manejado con extrema torpeza. Tanto era así que declinó elevar el cuello de la gabardina para protegerse de la lluvia por no sacar las manos de los bolsillos.

Le había venido bien compartir con Erika la concatenación desmesurada de desgracias vividas durante la jornada anterior y quizá fuera eso lo único positivo que podía rescatar en aquel naufragio profesional: esa mujer era su salvavidas.

Se disponía a introducir la llave en la cerradura cuando una figura que recogió su vista perimetral le hizo interrumpir el proceso. No le extrañó reconocer el vehículo con los cristales tintados que estaba estacionado a unos veinte metros del suyo, lo que sí le sorprendió fue darse cuenta de la velocidad con la que las malas noticias habían llegado hasta los oídos del general Kokorin. Pensando en positivo, que hubiera venido él le evitaba tener que pasar por la tienda de repuestos para enviar su informe sobre el fracasado desenlace de la operación y su consecuente renuncia al cargo.

—Ya pensaba que se habría tomado el día libre —comentó irónico al tiempo que le ofrecía la mano.

—Ayer tuve un día complicado, camarada general, pero justo ahora me dirigía a hablar con Bernhard y Agneta.

—De allí vengo yo en concreto. Estoy al corriente de todo.

Nikolai Kokorin le hizo una indicación al conductor para que se pusieran en marcha, lapso durante el cual Viktor se preguntó hasta qué punto ese «todo» incluía «todo».

—A veces las partidas no terminan como uno las ha planificado, pero precisamente eso es lo interesante, ¿no es así?

—En mis circunstancias, no sé si puedo estar de acuerdo con usted.

Los afeminados labios del responsable de la Oficina S dibujaron una leve pero suficiente línea cóncava.

—¿Y cómo definiría usted esas circunstancias?

—Muy poco favorables. He fracasado en el cometido que se me había encomendado. Oskar Fischer seguirá al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores de la RDA.

—¿Y qué piensa hacer al respecto?

—Asumir las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—Las que el Centro establezca.

—¿Se siente responsable de haber fallado?

—Así es.

—Sin embargo, usted únicamente se ha limitado a seguir las instrucciones que yo le di, ¿no es cierto? Por tanto, si habláramos de fracaso, el máximo responsable sería yo, ¿verdad, camarada? No es necesario que conteste.

Aquello le recordó la conversación que había mantenido el día anterior con Walter Krumm.

—¿Acaso ha pensado por un momento que íbamos a abandonar la partida?

Viktor Lavrov no ocultó su estado de confusión.

—Uno pierde solo si su oponente gana, ¿está de acuerdo conmigo? — prosiguió Kokorin.

—Sí.

—¿Y diría que su oponente ha ganado o simplemente ha sabido evitar su ataque?

—Diría que evitando mi ataque ha logrado la victoria.

—Pues se equivoca. La victoria solo se alcanza cuando el rival ya no puede realizar ningún otro movimiento. Reconozcamos que ha perdido un alfil y un caballo, pero, así y todo, ha conseguido su objetivo: forzar a su contrincante a exponer a su dama. Ahora la tiene en campo abierto, desprotegida y expuesta, celebrando que le ha asestado un golpe definitivo.

Su interlocutor se removió en el asiento, incómodo.

—No se ofenda, pero... ¿podríamos dejar el símil ajedrecístico?

De nuevo esa sibilina sonrisa.

—¿Cuál era el objetivo real de mi misión? —quiso saber Viktor Lavrov.

—Identificar y calibrar a nuestro oponente pensando en el futuro inmediato.

—Markus Wolf, un enorme hijo de su puta madre. Disculpe el lenguaje.

—Markus Wolf, un más agrandado que enorme oponente de quien ya sabe hasta dónde está dispuesto a llegar para imponerse. Analizando toda la operación en perspectiva, estoy casi convencido de que supo leer nuestras intenciones desde el principio y que el asunto del topo trabajando para el BND era una patraña, un envoltorio para poder acercarse a usted y estudiarlo.

Viktor trató de ocultar su ofuscación pellizcándose la cara interna del muslo a la vez que escuchaba atento a las palabras de su superior.

—Está convencido de que nos ha dado una lección, pero no ha sabido interpretar nuestras intenciones. Más pronto que tarde se va a arrepentir de haberse puesto al frente de los suyos, frente a usted —añadió tejiendo un juego de palabras que fue un auténtico regalo para los oídos de quien lo escuchaba todavía atónito.

—Todo lo mejor es lo peor cuando uno no sabe de qué lado está —soltó.

—Explíquese.

—Por ayudarme con una analogía cromática, le diría que no existe un gris que no contenga algo de azul, ni azul que no pueda llegar a confundirse con el gris.

El general Kokorin se giró muy despacio y lo examinó con cachazudo detenimiento antes de tomar aire.

—Comprendo y podría ser cierto, pero tenga presente que, con organizaciones como la nuestra, es mucho más prudente equivocarse junto a la mayoría que tener la razón solo. Le aseguro que Markus Wolf, por muy entronizado que esté o se considere sin estarlo, sabe perfectamente de qué lado está. Acaba de demostrárselo; sin embargo, hace tiempo que dejó de importarle. Por tanto, bajo su prisma distorsionado, esos factores se invierten y, entonces, lo peor se confunde con lo mejor. Siguiendo con su metáfora, le diría que Wolf representa ese azul que nosotros percibimos de un gris oscuro casi negro. Lo he visto muchas veces a lo largo de estos años. Confío en que nunca le ocurra a usted, porque significaría que se ha quedado aislado y, por consiguiente, usted sería vulnerable. Y en nuestro oficio la vulnerabilidad es

el primer paso hacia la defunción.

—No puedo estar más de acuerdo.

—Aunque no lo estuviera, la certeza no cambiaría. El cenit y el nadir no pueden producirse a la vez.

Este se anotó la expresión a expensas de poder interpretarla en otro momento.

—¿Cuáles son sus órdenes?

—Cuando acuda a su puesto de trabajo, apostarí a que Mielke querrá mantener unas palabras con usted. Sería muy interesante que así fuera para tratar de detectar su postura, a pesar de lo complicado que resulta leerlo por dentro. Mañana tenemos previsto enviar una notificación a la Administración 12 explicando que se va a ausentar durante los días que dure la evaluación a la que supuestamente le vamos a someter y, cuando regrese a su puesto con más responsabilidades de las que hoy tiene, Markus Wolf va a tener que consumir algunos recursos en comprender lo que está pasando. Esa fase de confusión la tiene que aprovechar usted para averiguar qué es lo que no ha sido capaz de ver estas semanas atrás. Le servirá para entender mejor la estrategia defensiva de la Stasi, lo cual es del todo indispensable para afrontar la verdadera misión para la que le recluté.

—Comprendo.

—No, todavía está muy lejos de comprender, pero ya lo hará en su debido momento. Una cosa más, camarada comandante. —Kokorin le dio dos palmaditas en la rodilla, como si las necesitara para captar su atención—. Cuando me entrevisté con usted ya estaba al corriente de su obsesión por interpretar el funcionamiento de la mente criminal. No le voy a pedir que se aparte de ello, pero tampoco consentiré que entorpezca su trabajo. Lo que hizo la pasada noche fue una auténtica estupidez, no vuelva a inmiscuirse en asuntos que no le corresponden. Espero haber sido claro.

—Lo ha sido, camarada general.

—Magnífico. Entonces, dígame: ¿necesita algo? —se ofreció Kokorin.

Viktor Lavrov desvió la mirada hacia el exterior con el propósito de ubicarse en el plano de Berlín. La lluvia golpeaba con fuerza el cristal de la ventanilla, como si, paradojas climatológicas, quisiera guarecerse dentro del vehículo.

—Ahora que lo dice, si no es mucho inconveniente, me gustaría que me acercara a un lugar.

El general Kokorin cruzó las piernas y, apoltronado, llamó la atención del conductor.

—Al hospital La Charité —ordenó.

Subía en el ascensor rodeado de extraños, extrañado por el diagnóstico que había realizado su superior, pero más aún del extrañísimo tratamiento que le había recetado. Esta vez sabía adónde ir, lo cual evitó que se perdiera en las laberínticas entrañas del edificio. Enfilando el pasillo reconoció la figura de Birgit, curvilínea y voluptuosa en comparación con la pudibunda y estirada de Heinrich. Este recortó la distancia en cuanto lo reconoció y se abalanzó a sus brazos.

—¡Gracias por todo! No sé cómo agradecerte..., en fin. Birgit me lo ha contado todo. Estáis locos, pero sois unos locos maravillosos.

El ruso le golpeó un par de veces en la espalda, pero enseguida centró su atención en ella. «Demacrada» era el término que mejor encajaba para definir eso que conformaban sus facciones. Si no supiera con certeza que había pasado la noche en el hospital, diría que las manchas violáceas bajo sus ojos eran consecuencia de una agresión física. De forma inesperada, notó que un sentimiento cálido e intenso que le invitaba al contacto físico crecía en su interior.

—Tienes un aspecto horroroso —la saludó.

—Tú, sin embargo, tienes la misma cara horrible que ayer. Y la misma que mañana —contraatacó ella en un tono de voz casi evanescente.

—¿Qué dicen los de blanco?

—Lo más preocupante es lo del brazo. Si consiguen detener la infección y no tienen que amputárselo, no va a recuperar toda la movilidad. Es más, ni siquiera aseguran que pueda llegar a ser funcional, porque el destrozo en el tejido muscular y nervioso es irreversible.

—Ya, los galenos siempre tratan de ponernos en lo peor. ¿Has hablado con él?

—Sí, ahora está despierto, así que aprovecha para verle en lo que nosotros nos tomamos un café y subimos. No dejan estar a más de dos personas al mismo tiempo.

—¿Cómo está?

—Parece animado, pero ha sufrido mucho. Muchísimo. El maldito hijo de puta le hizo creer que lo había enterrado vivo. Me encantaría poder resucitarlo para poder matarlo con mis manos. La buena noticia es que Otto le sacó el

paradero de Imelda y la han rescatado anoche. Eso le está ayudando bastante.

—¿La niña está viva?

Ella sonrió.

—Pensar en eso y en todas las víctimas que se han salvado gracias a su tozudez tiene que ser muy gratificante —valoró él.

—Sí, lo es, pero me temo que el comisario principal Schoenberg no está pensando en condecorarlo.

—De momento debería conformarse con mantener el cargo, aunque no las tengo yo todas conmigo.

—Ya veremos. Su amigo el de la varita seguro que tiene algún conjuro que le puede ayudar.

—El partido no va a permitir que nada de esto salga a la luz. Espero que Otto comprenda y asuma esa circunstancia, porque como se empeñe en que trascienda el nombre de Martin Köller lo van a volver a enterrar, pero esta vez de verdad.

Birgit se encogió de hombros.

—Con Otto nunca se sabe.

—Ahora te diría que te marcharas a casa y te metieras en la cama el resto del día, pero me ahorro el consejo, porque contigo sé que tiene el mismo efecto que eyacular contra la pared. Te veo pronto.

Ella se giró y levantó la mano para despedirse del ruso mientras este hacía lo propio con Heinrich. Antes de empujar la puerta de la habitación llenó los pulmones y liberó el aire por la boca con notable desasosiego.

—¡Vaya! Pensaba que hoy no iba a ver a nadie con peor cara que Birgit, pero es evidente que me equivocaba —dijo Viktor al entrar.

Otto hizo un esfuerzo por componer un gesto amable; sin embargo, no superó la barrera del intento.

—Imelda, la niña gitana, está a salvo —le informó súbitamente—. La han encontrado en otra casa que tenía cerca del lago Müggelsee. Tenemos que comprobarlo, aunque yo apostaría a que ahí es donde se deshacía de los cuerpos. Además, y esto ya roza lo surrealista, muy cerca de ese lugar vivía una anciana que ha desaparecido recientemente y que..., ¡atención!, era tía carnal de Martin Köller. Mis compañeros piensan que está relacionado con el caso, aunque no saben cómo.

—Lo que tú dices: surrealista. Has hecho un gran trabajo, inspector jefe, pero ahora deberías otorgar una oportunidad a tu maltrecho organismo, ¿no

crees?

—Ya, bueno... Me dejé llevar por mis instintos cuando lo teníamos acorralado. Podría haberme ahorrado el suplicio.

—Gracias a tu instinto este asqueroso mundo es hoy un poco mejor que ayer, no te fustigues más de lo necesario.

Otto Bauer asintió sin mostrar un ápice de convencimiento.

—Cada vez que cierro los ojos me traslado allí dentro. Estaba aterrado. Al darme cuenta de que había sacado el tubo por el que supuestamente respiraba, noté que me asfixiaba y terminé perdiendo el conocimiento. Dicen los médicos que fue como consecuencia del proceso febril que me provocó la infección del brazo, pero yo lo viví como si me estuviera muriendo. No me atrevo a bajar los párpados. Todavía no.

—Eso es pasajero. Te puedo asegurar que cuando te encontramos ambos pensamos que estabas muerto. Al tomarte el pulso y notar la temperatura de tu cuerpo, no daba crédito. A Birgit casi le estalla ese corazón enorme que tiene. Si no hubiera sido por ella, amigo...

—Ella dice que no se habría atrevido a ir a la casa si no la hubieras acompañado. Gracias, Viktor, te debo una.

—Estaba borracho. Y son dos las que me debes, no trates de convencerme de que el trauma te ha afectado a la memoria, porque me las pienso cobrar de alguna forma. Para empezar, vamos a tener que estudiar la manera de que tus compañeros de la Kripo dejen de preguntarse qué hacía un tipo como yo en la casa de los Köller. De momento he dicho que fui en calidad de amigo de la familia, pero dudo mucho que se conformen con eso.

—No sé qué mierda va a pasar conmigo cuando salga de aquí. Puede que el comisario principal Schoenberg aproveche para darme la patada y si de milagro consigo salvarme..., el brazo..., no sé.

—Te olvidas de mi varita mágica.

Otto hizo un ademán extraño.

—En absoluto. ¿Cuándo cojones me vas a decir quién eres y a qué te dedicas?

—Otro día.

—¡Maldita sea, Otto! —oyeron decir desde la puerta.

Un hombre bien parecido y mejor vestido sonreía con los brazos abiertos.

—¡Adelante, Max! —le invitó el de la Kriminalpolizei—. Es el amigo del que ya te he hablado —le informó al ruso—. Y él..., él es otro amigo del que

no sé si puedo hablarte —le dijo al comisario.

Ambos se sostuvieron la mirada con cierto recelo, como si en el contacto físico existiera el riesgo de contagiarse con la afección del otro. Finalmente se estrecharon la mano, pero enseguida ambos se volcaron en el paciente.

—Birgit me ha puesto al día de todo. O de casi todo. No obstante, me gustaría escuchártelo decir a ti, ¿cómo te encuentras?

—Vivo, que no es poco.

—Disculpadme. Yo me tengo que marchar —anunció el del KGB—. Un placer, Max. Otto, pasaré por aquí de vez en cuando. Cuídate mucho.

—Gracias, Viktor. Muchas gracias por todo.

Que hubiera cesado la lluvia le motivó a recorrer a pie la distancia que le separaba del ministerio con el objeto de ordenar algunas ideas pensando en el más que previsible encuentro con Mielke. No obstante, conforme se fue alejando del hospital y acercando a Normannenstrasse, el ruso fue ahuyentando los procesos racionales para dejar espacio a otros de corte más lúbrico. Espoleado por las ganas de cabalgar a rienda suelta por los blancos prados que se extendían a lo largo y ancho de la cama de Erika, aceleró el paso como si así pudiera recortar lo que quedaba de jornada.

Tras la reunión con el número uno de la Stasi, Viktor Lavrov regresaba a su despacho masticando las frases grandilocuentes, pleonasmos y demás circunloquios a través de los cuales le había manifestado su decepción por los nulos resultados obtenidos frente a la expectativa generada. Al parecer, desbaratar una célula del BND era un premio muy poco suculento de cara a fortalecer su posición en el seno del partido. Hasta ahí nada que no esperara. Sin embargo, ya casi al final de su solemne exposición le había hecho entender que el Kremlin podía seguir contando con su apoyo en el caso de que propusieran un cambio de rumbo en el ámbito de la inteligencia. Esa ventana entreabierta era, tal y como le había anticipado el general Kokorin, difícil de interpretar, pero a él le pareció que se estaba desmarcando de Markus Wolf, nombre que no mencionó ni una sola vez.

Con la idea de recoger sus cosas y salir del edificio cuanto antes, la sargento Kunkel interrumpió la maniobra de evasión.

—Camarada comandante, tenemos en espera a un hombre que insiste en hablar personalmente con usted. Ha llamado varias veces desde primera hora, pero no ha querido dejar ningún recado.

—Otro día.

—Dice que se trata de una información muy valiosa que usted le ordenó averiguar.

—¿Cómo se llama ese tarado? —quiso saber, molesto.

—Wolfgang Fraatz.

El ruso resopló dubitativo.

—Pásemelo.

La sargento cerró la puerta del despacho y unos segundos después sonaba el timbre del teléfono. El psicólogo se armó de paciencia antes de atender la llamada.

—Viktor Lavrov —respondió.

—¡Lo tengo! La reconocí al instante. ¡Era su voz! He cumplido con su encargo, pero antes de decírselo quiero que me dé su palabra de que me va a dejar tranquilo.

—¿Decirme el qué?

—Dónde y cuándo tendrá lugar la próxima Velada Roja.

Viktor se apretó los lacrimales.

—Anoche, sobre las dos y media de la madrugada estaba escuchando la radio como vengo haciendo desde que usted vino a visitarme por segunda vez, ¿o es que ya no se acordaba?

—Por supuesto que sí —mintió.

—El programa se llama *Para ti, que estás solo* y en un momento que hicieron una pausa reconocí su voz.

—¿La voz de quién?

—¿De quién va a ser? De la Dama. De Mirta.

—¿Está completamente seguro de que se trataba de ella?

—Reconocería su voz incluso estando muerto.

—Lo estará si me hace perder el tiempo.

—Todavía no le he escuchado decirme lo que necesito escuchar.

—Si la información que me proporciona me lleva a Mirta Schäfer, le juro por la memoria de Vladímir Ilich Uliánov que nunca volveré a molestarle.

—Anote.

## TODO LO PEOR ES LO MEJOR

*Barrio de Falkenberg  
Brandeburgo (RDA)  
16 de octubre de 1980*

El firmamento se había pigmentado de un apasionado arrebol, como si la caída del sol le provocara un irritante rubor.

Viktor Lavrov lo había estado valorando hasta el último momento, pero terminó prestando oídos a la voz de la necesidad de comprender frente a los susurros de la prudencia. Susurros que no había dejado de escuchar desde que Wolfgang Fraatz le revelara el emplazamiento y la hora donde iba a celebrarse una Velada Roja; susurros que le aconsejaban obviar esa información.

Molestos y cobardes susurros.

Al pasar por delante de la casa molinera que correspondía con la dirección se fijó en que era la única del vecindario que registraba algo de movimiento. Detuvo el Trabi, apagó las luces y permaneció en el interior con la vista puesta en esa fachada pintada de un provocativo color carmín, como si de forma inconsciente quisiera otorgar la última oportunidad a esos susurros para que lo convencieran de no seguir adelante.

Las últimas noticias que le habían llegado sobre la investigación del caso apuntaban a lo que ya habían intuido. El partido no iba a permitir que el escándalo trascendiera más allá de los muros de la comisaría de Karlshorst y el asunto de las desapariciones se daría por zanjado con la anónima muerte del presunto autor de los hechos. Al otro lado del Muro, Max Pekeler había logrado identificar los dos orfanatos que habían desempeñado el papel de proveedores de Martin Köller, eso sí, engañados en todos los casos — argumentaban—, ignorando el destino que les aguardaba a aquellas criaturas.

Según auguraba el comisario de la Bundeskriminalamt, el ministro del Interior, Genscher, no parecía que fuera a meter sus manos en aquel montón de estiércol, temeroso de que el olor terminara contaminando la dulce fragancia reconciliadora que manaba de la Ostpolitik. Todo ello dejaba a Otto Bauer en una situación más que comprometida, señalado por todos como el Vopo que, desoyendo la orden directa de su superior, había destapado un asunto demasiado escabroso contra el que no estaban preparados para lidiar en ningún lado del Muro. Además, si tal y como sostenía Helmut Wegener, la Stasi se había ocupado de enmascarar aquellos sucios efluvios que amenazaban con intoxicar la fragancia floral que exudaba la élite del país, el horizonte que se abría para el inspector jefe no era nada halagüeño. Para colmo de males, la evolución de su brazo izquierdo no estaba siendo nada favorable y, por el momento, ya habían descartado que fuera a recobrar el movimiento y la sensibilidad de la mano. Así y todo, a pesar del tormentoso panorama que se cernía sobre él, Viktor lo había encontrado relativamente bien de ánimo, arropado por los suyos, incluso por su padre, un hombre con un sentido del humor muy afín al suyo y con quien había tenido el placer de conversar largo y tendido esa misma mañana. Otto le había contado embargado por la emoción que los padres de Lucas habían iniciado los trámites para adoptar a Niclas y que le habían prometido que en el próximo cumpleaños del niño lo iban a visitar para celebrarlo juntos. El ruso se despidió de él justo antes de que llegara la nutrida representación de la familia de Imelda, quienes habían hecho noche en la puerta del hospital hasta conseguir la autorización pertinente para agradecerle en persona que la niña, convaleciente aún, estuviera convaleciente y no metida una bolsa con piedras en el fondo de un río. Por asociación de ideas se acordó de Nadine y especuló sobre el futuro que le aguardaba a aquella criatura cuyo devenir había quedado estigmatizado por él para siempre.

Como si quisiera ahuyentar aquellos turbadores pensamientos, el del KGB bajó el cristal de la ventanilla y dejó que se perdieran en la fría noche para centrarse en el presente. Hacía algunos minutos que no entraba nadie a la casa y un silencio irritante por pertinente se adueñó de la calle. Decidido, bajó del vehículo, se acopló el sombrero Trilby y cruzó de acera con las manos en los bolsillos de la gabardina. Golpeó la puerta con los nudillos y, segundos después, una mujer de mediana edad, de pelo oscuro, corto y rizado le recibió con una sonrisa brillante, larga y lacia.

—Al final del pasillo hay un perchero —le indicó—. Las ofrendas ya han comenzado.

—Muy amable —se le ocurrió decir.

—¿Es su primera vez?

—No, pero hace tiempo que no vengo.

—Bienvenido de nuevo, entonces.

—Gracias.

Contó cinco puertas cerradas a lo largo de aquel pasillo en forma de ele en el que no había ni un solo elemento ornamental ni decorativo. Frente al mencionado perchero, otra puerta tras la que se escuchaba una voz de hombre. Entró sin llamar. La estancia, amplia y rectangular, estaba sembrada de sillas que parecían haber sido abonadas para que les brotara una persona encima; sin embargo, aquel jardín debía de sufrir alguna plaga, dado que tan solo un tercio de ellas estaban florecidas. El ramo no contaría con más de quince unidades, que, guardando un respetuoso silencio, escuchaban lo que un hombre sobrado de kilos y escasa presencia capilar les contaba desde un improvisado atril. Viktor se sentó en la última fila dispuesto a echar raíces con discreción. Tal y como le había contado Helmut Wegener, eso que denominaban «ofrendas» no era más que un relato voluntario por parte de uno de los asistentes cuyo propósito se ceñía a compartir su experiencia hematofílica con el resto. En cuanto finalizó —visiblemente emocionado después de reconocer que había tratado de abandonar el grupo sin éxito—, una mujer que estaba sentada en la primera fila se levantó. Al ruso no le hizo falta que pronunciara una sola palabra para saber que se trataba de la Dama. De edad difícil de precisar, lucía un vestido negro ceñido que resaltaba su estilizada silueta. El cabello negro, en apariencia embetunado, le caía vigoroso por encima de los hombros desnudos y sostenía una expresión risueña propia de una anfitriona experimentada. Usando un tono dulce, firme pero a la vez reposado, animó a que algún otro asistente tomara la palabra, invitación que fue aceptada de inmediato por otra mujer con pinta de no haber probado bocado en los últimos dos años. No había consumido ni dos minutos de su tiempo cuando el ruso se incorporó y avanzó por un lateral hasta el atril bajo la atónita mirada de los presentes. Una vez allí, se apropió del micrófono al tiempo que alzaba su identificación de la Stasi.

—Señoras y señores, lamento comunicarles que damos por concluido el encuentro de esta noche. Les pido que abandonen la sala de forma pacífica y

ordenada. Gracias.

No fue necesario insistir.

En cuestión de segundos el jardín se desertizó permaneciendo tan solo tres personas: la Dama y una pareja de mediana edad. Despojándose de cualquier muestra de hostilidad, Viktor se aproximó a ella.

—¿Mirta Schäfer?

—Soy yo —contestó ofreciéndole la mano.

A pesar de la frialdad que transmitía su piel, notó una cálida y sugerente sensación de la que le costó desprenderse más de lo habitual.

—Necesito hablar con usted en privado.

La Dama miró a la mujer y ladeó levemente la cabeza. Sin pronunciar palabra, ambos emprendieron el camino hacia la salida agarrados de la mano.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, Herr...?

—Lámeme Viktor.

—Viktor, ¿puedo ofrecerle algo de beber?

—¿Vodka?

—Acompáñeme, por favor.

Mirta lo guio hasta una de las habitaciones bañada por una tenue luz roja cuya fuente no se molestó en buscar. Un sofá de terciopelo, una mesa de corte oriental, un mueble bar y una cama de proporciones sugerentes conformaban la totalidad del mobiliario.

—Lo siento, pero no hay hielo.

—No importa —dijo apresando el vaso.

—Póngase cómodo —le propuso.

—Siento haber irrumpido de este modo, pero enseguida entenderá por qué —arrancó al tiempo que trataba de encontrar la postura idónea. Ella ocupó el otro lado, cruzó las piernas con suma elegancia y descansó los brazos sobre las rodillas.

El psicólogo cosechó reacciones muy dispares al mencionar los nombres de Wolfgang Fraatz y Helmut Wegener para explicar cómo había llegado hasta allí: indiferencia con el primero, ternura con el segundo. Inmediatamente después procedió a relatar los acontecimientos que había vivido desde aquel día en el que su camino se cruzó con el de Otto Bauer en la puerta del despacho de Erich Mielke. Todo ello sin perder detalle de la evolución expresiva de Mirta Schäfer, que, si bien desde un principio reflejaba cierta pesadumbre, según fue avanzando en su relato fue mutando hasta la aflicción,

visaje que terminó por adueñarse por completo de sus facciones. Antes de afrontar la última parte, el del KGB se sirvió un dedo de vodka y se lo bebió de un trago a modo de antídoto contra el veneno contenido en el nombre que se disponía a pronunciar.

—Martin Köller.

Las décimas de segundo que tardó ella en retirar la mirada fueron suficientes para interpretar la reacción que le provocó escucharlo. Luego dejó que un mutismo pegajoso se apropiara del espacio físico que los separaba.

—Martin Köller es el monstruo que se ha llevado las vidas de esos niños. Hace dos días se rajó el cuello en su casa delante de su mujer. Murió como un cerdo, desangrado.

Mirta se limitó a agitar la cabeza.

—Hábleme de su relación con los Köller.

Ella se tomó unos instantes.

—Me salvaron la vida —dijo sin conectar visualmente con él—. Se produjo un incidente entre Wolfgang y yo que...

—¿Un incidente? ¿Así lo califica?

—Sí. Yo lo provoqué —reconoció—. En aquella época me gustaba llevar las situaciones al límite y no todos estamos cortados por el mismo patrón. Wolfgang no siempre fue como usted lo ha conocido. Fue el primer hombre del que me enamoré. Llegamos a ser partes complementarias de un único ser, pero para mí nada era suficiente y él no lo pudo soportar. Nunca le reproché lo que hizo, porque lo hizo por amor. Amor de verdad, del que todo lo abarca, del que te da la vida y te la quita. ¿Sabe de lo que le hablo?

—Puedo intuirlo.

—Intuirlo no es experimentarlo.

—Seguramente, pero puestos a elegir entre lo experimental y lo intuitivo, descarto siempre lo primero si en ello interviene saborear la maldad. De igual modo, soy capaz de entender lo que trata de decirme aunque no comparta la idea de justificar el asesinato por amor.

—Quizá algún día cambie de opinión.

—Lo dudo, pero, por favor, regrese al momento en el que los Köller se hicieron cargo de usted.

Mirta alargó el brazo para alcanzar la botella de vodka y verter un generoso chorro en el mismo vaso que estaba utilizando ese desconocido. La amargura del licor en sus labios le sirvió para sumergirse en ese lugar de la memoria

que había clausurado tantos años atrás.

—Al recuperar la conciencia dos días más tarde me encontraba en su casa. Doris había sido enfermera y muy buena, por cierto, pero tuvo que abandonar la profesión cuando la enfermedad le empezó a afectar a las piernas.

—¿Qué enfermedad?

—Una deficiencia vascular como consecuencia de la diabetes que padecía desde niña. En su día me habló de cómo fue perdiendo la movilidad de las piernas y todo lo que sufrió al verse condenada a una silla de ruedas el resto de su vida.

—Comprendo.

Era cierto. Comprendía perfectamente lo nocivo que podía llegar a ser un proceso degenerativo tras vivirlo de cerca metido en la piel de su padre.

—El caso es que, de una forma u otra, Doris logró detener la hemorragia y gracias a los contactos de Martin pudo hacerme una transfusión de sangre con la que me devolvió la vida.

—¿Por qué no la llevaron a un hospital?

—¿De verdad tengo que contestarle a esa pregunta?

—No, creo que no. Continúe, por favor.

—Era un matrimonio como muchos otros de los que solían asistir a las veladas. Nunca fallaban y sus hábitos no distaban en absoluto de los del resto. Cumplían las normas. De hecho, los llamaban los Hohenzollern-Sigmaringen porque eran bastante escrupulosos y rara era la ocasión en la que invitaban a terceras personas u otras parejas.

—Ahora recuerdo que Wolfgang mencionó ese nombre. ¿Y con usted?

—Yo soy la Dama, participo con todos, si bien es cierto que no con la misma frecuencia ni la misma pasión.

—Entiendo.

—Al principio se comportaron conmigo de manera exquisita, como si fuera un miembro de su familia o una amiga íntima. Yo quería poner distancia con Wolfgang y ellos me ofrecieron el refugio perfecto donde cobijarme. Ahora no recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que retomamos nuestras prácticas, pero no demasiado, y tengo que reconocer que fui yo quien tomó la iniciativa. La atracción por la sangre forma parte de mí desde que tengo uso de razón y, aunque lo tengo controlado, no es algo que pueda ni quiera evitar.

—¿Por el sabor?

Mirta se mordió el labio como si estuviera conteniendo un impulso animal.

—En mi caso es por todo. El sabor, el olor, la textura, el color... La sangre es nuestra fuente de energía vital, no sentir admiración por ella es lo que debería considerarse una anomalía del comportamiento. De cualquier forma, está en el sitio adecuado y con la persona idónea si lo que quiere es experimentarlo por sí mismo.

El ruso notó cómo su parte más ancestral se dejaba contagiar por una suerte de embrujo que le impulsaba a comprobarlo en ese mismo instante. Haciendo un gran esfuerzo, consiguió que la parte racional tomara de nuevo el control.

—Otro día. Asumo la atracción imponderable que causa la sangre en determinadas personas, solo trato de asimilar el hecho de que existan algunas que estén dispuestas a arrebatar la vida de otros congéneres para satisfacer esta necesidad. Incluso de niños.

—Yo tampoco soy capaz de comprender que otros maten por dinero, por celos, por envidias... El ser humano es malvado por naturaleza, pero intuyo que eso ya lo sabe.

—Cierto, pero unos lo son mucho más que otros. ¿Cuánto tiempo estuvo conviviendo con los Köller? —preguntó para evitar quedar atrapado en la pegajosa divagación filosófica.

—Casi dos años. El avance de la enfermedad de Doris le fue limitando progresivamente su capacidad de movimiento y, como Martin no podía desatender sus obligaciones, me tocó cubrir el papel de asistente. Llegamos a convertirnos en buenas amigas, pero...

Mirta se mordió los carrillos por dentro.

—Pero...

—Pero ella quería dar un paso más y yo no estaba dispuesta. Por eso me fui y jamás volví a tener contacto con ellos.

—¿Le planteó dejar a su marido?

—¿Dejar a Martin? No, no..., nunca. Es la pareja más sólida que he conocido en mi vida y le aseguro que he tratado con muchas.

—¿Entonces? ¿En qué consistía ese paso?

—En tener siempre a su disposición toda la sangre que necesitaba para combatir su enfermedad.

Una sacudida hizo que perdiera la facultad del habla durante unos segundos. Luego pestañeó varias veces como si se estuvieran reiniciando sus funciones cerebrales.

—Nunca se lo oí decir —continuó la Dama ante la incapacidad mental

transitoria de su interlocutor—, pero sé que ella estaba convencida de que beber sangre era el único remedio para detener el avance de su...

—¿Ella?

—Sí, ella.

—¿Doris?

—¿Quién si no?

—¿Doris es la Araña?!

—¡Por supuesto! ¿Creía que era él? Martin era como Wolfgang, les atraía la cara externa de la sangre, el olor, la textura, su comportamiento fuera del cuerpo..., pero solo alcanzaba el clímax viendo cómo Doris bebía de la mía. La idea partió de ella, Martin se limitó a cumplir sus deseos porque la amaba. La amaba profundamente.

La imagen de Doris sobre el cuerpo de su marido con la cabeza sobre su hombro cobró un sentido muy diferente al que había interpretado.

—¡No puede ser! ¡Maldita sea! ¡Hija de puta! ¡Maldita hija de puta! —gritó incorporándose del sofá.

—Escúcheme.

Pero solo fue capaz de lanzar alocados puñetazos al aire mientras se desahogaba en su idioma natal.

—Escúcheme, por favor. ¡Escúcheme! —insistió ella elevando el tono.

—¿Qué?!

—Al desaparecer Martin, Doris es solo una arañita indefensa que no tiene tela. No puede cazar ni alimentarse, por lo que el sufrimiento que le espera es peor que el más atroz de los castigos que usted pueda imaginar. Créame, mucho peor que la muerte.

Silencio.

Viktor Lavrov masticó la aseveración de Mirta durante unos segundos antes de marcharse azuzado por sus demonios, perseguido por la frustración y la impotencia.

Abochornado por el engaño.

Algunos podrían calificar lo que sucedería inmediatamente después en la residencia de los Köller como un acto cobarde cargado de crueldad. Otros, muy en cambio, lo tildarían de misericordioso.

Trazos azules en un gris despiadado o brochazos grises en un azul

desalmado.

La solución a aquel nudo gordiano todavía resonaba en la cabeza de Viktor Lavrov al abandonar el lugar.

—Todo lo peor es lo mejor cuando a uno deja de importarle de qué lado está.

# PERSONAJES

## PERSONAJES PRINCIPALES

*Viktor Lavrov.* Psicólogo criminalista y agente del KGB destinado en Berlín.

*Otto Bauer.* Inspector jefe de la Kriminalpolizei.

*Birgit Bauer.* Agente de la Kriminalpolizei.

*Erika Eisemberg.* Funcionaria del Comité para el Desarrollo del Deporte de la RDA.

*Erich Mielke.* Director del Ministerio para la Seguridad del Estado (Stasi).

*Markus Wolf.* Jefe del Servicio de Inteligencia en el Extranjero (HVA).

*Annike Popp.* Agente ilegal del Servicio Federal de Inteligencia (BND).

*Max Pekeler.* Comisario de la Bundeskriminalamt.

## OTROS PERSONAJES

*Niclas Kühn.* Mariscal de campo de todos los ejércitos imaginables. Víctima.

*Martin Köller.* Experto negociador representante del Gobierno de la RDA.

*Doris Köller.* Esposa de Martin.

*Walter Krumm, «Raimond».* Enlace del Servicio Federal de Inteligencia (BND).

*Nikolai Kokorin.* Máximo responsable de las Oficinas S del KGB en la RDA, Checoslovaquia, Polonia y Hungría.

*Boris Kliuka.* Jefe del equipo operativo de la Oficina S del KGB en Berlín.

*Bernhard Weber.* Responsable de la estación de comunicaciones del KGB en Berlín.

*Agneta Weber.* Esposa de Bernhard y técnico de comunicaciones del KGB.

*Mirta Schäfer, «la Dama».* Organizadora de las Veladas Rojas.

*Wolfgang Fraatz.* Enfermo diagnosticado de hematodixia. Expareja de Mirta Schäfer.

*Helmut Wegener.* Vividor. Asistente habitual a las Veladas Rojas.

*Rudi Töpfer.* Barman de la taberna Wirtsgarten y confidente de Viktor Lavrov.

*Gustav Hebert.* Cabo Segundo del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky.

*Jürgen Kauffmann.* Falso doble del cantante de Kiss.

*Alfred Weidemann.* Representante de la Cámara Popular y miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores.

*Thomas Spengler.* Agente ilegal del Servicio Federal de Inteligencia (BND).

*Agnus Rosenzweig.* Dueño del Bar de Agnus. Amigo de Otto Bauer.

*Konrad Linder.* Director del orfanato Hoffnung.

*Clara Steinbach.* Directora del hospicio de Santa Eduvigis.

*Heinrich.* Pareja de Otto Bauer.

*Lucas Scheidemann.* Amigo de Niclas Kühn.

*Eva Scheidemann.* Madre de Lucas.

*Imelda.* Niña de etnia gitana. Víctima.

## NOTA DEL AUTOR

No fue una decisión sencilla de tomar. Corría el año 2013 cuando me encontraba yo inmerso en la trama de *Dies irae*, el segundo volumen de la trilogía *Versos, canciones y trocitos de carne*. Lo sé, no ha transcurrido tanto tiempo, pero si hago la equivalencia en párrafos, frases o palabras, estaríamos hablando de hace una eternidad. Al grano. Conforme me iba acercando al desenlace de la misma, me fui percatando de que había un elemento incómodo que estaba condicionando el devenir de los futuros acontecimientos que debía narrar en *Consummatum est*, la tercera y última parte de aquella historia. Ese «elemento» era Armando Lopategui, «Carapocha», uno de esos personajes que cumplía con todos los requisitos que buscamos los escritores a la hora de crear protagonistas de peso, pero, principalmente, el psicólogo criminalista ruso se adaptaba como anillo al dedo a la condición que yo considero indispensable: conectar con el autor de forma natural. Tal circunstancia me permitía interpretarlo con soltura, sin necesidad de alejarme demasiado de mi forma de ser como tenía que hacer cuando me metía en la piel de Augusto Ledesma o Ramiro Sancho. Sin embargo, esta ventaja se convirtió en un gran inconveniente —insalvable, diría yo—, dado que, de forma inconsciente, Carapocha estaba intoxicando el desarrollo del argumento. Tanto fue así, que incluso me planteé muy seriamente cambiar el final de la novela solo para que él cobrara más protagonismo en el futuro. Sabedor de que debía tomar cartas en el asunto, valoré distintas posibilidades, y finalmente opté por la única que de verdad era honesta y coherente (cuestión que no voy a desvelar por respeto a los lectores que no hayan leído mis primeras novelas). Como digo, no fue esta una decisión sencilla de tomar, pero, en mi fuero interno, siempre mantuve la esperanza de volver a toparme con él.

Han tenido que transcurrir cinco años y seis novelas para que esto se

produzca y, aunque estoy convencido de que la espera ha merecido la pena, permítame que le confiese, estimada lectora o lector, que el reencuentro no ha sido todo lo placentero que yo esperaba. A ver si soy capaz de explicar por qué. Si algo tenía claro antes de empezar a aporrear el teclado era que la historia debía encuadrarla en esos años de juventud durante los cuales se van moldeando los rasgos que van a conformar la enrevesada personalidad de Lopategui, a quien bauticé como Viktor Lavrov para cumplir con las exigencias del guion. Me atraía mucho pintar el Berlín de principios de los ochenta. La enfermiza coyuntura política mundial, la cruenta batalla ideológica entre Oriente y Occidente, entre el comunismo y el capitalismo. Todos esos ingredientes me motivaban sobre manera, pero, ingenuo de mí, no imaginaba hasta qué punto iba a resultar complejo convertir el pasado en presente para conectarlo con el futuro.

Hoy, 17 de enero de 2018, día en el que doy por terminado el último borrador de *Todo lo mejor*, tengo serias dudas de haberlo conseguido, pero, créame, solo el hecho de haber pagado la deuda con mi personaje hace que me sienta orgulloso. Porque, como diría Sancho: «El que paga descansa, y el que cobra, más».

Para concluir, quiero focalizar todo mi agradecimiento en esos lectores que os consideráis gellidistas. Sin vosotros no habría podido llegar hasta aquí. Sois todo lo mejor que podría pasarle a un escritor. *Todo lo peor* ya pasó aunque esté por llegar.

El otoño siempre llega.

Un fuerte abrazo.

César Pérez Gellida.

Buenos Aires-Valladolid

**Una ciudad separada por un muro y unida por un sanguinario asesino. Dos investigadores que descubrirán que la crueldad no tiene límites.**

**Una historia negra para iniciarse en el género Gellida.**



Viktor Lavrov es un joven talento perteneciente al KGB destinado en Berlín durante el periodo más crudo de la Guerra Fría. Pronto recibirá un delicado encargo que pondrá a prueba sus conocimientos en psicología criminalista y sus virtudes como agente de inteligencia.

El caprichoso destino hará que su camino se cruce con el del inspector jefe de la Kriminalpolizei, Otto Bauer, empeñado en resolver las terribles muertes de cinco menores que parecen estar relacionadas entre sí, unos asesinatos que se niegan a reconocer desde las más altas instancias de la RDA.

Con ocho novelas publicadas, César Pérez Gellida es ya un referente en la actualidad literaria de nuestro país. El vallisoletano regresa ahora con su relato más negro, una historia repleta de intriga, una explosión narrativa que mantiene los ingredientes que han atrapado a miles de lectores y que significa un paso adelante a nivel estilístico con respecto al resto de su obra.

## SOBRE EL AUTOR

**César Pérez Gellida** nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Desarrolló su carrera profesional en empresas vinculadas con el mundo de las telecomunicaciones y la industria audiovisual hasta 2011. Ese año irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori*, que cosechó gran éxito y por la que obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía Versos, canciones y trocitos de carne, que continuó con *Dies irae* y se cerró con *Consummatum est*. Se le otorgó la Medalla de Honor de la Sociedad Española de Criminología y Ciencias Forenses 2014 y el Premio Piñón de Oro como vallisoletano ilustre. En 2015 publicó *Khimera*, en 2016 inició su segunda trilogía, Refranes, canciones y rastros de sangre, que se compone de *Sarna con gusto*, *Cuchillo de palo* y *A grandes males*. *Konets* cerró este poliedro narrativo.

*Todo lo mejor* inicia una nueva andadura literaria.

Puedes contactar con el autor a través del medio que prefieras:

[cesar@perezgellida.es](mailto:cesar@perezgellida.es)

Facebook: [CesarPerezGellida.Oficial](#)

Twitter: [@cpgellida](#)

© 2018, César Pérez Gellida

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-203-6

Diseño de cubierta: Chevi Diseñarte

Conversión ebook: Raquel Martín Mira

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# ÍNDICE

[Todo lo mejor](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[El tipo que iba a ser secuestrado](#)

[El hombre sin rostro y la cara del monstruo](#)

[Teutones y eslavos](#)

[Demonios de carne y hueso](#)

[Soledad](#)

[Dos maneras: las que funcionan y las que no](#)

[Sueños interrumpidos y continuas pesadillas](#)

[Perversión](#)

[Fauces](#)

[Podría ser mucho peor](#)

[Siempre hay un papel que malinterpretar](#)

[\*Prost!\*](#)

[Seres humanos y bestias](#)

[¿Con o sin hielo?](#)

[Hay veces, no muchas ni tampoco pocas](#)

[Edificar la realidad](#)

[Manifiesto a la tristeza](#)

[Una voz amiga](#)

[Pastel de carne o Schnitzel Holstein](#)

[Culpabilidad](#)

[Perla negra](#)

[Su objeto máspreciado](#)

[Una idea obscena](#)

[Los descendientes de Satanás](#)

[Mala hierba nunca muere](#)

[Nido de víboras](#)

[Simplificar](#)

[Su reducto](#)

[Heraldo de la muerte](#)

[Todo lo mejor es lo peor](#)

[Todo lo peor es lo mejor](#)

[Personajes](#)

[Nota del autor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)